

UNA NOVELA DE

CARLOS TROMBEN

LA CACERÍA NAVAL QUE MARCÓ
LA HISTORIA DE CHILE Y PERÚ



HUÁSCAR

Carlos Tromben



1.ª edición: junio, 2015

Avda. Las Torres 1375-A Huechuraba - Santiago, Chile
www.edicionesb.cl

Registro Propiedad Intelectual Inscripción N° 252863

ISBN DIGITAL: 978-956-9339-50-9

Diseño: Francisca Toral

Soberano en presencia de todos los vientos y de todos los mares, en el seno de una inmensidad que no admite huella alguna.

Joseph conrad
La linea de sombra

Después de los fusiles, los torpedos; después de los torpedos los arietes submarinos, luego…

Julio Verne
Veinte mil leguas de viaje submarino

Contenido

PRIMERA PARTE

LA BÚSQUEDA

Caldera, 22 de mayo de 1879

Flavio Norambuena bajó por la desolada Plaza de Armas, frente a la iglesia de San Francisco de Paul, y se dejó llevar por la pendiente hacia el muelle. Allí, en un edificio de dos pisos, donde funcionaban también la Aduana y la Gobernación Marítima, lo esperaba una pequeña mesa con un aparato de telégrafo. Abrió la ventana para ventilar la oficina y contempló el paisaje: de un lado estaba el desierto, del otro, el mar.

Flavio Norambuena soltó un suspiro. La rutina, una vez más. Se sacó el sombrero y la chaqueta y los colgó en la percha, revisó las bobinas y los cables del aparato, se aseguró de que no faltara papel ni tinta.

Los telegramas de entrada y salida estaban ordenados en sendas bandejas y consistían en reportes de naves, embarques de mineral, informes del gobernador marítimo al intendente en Copiapó. La guerra había intensificado este tráfico habitual con un flujo nuevo de cablegramas que iban de Antofagasta y Mejillones con destino a Santiago y viceversa, pasando por Coquimbo y Valparaíso. Muchos eran cables cifrados que llegaban como incomprensibles sopas de letras, que Flavio Norambuena se limitaba a retransmitir. Solo sabía que la costa del Pacífico Sur, entre los paralelos 23 y 33, era el escenario de un cataclismo anunciado, inminente, pero que por alguna razón todavía no comenzaba.

El ayudante Bernardo González llegó en ese momento, somnoliento y aletargado como de costumbre.

—¿Qué dice, joven? ¿Preparado para otra jornada de gloria al servicio de la patria?

Por toda respuesta el ayudante masculló una frase ininteligible, otro síntoma de su precoz afición por el aguardiente.

De pronto el telégrafo soltó un chasquido. Recién ahí se iniciaba la jornada, cuando la bobina del aparato comenzaba a girar, soltando una letanía de puntos y rayas perforadas en una cinta de papel.

—Despierte, joven, ¡el deber nos llama!

El muchacho vio que su jefe se acercaba al aparato con el mismo entusiasmo del granjero que le da de comer a sus gallinas. Pero algo ocurrió después de transcribir las primeras letras al alfabeto latino. Flavio Norambuena dio un respingo y abrió los

ojos, perplejo. El mensaje seguía fluyendo de la máquina al papel, una cinta que se enroscaba en el escritorio como un gusano vivo.

—¿Algo grave? —preguntó el joven González.

La mano derecha de Flavio Norambuena no paraba de escribir, casi tan rápido como los signos que brotaban de la máquina al ritmo binario del código morse.

—Recuerde bien este día, joven Bernardo —dijo el viejo telegrafista—. Anote en su cabeza la fecha y la hora, porque sus nietos se lo preguntarán.

De pronto la máquina quedó muda y un silencio pesado se apoderó de la oficina, un silencio en el que solo se oía la pluma de Flavio Norambuena llenando de signos la hoja papel. Después de ponerle el punto final, le entregó el mensaje sin decir nada. El muchacho comenzó a leerlo en voz baja.

ANTOFAGASTA, 22, a las 10:30

SEÑOR MINISTRO DE LA GUERRA, SANTIAGO.
EL "LAMAR" ARRIBADO AYER TARDE COMUNICA:
EL 21 A LAS 8 A. M. EL “HUÁSCAR” Y LA
“INDEPENDENCIA" ATACARON EN IQUIQUE A LA "ESMERALDA"
Y A LA "COVADONGA".
SEGÚN CONJETURAS FUNDADAS,
LA "INDEPENDENCIA" VARÓ EN PUNTA GRUESA PERSIGUIENDO
A LA "COVADONGA".
LA "ESMERALDA" COMBATÍA CON EL "HUÁSCAR", CUYAS
PUNTERÍAS ERAN POCO CERTERAS.

—Recuerde también este nombre, joven Bernardo —dijo Flavio Norambuena con gravedad—. Huáscar, el príncipe inca, el flagelo del mar.

El muchacho releyó el mensaje. No acertaba a comprenderlo hasta que, de pronto, sus contornos se fueron delineando como una fotografía que tomaba cuerpo. Era la guerra, la verdadera, la que de un momento a otro llegaría hasta ellos.

—Retransmita esto de inmediato a Coquimbo, y prepárese para un día largo.

—Cómo no, señor.

El muchacho se sentó delante del telégrafo y tomó el mensaje original. Respiró hondo y, con el índice y el pulgar, comenzó a pulsar el aparato. Su corazón palpitaba junto con los puntos y rayas que surcaban el océano a través del cable submarino. A

cientos de kilómetros de distancia y en una oficina como aquella, otro operador estaría llevándose la misma impresión.

EL COMBATE DURABA DESPUÉS DE TRES HORAS Y MEDIA QUE EL "LAMAR" LOS PERDIÓ DE VISTA.
IGNÓRASE EL PARADERO DEL RESTO DE LA ESCUADRA.
CONVOY LLEGÓ SIN NOVEDAD.

—Avísele a su madre que no irá a almorzar —dijo Flavio Norambuena restregándose las manos—. Esto está recién empezando.

***

Ochocientos kilómetros al sur, en la capital de Chile, caía un aguacero. El contenido del telegrama comenzó a esparcirse por la ciudad de boca en boca, como la onda expansiva de un proyectil. En las calles húmedas de Santiago las personas se aglomeraban en torno al palacio de gobierno en espera de mayores detalles. Muchos oían por primera vez aquel nombre misterioso que de pronto sabía a fatalidad: el Huáscar.

¿Qué había sido de los marinos de la Esmeralda, el barco más débil de la escuadra? ¿Se habían rendido? ¿Habían sucumbido? ¿Cuán terrible era la derrota y qué consecuencias traería para el país?

Un segundo telegrama confirmó las peores sospechas: la Esmeralda se había hundido con su bandera al tope. Un grupo de hombres había defendido el pabellón hasta las últimas consecuencias y su comandante Arturo Prat, otro nombre que los chilenos oían por primera vez, había entregado su vida por la nación.

Una multitud llenaba ahora la plaza a pesar de la lluvia. La tristeza había cedido paso a un fervor nunca visto en el país. Repicaban las campanas de las iglesias, se lanzaban petardos y vivas a la nación y a sus héroes. En el balcón del palacio se asomaba un orador y luego otro. Costaba entender sus palabras, hasta que apareció una figura solemne, entera de negro, que pidió silencio.

—¡Es el Presidente de la República! —gritó alguien.

Aníbal Pinto tenía una voz monótona, visiblemente poco apta para las multitudes, pero la gente lo escuchó con respeto. Pidió un minuto de silencio por los héroes de Iquique. Luego pidió que el

país entero, en calma y tranquilidad, tomara conciencia de los sacrificios que se venían. Ese era el mensaje de aquellos inmortales que no habían dudado en dejar la vida y a sus seres queridos por el más alto de los ideales.

—¡Viva Chile! —gritó Pinto, para luego dar media vuelta.

La multitud no se dispersó. Pasaron algunos minutos y luego la masa de funcionarios, obreros, empleados y empleadas del comercio y de casas particulares comenzó a moverse lentamente por las calles del centro entonando el himno nacional. Desfilaron frente al congreso, la catedral, se dirigieron al cerro Santa Lucía y luego volvieron al punto de partida, como si una fuerza insospechada se hubiese alojado en todos y cada uno de los cuerpos. El pueblo, hasta hace poco indiferente a la guerra, había despertado.

Desde el balcón de una casona un hombre contemplaba el espectáculo con un puro en la boca. Su nombre era Domingo Santa María y tenía 55 años. Al ver pasar a la multitud enfervorecida, Santa María esbozó una sonrisa y se propuso una cosa: conducir esa energía hacia buen puerto. Si lo lograba, sería el próximo Presidente de la República.

Iquique, 10 de julio de 1879

Un mes y medio después del combate de Iquique, el vapor Matías Cousiño se encontraba en aquel mismo puerto y su capitán, Roberto Castleton, dormía un sueño leve. Unos golpes sonaron en la puerta de su camarote.

—Señor, será mejor que suba al puente —dijo del otro lado el segundo oficial Morton.

No hizo falta que Morton completara la frase ni mencionara el nombre que estaba, desde hacía semanas, en boca de todas las tripulaciones que recorrían aquella franja del Pacífico Sur.

—Enseguida —dijo Castleton incorporándose.

Hizo la manta a un lado, se calzó las botas y se colocó el chaquetón y la gorra. Antes de salir sacó de debajo de la cama una petaca metálica. La destapó y le dio un sorbo rápido, que le bajó caliente por la garganta.

Al subir a cubierta el capitán Castleton recibió en la cara el frío de la madrugada. El cielo era de un color negro oscuro, salvo en un punto al suroeste donde se asomaba la luna creciente. El mar rumiaba despacio como un toro dormido.

—Viene por la banda de estribor —dijo el segundo oficial Morton.

El capitán Castleton apuntó sus binoculares en la dirección indicada. Tardó algunos segundos en detectar un penacho de humo que avanzaba lentamente, casi confundido con las tinieblas.

—Maldición —mascculló.

El Huáscar, el más temible de los blindados peruanos, avanzaba en su dirección como una ballena asesina. Lo precedía el zumbido monótono e implacable de su máquina.

—Señor Morton, mande tocar zafarrancho —ordenó el capitán Castleton—. Que suban la presión de las calderas. Proa al sureste, tres cuartas a babor.

El segundo oficial retransmitió las órdenes. Los gritos comenzaron a sonar en todo el barco. “¡El Huáscar! ¡El Huáscar!”, exclamaban los hombres corriendo por la cubierta, asomándose por la borda, trepándose a los palos.

Los contornos del Huáscar se iban delineando a medida que se acercaba. El capitán Castleton distinguió la torre artillada, el palo mayor y el espolón que cortaba las aguas. El espolón capaz de partir un barco de madera en dos. El mismo, recordó el capitán

Castleton con un escalofrío, que había destrozado a la Esmeralda y su tripulación hacía poco más de dos meses. La inminencia del encuentro le provocaba más admiración que miedo.

—Es hermoso, ¿no cree, Morton?

El segundo oficial no alcanzó a responder. Cuando el Huáscar estuvo a menos de 500 metros se vio una señal luminosa que parpadeaba en su cubierta, a la altura de la torre de mando.

El capitán Castleton imaginó la voz serena y hasta cordial del hombre que comandaba aquella máquina de guerra.

"QUÉ BUQUE ES ESE".

"EL MATIAS COUSIÑO".

"CÓMO ESTÁ USTED CASTLETON".

"MUY BIEN SEÑOR GRACIAS".

"QUÉ CARGA TRAE ABORDO".

"CARBÓN".

"DÓNDE ESTÁN LOS DEMÁS BARCOS".

"POR AQUÍ ALREDEDOR".

"BIEN CAPITÁN EMBÁRQUESE EN SUS BOTES PORQUE LO VOY A ECHAR A PIQUE".

Roberto Castleton, nacido en Dumbarton, Escocia, no era un marino de guerra, y el Matías Cousiño era solo un vapor de carga entregado como contribución patriótica por su dueña, una millonaria chilena del carbón. Pero el capitán Castleton no estaba dispuesto a entregar su barco tan fácilmente, no sin al menos forzar la máquina un poco. Necesitaba saber hasta dónde estaba dispuesto a llegar aquel comandante peruano del que todos hablaban con una mezcla de respeto y temor.

—¿Señor? —dijo el segundo comandante mirándolo expectante.

—Maldita sea, Morton. Proa al sudeste ¡a toda máquina!

Los carboneros comenzaron a palear y el humo de la chimenea se hizo más denso. El barco entero crujió con el impulso de su huida. El oficial de maniobras empuñaba la rueda del timón, los demás oficiales calculaban distancias y velocidades. Pero el capitán Castleton no abrigaba muchas esperanzas; sabía que el Huáscar le daría alcance pronto. A los pocos minutos un par de fogonazos iluminaron los cañones del monitor. El capitán Castleton y el resto de la tripulación corrieron en busca de refugio. Los proyectiles pasaron silbando y cayeron a pocos metros de la proa, levantando dos columnas de agua. Habían sido disparos de

advertencia.

—Señor Morton, mande detener la máquina y preparar los botes —dijo el capitán Castleton poniéndose de pie—. Y por Dios, dígale a ese hombre que deje de dispararnos. No queremos padecer la misma suerte de la Esmeralda, ¿verdad?

El segundo hizo un gesto de alivio. La bandera blanca fue izada y toda la tripulación se reunió en cubierta para comenzar la evacuación. El Huáscar se acercaba cada vez más.

***

Para ningún marino es fácil dejar su nave. Ni siquiera la supervivencia alivia la tristeza de verla morir. El capitán Castleton intentaba combatir esta sensación y la del segundo oficial con el recurso habitual de su raza, la ironía.

—Bueno, Morton, creo que no tenemos nada de qué preocuparnos. Nuestra condición de ciudadanos de Su Majestad nos facilitará las cosas. Dentro de poco estaremos de regreso en Valparaíso.

—Creo que el resto de los hombres no puede decir lo mismo, señor —dijo el segundo sin despegar la vista del buque que acababan de evacuar y de su temible captor.

—No exagere, Morton, estas naciones son bastante civilizadas para ser tan jóvenes. Han firmado el tratado de Ginebra, no lo olvide.

Los marineros remaban con fuerza y el capitán Castleton estimó que los botes tardarían una media hora en llegar a la costa. El Huáscar comenzó a ponerse en posición de tiro y el capitán Castleton comprendió que iba a cumplir su amenaza. ¿Pero con qué objeto? ¿Qué buscaba demostrar su comandante hundiendo un barco que podía simplemente capturar y poner al servicio de su país?

Pero el primer cañonazo sonó de un modo inesperado, como de otro calibre y disparado desde más lejos. Con Morton se miraron extrañados.

En ese instante una bengala surcó la noche. El breve resplandor iluminó una porción del cielo y a un tercer barco que avanzaba, rápido como una lancha de puerto.

El capitán Castleton soltó una carcajada estruendosa.

—¡Pero si es Latorre! —exclamó—. ¿Ese hombre está loco o qué?

***

En el otro extremo de la bahía, en la cañonera Magallanes sonaba el zafarrancho de combate.

El cabo de cañón Melchor Martínez se puso de pie, atontado todavía por el sueño. Los oficiales gritaban, el perro Cuatro Vientos ladraba excitado y los marineros corrían a sus puestos. El de Melchor era la pieza de artillería de la banda de babor. Un cañón de 150 libras, que se cargaba por la boca y que los hombres apodaban La Tomasa. Ahí estaban ya el gringo Mosley, el egipcio Tarud y el teniente Simpson, excitados y en pie de guerra para hacer frente al Huáscar.

El capitán Latorre se desplazaba en cubierta arengando a los hombres. Era bajo, rollizo y de piernas cortas. Pero a pesar de este aspecto tenía el don de transmitir tranquilidad y confianza a su alrededor.

—Vamos a salir airosos de esto, muchachos. ¡A apretar los dientes y confiar en nuestra Estrella! ¿Están listos para la gloria?

Algunos respondieron que sí.

—¡No los oigo! ¿Están listos para la gloria? —repitió, bajo y macizo, mirando a los ojos.

Cien marineros, sargentos, tenientes, gritaron al mismo tiempo:

—¡¡¡Sí, señor!!!

El cabo de cañón Melchor Martínez, hijo de Clara Martínez y de padre desconocido, sintió que su pecho se inflamaba. Apretó los puños y lanzó un grito. El egipcio y el gringo gritaron también. El perro Cuatro Vientos ladraba como un marinero más. Todos pensaban en la Estrella Solitaria, en la bandera que el capitán Latorre había ordenado izar en el palo mayor en señal de combate.

***

La segunda bengala atravesó el cielo y Miguel Grove, fotógrafo autorizado de la escuadra, sintió un espasmo de temor e impotencia por no poder registrarla en su lente.

Grove comprobó la hora en su reloj. En los siguientes 45 minutos asistiría a su primer combate naval, con la impotencia del fotógrafo que ve pasar ante sus ojos la imagen más impresionante de su vida sin poderla registrar. Bajo la luz de una noche con nubes, los barcos eran sombras débiles que avanzaban lentamente, sus cascos y mástiles recortándose por fracciones de segundo con cada cañonazo.

Desde los botes el capitán Castleton y el resto de la tripulación del Matías Cousiño vieron como la cañonera Magallanes se lanzaba contra el Huáscar como un perro callejero contra un pastor alemán. Un fogonazo alumbró su banda de estribor y una columna de agua se elevó a algunos metros de la proa del Huáscar, allí donde el espolón cortaba las aguas como un inmenso machete. Pasada la sorpresa, el Huáscar se puso también en movimiento, dispuesto a poner a su adversario en su lugar.

La Magallanes pareció recién tomar conciencia de su fragilidad y giró en busca de una vía de escape. El Huáscar avanzó hacia ella para embestirla con su espolón y el capitán Castleton apretó los dientes a la espera del impacto.

Conteniendo la respiración, el capitán Castleton y los demás tripulantes del Matías Cousiño vieron cómo los barcos pasaban a muy poca distancia.

—Dios mío, estuvo cerca.

Los barcos quedaron nuevamente a metros de embestirse, pero la Magallanes logró torcer el rumbo a último momento, evitando una vez más el espolón del Huáscar. Los marineros del Matías Cousiño gritaban de entusiasmo como si asistiesen a una pelea de gallos.

—¿Por qué no dispara? —insistió el capitán Castleton.

Efectivamente, el comandante del Huáscar podía pulverizar a la Magallanes con sus cañones de 300 libras. Pero no lo hacía, como si no confiara en sus propios artilleros o hacer valer esa superioridad fuese indigno de un caballero.

Los barcos ampliaron su distancia y, tras un cañoneo infructuoso, se perdieron en el horizonte.

El fotógrafo Miguel Grove contempló con impotencia cómo el Huáscar se alejaba en el horizonte. Lo encuadró en sus manos y lo vio desaparecer. Faltaban décadas para que las cámaras se achicaran, los lentes se expandieran, se desarrollaran dispositivos para dosificar el tiempo de exposición y nuevos materiales de fijación más sensibles a la luz. La imagen quedaría en su retina y en su recuerdo como un sueño recurrente.

El Matías Cousiño permanecía incólume y a la deriva, después de haber estado a punto de irse a pique. El capitán Castleton lanzó un largo suspiro y ordenó a sus hombres tomar los remos y emprender el regreso.

—Vaya suerte, señor Morton. Si no fuera por Latorre este noble barco ya estaría en camino hacia donde el viejo Davy Jones.

El segundo no dijo nada. Aun no salía de su estupor.

—En Valparaíso, por favor, recuérdeme de regalarle a Latorre una botella del mejor whisky.
—Yo que usted le regalaría dos —dijo Morton.

***

Horas después Flavio Norambuena y Bernardo González, los telegrafistas de Caldera, recibieron un nuevo cablegrama. Llevaban casi un mes haciendo largos turnos para mantener el flujo de información entre el gobierno y las fuerzas navales.

“HUÁSCAR EN IQUIQUE”.

“AUDAZ MANIOBRA DE LATORRE BURLA
AL MONITOR”.
“VAPOR MATÍAS COUSIÑO SALVADO”.

Fiel a su espíritu enciclopédico, Flavio Norambuena había conseguido en la Gobernación Marítima un mapa del litoral y lo había ampliado de su puño y letra en varias hojas de papel que pegó en la pared con unos chinches. En ellas iba anotando todos los cablegramas que mencionaban al Huáscar, con fecha y hora, intentando descubrir la lógica de aquellos desplazamientos y apariciones furtivas.
—Todo está ocurriendo de acuerdo a un plan —dijo Flavio Norambuena—. Un plan que ni nuestro gobierno ni nuestros marinos han podido descifrar.
El muchacho pulsaba el telégrafo transmitiendo la nueva ubicación del barco enemigo:

—··—·—···—

Las señales en código morse viajaron de estación en estación a través del cable submarino, a lo largo de todo el litoral hasta llegar a la intendencia de Valparaíso. De ahí el telegrama atravesó de mano en mano las calles del puerto hasta llegar a la redacción del diario El Mercurio.

***

Veinte periodistas trabajaban a esa hora afinando textos, cortando palabras, puliendo verbos de notas breves, despachos y

crónicas. La noticia del combate provocó una oleada de agitación que fue subiendo a través de los escalafones del periódico hasta llegar a su dueño.

—¡Dios mío! —exclamó Agustín Edwards.

Los detalles eran todavía escasos y Agustín Edwards, diputado, banquero, empresario minero, criador de caballos de fina sangre y dueño del diario más antiguo del país, recordó cómo había ido tomando cuerpo la noticia del combate anterior, ocurrido en aquella misma bahía de Iquique y que había cubierto de gloria y orgullo a toda la nación.

El martirio de Prat y la hazaña de Condell habían sido para Agustín Edwards un encuentro con el destino. Cada día, a partir del primer telegrama, desde los fragmentos al detalle, de lo general a lo particular, Edwards había visto cómo la circulación de El Mercurio aumentaba a la velocidad de una locomotora. El público se aglomeraba frente a las oficinas de la redacción, las ediciones se agotaban en cuestión de horas y en toda la ciudad no se hablaba de otra cosa. Pero las arcas del periódico que su familia había comprado en la bancarrota era apenas una pieza menor dentro de lo que Agustín Edwards tenía en juego en aquella guerra. De los éxitos y derrotas de la marina chilena dependían, nada menos, los millones de pesos que su familia obtenía de las operaciones de la Compañía de Salitre y Ferrocarril de Antofagasta.

Durante siglos las soledades desérticas de Antofagasta y Tarapacá habían escondido un secreto capaz de alimentar a millones de personas en todo el mundo. El excremento de las aves y las sales del subsuelo eran fertilizantes extraordinarios, ricos en nitrógeno. En el caso del salitre, su explotación había sido obra de empresarios extranjeros, muchos de ellos ingleses establecidos en Chile, como el padre de Agustín Edwards. Ellos habían aportado capital y contratado la mano de obra que daban pie a la civilización. ¿Y cómo les pagaban sus esfuerzos los gobernantes del Perú y de Bolivia? De la manera que correspondía a una correcta economía política: absteniéndose de cobrar impuestos. Así había sido hasta la crisis mundial de 1873. Primero vino la nacionalización peruana, una audaz operación financiera mediante la cual el gobierno presidido por Manuel Pardo y Lavalle compró las empresas salitreras de Tarapacá, pagándoles a sus dueños con bonos: papeles que generaban interés. Agustín Edwards padre aceptó la transacción sabiendo que, tarde o temprano, sucedería algo parecido con sus empresas en Bolivia.

Y así fue: en 1878 el caudillo que respondía al pomposo nombre de Hilarión Daza desconoció los acuerdos suscritos e implantó un impuesto de unos pocos centavos por quintal de salitre exportado. Una afrenta inexcusable.

Desde que comenzara la crisis, casi un año atrás y cuando su padre aún estaba vivo, Agustín Edwards había utilizado toda su influencia en la prensa para presentar la decisión boliviana como un acto de hostilidad al país. De este modo, bajo el lenguaje épico que sus periodistas volcaban a diario y que el público leía en voz alta, repetía en las plazas y en los bares con el pecho lleno de nacionalismo, se escondía un problema económico particular: el de la familia Edwards y los impuestos impagos que el fisco boliviano insistía en cobrarles.

—Señores —dijo Edwards mirando a sus colaboradores reunidos en el despacho del banco que llevaba su nombre—. Dupliquen el tiraje. Reserven en la sección editorial una columna de trescientas palabras. Este capitán Latorre nos ha dado una lección de hombría y patriotismo.

A esas horas el telegrama ya estaba en poder del Presidente de la República, Aníbal Pinto, y la noticia corría de boca en boca por todo el país.

Rosa de Talagante la escuchó en el momento en que abordaba el tren a Valparaíso. Se dirigía, con sus dos hijos y su guitarra, a probar fortuna en los bares del puerto. En el mismo tren, pero en primera clase, iban el ministro Domingo Santa María y su amigo y confidente, el poeta Eusebio Lillo.

No se hablaba de otra cosa. El Huáscar había vuelto a atacar.

***

En las semanas siguientes el Huáscar apareció en distintas partes del litoral. Generalmente de noche, cual Holandés Errante, entraba y salía de las bahías que supuestamente controlaba la escuadra chilena. Disparaba y se retiraba, buscaba el golpe rápido contra enemigos débiles. Si se cruzaba con los blindados chilenos, se daba a la fuga. Era subrepticio y calculador; en la imaginación popular adquiría fama de bestia maligna y su capitán un aura de misterio. ¿Quién era? ¿Qué aspecto tenía?

El 23 de julio un nuevo cablegrama llegó a la oficina telegráfica de Caldera. Norambuena y González, que ya se sentían como almirantes y estrategas del mar, se llevaron las manos a la boca en señal de estupefacción:

VAPOR RÍMAC CAPTURADO POR EL HUÁSCAR.
PÉRDIDA DE TROPAS Y PERTRECHOS.

—Aquí van a rodar cabezas —sentenció Norambuena, que comenzaba a sentirse un analista político.

En Valparaíso Agustín Edwards terminó de leer el telegrama y se dejó caer en su silla. Era un ávido lector de toda la prensa chilena y también de la peruana, en particular el diario El Comercio de Lima. Las hazañas de Miguel Grau, que en su propio diario eran descritas como obra de un enemigo pérfido, en el diario peruano eran ensalzadas como muestra de un ingenio audaz. ¿Cómo había llegado su enfrentamiento con Bolivia a involucrar un enemigo más poderoso como el Perú y su gran almirante?

Desesperado por incrementar sus rentas y sostener la maquinaria pública, el presidente Manuel Prado y Lavalle había decidido nacionalizar las compañías salitreras, pagándoles a sus dueños legítimos con papeles de deuda. Dirigidas por burócratas, estas salitreras estatales del Perú languidecieron, mientras que las de Antofagasta, manejadas por empresarios chilenos, funcionaban de manera ejemplar.

—Ahora vendrán por nosotros —dijo una vez, con voz agria, el patriarca Agustín Edwards Ossandón, cerrando el periódico con fastidio—. Van a aleonar a los bolivianos para que nos suban los impuestos. Vamos a tener que dar una pelea en todos los frentes, hijo. Nos hará falta tener varios periodistas trabajando para nosotros, ojalá un periódico completo.

El joven Agustín Edwards Ross no olvidaría estas palabras, pues se verificaron como las de un oráculo. Su primera tarea como heredero del más poderoso de los grupos empresariales chilenos fue ratificar los contratos de la Compañía de Salitre y Ferrocarril de Antofagasta con el gobierno boliviano. Envió un emisario que regresó con el contrato firmado, pero sin ratificar por el congreso de La Paz. El año siguiente el congreso lo desconoció y se dio una vuelta en 180 grados. Cada quintal de salitre que saliera de Antofagasta debía pagar un impuesto de 10 centavos por quintal. Un escándalo.

—Te voy a maldecir desde el mismísimo infierno si te muestras débil —le dijo su padre en su lecho de muerte, blanco como un papel—. Un Edwards jamás se doblega. No les vamos a pagar un peso.

Poco antes de fallecer, en medio de toses y jadeos, el patriarca

y fundador del clan Edwards le recordó a su hijo que entre sus muchos deudores había cierta familia porteña dueña de una librería y de un diario particularmente respetado por su imparcialidad. Días después del funeral de su padre, Agustín Edwards se reunió con Recaredo Santos Tornero y le hizo una oferta imposible de recusar: condonar sus deudas a cambio de la propiedad del edificio y de las prensas de El Mercurio. Mientras la crisis con Bolivia escalaba, los artículos y publicaciones chilenas subían el tono. Edwards iba a ver al Presidente de la República para solicitarle acciones decididas en defensa del derecho internacional, se reunía con importantes políticos, estudiaba la situación financiera y militar del Perú y Bolivia y llegó a la conclusión de que la fuerza estaba de su lado. Pero no se esperaba que el gobierno de Daza decidiera, finalmente, expropiar la compañía y lanzarla a remate.

—Es un acto de hostilidad hacia nuestro país —le dijo Agustín Edwards a Aníbal Pinto.

—Yo no puedo enviar al ejército hacia Antofagasta, señor mío. Usted sabe que Bolivia y el Perú tienen una alianza militar.

—Perro que ladra no muerde, Excelencia. Nuestra escuadra es superior. Además, la causa de Antofagasta unirá a la nación y pondrá tregua en la lucha política. El señor Vicuña Mackenna, los conservadores y los díscolos se cuadrarán con usted.

Tras horas de dramáticas gestiones, Agustín Edwards logró convencer al gobierno chileno que la decisión de Bolivia era un acto de guerra, un casus belli. El día que comenzaba el remate de la Compañía de Salitre y Ferrocarril de Antofagasta, la escuadra chilena desembarcó en ese puerto boliviano.

Pero al cabo de cinco meses la guerra seguía en tablas.

El Huáscar continuaba burlando a la escuadra y la posibilidad de invadir al Perú en Tarapacá se postergaba una y otra vez. Caían los ministerios y la lucha política seguía igual que antes.

Tras la captura del Rímac, Agustín Edwards se enfrentó a su primer dilema editorial: o El Mercurio atacaba a la marina o atacaba al gobierno. Uno de los dos era responsable de que el Huáscar siguiera impune destruyendo las vías de abastecimiento. Como diputado de la república y dueño del principal y más respetado diario del país, Edwards debía tomar partido, y se decidió por defender a la marina. De su puño y letra escribió:

Si no hay en el gobierno una sola cabeza capaz de dirigir nuestras naves, ¿qué extraño tiene entonces que el Huáscar venga a insultarnos en nuestros principales puertos, como si fuese dueño

absoluto del Pacífico?

Con estas palabras Agustín Edwards se sumaba a las voces de la prensa y de la política que pedían cambio de gabinete. Después de aprobar el texto que se publicaría en la edición del día siguiente, pidió que ensillaran su coche particular para tomar el ferrocarril a Santiago. Tenía una guerra que ganar, y una importante reunión con el ministro británico en el Club de la Unión.

Santiago, 20 de agosto

Sentado en la testera del Senado, el ministro del Interior Domingo Santa María respiró hondo. A su lado se encontraban el Presidente del Senado, Antonio Varas, y los ministros Matte, Amunátegui y Sotomayor, los responsables de la hacienda pública, las relaciones exteriores y la guerra. Sotomayor había venido expresamente desde Antofagasta para dar su apoyo político al nuevo gabinete. Veinte senadores de la república los observaban desde sus escaños en el hemiciclo. A un lado estaban los representantes del oficialismo, liberales, radicales y nacionales, la mayoría masones, abogados, industriales y empresarios de la minería; los había dóciles como corderos, o duros e iluminados, que votaban conforme sus intereses e incluso peor, según sus ideas. Del otro lado estaban los conservadores, dueños de fundos y católicos de misa diaria, corderos doctrinarios de Roma y del arzobispo Larraín Gandarillas.

Benjamín Vicuña Mackenna, el liberal díscolo que se había pasado a la oposición en las últimas elecciones, se puso de pie, miró a sus colegas y luego al ministro Santa María.

—Señor ministro, lo felicito por su reciente nombramiento —dijo con expresión soberbia y desafiante—. Pero déjeme recordarle que en estos momentos una oleada de indignación agita a la opinión nacional. El señor Grau aterroriza nuestras costas, captura barcos con hombres y pertrechos, burla a nuestros marinos y condena a nuestros soldados a la inmovilidad más humillante. Es tal el sentimiento de frustración que quiero dirigir seis preguntas, seis preguntas no a usted, señor ministro, porque en lo que va de la guerra ya hemos visto pasar a dos antecesores suyos en el alto cargo que usted hoy desempeña. Mis seis preguntas, señor ministro, van dirigidos al mismísimo Presidente de la República.

Se escucharon en la sala murmullos de reproche y aprobación. Santa María observó a los presentes y midió sus palabras. Era un hombre bajo, con una cabeza cuadrada y muy pegada al tronco. Su expresión era tan amistosa como la de un bulldog.

Santa María alzó la voz y soltó una feroz andanada de artillería jurídica. Pero tenía al frente a un adversario de su nivel. El senador Vicuña Mackenna, precandidato a la presidencia de la república e hijo díscolo del frente liberal, medía más de un metro noventa. Sus largos bigotes engominados le daban un aspecto de

boxeador galés; su voz era igual de atronadora que la de Santa María, pero dotada de un elemento adicional de carisma.

—Honorables miembros del Senado, es tal el descaro del planteamiento hecho por el señor Vicuña Mackenna, que me veo obligado a recordarle, en los términos más enérgicos, que la Constitución de la República no contempla este tipo de interpelaciones.

Vicuña Mackenna recogió de inmediato el guante.

—Honorables miembros del Senado —dijo sin apartar los ojos del ministro del Interior—. Lo que planteo no es una interpelación en el sentido jurídico. Es una interpelación moral, señor mío. ¡El pueblo chileno exige respuestas! Este gabinete no es de unidad nacional, porque no todos los grupos están presentes en él, producto de una visión sectaria y pequeña de la política. Por eso no nos queda sino plantear nuestras preguntas al mismísimo Presidente de la Nación, en espera de que este tenga la hombría y la altura republicana de responder.

Los partidarios de Vicuña Mackenna se deshicieron en aplausos. Los de Santa María pifiaban y gritaban ofendidos.

—Excelentísimo señor Presidente de la República —prosiguió Vicuña Mackenna, envalentonado—. En nombre del pueblo de Chile este senador pide respuestas para seis preguntas acucientes que laten en el corazón de cada compatriota. La primera, ¿por qué nuestra escuadra ha fracasado en el mar?

Entre aplausos y pifias, la temperatura en el hemiciclo subía.

—Le segunda, ¿por qué nuestro ejército permanece inmóvil en Antofagasta?

“—La tercera pregunta, ¿por qué no se ha constituido un gabinete de unidad nacional, donde todas las agrupaciones políticas estén representadas?

“—Cuarta pregunta, ¿qué garantías tiene el país de que la guerra no se financiará con empréstitos extranjeros, arriesgando un deterioro irreversible de las cuentas públicas?

“—Quinta pregunta, ¿dónde se está comprando el carbón que surte a nuestras naves de guerra?”.

Cada pregunta era aplaudida por la mitad derecha del hemiciclo, mientras que la mitad izquierda permanecía en silencio, pifiaba, o las respondía de manera odiosa. Antonio Varas golpeaba la testera con un martillo pidiendo la calma.

—¡Señores, por favor! ¡Silencio en la sala!

—No he terminado, señor ministro —bramó Vicuña Mackenna alzando la voz por encima de la batahola que había creado—. Esta

última pregunta es muy importante porque, como muchos honorables miembros del Senado lo saben, el mejor carbón del mundo es el que se produce en el país de Gales, en las islas británicas. Este carbón, por su contenido mineral, es el único que permite generar suficiente presión en las calderas de los buques para que estos den su máxima velocidad. Mientras el señor Grau saca todo el poder de su máquina de muerte, nuestros poderosos blindados, el Cochrane y el Blanco Encalada, se mueven como tristes paquidermos del mar.

Hubo risotadas en algunos senadores; otros se mordían la lengua. La sesión amenazaba con transformarse en bochorno para el gobierno.

—Y finalizo entonces, honorables miembros del Senado, con mi última pregunta dirigida al mando supremo de la nación. ¿A cuánto ascienden las compras de carbón nacional de calidad inferior? ¿Debo recordarles a los honorables miembros del senado que el Presidente de la República es accionista de estas minas? ¿Que su patrimonio crece mientras nuestros barcos penan por darle alcance al Huáscar?

Vicuña Mackenna dejó caer esta bomba en el alfombrado del Senado, y la onda expansiva se llevó por igual a moros y cristianos. Los senadores se cruzaban insultos, se amenazaban con los puños, la guerra contra el Perú no era nada al lado de esta trifulca entre caballeros de cuello almidonado.

—¡Suficiente! —gritó Santa María.

El martillazo cortó la batahola de raíz.

—Señores, honorables miembros del Senado, aquí se ha traspasado un límite. Se ha puesto en duda el honor y el patriotismo del Presidente de la República, algo que cae en el plano de la injuria personal. No vamos a responder a la bajeza con bajeza y dejaremos que el propio Senado sopese el alcance de este hecho gravoso y agravante. Vamos a responder dentro de la ley y de la manera en que responde un caballero a quien no lo es; vamos a acallar, con argumentos, a quien dice haber jurado a la Constitución, pero en realidad hace mofa y espectáculo de ella.

Las palabras enérgicas de Santa María azuzaron a los senadores de gobierno. El turno del silencio y la indignación era ahora de los partidarios de Vicuña Mackenna.

—La escuadra ha fracasado y el ejército está inmóvil por razones que rebasan lo naval y lo militar —dijo Santa María fulminando a Vicuña Mackenna con la mirada—. Y una de las más importantes razones de esta inmovilidad es que hay personas, con

nombre y apellido, protegidos por el fuero parlamentario y con aliados en la prensa, que siembran la división entre civiles y militares.

Santa María miró a los senadores y muchos bajaron la vista.

—Honorables miembros del Senado, el país es testigo de cómo estos individuos ensalzan las ambiciones personales de generales y almirantes con cantos de sirena. Sí, señores, tentando al marino y al militar con escaños en el Senado o en la cámara de diputados, ¡o incluso con el mismísimo sillón presidencial!

"—Y los instigan para desobedecer al gobierno legítimo, en quien la Constitución delegó el mando supremo de las fuerzas navales y militares en tiempos de guerra. ¿Esta es la manera como se consideran patriotas? ¿Este es el patriotismo de las personas que no voy a mencionar con sus nombres y sus apellidos para no ahondar en un cisma odioso cuando la patria más nos necesita unidos?

Definitivamente la temperatura y la presión habían cambiado de dirección. Ahora eran los liberales, los radicales, los nacionales, quienes rugían, y los conservadores y aliados de Vicuña Mackenna quienes callaban.

—¿Tiene el señor Vicuña Mackenna el descaro de preguntar por qué no han sido invitados sus partidarios a este gabinete? —preguntó Santa María retóricamente—. ¡Sus propias palabras le responden, señor! La cizaña sembrada en el seno de los mandos navales y militares está a vista y paciencia de la nación. ¡Desafío al senador a que se haga pública esta sesión del Senado! Que responda él también si no ha estado reuniéndose con tal o cual general, con tal o cual almirante, prometiéndole cargos políticos.

A esas alturas Santa María sudaba como un boxeador, y Vicuña Mackenna, que se había mantenido en su escaño haciendo muecas mientras el ministro hablaba, terminó por perder la sangre fría y mirar el suelo. Sus partidarios refunfuñaban pero ya no ladraban. Los ánimos se fueron serenando y discretamente los bandos pactaron: la sesión permanecería secreta. Y con ella los planes para capturar al Huáscar.

***

Santa María salió del Congreso con la incómoda sensación de haber ganado el tiempo apenas suficiente para organizar su ofensiva. En menos de cuatro meses de guerra los triunfos del Huáscar habían hecho caer a dos gabinetes; la necesidad de lograr

resultados era apremiante.

—Lo hizo usted muy bien —le dijo el ministro de Guerra Rafael Sotomayor.

—Pensar que era de los nuestros...

Habían cogido un coche hacia el Club de la República. El cielo sobre Santiago estaba encapotado y anunciaba lluvias.

—¿Se refiere usted a Vicuña Mackenna? —preguntó Sotomayor —. Llora por la herida. Si me apura, él debiera estar en mi cargo.

—El Presidente nunca hará eso, Sotomayor. Usted es mil veces más capaz que ese payaso. Además los militares y los marinos confían en usted.

El ministro Sotomayor no dijo nada. Santa María apretó la empuñadura de su bastón.

—Bueno, estamos en una encrucijada. Tenemos cinco mil hombres en armas, lejos de nuestras fronteras y en un lugar donde no cae una gota de agua. Ese ejército hay que alimentarlo y evitar que se deshidrate y se enferme. Y tenemos a Grau, con la mitad de nuestro poder naval, poniendo en jaque toda nuestra línea de suministro.... ¿Qué carajo pasa, Sotomayor? ¿Invadimos Perú desde tierra o esperamos capturar a Grau?

—Una cosa no quita la otra —dijo Sotomayor con nerviosismo.

El coche atravesó la Alameda y Santa María contempló, embelesado, el atardecer rojizo sobre la cordillera nevada.

—Me sorprende usted, Sotomayor —dijo Santa María—. Yo no pretendo saber nada de guerra, de armamento o de historia militar, pero soy una persona con sentido común. Una cosa es enganchar mineros sin jornal para el ejército, y otra distinta mandar a esos pobres diablos a pelear en un desierto, sin agua suficiente, sin medicinas, sin comida.

—Los generales creen que sí es posible.

—¿Los generales? —estalló Santa María—. ¿Me toma usted el pelo, amigo mío? Hasta hace poco nuestro comandante militar no se podía sostener en un caballo, de tan viejo que estaba. Ni guardar un secreto. Se quedaba dormido en los consejos de guerra, como un fraile, y cuando se dignaba a hablar era para despotricar contra el gobierno. El que hay ahora apenas tiene más luces. No, amigo mío, esta máquina de guerra, de la cual depende el país y nuestras reputaciones, hay que ponerla a funcionar partiendo por los marinos. Con el Huáscar a nuestras espaldas esto está perdido. Hay que capturarlo cueste lo que cueste. Hágame el favor de llamar a un consejo de guerra con el alto mando naval. Lo primero, Sotomayor, es lograr que esos malditos buques vuelvan a

moverse. Y rápido.

—Así se hará —dijo Sotomayor—. Pero déjeme hablar a mí primero con los marinos. Usted los asusta.

Valparaíso, 21 de agosto

En el salón de reuniones de la Comandancia General de Marina se encontraban los capitanes Galvarino Riveros y Juan José Latorre, los ministros Santa María y Sotomayor y el recién nombrado secretario civil de la escuadra, el poeta Eusebio Lillo, autor de los versos del himno nacional.

—Muy bien, señores —dijo Santa María, impaciente—. Los escucho.

Los marinos se miraron entre sí. La palabra le correspondía al más antiguo, el capitán Riveros. De cabeza triangular asentada en un cuello delgado, ojos hundidos en sus órbitas y un bigote grueso que le cubría casi toda la parte inferior de la cara, Riveros parecía más un paciente terminal que un marino capaz de llevar al país a la victoria.

—Mal están los buques pues, señor ministro —dijo con tono tremebundo—. Allá en el norte el mar está lleno de choros que se adhieren al casco y le restan velocidad a los barcos. Cinco meses llevan con las calderas encendidas y tienen los tubos tapados de hollín. Es un desastre, oiga.

—Preocupante —dijo Santa María—. Pero al menos reconforta saber que los marinos no le dan crédito a la calumnia del señor Vicuña Mackenna contra el Presidente de la República.

—Bueno, el carbón no siempre es bueno... —dijo el capitán Riveros.

Se hizo un silencio incómodo.

—Capitán Latorre, usted iba a decir algo —dijo el ministro Sotomayor.

Era la primera vez que Juan José Latorre hablaba en un consejo de guerra con dos ministros y un secretario civil. Tenía 37 años, ojos avispados y una expresión atenta a lo que sucedía a su alrededor. Su cuerpo no tenía nada que ver con el de un lobo de mar: bajo, de barriga prominente y pies cortos. Pero Juan José Latorre era el único marino chileno que le había plantado cara a Grau y los periódicos lo habían elevado a un estatus de celebridad nacional después del segundo combate de Iquique, lo cual había introducido una nota de tensión con sus colegas, particularmente con su superior directo, Galvarino Riveros.

—El casco del blindado Cochrane está siendo limpiado con buzos del Arsenal de Marina y la máquina reparada con ayuda de

los talleres de Ferrocarriles del Estado —informó Latorre—. Se desarmó ya la máquina y se encontraron 1.200 tubos de la caldera obstruidos con hollín petrificado. Se le va a dotar de ametralladora y de focos eléctricos para rechazar torpedos. Se están reparando las cañerías, los condensadores, las cajas de estopas, los cilindros y las planchas de los fogones.

—¡Dios mío! —exclamó Santa María—. ¡Qué manera de estropearse estas cosas!

—El carbón, el carbón… —susurró el capitán Riveros, agrandando los ojos como si dijera una verdad de ultratumba—. Y los choros, señor ministro, choros de este tamaño…

La mímica del marino le pareció grotesca a Santa María.

—Limpiando los fondos el Cochrane podría dar 12 nudos, los mismos que el Huáscar.

—¿Y al Blanco? ¿Lo van a limpiar también?

—El riesgo de traerlo a Valparaíso es desproteger al norte —dijo Latorre—. Se le puede limpiar en Mejillones, pero no será tan eficaz. Dará a lo sumo 9 nudos.

—¡Espléndido! —dijo Santa María, y agregó con tono irónico—. Ahora solo hay que encontrar a un hombre en la inmensidad del océano.

—No se apure tanto ministro —dijo el capitán Riveros—. El hombre no se deja ver. Se tapa y se esconde como esas criaturas del folclor de mi tierra chilota.

—Ahórreme el folclor, capitán —dijo Santa María—. Queremos hechos.

—Hay que ir a buscarlo a su guarida, que es Arica —insistió Riveros—. Hay que encerrarlo ahí y tirarle unos torpedos, en la noche, sin que se dé cuenta.

—¿Capitán Latorre?

—Es una alternativa. La otra es atraparlo en el mar, como una ballena.

Santa María creyó detectar una nota de ansiedad en Riveros cada vez que Latorre tomaba la palabra. Uno era viejo y el otro joven. Uno estaba acabado y el otro bullía de energía.

—Señores —dijo Santa María—. En Arica, en alta mar, con torpedos o cañonazos, no me importan ni el cómo ni el dónde. Simplemente atrápenlo.

La pluma de Eusebio Lillo rasgaba el papel tomando notas para luego levantar el acta del consejo. El viejo poeta levantó los ojos del documento e intercambió una mirada breve con Santa María.

—Ustedes verán —dijo Santa María mirando a Riveros y a

Latorre—. Elaboren un plan A y un Plan B. Tenemos que neutralizar a uno de los mejores marinos de América del Sur.

—¡Vencer o morir! —exclamó Riveros.

El viejo marino se dobló presa de un ataque de tos, luego sacó un pañuelo y se limpió los restos de flema del bigote. Pobre hombre, pensó Santa María.

Valparaíso, 21 de agosto

Santa María abordó un coche que lo llevó al hotel Aubry. Entró al edificio, saludó al administrador, el señor Kerbenhardt, y se dirigió directamente al privée que le tenían reservado cada vez que pasaba por Valparaíso. Allí, lejos de los demás huéspedes y comensales, pidió una copa de bitter batido de aperitivo y de entrada una sopa de ternera. De fondo pidió un muslo de cerdo con puré picante, acompañado por una botella del mejor Bordeaux. La guerra y la política tenían algo en común: le daban hambre.

—Señor ministro, lo busca un caballero —dijo el Maître d'.

El poeta Eusebio Lillo entró al salón, arrastrando su figura baja y encorvada entre las mesas donde se degustaban los manjares más exquisitos del puerto. Su rostro surcado de arrugas y su traje barato hacían pensar en un profesor de liceo público.

—¡Lillo! ¡Amigo mío! Siéntese, por favor.

—Gracias —dijo el viejo poeta—. Veo que aquí se come bien.

—Pida lo que quiera –dijo Santa María

Lillo y Santa María eran compañeros de generación. Jóvenes revolucionarios del Instituto Nacional. Ahora eran hombres de gobierno, Santa María el político más poderoso del bando liberal, y Lillo un operador político de su entera confianza.

—Bueno, cuénteme —dijo Santa María—. ¿Qué la parece su nuevo trabajo?

—Me lanzó a los leones —dijo Lillo.

Santa María pidió al camarero un agua de boldo y un coñac.

—No sea malagradecido. Le he dado el trabajo soñado para un poeta. ¡Cantar las glorias de nuestra escuadra!

—Me tiene espiando a los marinos.

—¿Y qué le parecen los marinos, Lillo?

—Tienen sus cosas.

—¿No cree que les falta su no sé qué de picardía? ¿No los encuentra usted demasiado beatos?

El secretario achicó los ojos y sonrió.

—No me malinterprete, amigo mío— dijo Santa María—. Tengo la mayor admiración por nuestros hombres de mar. Su código de honor es hermoso, casi quijotesco. Se destrozan a cañonazos y luego les escriben cartas a las viudas.

—Algunos tienen ambiciones políticas —dijo Lillo.

Lillo dejó la frase suspendida y Santa María lo miró sin decir nada. A buenos entendedores pocas palabras.

—No me preocupa tanto eso, Lillo. Ese pobre Riveros tendrá la venia del arzobispo y del partido conservador, pero no tiene ínfulas de Julio César. El problema es otro.

—¿Latorre? Después de plantarle cara al Huáscar es un héroe nacional.

—No, por Dios. Latorre es de los nuestros. ¡Y tiene chispa!

—¿Entonces?—preguntó Lillo.

Santa María llamó al maître y pidió una botella de coñac y una caja de puros de Londres. Encendió el suyo y lo saboreó largamente, deleitándose con el sabor espeso que le llenaba la boca.

—¿Sabe que siento una gran envidia por usted, Lillo? —dijo mirando al poeta a través de una cortina de humo—. No importa cuánto yo me esfuerce por servir a la república, la historia solo me recordará como un nombre más. Fulano de tal, político y ministro. En cambio a usted, Lillo, lo recordarán por sus versos. Que o la tumba serás, ¡de los libres! Sí, amigo mío. Cuando de aquí a cien años nuestros compatriotas celebren la gesta de Prat, lo harán cantando sus versos. ¿Se acordará alguien de mis decretos?

—Mi modesto aporte —dijo Lillo.

—¡A su salud!

El privée se llenaba de humo y de secretos de Estado.

—Si no nos movemos luego esto va a ser como la guerra de Troya, solo que el pueblo chileno no nos aguantará diez años. En tres meses empezarán a pedir nuestras cabezas.

Lillo hizo un gesto afirmativo.

—¿Qué es lo que tiene en mente?

—Abordará el Cochrane, junto con Riveros y Latorre, apenas le hayan sacado al maldito buque todos los choros y el cebo de las tripas. En Mejillones le limpiarán la barriga al Blanco y saldrán a cazar esa ballena. Usted no se despegará de Riveros. Quiero saber qué hace ese chilote y, por favor, si insiste en su insensatez de atacar a Grau con torpedos, que sea aprobado en junta de comandantes y que quede por escrito.

—Me parece la mejor forma de proceder —dijo Lillo con cautela.

—Ahora bien, en el caso de que usted fuese el comandante en jefe de la escuadra. ¿Qué haría?

Lillo meditó sus palabras.

—Cuando se tiene a un enemigo del calibre de Grau no basta

aplicar la fuerza. Tenemos que buscar la manera de tenderle una emboscada y capturarlo.

Santa María sonrió por primera vez.

—¿Ve que dos cabezas piensan mejor que una?

***

Terminada la botella de coñac y los puros Santa María se sentía joven, brioso como una locomotora. Al punto de invitar al poeta a lo de Madame Blanche, el salón para caballeros más exclusivo de Valparaíso. Allí, entre licores de menta, muebles estilo Luis XV y niñas que se paseaban en paños menores hablando con acento eslavo, Santa María y Lillo pusieron al Estado en marcha.

—Bueno, hábleme de su teoría de la emboscada.

—Cosa nada fácil siendo Grau un marino tan inteligente —dijo Lillo—. Conoce perfectamente sus limitaciones y se aprovecha de las nuestras para hacer su trabajo. Ataca puertos desprotegidos y cargueros; apenas ve a nuestros blindados da media vuelta y los deja atrás. Supongo que sabe de dónde obtiene su información.

—De nuestros periódicos y de los barcos neutrales.

—Vea usted el caso de la prensa. Los conservadores nos fustigan por no imponer la censura, pero nosotros podríamos usar esa debilidad en nuestro favor.

A Santa María se le iluminaron los ojos, pero antes que pudiera decir nada Lillo prosiguió con su plan, estimulado por la visión de aquellas muchachas de ojos claros que se paseaban en enaguas, con botines de caña alta y el pelo cogido en trenzas.

—Además está el telégrafo… —dijo Lillo, saboreando una taza de té con bergamota—. Hace poco leí que la Casa Rothschild ganó millones de libras en la bolsa por enterarse antes que el resto de París de la derrota de Napoleón en Waterloo. Rothschild lo supo porque tenía agentes en el ejército prusiano, que usaba un sistema de señales para comunicarse con Berlín. Durante algunas horas logró sembrar el rumor contrario, que Napoleón había ganado, y lo aprovechó para vender títulos de deuda pública con ganancia, hacer caja y luego comprar en cantidades cuando los títulos de la bolsa se desplomaron al conocerse la derrota.

—¿Adónde quiere llegar, Lillo?

—Es simple, tenemos estaciones telegráficas en Antofagasta, Caldera, Coquimbo y Valparaíso, y cada una de ellas es vital para nuestros propósitos. He sabido, por los propios marinos, que las naves cuentan con aparatos para rastrear el cable submarino. Una

vez ubicado el cable lo jalan y lo traen a la superficie.

—Entonces lo cortan.

—Eso lo hacen al final, para interrumpir las comunicaciones. Pero también pueden conectarse al cable y enterarse de lo que pasa por ahí.

Lillo dejó la frase suspendida y a Santa María se le volvieron a iluminar sus ojos de gato. Después de semanas de incertidumbre comenzaba a ver claro. Todo gracias a la mente fría de un hombre ducho en metáforas.

—Tenemos que convencer a Grau que vale la pena salir de Arica y dirigirse al sur. ¿Y qué mejor carnada que un supuesto convoy con hombres y material para un eventual desembarco en alguna caleta cercana a Iquique, Patillo, por ejemplo? Hable con Agustín Edwards, despliegue sus artes de la retórica y convénzalo de publicar algunas líneas en El Mercurio.

—Hay que meter a Sotomayor en todo esto —dijo Santa María pensando en voz alta.

—Por supuesto, dígale que prepare una seguidilla de telegramas falsos. Que se coordine con todos los telegrafistas que tenemos entre Mejillones y Coquimbo para que nuestras mentiras sean realistas.

—Supongo que tienen que ser telegramas cifrados.

—No puede ser de otra manera. Si esa información telegráfica circula sin codificar no tendrá la menor credibilidad, con o sin El Mercurio de nuestra parte.

—¿Y los comandantes de los barcos neutrales? —preguntó Santa María—. Tienen que creernos también, de lo contrario...

Lillo se llevó los dedos de la mano derecha a la solapa izquierda, formando una símbolo secreto cuyo significado sólo ellos y unos pocos ciudadanos de la república conocían.

—Varios armadores de Valparaíso son Hermanos...

—¡Asunto resuelto! —exclamó Santa María.

Por primera vez en muchas semanas el ministro del interior podía respirar tranquilo.

—Deme carta blanca para arreglar los detalles con Latorre. Lo tendré informado, por cierto.

—Se las trae usted para ser poeta —dijo Santa María buscando a Madame Blanche para pedirle otra botella de coñac.

—Platón se apresuró en expulsarnos de la república —dijo Lillo guiñándole un ojo.

Valparaíso, 11 de septiembre

El cabo de cañón Melchor Martínez y sus dos camaradas del alma, Mery, el egipcio, y el gringo Mosley, subieron las calles empedradas del puerto hasta la avenida del Almendro. Los seguía a corta distancia el perro Cuatro Vientos, marino tan aguerrido como cualquiera. Todos habían servido en la cañonera Magallanes, al mando del capitán Juan José Latorre, y sabían lo que era tener al Huáscar al frente. Se acercaba la fiesta nacional y, con su paga marinera en los bolsillos, iban en busca de acción. La vida del marino era peligrosa. ¿Quién les aseguraba que en su próximo encuentro con el destino saldrían con vida?

Iban con el dato preciso de una taberna donde se cantaba y se bailaba, se jugaba a la baraja, corría el vino y la fritanga. Corrían también niñas de buen ver, y no solo eso: tocaba allí por las noches la Rosa de Talagante, cantora famosa en todo el puerto con su voz y sus canciones inspiradas por la más profunda chilenidad.

La taberna tenía cinco mesas y un mesón de donde salía el trago. Era lo que algunos porteños llaman un chinchel. Su dueño era un tal Giuseppe, el italiano, que había disfrazado el negocio de puesto de frutas. Esa misma mañana unos vecinos lo habían denunciado a las autoridades mediante carta al editor de El Mercurio de Valparaíso, don Agustín Edwards, como "guarida de pícaros y mujerzuelas".

Se juntaban en la taberna de Giuseppe marineros, funcionarios públicos, escritorzuelos de los periódicos, profesores de liceo. El cabo de cañón Melchor Martínez entró junto a sus dos compañeros y al perro Cuatro Vientos, y antes de dar dos pasos quedaron impactados con la Rosa de Talagante, que cantaba en esos momentos una cueca picarona. A su lado, como un cardenal de la chingana, un mulato le sacaba chispas al cajón.

Triste y llorosa.

Pasaré mientras viva
Toda quejosa
Toda quejosa ay sí.

Al ver al perro Cuatro Vientos el italiano hizo amago de echarlo a la calle a patadas, pero los tres marinos reaccionaron

poniéndose de pie como un solo hombre:

—¡Más respeto por los héroes! —le dijeron con pachorra.

El italiano hizo un gesto de fastidio y se alejó. Los hacía responsables si el quiltro molestaba a los clientes. Muy digno y sin darse por aludido, Cuatro Vientos se colocó debajo de la mesa por si le caía algún trozo de empanada.

La Rosa de Talagante seguía cantando. ¡Qué bien cantaba y qué buen lustre le sacaba a la guitarra! Melchor intentaba mirarla a los ojos. Terminada la cueca el público estalló en aplausos. Rosa, agradecida, le dedicó la siguiente canción al más grande de los chilenos.

—Al capitán Prat, que ahora está en lo más alto, con los valientes de la Esmeralda frente al Supremo Creador. Y dice así:

Adiós bandera chilena

que simbolizas flamante
eres la más cooperante
de la marina la gran sirena
Adiós hermosa azucena
del jardín de la razón

Cada verso tenía un eco grave en la guitarra, como si esta acompañara el canto con un lamento. Y el cabo de cañón Melchor Martínez sintió que por sus mejillas caía una lágrima. Morena del Diablo, pensó, que golpeaba con su alfiler el punto vulnerable de un pecho de acero.

Adiós flor de la pasión

quiero de pronto despedirme
Perfumarme para irme
a la celestial mansión
Adiós Chile floreciente
por ti lo he dejado todo

Las últimas notas quedaron suspendidas en un silencio respetuoso. Los aplausos estallaron otra vez.

***

Rosa de Talgante terminó de cantar y agradeció los aplausos.

Le gustaba el público a esa hora. Más tarde se echaba a perder, el vino hacía estragos en tanto hombre solo. Rosa de Talagante guardó su guitarra, bajó del escenario, y un marinero alto y torpe se le acercó.

—Muy lindo su canto, oiga. Yo me llamo Melchor y soy marinero. Sirvo en la cañonera Magallanes y le quiero invitar un pencacito por la patria. ¿Acepta?

Ella lo quedó mirando no muy convencida.

—Muy amable, marinero, pero yo me pago el trago con mi trabajo.

Al cabo de cañón Melchor Martínez casi se le cayó la gorra. La hembra era chúcara y parada en la hilacha. No era cosa de llegar y sacarle un besito. ¿Qué se había creído?

—Yo también, doña Rosa —dijo Melchor—. Me pago los tragos yo mismo, no apuesto ni pido prestado. Sirvo de artillero en la cañonera Magallanes y vi la muerte hace poco, cara a cara con el monitor peruano.

Rosa de Talagante se detuvo para mirarlo con mayor atención. Tenía razones para ser cautelosa y ponerle paños fríos a la admiración de un hombre. Pero aquel marinero gigantón tenía unos ojos francos, una sonrisa de niño.

—Habla lindo usted —dijo ella, manteniendo aguerrida distancia—. ¿Sabe qué más? ¡Brindemos! Pero cada cual paga su ronda y, si nos caemos bien… después vemos qué hacer.

Valparaíso, 11 de septiembre

Santa María llegó puntual al Club de la Unión. Un mayordomo lo condujo al privado donde lo esperaba el hombre clave para su plan. El hombre que había empujado a todo el país a la guerra.

—Mi querido Agustín, qué placer verlo.

—El placer es mío, ministro.

Agustín Edwards tenía 27 años, pero sus ojos negros eran los de un hombre de 70. Completaban el cuadro una cara redonda, una nariz aguileña y una voz monocorde. Hacía apenas un año había heredado una de las mayores fortunas del país.

—Me enteré que andaba usted por estos lados y decidí pasar a verlo —dijo Santa María.

—Me hace usted un gran honor. ¿Un puro?

—No le voy a decir que no.

Ambos sonrieron con complicidad. Dueño del diario más influyente de Valparaíso, diputado por la provincia de Quillota por el Partido Nacional, banquero, agricultor y uno de los grandes financistas de la guerra a través de su banco, si había alguien a quien Santa María necesitaba de su lado era a Agustín Edwards.

—¿Qué tal los planes, ministro? —preguntó éste después de exhalar una gruesa bocanada de humo—. Tiene usted al congreso en ascuas.

—Tenemos razones para estar optimistas, mi estimado Agustín. Pero va a ser difícil.

—¿Le puedo decir lo que pienso?

—No faltaba más.

—Esto de iniciar una ofensiva terrestre es una utopía mientras Grau ande suelto.

—Somos de la misma opinión. No así el señor Matte. Tan riguroso él en cuestiones del tesoro público.

—El señor Amunátegui es del mismo parecer, por lo que he oído.

Santa María jugaba ajedrez. Había movido pieza para sondear a Edwards, pero el joven banquero no daba su brazo a torcer.

—Debe primar lo naval. Imagínese lo que será desembarcar tropas con el Huáscar a sus espaldas.

—No podría estar más de acuerdo. Y para eso he venido a conversar con usted.

—En lo que pueda servir.

—No he venido a hablar con el hombre de negocios, ni siquiera con el hombre público, de cuya lealtad no he dudado jamás —dijo Santa María, zalamero—. He venido a hablar con el hombre de la prensa.

Agustín Edwards no era alguien que se inclinara ante la vanidad o al elogio. Pareció darse cuenta de que Santa María había movido a su alfil.

—Usted sabe que nuestro trabajo periodístico está al servicio del país.

Santa María tuvo que sofocar una carcajada.

—¿Cómo le está yendo con El Mercurio, Agustín? Me refiero a si ha podido sanear las cuentas. Su padre era el mayor acreedor del señor Santos Tornero, el antiguo dueño. ¿No es verdad?

—Hemos puesto mucho cuidado en cuadrar los números. Fue doloroso tener que despedir a algunos periodistas.

—Es un trabajo delicado el suyo, amigo mío. Sobre todo ahora que estamos en guerra. Hay colegas suyos, ya sabe a quiénes me refiero, que piden en el congreso restringir las libertades de la prensa. ¿Qué piensa usted?

—Una propuesta inadmisible en un país civilizado —dijo Edwards friamente—. La libertad de expresión es un derecho sagrado.

—En ese tipo de cuestiones somos de la misma opinión, Agustín. Ese es un decreto que el Presidente de la República no va a firmar. Pero el gobierno y el país necesitan quizá un poco de ayuda de la prensa para capturar al Huáscar.

Agustín Edwards lo miró con atención.

—¿Qué tipo de ayuda, señor ministro?

—Algunos adversarios suyos critican que Grau se entere de los movimientos de nuestra flota a través de El Mercurio.

—Usted sabe que eso es una sandez, ministro —retrucó Edwards, que tampoco era un hombre dado a arrebatos de furia.

Los dos hombres se miraron durante algunos segundos. Ambos sabían que el clan Edwards había utilizado a otros periodistas para iniciar una feroz campaña contra el gobierno boliviano en su intento de cobrar impuestos a la Compañía de Salitre y Ferrocarril de Antofagasta. Campaña que aumentó en intensidad cuando el dictador Daza intentó expropiar la empresa y lanzarla a remate. Pero El Mercurio se había mantenido al margen de estas pasiones, conservando su estilo ecuánime y distante.

—Cuando un ejemplar de El Mercurio llega a Iquique o al Callao, Grau ya se ha enterado de los movimientos a través de los

barcos neutrales y de las estaciones telegráficas —insistió Edwards.

—Amigo mío, no me cuente lo que yo ya sé —dijo Santa María —. Lo que yo intento decirle es que podemos utilizar esa acusación infundada y maliciosa en una ventaja bélica.

Un silencio espeso se estableció entre los dos hombres.

—¿Me está proponiendo que publique mentiras en El Mercurio?

Santa María no pudo ocultar su satisfacción.

—Mi estimado Agustín, hay mentiras que solo podemos calificar de piadosas. ¿Mentiría usted por su patria? Yo sí. Sobre todo si el destinatario de esas mentiras es mi enemigo.

Agustín Edwards lo miró a los ojos, en señal de capitulación.

—Suponga que usted reserva esas mentiras piadosas tan solo para algunos ejemplares de El Mercurio —prosiguió Santa María, satisfecho—. Que sus linotipistas cambian una, dos o tres líneas en un puñado de ejemplares que viajarán al Callao en los barcos de la carrera. Sus lectores en Valparaíso ni se enterarán.

—Es una propuesta que me abochorna.

—No le estoy pidiendo que le mienta al país, Dios me libre, sino que le mienta a Grau.

Pero Agustín Edwards no daba su brazo a torcer. Habló de su honor de caballero, de la imparcialidad y seriedad de El Mercurio. Santa María tuvo que dominar su carácter y escoger sus palabras con cuidado.

—Estimado Agustín, déjeme ampliar un poco la mirada, para que mi posición como ministro y representante del gobierno le quede clara. La nación ya ha incurrido en grandes sacrificios para salvar a su empresa salitrera de Antofagasta, y quedan sacrificios aún mayores por delante. Usted también tiene certificados y bonos salitreros de las compañías que le expropió el Perú, así que escúcheme: si esos territorios caen en nuestras manos, tenga por seguro que al monopolio estatal peruano no seguirá un monopolio estatal chileno. Esas compañías serán devueltas a sus dueños, incluyéndolo a usted a través de fórmulas jurídicas que evaluaremos y discutiremos en su momento. Dedíquese a lo que sabe, que es explotar compañías industriales y hacer buenos negocios, por lo cual lo felicito, que nosotros administraremos en nombre de la nación los tributos que usted pagará como buen ciudadano.

Agustín Edwards enarcó las cejas, admitiendo el jaque mate.

—¿El mando naval está al tanto de esto? —bufó.

Cuando Santa María sonreía sus ojos se achicaban y sus bigotes bajaban cubriendo los labios. Solo los dientes quedaban a la vista de su interlocutor, unos dientes agudos de gato de campo.

—Amigo mío, ha sido el mando naval el que nos ha sugerido proceder así —dijo el político sin apartar los ojos del banquero—. Los marinos nos necesitan y lo necesitan a usted. ¿Qué me dice, Agustín?

Valparaíso, 11 de septiembre

El capitán Juan José Latorre se miró en el espejo, se ajustó el cinturón y sus condecoraciones y salió a abordar el coche.

Lo esperaba un compromiso triste: un funeral. El coche dio la vuelta a la plaza Victoria y se dirigió a la Plaza de la Independencia, frente al cuartel de bomberos. Como era costumbre en el puerto, los combatientes del fuego despedían a sus compañeros en funerales nocturnos. Desfilaban en formación detrás del féretro portando antorchas que excitaban a los curiosos.

Latorre acompañó el cortejo en silencio, sintiendo sobre sí algunas miradas de admiración. El fallecido era el capitán de la Tercera Compañía de Bomberos y apreciado comerciante del puerto don Emilio Watkins Gatica, por lo que estaban presentes muchos miembros de la banca y de la industria local como los señores Edwards, Ossandón, Goyeneche y muchos más.

El cortejo siguió por la calle del Cabo y dobló la empinada ladera adoquinada que subía hacia el cerro Panteón. Las ventanas estaban llenas de curiosos que observaban el espectáculo.

Finalmente se detuvo delante del cementerio de disidentes. Los bomberos y algunos deudos ingresaron a un salón de ceremonias y formaron un círculo en torno al féretro, cubierto por una bandera en la que se divisaban un compás, un ojo y una escuadra. Latorre se incorporó a la cadena de brazos trenzados que formaban los señores Clark, Carson, Soffia y Jenkins, entre otros.

El señor Clark se colocó frente al féretro, justo delante de la cabeza del finado, sacó un librito, dio vuelta las páginas y se detuvo en una. Después de unos minutos, se inclinó hacia la persona que estaba a su derecha y le dijo algo al oído. Luego repitió la misma ceremonia con la persona ubicada a su izquierda. La frase secreta comenzó a viajar de boca en boca hasta dar toda la vuelta a la cadena.

—Hermano Emilio Watkins Gatica, ¿estás ahí?

El señor Clark repitió la pregunta tres veces, con voz grave.

—El Hermano Emilio Watkins Gatica no responde —dijo finalmente—. La cadena se ha roto. El Hermano Emilio Watkins Gatica está ahora en una región que no conocemos…

Latorre sintió un estremecimiento. Algún día le tocaría a él. Si caía en combate o si llegaba a la edad en que su cuerpo se marchitaría sin remedio, sus Hermanos harían la cadena para

despedirlo en su viaje a las regiones desconocidas.

Solo entonces reparó en la mirada que le dirigía alguien desde el público que observaba la ceremonia desde fuera de la cadena. Era el secretario de la escuadra, Eusebio Lillo.

***

Bajaron juntos al plan y se dirigieron a un hotel en la zona del Almendral, lejos del puerto. No querían exponerse a ojos indiscretos.

Latorre sabía que el rol de Eusebio Lillo era mucho más que el de levantar el acta de los consejos de guerra. La pregunta era, sin embargo, para quién trabajaba el viejo poeta. ¿Para el ministro Sotomayor, que lo había nombrado, o para el ministro Santa María que conducía los hilos de la política nacional? Pronto lo sabría. Dejó que Lillo jugara primero.

—Capitán, ¿es verdad que tiene usted tres hermanos peruanos? —le preguntó luego de brindar por la victoria.

—Dos, señor Lillo. Mi padre nació en Cuzco y se estableció en Valparaíso. A su muerte, mi madre quedó en una situación muy difícil y debió entregar a mis hermanos al cuidado de su cuñado en Lima.

—Entiendo que uno de ellos sirve en el ejército.

—Y espero que no se me reproche esta cruel circunstancia del destino.

—Por supuesto que no, capitán. Pero dígame: ¿Mantiene algún tipo de correspondencia con su hermano militar?

Latorre sacudió la cabeza. Empezaba a molestarle tanta pregunta.

—No se preocupe, casi todos nuestros políticos y empresarios tienen parientes y negocios en el Perú. El señor Agustín Edwards, sin ir más lejos, es uno de los acreedores del presidente del Perú, don Mariano Ignacio Prado, en el negocio del carbón.

Latorre no dijo nada.

—¿Usted conoce al almirante Grau personalmente? —insistió el poeta.

—Lo he visto en total unas cuatro ocasiones —respondió Latorre.

—¿Cómo lo calificaría?

—Como un gran marino, señor Lillo. Y si me permite, ya que estamos en privado, una gran persona.

El secretario sacó una caja de cigarros y le ofreció uno. Latorre

declinó.

—¿Por qué cree usted que nos está derrotando? —insistió.

—Yo discrepo frente a este punto —dijo Latorre con tranquilidad—. Solo ha cosechado éxitos parciales, aprovechando nuestras debilidades.

—Al Presidente de la República le gustó su metáfora de la ballena —dijo Lillo con un tono que podía pasar por zalamero—. Esto debe ser una cacería en alta mar. No un tiro al blanco en Arica como quiere el almirante Riveros.

—Pero la comandancia en jefe le corresponde a él, por antigüedad y mérito.

—Dejemos el mérito afuera, capitán. Esos famosos torpedos son un fraude, además de un peligro público. He leído los partes. Son impredecibles, imprecisos, pueden devolverse y dañar al buque, o peor, irse contra un barco neutral y provocar un incidente con Inglaterra, Francia o Estados Unidos. ¿Se imagina lo que eso sería, capitán? Pero Riveros es un chilote porfiado y llevado de sus ideas, y nos podría arrastrar a la ruina.

—Por algo dije lo que dije en el consejo de guerra.

—Yo veo dos posibilidades. Dejar que esto pase y que Riveros renuncie. ¿Pero los costos? La marina quedará humillada. La campaña terrestre tendrá que posponerse y el enemigo se fortalecerá.

—¿Cuál es la otra posibilidad, según usted?

—Que se nombre a Riveros comandante en jefe, pero con poderes restringidos. Y que la escuadra se divida en dos, una defensiva y otra ofensiva.

—Veo que lo tienen todo pensado.

—No subestime al ministro Sotomayor, capitán.

—No pensaba en el ministro Sotomayor —dijo Latorre—. Pensaba en el ministro Santa María. Una torpeza de Riveros lo hará perder la Presidencia de la República. Y los conservadores volverán al poder.

Ahora Lillo entendía por qué Santa María apreciaba a aquel hombre.

—Volviendo a su metáfora de la ballena. ¿No cree usted que para cazarla hace falta una carnada?

—Grau busca dos cosas, hundir un blindado y capturar un transporte. Exponer a un blindado sería suicida. Exponer a un transporte, antipatriótico.

—No hay para qué exponer a nadie, capitán. Bastaría hacerle creer a Grau ciertas cosas. ¿Me sigue usted?

Latorre parpadeó, sopesando lo que acababa de oír.

—¿Eso es lo que pretende hacer el gobierno?

—Eso es lo que usted y yo debemos lograr para que el Huáscar salga de Arica y se aventure hacia el sur, digamos hasta Coquimbo. Y luego atraparlo entre dos fuegos.

Latorre observó detenidamente su vaso, comenzando a entrever lo que Lillo quería decirle.

—Si lo entiendo bien, usted me está proponiendo recurrir a un tipo de guerra para la que no hemos sido entrenados.

—Nunca es tarde para aprender —dijo Lillo sonriendo.

Valparaíso, 11 de septiembre

El cabo de cañón Melchor Martínez era famoso en la escuadra por dos cosas: su voz y su puntería. Durante el servicio en la cañonera Magallanes su precisión le había ganado las felicitaciones del capitán Juan José Latorre. Su voz, una legión de novias y amores en cada puerto de la república. Pero ahora estaba trenzado en cautelosa y promisoria conversación con la más bella de las rosas, la Rosa de Talagante, cantora de lo humano y de lo divino.

—¿Y usted viene llegando o se va?

—Ando de franco con mis camaradas —dijo Melchor señalando al egipcio y al gringo, que levantaron sus copas tal como el perro Cuatro Vientos movía su cola.

—¿Y el quiltro es marino también? —preguntó Rosa de Talagante.

—Más respeto, señora —bromeó Melchor—. ¡Cuatro Vientos es nuestro sostén espiritual y artillero honorario!

—Así que ha estado en combate —dijo Rosa de Talagante, escéptica, tanteándolo.

—Si pues, con el Huáscar, nada menos. Yo soy el que dispara el cañón —respondió Melchor, saboreando el doble significado.

—No me diga —dijo Rosa siguiéndole el juego—. ¿Cañón grande o cañoncito?

Melchor soltó una carcajada.

—Le han dicho que tiene ojos muy lindos —dijo mirando a Rosa.

Rosa le devolvió la mirada. Justo en ese momento los cantores habían sacado sus guitarras. Las parejas ya se habían formado y aplaudían. El zapateo y el ritmo se apoderaron del chinchel.

—Guárdese el halago, marinero —dijo Rosa de Talagante—. Y muéstreme qué tan gallo es con esta cueca.

La prueba era difícil para Melchor, hombre de cuerpo grande. Más aún cuando Rosa de Talagante era de aquellas que sabía mover el pañuelo. Las parejas se cruzaban simulando el cortejo del amor, y en eso consistía la cueca. Melchor trataba de avanzar como gallo de la pasión, cruzando los talones, haciendo sonar los tacos, sosteniendo el pañuelo arriba de la cabeza con sus dos manos. Pero Rosa se le escabullía, lo mantenía siempre a raya con gracia y coquetería. Rosa era cautelosa por experiencia. Tenía dos

hijos y estaba en su lugar de trabajo.

Terminado el baile, Rosa y Melchor aplaudieron y se miraron con complicidad.

—Venga a conocer a mis camaradas, doña Rosa —propuso Melchor tomando confianza—. Son gente buena, créame.

Rosa comenzaba a interesarse por el gigantón. Bailaba bien la cueca, tenía dientes lindos y cara de niño. Rosa lo siguió hasta la mesa donde estaban sus camaradas y el perro. El cabo de cañón Melchor Martínez hizo las presentacones.

—Doña Rosa, él es Elías Mery y viene de la tierra de Moisés. Y este es Mosley, que antes de disparar cañones cazaba ballenas.

Los marineros se pusieron de pie y saludaron a Rosa con timidez y mucho respeto. El perro Cuatro Vientos se levantó y acercó su nariz a las botas de la cantora. Ella tardó en darse cuenta de que no hablaban cristiano.

—Así no más es la escuadra, doña Rosa, como la torre de Babel —dijo Melchor.

—¿Cómo se entienden? —preguntó Rosa.

—Gestos y palabras pues. Yo también me sé algunas palabras en sus idiomas.

—A ver, dígame algo.

—Yes, míster... Alá ajbar... alajú ajbar...

—¡Qué mentiroso...!

—¡Es verdad! ¡Pregúnteles!

El egipcio tenía mirada de gato y el gringo pelo de zanahoria y pecas. Le mostró la sirena de su brazo: apretándola movía los pechos. Rosa soltó una carcajada. Se estaban haciendo amigos, los objetivos del cabo de cañón Melchor Martínez y de la cantora Rosa de Talagante se estaban alineando.

Rosa debía regresar al escenario. Cuatro canciones y que las parejas bailaran, luego cobrar e irse para la casa, donde la esperaban sus hijos. Se sentó en una silla, apoyó su guitarra sobre el muslo.

—Veo que hay hombres de mar en la distinguida concurrencia —dijo mirando a Melchor y a sus camaradas—. Para ellos esta cueca marinera que dice así: uno, dos, tres...

Salí de Chile para el Perú

En un barco de puro Amor
Y una peruanita el primer día
daba suspiros con su dolor

era tan bella la peruanita
semejante a un perlita
Yo la miraba boquiabierto
y ella corría para darme un beso

Era una cueca pícara que ella cantaba con voz aguda, caricaturizada, de solerona que solo piensa en el picaflor. El público se reía y todo iba bien, hasta que un borracho se cruzó delante del escenario y gritó.

—¡Negra calentona!

Melchor sintió que la sangre le subía a la cabeza.

—¡Más respeto, hombre!

—¿Y a ti quién te habló, gilote!

Malechor y sus camaradas fueron rodeados por una jauría de borrachos. Rodaron vasos y botellas y Rosa dejó de cantar. El italiano y algunos parroquianos de buena voluntad intercedieron y lograron detener la trifulca.

—Esta fonda ya se puso fea —susurró Rosa protegiendo su guitarra.

—¡Tú sigue cantando! —le gritó el italiano.

Así era casi todas las noches. Tarde o temprano dos hombres se cruzaban ante la misma muchacha, un borracho pasaba a llevar el codo de otro. El empujón acarreaba su respuesta y el escándalo rebasaba las paredes del chinchel. Se despertaban los vecinos, llegaba la policía municipal. Era la otra guerra, la de siempre, las peleas de los pobres. Rosa siguió cantando, tocando la guitarra, viendo por el rabillo del ojo cómo los marineros y el perro salían del chinchel discretamente, escoltados por don Giuseppe, y ella se quedaba sola con los otros borrachos.

Valparaíso, 11 de septiembre

—Recursos válidos en la guerra moderna, capitán —dijo Lillo pidiendo otra ronda—. El uso y abuso de la información. El señor Lincoln no derrotó a los rebeldes del sur solo usando cañones.

—Le escucho—dijo Latorre.

—En el tiempo que llevo de secretario de la escuadra me he enterado que las comunicaciones secretas se codifican usando los discos de Vignère. Nunca he visto uno de estos aparatos, pero he sabido que consiste en dos discos rotativos superpuestos; el de adentro contiene un abecedario normal y el exterior está alterado, de manera que el usuario puede cifrar un mensaje donde la A se transforma en otra letra, y así sucesivamente. Pero para colocar los discos en la posición correcta el emisor y el receptor deben ponerse de acuerdo en una clave maestra, que puede ser un verso o una frase cualquiera, que solo los dos conocen.

Latorre asintió en silencio.

—Supongamos entonces que usted le envía un mensaje al ministro Sotomayor en Antofagasta, y que ese mensaje, por un motivo y otro, cae en poder de Grau. El almirante peruano verá una sopa de letras incomprensible a primera vista. A menos que tenga la clave para alinear los discos.

—Tenemos órdenes de destruir todo material comprometedor apenas avistamos al Huáscar —dijo Latorre—. Así procedí durante el segundo combate de Iquique. Lo mismo debió hacer el comandante del Rímac al ser capturado.

—¿Cada cuánto tiempo cambian las claves?

—Cada dos semanas.

—Supongo que no las mandan por el telégrafo.

—Claro que no, Grau puede localizar el cable submarino y antes de cortarlo puede “escuchar” nuestras transmisiones. Usamos las goletas y bergantines que cambiaron de matrícula al comenzar la guerra y ahora navegan con bandera británica. Grau ha capturado a varias, pero los comandantes tienen la misma orden de destruir toda la correspondencia sensible.

Lillo guardó silencio durante algunos segundos. Por la expresión de Latorre supo que el marino estaba siguiendo su mismo hilo de razonamiento. Ambos eran Hermanos entrenados en las prácticas del secreto masónico.

—Entonces supongamos que Grau hace eso, localiza el cable

submarino en Caldera o Coquimbo. Sé que es un procedimiento engorroso y lento, pero imagine usted que lo logra. Escuchará los mensajes cifrados que envía nuestro gobierno a Antofagasta, o viceversa. Pero si previamente ha capturado una de esas goletas con un libro de claves intacto, podrá leer tranquilamente lo que queramos que lea, y lo que queramos que crea. Por ejemplo, que un convoy ha zarpado con tropas y pertrechos para la invasión terrestre de Tarapacá.

Los labios de Latorre esbozaron una ligera sonrisa. Lillo supo que tenía la partida ganada.

—Todo este plan descansa en que Grau intervenga nuestras comunicaciones y muerda el anzuelo. Y para eso resulta imperativo que las escuadras se crucen sin trabar combate. Le dejo a usted los detalles para que esto suceda.

—Me está empezando a preocupar todo lo que sabe.

—Piénselo, todavía tenemos un par de semanas, ¿no? Hasta que el Cochrane esté en condiciones de zarpar. Usted quedará al mando y tendrá carta blanca para elegir a su tripulación. Le doy mi palabra y la del gobierno. No dude en elegir a los mejores, sobre todo los artilleros.

—En un buque no sobra nadie, señor Lillo.

—Pero convendrá conmigo que para acertarle una bala de 250 libras al Huáscar debe tener a artilleros con puntería de halcón. No nos saquemos la suerte entre gitanos, capitán. Desde que asumí la secretaría me he dedicado a revisar todos los partes e informes de los buques. Máquinas que no funcionan, disparos que no aciertan.

El capitán Juan José Latorre levantó su copa y bebió un sorbo de vino, luego la dejó caer lentamente, mirando al poeta con un silencio que lo decía todo.

—¿Qué le parece “o el asilo contra la opresión”? —dijo sin asomo de ironía.

—Hace veinte años que no escribo poesía, capitán —dijo Lillo con un dejo de amargura—. Esos fueron mis últimos versos de verdad. Desde entonces soy un simple servidor de la patria.

—“Que o la tumba serás de los libres” —insistió Latorre.

—Búsquese a los mejores artilleros de la escuadra y se cubrirá de gloria —insistió Lillo—. Así las cosas serán como usted dijo: cazar una ballena en alta mar, pero la más difícil, la más astuta de todas. Piénselo como si la tuviera al frente, usted con el arpón y solo una oportunidad, una sola, para enterrárselo en el lomo.

Valparaíso, 11 de septiembre

Grande fue la sorpresa de Rosa de Talagante al salir del chinchel, con las monedas de su canto en el bolsillo. En la esquina la esperaba el cabo de cañón Melchor Martínez. Y la esperaba solo, sin sus amigos extranjeros ni el perro marinero.

—¿Y usted? —le preguntó Rosa—. ¿No tiene que volverse a su barco?

—No me quería ir sin despedirme —respondió él—. Y sin saber si volvió tranquila a su casa. Con tanto borracho me preocupé.

Bajaba la cabeza, la volvía a mirar. Pero Rosa de Talagante sabía que el cabo de cañón Melchor Martínez no era ningún angelito, que tenía una novia en cada puerto.

—¿Siempre termina peleando, usted?

—No, doña Rosa, por Dios —se disculpó él—. Yo trato siempre de evitarlo, pero a veces no se puede no más. Uno es grandote, llama la atención. Llega a un puerto con siete casas y una es la posada, y todas las damas vienen a ver al marinero, y los hombres se molestan. Se ponen bravos, sacan cuchillos, rompen botellas. Eso lo he vivido.

—Bueno, ya que está aquí —dijo ella ofreciéndole el brazo—. Vivo cerca.

—Yo la dejo en la puerta y me voy. Palabra de marinero.

—Jurar en vano es pecado —le recordó Rosa.

Al cabo de cañón Melchor Martínez le gustaba esto, que Rosa de Talgante fuese siempre más rápida que él, más astuta con las palabras, más chistosa. Su madre era así. Con sus hermanas cantaban, lavaban ropa, cosían y cocinaban; se reían de chistes que solo ellas entendían, que tenían que ver con hombres.

A Rosa de Talagante le estaba pasando algo parecido. El cabo de cañón Melchor Martínez ya le daba confianza. Nadie le pondría una mano encima, ni en las monedas de su canto, mientras estuviera con aquel pedazo de hombre. El problema era otro: que Rosa llevaba demasiado tiempo sin ver a Dios… Además en el puerto se comía harto pescado, harto marisco, las mujeres que vendían el pescado le cerraban el ojo, se reían y se daban codazos. “Esta noche va a andar como araña”.

Para rematar, ya corría ese viento de primavera que despejaba las noches, y la luna llena iluminaba toda la bahía de Valparaíso. Trescientos barcos formaban con sus mástiles un bosque artificial,

de troncos que se mecían con la marea y que crujían. El viento arrastraba esos quejidos de barco hasta Rosa de Talagante y el cabo de cañón Melchor Martínez, en el último kilómetro de una conversación trascendental.

—¿De dónde son las canciones que usted cantó? —preguntó él —. No las había escuchado nunca.

—Yo las compongo, marinero —dijo ella mirando hacia adelante, casi con pena—. Los monjas me enseñaron a leer y a escribir, allá en mi pueblo. Y a tocar la guitarra. Mi padre también tocaba.

Melchor se quedó callado. Rosa parecía haberse elevado varios metros del suelo.

—Mi marido no me dejaba cantar —siguió ella—. Yo cantaba desde chica y siempre me gané mis pesos, cantando. Pero él lo odiaba y me lo prohibió. ¡Aunque tuviéramos menos plata! Si serán, los hombres... Odiaba que me miraran, que me aplaudieran.

Melchor logró reponerse de la puntada en el corazón.

—¿Y ahora cómo lo hace? ¿Se murió ese marido? —preguntó con un hilo de voz.

—Se murió —dijo Rosa muy seria—. Gracias a Dios.

***

Caminaron mucho rato en silencio. El cabo de cañón Melchor Martínez callaba, se sabía menos dotado para la palabra que Rosa.

—¿Es verdad que los barcos tienen una sirena en la proa? —preguntó ella.

—Cierto es, doña Rosa. Tan cierto como que los barcos son como nuestras madres. Los barcos son mujeres que nos protegen del mar.

—¿Y la guerra cómo es?

—Usted no se imagina.

—Cuénteme.

Si bien el cabo de cañón se sabía menos dotado para el relato, se esforzó y buscó en su mente las palabras adecuadas para que Rosa se imaginara al Huáscar.

—Cosa de fantasmas, doña Rosa: Poderoso como una ballena, mortal como un tiburón. ¡Esos sí que son cañones!

—Dicen que ese Grau es muy malo.

—Y muy inteligente...

Así sonaba una descarga: ¡brrrrum! Como un trueno. Pero antes la luz, la llamarada. Y luego el aire que desplazaba la bala al pasar

justo al lado de la cañonera. Y luego el espolón, que era como la cresta de un gallo pero de metal, capaz de partir un barco de madera en dos, o de dañar seriamente a uno de acero.

—¿Y tuvo miedo? —preguntó ella.

El cabo de cañón Melchor Martínez soltó una carcajada.

—Uno no tiene ni tiempo, doña Rosa. La vida y la muerte están tan cerca que es todo ahora, ahí mismo. Una sola bala del Huáscar puede matar a quince hombres.

Bajaron por una quebrada, siguiendo una calle de tierra que rodeaba todo el cerro. En la quebrada había árboles, corría un arroyo. Rosa guiaba el camino.

—Aquí es —dijo.

El conventillo colgaba del cerro. El cabo de cañón Melchor Martínez sintió el olor de un brasero, oyó los gritos de un borracho, el llanto de un crío, un perro que ladraba lejos.

—¿No quiere pasar a tomarse un mate? —dijo ella.

Y él hizo algo que le costó entender.

—Yo le di mi palabra.

Rosa de Talagante hizo un gesto afirmativo. Llevaba meses sin ver a Dios, alimentándose de pescado y de marisco, teniendo sueños. Pero el marinero gigantón era hombre de palabra.

—Eso sí que voy a soñar con usted —dijo.

Rosa no lo pudo evitar. Se echó a reír. El cabo de cañón Melchor Martínez se devolvía cerro arriba por la quebrada, agitando su gorra de marinero.

—¡Venga a verme! —le gritó Rosa.

Valparaíso, 12 de septiembre

El viento de primavera remecía los mástiles de los barcos, removía los humores insalubres, arrastraba basuras y ladridos de perro a través de las quebradas. El puerto era un enjambre de embarcaciones de todos los tamaños. Vapores, veleros, corbetas y fragatas con banderas de todas las naciones, toda la fauna del mar anclaba en aquella poza maloliente. ¿Cuántas veces había recalado allí el Holandés Errante? ¿Cuántos balleneros borrachos blasfemaron en sus iglesias?

Lanchas y lanchones recorrían las calles formadas por los grandes barcos. Transportaban mercadería, correspondencia y pasajeros. En una de ellas viajaban el capitán John Griffith y su segundo comandante John Henry Campbell, a cargo de un cargamento de té, tabaco y mineral de cobre, y una alforja cerrada de Correos de la Nación. Iban a abordar el bergantín goleta Coquimbo, con orden de zarpar al día siguiente.

—“Desnudo salí del vientre de mi madre, desnudo volveré allá” —dijo el capitán Griffith, contemplando con severidad los barcos anclados.

—¿Señor? —preguntó el segundo John Henry Campbell.

—El Libro de Job, versículos 1 al 20. ¿No lee usted la Biblia, señor Campbell?

—Menos de lo que quisiera, señor.

—Muy bien, tenemos varios cientos de millas hasta el Callao para ponerlo al día.

En ese preciso instante, en un bote adosado al blindado Cochrane, el buzo profesional Joselino Maulén se sentaba para que le colocaran el casco. Se lo atornillaron a una abrazadera con cuatro tuercas y terminaron de sellarle los guantes y los zapatos de metal. Echaron a andar la bomba que le insuflaba oxígeno a través de una manguera. El peso del traje era tal que Joselino necesitaba ayuda para levantarse y caminar. Lo suspendieron del borde del bote y dejaron que se hundiera lentamente en el agua viscosa de la bahía.

A través de la escafandra Joselino vio cómo el nivel del agua subía hasta cubrirlo por completo. El mundo pasó de la luz a la oscuridad y sus ojos tardaron algunos segundos en acostumbrarse.

Con un chuzo de metal, Joselino se dedicó a recorrer y limpiar el casco del blindado Cochrane. A través del agua turbia removía

moluscos, lapas, bivalvos de largas barbas saladas. Joselino era Neptuno, Poseidón, el jardinero del mar. Le pagaban por hacerlo, y él vendía las lapas, los bivalvos, se llevaba varios en un saco para hacer caldillos con su mujer y sus cinco hijos.

***

Valparaíso era dos ciudades, una en los cerros y otra flotante, y para ningún porteño era secreto que la escuadra se aprestaba a zarpar. Los marineros repartían rumores en los bares y en los prostíbulos. En los clubes privados los grandes comerciantes y armadores especulaban; los ingleses, los alemanes, los franceses, los iniciados en el Rito Escocés Antiguo y Aceptado, todos tenían su versión del Plan.

—Santa María tiene un mes para capturar al Huáscar —dijo Agustín Edwards ante quince invitados en su propia casa, incluyendo a diputados, banqueros, y al cónsul de Su Majestad—. Si lo logra será el próximo Presidente de Chile.

—¿Y si fracasa? —le preguntó el ministro Rafael Sotomayor.

—El próximo gabinete será presidido por uno de los nuestros…

Mientras tanto los mecánicos desmontaban la máquina del Cochrane, pieza por pieza, los artilleros desarmaban el cañón y lo limpiaban. Se cambiaban las velas y las vergas. Los proveedores se presentaban en el edifico de la intendencia con sus facturas por cobrar, las carretas despachaban cargamentos de clavos, de charqui y de ron. En la oficina de enganche de marineros se revisaban todas las plantillas de pago y el cabo de cañón Melchor Martínez cobraba su jornal.

Justo en ese momento, en la calle del Cabo, en el breve intersticio de tierra entre la ciudad flotante y la de los cerros, el fotógrafo Miguel Grove recibía una caja proveniente de Berlín. Eran las últimas placas de vidrio Agfa, las más fotosensibles, lo último en química fotográfica.

—¡Eureka! —se dijo frotándose las manos como un pequeño Fausto.

Había invertido 200 pesos de 12 peniques en estas placas, y esperaba hacer con ellas un negocio con un 45% de rentabilidad. Esperaba vender imágenes de guerra a coleccionistas privados en Londres y Nueva York. Su negocio consistía habitualmente en retratar personas, familias con niños, primeras comuniones, bautizos. Pero también hacía fotografías privadas con muchachas semi desnudas. Era algo artístico, fino, de calidad, que él

manejaba como un negocio discreto, para un grupo exclusivo de clientes.

El fotógrafo Miguel Grove guardaba aquellos negativos comprometedores en una caja de seguridad, junto con sus documentos al portador. Entre letras y billetes fiscales que aún no depositaba en el banco, estaban los negativos de la muchacha polaca. Unos ojos que todavía lo atormentaban, y le seguían dando dinero.

"Basta de perder el tiempo en frivolidades", se dijo, mirando la factura de Agfa & Co, N.Y., firmando el cheque y acariciado los envoltorios de la placas Agfa, su negocio de guerra.

La escuadra estaba por partir a la caza del Huáscar y al fotógrafo Miguel Grove le temblaba el cuerpo ante la idea de registrar el combate, con sus luces y sus sombras, en una placa de vidrio para la posteridad.

Sólo le faltaba la autorización del Comandante en Jefe.

***

En la Comandancia General de Marina un hombre le daba la espalda a la bahía. Era el capitán Juan José Latorre. Durante los últimos días Latorre apenas se movía de aquella oficina, inspeccionando personalmente las reparaciones del Cochrane, recibiendo informes de los ingenieros, los maquinistas, los artilleros, revisando personalmente con el contador Salustio Formas las plantillas de la Oficina de Enganche de Marineros. Lillo le había dicho que tenía carta blanca para reunir a los mejores.

—¿Firmó ya Melchor Martínez el acta de trasbordo? —preguntó.

—No se ha presentado todavía —respondió el segundo comandante José Gaona—. Está dentro del plazo legal.

—Vayan a buscarlo —dijo Latorre—. Ahora. Y a sus dos compañeros.

Gaona ya cruzaba el umbral de la puerta cuando Latorre agregó:

—Y al perro, por cierto.

A esas horas el cabo de cañón Melchor Martínez cumplía su palabra. Iba al chinchel del italiano a ver a Rosa. Pero ella no estaba. Fue un verdadero balde de agua fría.

—¿No canta hoy?

—No, non canta —respondió el italiano.

El turco y el gringo intentaron consolarlo. Melchor se bajó

media botella de chacolí él solo, disimulando mal su congoja. Pidió otra. Quedaban días, quizá horas para el zarpe, y Rosa de Talagante se estaba convirtiendo en un recuerdo doloroso, doliente.

—Turco, Gringo, fiel Cuatro Vientos... Tengo que ir a buscarla.

Ninguno lo ponía en duda. Eran sus compañeros, sus camaradas y hermanos. Los que iban a la guerra.

Hora y media después, tras un accidentado periplo a través de vericuetos y callejones que bajaban y luego subían por una quebrada, llegaron hasta el conventillo. El cabo de cañón Melchor Martínez lo reconoció, y sintió un golpe en el pecho. Estaba borracho y los perros ladraban. Dos salieron mostrando los colmillos. Cuatro Vientos les ladraba de vuelta.

—¡Doña Rosaaaaaa! —gritaba Melchor.

Él había crecido en un lugar parecido, en Talcahuano, en un enjambre de habitaciones y de pasillos por donde corrían niños a pie pelado, caminaban ancianos sin dientes, y el agua se juntaba en ollas de barro. Un lugar donde se estaba siempre cocinando, lavando, defecando y fabricando chiquillos.

Melchor se aclaró la garganta y se puso a cantar.

El perro Cuatro Vientos hizo algo parecido. Aullaba con tristeza de coyote y los perros del conventillo bajaron sus colas.

***

Rosa de Talagante escuchó el bullicio, pero nunca se imaginó que era por ella. Recién había acostado a los niños cuando golpearon su puerta

—¡¿No escucha?! —gritó una vecina—. ¡Pregunta por usted!

Los vecinos habían salido de sus habitaciones y la miraban con odio.

—¡Ella! —decía una vieja despectiva—. ¡La cantora!

Rosa estaba indignada. En la entrada del conventillo, sosteniendo su gorra de marinero entre las manos, el cabo de cañón Melchor Martínez cantaba una balada lastimera de un marinero y de una cantora.

—¡Lo creía más hombrecito! —bramó Rosa encarándolo—. Le dije que me viniera a ver, no que me armara bochorno. ¿Es usted un crío o qué?

Melchor bajó la cabeza. Rosa estaba hecha una furia, con las manos en la cintura, las cejas arqueadas, los pechos estirados como un espolón.

—Perdone, doña Rosa. Me vinieron los tiritones porque dentro de poco zarpamos —balbuceó—. A cazar al Huáscar partimos, y no queda mucho para que nos veamos.

La paz se firmó ahí mismo. Rosa lo despachó con una palmada en la cabeza, hablando alto y claro para que la escucharan las vecinas chismosas.

—Para la próxima venga en horario de caballero, y con un manojo de flores, un pedacito de pan o un cucurucho de golosinas para mis chiquillos. ¿Estamos?

—Estamos, doña Rosa —dijo el gigantón.

Pero solo fue una paz transitoria, al menos para él. Rosa volvió a su cuartucho húmedo, al fondo del conventillo, donde la esperaban sus dos hijos y una estampa de la Patrona de Chile. Pero Melchor estaba borracho y enamorado, y por lo tanto vulnerable.

Ni él ni sus compañeros vieron a los hombres que les cerraban el paso, al final de la callejuela que desembocaba en la Avenida del Almendro, con palos y cuchillos entre las manos. Se miraron con el Turco y el Gringo, y Melchor comprendió que Rosa de Talagante le había mentido. Ese marido que no la dejaba cantar, que odiaba que la aplaudieran y la desearan, no estaba muerto. Ahí estaba, resoplando como un perro rabioso al final de la callejuela. Esperando a Melchor con un cuchillo en la mano.

Santiago, 12 de septiembre

El Presidente de la República, Aníbal Pinto, miró a los ministros y soltó un suspiro que resumía su estado de ánimo. Estaban en el salón rojo, en torno a una amplia mesa de caoba y con el cuadro de la abdicación de O'Higgins a su espalda. Santa María no recordaba haber visto al Presidente tan apesadumbrado. La acusación de Vicuña Mackenna sobre su enriquecimiento personal con el carbón no había quedado registrada ni se había filtrado a la prensa, pero el rumor corría por todo Santiago. El ejecutivo contaba con un margen de maniobra mínimo y necesitaba mostrar resultados a la opinión pública.

—Me gustaría escuchar al señor Matte —dijo el Presidente de la República luego de consultar su reloj.

Augusto Matte, el responsable de la hacienda pública, se puso de pie, se tomó las solapas y comenzó a hacer su exposición.

—Como saben los señores ministros, la cuestión de las rentas es la que tiene más cercana relación con la guerra. Si bien es cierto que las entradas han seguido su tendencia al alza, gracias al comercio de salitre desde Antofagasta, los gastos crecen mucho más. Solo limpiar los blindados y pagar a las tripulaciones cuesta un dineral. Si me permiten emplear la expresión popular, un ojo de la cara. Se nos autorizó una emisión fiscal de doce millones de pesos, y ya estamos cerca del agotamiento de los primeros seis millones.

El Presidente no era un hombre de grandes pasiones ni de momentos inspirados. Sobrio, culto y algo apagado, sabía sin embargo de economía política.

—Una nueva emisión está fuera de discusión —dijo.

—Así es, Excelencia, la circulación del mercado no puede demandar una suma mucho mayor. Cuando se hayan acabado los últimos seis millones habrá que recurrir a otros medios, por supuesto más dolorosos para el país.

Matte se encargó de no usar la palabra tabú: empréstitos. La deuda externa que aún le seguía penando al país desde la guerra de independencia.

—No contamos con los recursos para una guerra prolongada. De ahí la necesidad de darle un impulso vigoroso a las operaciones militares —dijo el ministro de hacienda enfatizando la palabra vigoroso—. En mi opinión es indispensable preparar con la mayor

rapidez todos los elementos de movilización del ejército, independientemente de si nuestros buques logran neutralizar al señor Grau.

—¿Qué piensa, señor Sotomayor?

El ministro de la guerra carraspeó y se mesó su gruesa barba.

—Solo hay dos formas de avanzar —dijo mirando a los demás ministros—. Por tierra, desde Antofagasta, o desembarcando con la escuadra en Iquique o Pisagua. Una operación por mar es peligrosa con el Huáscar libre y en situación de dañar gravemente nuestras líneas de abastecimiento. Pero no existe en los anales de la guerra una operación militar de envergadura en un desierto como el de Atacama. Si lanzamos a las tropas por mar las exponemos al Huáscar; si las lanzamos por tierra las exponemos a una fatiga extrema. Pero permanecer inmóviles también es peligroso, porque cuando llegue el verano a Antofagasta estarán expuestas a las fiebres y epidemias. Esa es la situación, Excelencia.

El Presidente de la República sopesó lo que acababa de escuchar. Tenía los ojos demacrados y su frente parecía ensancharse cada día. Hacía poco más de un mes que había salido al balcón presidencial para dirigirse a una multitud enfervorizada tras conocerse las noticias de Iquique. Hoy apenas se atrevía a asomar la cara a la salida del palacio para no ser abucheados.

—¿Alguna buena noticia? ¿Señor Amunátegui?

Miguel Luis Amunátegui, ministro de Relaciones Exteriores y jefe de uno de los seis grupos liberales en el Congreso, miró a sus colegas y tomó la palabra. Era el último en intervenir antes de que le tocara a Santa María, quien había estado tomando nota de todo lo que se decía.

—El horizonte diplomático está igual de oscuro, Excelencia —dijo—. No nos olvidemos nunca que fuimos nosotros, Chile, quienes iniciamos las hostilidades, y que eso nos pesa ante la comunidad internacional. Los Estados Unidos nos pintan como agresores y Francia preferiría que llegásemos a un acuerdo pronto. Incluso a los ojos de Inglaterra estamos perturbando el comercio y la industria.

—Tal parece que tenemos todo en contra —dijo el Presidente usando un tono irritado, casi irónico—. ¿Qué opina usted, Santa María? ¿Nos lanzamos por tierra o esperamos controlar el océano?

Santa María tenía su discurso preparado. Lo que estaba en juego era su propia carrera presidencial. Si lograba capturar a Grau y destrabar la guerra, el asiento que tenía al frente sería suyo.

—Yo suscribo plenamente la línea planteada por los señores Matte y Amunátegui, Excelencia. El tiempo apremia. De eso no cabe la menor duda. Sin embargo, me permito plantearle que el apresuramiento en la guerra puede ser fatal. La clave del conflicto es Tarapacá, cuyo control terrestre depende de que aseguremos el dominio del mar. No es posible librar una guerra en el desierto con el Huáscar a nuestras espaldas. Nuestra prioridad absoluta debe ser neutralizarlo a la brevedad.

—¿Cuánto tiempo tomará capturar al Huáscar?

Santa María no tenía cómo saberlo, pero la voz no le tembló.

—Entre dos semanas y un mes, excelencia, el Huáscar estará en el fondo del mar, o en Valparaíso escoltado por nuestros blindados.

Los demás ministros se miraron. El Presidente de la República observó a Santa María.

—¿En qué basa usted ese juicio? —le preguntó.

—Los hechos, Excelencia. En la velocidad de los barcos y en la destreza de los marinos. En los próximos días las dos divisiones de la escuadra recorrerán el litoral, tarde o temprano encerrarán al Huáscar entre sus fuegos y le impondrán su superioridad bélica.

—¿Y después qué, ministro? ¿Está asegurada la campaña terrestre?

—De ninguna manera, Excelencia. Deberemos pagar nuestra cuota de sangre y sacrificio. Pero conociendo lo aguerrido de nuestro pueblo, nos tomaremos Tarapacá e incorporaremos esos ricos territorios a la hacienda pública. No les tengo que recordar a los señores ministros —dijo mirando a su alrededor—, que los capitales extranjeros que el Perú expropió verán con buenos ojos una victoria nuestra. Estaremos en condiciones de devolverles lo que era suyo y cobrarles un impuesto tal, que el señor Amunátegui no tendrá de qué preocuparse por la hacienda pública.

El Presidente de la República miró a sus ministros. Sotomayor y Amunátegui sintieron. Matte también, pero a regañadientes. La cuestión estaba zanjada.

—Señores, si en un mes no tenemos al Huáscar con nosotros, como ha dicho el señor Santa María, iniciaremos la campaña terrestre. Cueste lo que cueste. Me gustaría confiar en que no será así y que tendremos el honor de recibir antes al señor Miguel Grau en este salón, con los honores que merece.

Santa María hizo un gesto de asentimiento.

—No obstante, sigo preocupado—dijo el Presidente de la República—. Puede que el país gane en territorio y la industria en

ganancias, pero si la guerra se prolonga en demasía esas ganancias serán pocas para pagar el odio que habremos sembrado. César conquistó Galia, pero fue la ruina de la república. Las instituciones se corrompieron y luego vinieron los Emperadores. ¿Alguno de ustedes quiere un César para Chile, señores?

Los ministros se miraron, incómodos. Santa María, en su fuero interno, pensaba: están equivocados. Él, Santa María, se encargaría de que no hubiera César alguno, ni marino ni militar.

—Yo no me preocuparía por eso, Excelencia —dijo—. Nuestra preocupación inmediata es una sola, anular a Miguel Grau. Al más breve plazo. Para eso estamos trabajando día y noche en Valparaíso, limpiando nuestros blindados, preparando nuestros cañones para la madre de todos los combates.

Valparaíso, 13 de septiembre

El cabo de cañón Melchor Martínez estaba inconsciente. Su cabeza era un membrillo aporreado, cubierto de costras, incapaz de dirigir al cuerpo.

Dentro del membrillo miles de neuronas yacían muertas y despanzurradas como marineros tras una batalla desigual. Las que seguían con vida se levantaban de a poco, intentaban juntarse, se llamaban unas a otras a través del cerebro alcoholizado.

Los recuerdos volvían lentamente confundidos de manera caótica. En esta seguidilla de imágenes desconectadas Melchor oía música, el sonido de guitarra, el redoble de un cajón y la voz de una mujer cantando una cueca.

Era eso lo que le decían las neuronas, las pocas que habían sobrevivido a los estragos del alcohol y de la violencia. ¿Cómo había llegado a ese penoso estado? Era la pregunta que todas ellas intentaban responder con un esfuerzo heroico, juntándose donde podían, cruzando información. La imagen que más se repetía era la de una cantora de voz golosa y lindo pecho, tan chilena que daban ganas de darle un mordisco. Pero también los insultos de un hombre, una pelea, algo viscoso que le caía por la cabeza.

No, no estaba muerto, le decían a Melchor sus neuronas. Su cuerpo era un barco varado contra las rocas, el entrepuente inundado, la caldera sin carbón, la sentina un caos de comida podrida y ratones que flotaban sin vida. El cabo de cañón Melchor Martínez se hundía sin la bandera en alto, atravesado en su línea de flotación por una voz picarona de hembra chilena.

Estimuladas por el recuerdo de aquella canción, las neuronas se pusieron manos a la obra. Su tarea era una sola: reflotar al cabo de cañón Melchor Martínez de su postración.

***

Mientras tanto, Melchor soñaba. Soñaba que despertaba solo en un barco que no era el suyo. No había rastro de los demás tripulantes y al frente tenía al Huáscar. Su mente le decía que era el Huáscar pero en realidad era una ballena. Una enorme ballena blanca con el lomo lleno de tatuajes. En el lomo de la ballena estaba Grau, que en el sueño era como el comandante Prat pero más gordo. Grau era el amo y señor de aquel gigante marino.

Desde una estructura blindada que parecía incrustada en el lomo de la ballena, Grau lo miraba con unos ojos fríos, desafiantes.

En el sueño (o en la realidad) Melchor sintió que el corazón se le salía por la boca.

Corría al entrepuente, bajaba a la batería de estribor. Intentaba mover el pesado cañón él solo, cargar la bala de 250 libras y apuntar a la ballena que apenas se movía en un mar imposiblemente calmo.

Pero nunca lograba disparar el cañón. En vez de detonar, el cañón se transformaba en otra cosa, en algo movedizo y caliente que se sacudía entre sus manos.

—¡Por Dios! —dijo una voz que le pareció familiar.

Unas manos femeninas sujetaron sus brazos con fuerza.

***

Las neuronas lograron por fin echar a andar la máquina. Después de horas de zozobra, el cabo de artillería Melchor Martínez había vuelto a abrir un ojo. Una luz mortecina brotaba de una lámpara de gas. Fue reconociendo, con dificultad, los detalles de su entorno. Oía movimientos, adivinaba formas. No estaba solo. Giró la cabeza y vio una hilera de camas. En cada cama había una persona tapada con una manta. Algunos tosían, otros roncaban. Alguien se tiró un sonoro pedo.

En otras circunstancias se hubiera largado a reír, pero se sentía mareado, desorientado, en estado catastrófico.

—Está recobrando el conocimiento —dijo una voz masculina —. Es una buena señal.

—Señor Lillo, este hombre no se puede embarcar —le respondió otra voz—. Mírelo cómo está. Está completamente intoxicado y sufrió una contusión cerebral.

—Usted no me entiende, doctor. Este hombre tiene que embarcarse, tengo una orden firmada por el ministro de guerra en campaña, don Rafael Sotomayor. Es el mejor artillero de la escuadra y mañana zarpamos. ¿Quiere o no quiere que cacemos al Huáscar?

—Señor Lillo —dijo la otra voz—. Dudo que este hombre esté en condiciones de combatir.

—Órdenes son órdenes, señor.

Santiago, 18 de septiembre

Santa María estaba en el Palacio de La Moneda con el Presidente de la República y sus invitados cuando comenzó a sonar el telégrafo.

Era la fiesta de la independencia y en el palacio de gobierno se ofrecía una cena de honor. Los señores Zañartu, Ibáñez y Amunátegui estaban allí con sus esposas. Y los ministros de Estados Unidos, Francia, Argentina, Gran Bretaña y el Imperio del Brasil.

El menú consistía en un potage de verduras y res con vino Bourgogne. Había también hors d'oeuvre, sopa de espárragos, lomitos a la Pengord con Champagne, omelette soufflé, frutas, té, café y licores.

Doña Delfina de la Cruz y Zañartu, la Primera Dama de la Nación, logró que no se hablase de la guerra durante toda la cena. Se habló en cambio de porcelana de Sèvres, pianos de cola, novelas de Balzac, sonatas de Schubert y los problemas para contratar servidumbre. Las mujeres monopolizaron la conversación. Los caballeros elogiaron al chef y la selección de vinos.

El Presidente de la República se puso de pie y golpeó su copa con un cuchillo de Sheffield. Se aclaró la garganta y dio un breve y aburrido discurso sobre la templanza. Citó a filósofos clásicos como Cátulo, Séneca y Tito Livio. Pronto los invitados comenzaron a mirar sus copas con melancolía.

Santa María escuchaba el discurso con una sonrisa benevolente. Nunca había tenido claro qué ideas profesaba el Presidente de la República. Provenía de una familia de abolengo; su padre, el general Francisco Antonio Pinto, había sido presidente antes que él, y un liberal de tomo y lomo. Aníbal Pinto, en cambio, había hecho una carrera opaca y silenciosa durante su paso por el congreso. El tren de Talcahuano a Chillán era el único proyecto de ley en el que tomó parte. Defendía la libertad electoral, pero no había hecho absolutamente nada por implantarla. La cuestión religiosa lo tenía sin cuidado. ¿Era un liberal? ¿Era un conservador progresista? ¿Quién era el hombre que había firmado la declaración de guerra contra el Perú?

—¡Viva Chile! —dijo el Presidente alzando su copa.

Los invitados brindaron.

El bajativo se sirvió en el salón rojo, junto al cuadro de la abdicación de O'Higgins, donde las parejas comenzaron a deshacerse paulatinamente. Los caballeros se reunieron con los caballeros y las damas con las damas. La única excepción fueron Santa María y la Primera Dama.

—Le agradezco su presencia, ministro, y su amabilidad para no traer temas contingentes a la cena.

—No faltaba más, señora —dijo Santa María.

—Pero la cena terminó —dijo la Primera Dama mirando al ministro a los ojos.

Doña Delfina de la Cruz y Zañartu era descendiente de castellanos viejos, hija de un cacique militar de Concepción y ex revolucionario liberal de 1851. Pudo haber sido la hija de un presidente y terminó siendo Primera Dama. Su estirpe era la de las antiguas matriarcas romanas, que dirigían los destinos de la república desde el segundo plano que les imponía su sexo.

—Como usted sabe, mi marido es un hombre de ideas y no un hombre de acción —dijo encarando a Santa María con sus ojos verdes—. Usted es la última esperanza que tiene.

—Señora, el Presidente tiene en mí a un colaborador de confianza, eso usted lo sabe. Si lo que le preocupa son las facciones del liberalismo, le puedo dar mi palabra...

—No me preocupan los liberales ni los conservadores —dijo la Primera Dama—. Me preocupa la guerra. Me preocupa Grau. Temo como todas las madres de este país que la guerra se prolongue.

—Eso está bajo control, señora. Y el presidente está al tanto. La escuadra tiene un plan de combate que no fallará. Habrá sacrificios, eso no se puede negar, pero nuestra organización y nuestros medios económicos y militares son superiores. Y tenemos al único aliado que cuenta.

—¿Cuál es ese, señor ministro?

—El Reino Unido de la Gran Bretaña, señora. Todos los barcos con esa bandera colaboran con nuestros marinos, le escatiman información al enemigo y nos ayudan a localizar la ubicación exacta de la flota peruana.

—¿Y por qué harían eso, señor ministro?

—Por interés pues, señora. El Estado peruano debe millones de libras a los banqueros de Londres, y nacionalizó la industria del guano y del salitre. Usted no le hace eso a Victoria Regina sin pagar las consecuencias.

Santa María hizo una imitación, lo mejor que pudo, de la reina

Victoria, arrancando de la Primera Dama una sonora carcajada.

—Me deja usted más tranquila.

Santa María sabía que aquel diálogo pasaría de boca en boca a través de todos los círculos femeninos de la ciudad. Pero no alcanzó a saborear su victoria. En ese momento el secretario del telégrafo ingresó tímidamente al salón y buscó al Presidente de la República. Santa María lo vio avanzar hacia el mandatario y entregarle un telegrama que este leyó con atención, luego de ponerse sus lentes.

Presidente y ministro se miraron.

—¿Malas noticias? —preguntó Santa María.

El presidente le extendió el telegrama. Era de Lillo y venía desde Valparaíso: el Cochrane estaba listo para zarpar. La cacería del Huáscar estaba por comenzar.

Valparaíso, 20 de septiembre

El blindado Cochrane encendió sus calderas a las 8 AM. Una hora después levó su ancla, zarpando con una dotación de 242 hombres y su máquina en buen estado. Se despidió del puerto, con la bandera en alto y una salva de artillería que arrancó aplausos y vítores en la multitud.

Autoridades civiles y militares, banqueros y empresarios, funcionarios, cargadores, lavanderas, gañanes, las lindas muchachas de Madame Blanche, todo Valparaíso contemplaba con admiración al barco más poderoso de la escuadra que partía al norte a dar caza al Huáscar.

Agustín Edwards observaba la escuadra desde el balcón de su mansión de la calle del Teatro; a pocas cuadras de distancia, en los talleres de la imprenta de El Mercurio, los cajistas y los linotipistas hacían algo inusual: preparaban una segunda matriz con ligeras alteraciones en la página 2.

El plan de Santa María y Lillo comenzaba a tomar cuerpo en la realidad; junto con los ejemplares adulterados de El Mercurio, del edificio de la Intendencia salía un telegrama cifrado, firmado por Santa María y destinado al ministro de guerra Rafael Sotomayor. En cuestión de minutos estos puntos y rayas viajaron por el cable submarino hasta Caldera, donde Flavio Norambuena dio un salto en su mesa de trabajo.

—Esto se está poniendo bueno —dijo el viejo telegrafista.

—¿Usted cree que le vamos a dar el palo al gato? —preguntó el joven Bernardo González.

—Creo, joven Bernardo, que pronto tendremos al Huáscar en este puerto.

***

Entre la multitud que abarrotaba la explanada del puerto en Valparaíso, una mujer baja, morena y de grandes pechos se acercó al borde y arrojó un clavel al mar. Su nombre artístico era Rosa de Talagante y su nombre cristiano Rosenda de las Mercedes Gómez Menchaca, nacida en Isla de Maipo hacía 27 años.

Unas monjas le habían enseñado a Rosa a juntar las letras y ella, entre rosarios y padrenuestros, las deslumbró con sus primeros poemitas de amor a Jesucristo y a la Virgen del Carmen.

Rosa había sido sirvienta de casa particular, vendedora de feria, lavandera. Había estado casada una vez y cinco veces embarazada, había visto morir dos niños de fiebre y otro de diarrea. De día componía canciones y de noche las cantaba en cantinas y chinganas.

Rosa vio su clavel flotando en el mar.

Había abandonado a su marido después de la última paliza. Sin que le temblara la mano tomó a sus chiquillos y se los trajo para el puerto. Tocaba en las fondas y se ganaba sus pesos. Había adquirido fama y reputación. Pero el marido se había dado maña para seguirla.

A veces Rosa maldecía al alto cielo.

La escuadra se alejaba, el Cochrane se fue achicando hasta desaparecer en el horizonte. Agustín Edwards regresó al salón y pidió que le ensillaran un coche para ir a la estación Bellavista, donde abordaría el próximo tren a Santiago. Al día siguiente había sesión en la Cámara de Diputados y debía de hacer su aporte a la patria.

La multitud se dispersó y Rosa de Talagante volvió caminando al conventillo. La gente estaba excitada y ella triste. No se había despedido de Melchor. Se había enterado de la pelea, del botellazo y de que el marinero había pasado la semana entera en el hospital San Juan de Dios con la cabeza rota. Lo habían embarcado entre gallos y medianoche en aquel barco inmenso. Al menos el patán de su marido estaba ahora en el calabozo. ¿Pero por cuánto tiempo?

***

El cabo de cañón Melchor Martínez seguía inconsciente, en la enfermería del Cochrane. El cirujano Manuel Aguirre tenía órdenes de vigilarlo día y noche. El sacerdote Camilo Ortúzar también se ofreció para darle apoyo espiritual. Se sentaba junto a Melchor y se ponía a rezar.

Las neuronas de Melchor recibían, extrañadas, las frases cadenciosas del Dominus Pater. De tanto escucharlas comenzaron a aprendérselas y a repetirlas. Así nacían nuevas neuronas y sus tejidos se cicatrizaban. Los rezos del sacerdote se superponían al recuerdo de las canciones de Rosa de Talagante, y entre el latín de misa y la cueca se establecía una especie de lucha o de danza, mientras el cuerpo del cabo de cañón Melchor Martínez navegaba inconsciente a la espera del momento apropiado para despertar, y matar.

En el entrepuente, a pocos metros de donde Melchor se recuperaba, el fotógrafo Miguel Grove ordenaba su equipaje y sus elementos de trabajo. Tras múltiples gestiones al más alto nivel, había logrado que lo admitieran entre la dotación del Cochrane junto con su ayudante y sobrino Lucas Grove, su cámara de fotos y sus placas Agfa.

***

El capitán de navío Galvarino Riveros y el poeta Eusebio Lillo acompañaban en el puente de mando del Cochrane al capitán Juan José Latorre. Las instrucciones del gobierno eran proceder hasta Mejillones, donde Riveros pasaría al Blanco Encalada en calidad de comandante en jefe de la escuadra, y Lillo como su secretario.

Entre ambos había un silencio pesado. Todavía no tenían un momento de confianza. Lillo sopesaba sus opciones para influir en un hombre que parecía estar quemando sus últimos cartuchos y ante quien no tenía otro atributo que haber compuesto, hace veinte años, unos versos que todos los chilenos cantaban. Ese mar que tranquilo te baña, que te dio por baluarte el Señor… ¿Bastarían para ablandar al terco marino? ¿Se daría cuenta de que la misión de Lillo era limitar su autoridad y evitar que repitiera los errores de su predecesor? Lillo miraba el rostro huraño y tosco de Riveros e intentaba imaginarse lo que pasaría por aquella cabeza impenetrable, que parecía exhalar resentimiento contra el destino. Sin duda Riveros se sabía observado, mirado en menos por Santa María, sin fuerzas para soportar una campaña larga y difícil. Pero era también un chilote de cuero duro, un superviviente de años navegando en mares tormentosos, cumpliendo órdenes absurdas y viendo pasar su vida en puestos administrativos.

Ajeno a las vicisitudes de Lillo y de Riveros, el capitán Juan José Latorre oteaba el horizonte. Se encontraba en el momento clave de su vida y su cuerpo, bajo y rollizo, estaba completamente volcado a la tarea de gobernar un buque. Iba al mando del barco más poderoso de la escuadra, el ballenero que arponearía a la Ballena Blanca. El capitán Latorre sabía que solo tendría una oportunidad de lanzarle a Grau, el mejor marino de América del Sur, un arpón de 250 libras. No la desperdiciaría. Se sabía apoyado por Santa María y prueba de ello era que había logrado traer a sus oficiales y artilleros de la Magallanes. Lillo lo había ayudado a conseguir los mejores hombres de la escuadra y trazar un plan que en el papel resultaba perfecto.

Antes de zarpar los Hermanos habían celebrado un encuentro en su honor, con el Gran Maestro de la Gran Logia de Chile, ministros, jueces y banqueros, con Santa María y Lillo presentes. Una cena de mantel largo, vino francés y discursos inspirados. En las páginas de El Mercurio el nombre de Latorre aparecía rodeado de laureles: Era la esperanza del país, del pueblo y del gobierno. No los defraudaría.

—Corrija rumbo al noroeste —ordenó.

El capitán Latorre sintió la brisa del mar y vio pasar la bahía de Concón y luego la de Quintero. Todo estaba a su favor. Tenía un plan preciso para obrar y otro para confundir. Tenía un cuaderno lleno de telegramas para transmitir desde las distintas estaciones telegráficas entre Valparaíso y Antofagasta. La carnada, la telaraña para atrapar al Huáscar. Pero la pregunta seguía sin respuesta: ¿dónde estaba Grau?

SEGUNDA PARTE

EL ENCUENTRO

Sarco, 4 de octubre de 1879

El sol despuntaba por el este, encima de la primera línea de cerros. Frente al océano azul se extendían kilómetros y kilómetros de una meseta árida, sin rastro alguno de vegetación. El mar, apenas iluminado, parecía una taza de leche.

En la pequeña bahía, dos barcos esperaban el mediodía para levar ancla. Eran las 7 AM cuando el vigía del bergantín goleta Coquimbo, el chilote Benjamín Huancalahuén, vio dos humos al noreste.

El capitán John Griffith, un presbiteriano galés con veinte años de experiencia marinera, estaba en su camarote. Al oír el grito del vigía se incorporó de un salto y abrió una página de la biblia al azar.

Al fin el capitán de la nave se le acercó y dijo: ¿qué te pasa, dormilón? Levántate, clama a tu dios, quizás el Dios Verdadero muestre que le importamos y no perezcamos.

El capitán John Griffith cerró el libro de golpe y subió al castillo de popa. El segundo comandante John Henry Campbell apuntaba sus prismáticos hacia el noroeste.

—Parecen barcos de guerra, señor —dijo.

El capitán John Griffith enfocó sus prismáticos en la dirección señalada y comprobó, con absoluta claridad, lo que Dios le había advertido a través de su palabra: recortados en una imagen circular contra un fondo negro, vio la guerra acercándose. Si venían del norte, aquellos barcos no podían ser sino peruanos.

—Señor Campbell, ice el pabellón.

—Sí, señor.

Al mismo tiempo que el Coquimbo izaba la bandera del Reino Unido de Gran Bretaña, la goleta Emilia izaba las rayas y estrellas de la federación de los Estados Unidos de América. Si aquello no bastaba para protegerlos, nada lo haría.

Al cabo de una hora los humos adquirieron forma y significado. El capitán John Griffith vio las dos bandas rojas de la bandera del Perú ondeando en el palo mayor de uno de los buques, el más bajo, un barco que apenas sobresalía del agua y que venía precedido de una fama de temible asesino de los mares.

—Son el Huáscar y la Unión, señor —dijo el segundo John Henry Campbell como si quedara alguna duda—. ¿Qué debemos hacer?

—Nada, señor Campbell —dijo el comandante John Griffith sin dejar traslucir su preocupación—. Nuestra patente ha sido extendida por el cónsul de Su Majestad en Valparaíso.

—Señor, el Huáscar ha apresado a otros barcos con patentes provisionales —dijo el segundo—. Hace poco.

—Firmadas por el cónsul de la república de Nicaragua, señor Campbell. Una pequeña diferencia.

—Sí, señor.

Los barcos peruanos detuvieron sus máquinas y se quedaron a una milla mar afuera. Pero la sensación de alivio no duró mucho.

—Señor, una chalupa ha descendido. Viene hacia acá.

—Serán recibidos como corresponde, señor Campbell.

El bergantín goleta Coquimbo llevaba varios meses haciendo la carrera entre Valparaíso y Antofagasta. Aparte de carga general solía llevar correspondencia. El comandante John Griffith sabía que entre los sobres ordinarios, de comerciantes, funcionarios y soldados, había dos o tres con timbres oficiales de la Secretaría General de Marina y del Ministerio del Interior de Chile. Sobres lacados cuyo contenido el comandante John Griffith sabía de carácter confidencial y altamente comprometedor en caso de un encuentro con el Huáscar.

La chalupa del blindado peruano se aproximaba, y el comandante John Griffith comenzó a sopesar opciones y probabilidades. Los oficiales del Huáscar pedirían ver la matrícula del barco y se enfrentarían a una disyuntiva. Respetar o no el pabellón británico. Si no lo hacían, si apresaban al Coquimbo y embargaban la correspondencia, podrían hacerlo a él, John Griffith, cómplice de una nación beligerante. A menos que él, John Griffith, desobedeciera sus órdenes y triturara aquellos sobres lacados y los arrojara al mar. El problema era ése, que sus órdenes eran llevar aquellos sobres lacados a su destinatario en Antofagasta, costase lo que costase. Eran las órdenes textuales de su embarcador.

Mientras la chalupa del Huáscar se aproximaba, dejando ver a un oficial y un piquete de soldados armados, una lucha se entabló en la conciencia del capitán John Griffith. Dios lo estaba poniendo a prueba, como a Jonás, ordenándole una misión riesgosa que comprometía su propia supervivencia.

La chalupa llegó hasta el Coquimbo y un oficial subió abordo acompañado de dos soldados. Era joven y parecía algo nervioso.

—Teniente Pedro Gárezon Thomas, marina del Perú —saludó con el cuerpo rígido, intentando sonar autoritario.

—John Griffith, comandante del bergantín goleta Coquimbo —respondió en inglés.

—Señor, le solicito tenga a bien mostrarme su patente de navegación —dijo el teniente peruano en español, sonando de pronto como un verdadero marino de guerra.

El segundo, John Henry Campbell, observaba la escena impávido. El comandante John Griffith le dedicó apenas una mirada llena de significado. No pronunció una sola palabra, pero el segundo comprendió de inmediato.

—Sí, señor.

Durante los minutos que siguieron, el marino galés y el marino peruano no tuvieron mucho que decirse. Comentaron sin entusiasmo, cada uno en su idioma, datos del clima, de las mareas y del tráfico marítimo. John Griffith afirmó no haber visto ni ayer ni en los días precedentes rastro alguno de la escuadra chilena. Cuando el segundo regresó con los libros de registro, la tensión subió un peldaño. El teniente peruano leyó el documento. Lo releyó varias veces. Parecía no convencerse.

—Señor, ¿tendría la amabilidad de acompañarme? El almirante Miguel Grau quiere hablar con usted.

En ese momento el comandante John Griffith hubiera podido recurrir al lenguaje no verbal de todos los súbditos de Su Majestad, Victoria Regina. El segundo John Henry Campbell hubiera comprendido de inmediato, procediendo a arrojar por la borda la correspondencia que cargaba el bergantín goleta Coquimbo, deshaciéndose de los sobres comprometedores, las facturas de los comerciantes, las cartas de los funcionarios y de los soldados.

Pero no lo hizo.

Solo atinó a pronunciar una frase digna de todo súbdito de Su Majestad, Victoria Regina, y de la bandera que flameaba en el palo trinquete representando a Inglaterra, Irlanda, Escocia y su Gales natal:

—Si usted insiste, señor —respondió en inglés—. Pero antes debo bajar a mi camarote, quisiera llevar conmigo la Biblia que me acompaña a todas partes.

El segundo John Henry Campbell tradujo y el teniente Pedro Gárezon Thomas asintió.

—Por supuesto. Y por favor, traiga también la correspondencia que transporta su barco.

***

El capitán John Griffith sabía de memoria trozos completos de la Biblia. Desde el momento mismo en que abrió el libro al azar y cayó en el versículo 1,6 del Libro de Jonás, supo que Dios lo estaba poniendo a prueba. La primera señal se había consumado con la aparición del Leviatán peruano. La siguiente estaba por llegar.

A medida en que la chalupa se acercaba al Huáscar, fue convenciéndose de que su suerte estaba echada y solo le quedaba entregarse. Sufrir hasta que el Dios verdadero se convenciera de su fe y su devoción.

Observó al teniente Gárezon y a los soldados que lo escoltaban hacia el blindado peruano. Todos evitaban su mirada y aferraban sus armas. El capitán John Griffith llevaba años navegando por aquellos mares del sur, y estaba acostumbrado a la naturaleza inescrutable de los rostros indígenas. Los que remaban, y con singular fuerza, eran los negros. Al empujar los remos dejaban salir un sonido ronco, rítmico, que le heló al capitán John Griffith la sangre galesa y su fe presbiteriana. Repetían la misma letanía monótona de las plantaciones de caña en el Brasil, y que el capitán John Griffith viera en su primer contacto con el continente americano. Aquellos remeros peruanos le hicieron recordar esas sensaciones encontradas, la pena y el horror ante la esclavitud de esos hijos de Adán, cuya sumisión ofendía a Dios y sus escrituras. ¿Qué pecado pagaban? ¿Era su naturaleza divina o demoniaca?

El capitán John Griffith contempló con admiración las formas elegantes del Huáscar, los cañones de la torre de combate y las franjas rojas del pabellón peruano, que colgaban del único palo del monitor. Veía en esas formas un eco de su lectura bíblica de la mañana, cuando abriera una página de la Biblia al azar, cayendo en la historia de Jonás, el justo que se negó a defender la palabra de Dios en la pecaminosa ciudad de Nínive. Por su desobediencia Dios convocó una brutal tormenta, y los marineros del barco, al saber que Jonás era el responsable de aquella calamidad, lo empujaron por la borda como peso muerto del cual deshacerse.

A metros de abordar el Huáscar, el capitán John Griffith recordó de memoria los versos del Antiguo Testamento: Yahvé asignó un gran pez para que se tragara a Jonás.

¿Pero le había pedido Dios al capitán John Griffith que defendiera su palabra en la pecaminosa Iquique, en el sórdido Callao, en las calles rebosantes de ebriedad y fornicación de los puertos chilenos y peruanos? No, Dios no le había pedido nunca nada semejante. Porque Dios hablaba mediante señales y acertijos,

y la Biblia era el manual para detectarlos.

Caldera, 4 de octubre

Flavio Norambuena ya no se despegaba del telégrafo. Dormía en el despacho y solo salía para estirar las piernas en el muelle, a contemplar las gaviotas y el horizonte con la esperanza remota de divisar al Huáscar. A las recriminaciones cada vez más ácidas de su esposa y de sus dos hijos les respondía invariablemente que eran órdenes del gobierno.

—Ustedes no entienden nada —les decía, desgreñado, los ojos rojos, alzando la voz—. Estamos en guerra y cada minuto cuenta, cada mensaje que llega es vital para la victoria.

El mapa ahora estaba lleno de anotaciones, flechas y frases escritas con apuro. Dos días antes había llegado un telegrama señalando un probable avistamiento del Huáscar en Mejillones, mientras la escuadra chilena iba en la dirección contraria. Flavio Norambuena estalló en un ataque de nervios.

—¡Lo hicieron de nuevo, joven Bernardo! ¡Se cruzaron sin verse, como los payasos del circo!

—Hay que esperar la confirmación, don Flavio —le recordó el muchacho.

—¡Confirmación! —dijo Flavio Norambuena soltando una carcajada irónica—. ¡Confirmación pide él! ¿Acaso no lee usted los diarios, joven, como es su deber de hombre informado?

Flavio Norambuena se lanzó hacia el mapa, cogió un lápiz de grafito y trazó dos líneas paralelas. La escuadra chilena se dirigía a Arica en busca del Huáscar y este avanzaba hacia el sur sin ser molestado. ¿Cuándo se terminaría aquella comedia? Incrédulo, Flavio Norambuena sacudió la cabeza. El joven Bernardo González retransmitía el mensaje a Coquimbo.

—Según mis cálculos el Huáscar debiera estar aquí, en nuestras costas... ¡Mañana!

Para entonces la oficina telegráfica era un desfile de autoridades que venían cada cinco minutos exigiendo novedades. El gobernador marítimo, el alcalde y el juez llegaban y se iban refunfuñando, como si fuera culpa de los telegrafistas que el gobierno no enviara instrucciones concretas para hacerle frente al leviatán peruano. ¿Pero de qué hubiera servido?, se preguntaba Flavio Norambuena. ¿Acaso tenían baterías de tierra para defenderse? ¿Había dejado el gobierno siquiera una cañonera para proteger el cable submarino o la planta destiladora de agua?

Los rumores recorrían todo el pueblo y el viejo telegrafista estaba de un humor melancólico.

—En nuestra república no impera el mérito, joven Bernardo —dijo—. Los cargos se reparten por amiguismo, por compadrazgo e influencias. Solo así me explico tanta ineptitud.

Flavio Norambuena y el joven Bernardo González permanecieron todo el día en sus puestos, en espera de noticias que nunca llegaron. La mañana del 4 de octubre, mientras toda la población de Caldera esperaba la irrupción del Huáscar en la bahía y las familias pudientes del pueblo preparaban sus maletas, el telégrafo volvió a hablar.

Huáscar avistado en Sarco

—¡En Sarco! ¡En Sarco, joven Bernardo! Pasaron delante de nuestras narices sin reparar en la importancia estratégica de este puerto. ¿Acaso no sabe el señor Grau que por aquí pasa el cable submarino? ¿Que esta modesta oficina de madera es el punto intermedio de las comunicaciones norte sur de las fuerzas armadas chilenas?

—Capaz que sea parte del plan de nuestra escuadra —especuló tímidamente el muchacho.

—¿El plan? Joven Bernardo, me enternece usted. ¡En este país todo se improvisa!

Siguiendo el protocolo, el joven Bernardo González retransmitió el mensaje de Coquimbo hacia Antofagasta.

A las 2 de la tarde la goleta Emilia, de bandera de los Estados Unidos de América, recaló en el puerto y confirmó las noticias del telégrafo. Las familias pudientes, incluyendo la esposa y los hijos del gobernador marítimo, aprovecharon de largarse. Otros más precavidos, como la familia del juez, tomaron el tren a Copiapó, tierra adentro.

—Las ratas abandonan el barco, joven Bernardo —dijo Flavio Norambuena, volviendo una vez más al mapa—. Solo quedamos los hijos de Caupolicán.

***

Minutos más tarde el telegrama en cuestión estaba en manos del ministro de la guerra Rafael Sotomayor, quien lo leyó en silencio.

—Muchas gracias, señor Espinosa, puede retirarse —dijo

restregándose los ojos.

Rafael Sotomayor no era un hombre de gestos bruscos ni de golpes de autoridad. Había sido en su juventud un buscador de oro en California, juez de letras y funcionario municipal. Veinte años después de sus correrías de juventud era el nexo entre el poder político y el militar, en una guerra en la que la república se jugaba su futuro.

Dos días antes, también a primera hora de la mañana, Sotomayor había recibido un mensaje escrito del vigía de Mejillones anunciando la presencia del Huáscar y de la Unión a 10 millas de la costa con rumbo al sur. Su primera reacción fue de incredulidad.

¿Cómo era posible que los barcos peruanos, navegando a esa distancia de la costa, no se hubiesen avistado con nuestra escuadra, que había zarpado esa misma noche con instrucciones de navegar un poco más hacia el oeste? La distancia entre los barcos no podía superar las veinte millas. O Grau era un mago, o el vigía de Mejillones se había confundido. El mar, con sus volubles olas y su inmenso espacio difuso, solía prestarse para esos errores, más aún si el avistamiento se realizaba de noche. Además el Huáscar y la Unión no eran los únicos barcos de guerra que navegaban por aquel litoral. Los había británicos y norteamericanos como el USS Pensacola que estaban allí para proteger a sus propios barcos mercantes y los intereses de sus comerciantes en tierra.

Pero el nuevo telegrama arribado de Caldera caía como un balde de agua fría. Era la confirmación definitiva de que, una vez más, las escuadras se habían cruzado. El Blanco y el Cochrane navegaban hacia el norte y, al llegar a Arica, se encontrarían con que el Huáscar estaba a cientos de millas del alcance de sus torpedos.

¿Cuánto carbón traían el Huáscar y la Unión? No podía ser mucho. En algún punto de la costa deberían forzosamente dar media vuelta y regresar al norte. Calculó que dentro del día el Huáscar llegaría a Coquimbo. En ese caso las opciones se reducían a una sola: activar el plan de Latorre. La caza de la ballena en alta mar.

—Señor Espinosa, tráigame una taza de té, por favor —pidió el ministro Rafael Sotomayor mientras meditaba su respuesta a la nueva información.

El ministro Sotomayor no dictaba sus mensajes. Los escribía a mano y los cifraba él mismo utilizando los discos de Vignère y una

clave que cambiaba cada dos semanas y le enviaba Santa María desde Valparaíso. Por eso la presencia de los barcos peruanos resultaba aún más inquietante. El bergantín goleta Coquimbo debía arribar al día siguiente con la nueva clave y, de solo pensar que el Huáscar pudiera capturarla, el ministro Sotomayor sintió un escalofrío.

Sarco, 4 de octubre

Al teniente José Melitón Rodríguez le quedaban quince minutos para terminar su cuarto de guardia cuando vio venir la chalupa. Estaba en la torre de mando del Huáscar, observando la bahía a través de una ranura horizontal de 10 centímetros de ancho, detrás de una pared de metal revestida de teca, donde habitualmente se instalaba el contralmirante Miguel Grau o el oficial de guardia.

Informó al contralmirante del regreso de la chalupa y aguardó instrucciones. Un cable telegráfico comunicaba la torre de combate con la cámara de oficiales; la respuesta del contralmirante Grau llegó en puntos y rayas.

"Debe tener su gracia este buquecito", pensó el teniente José Melitón Rodríguez, anotando todo lo que sucedía en el libro de bitácora.

Salió a cubierta para recibir a la chalupa, que ya casi llegaba. Dos marineros bajaron la escalerilla.

El teniente José Melitón Rodríguez era alto y de cuerpo proporcionado. Sus rasgos eran los de un judío español fortalecido por la dieta del Nuevo Mundo. Tenía todo para ser un caballero de fina estampa; todo menos el capital.

Antes de ser marino el teniente José Melitón Rodríguez estuvo a punto de ser sacerdote. Pasó por el Seminario Santo Toribio, donde se destacó en matemáticas y en música. Tuvo incluso una prometedora carrera en el comercio minorista, trabajando como vendedor de pianos en la tienda de Guillermo Brandes, en la calle de las Divorciadas, y luego como vendedor de partituras en la tienda de Niemeyer, en la calle Mercaderes.

Un piano era un objeto costoso, importado de Francia o de Alemania, que podían permitirse algunas familias limeñas con el fin de instruir a sus hijas casaderas en el arte de la seducción y el entretenimiento. El joven José Melitón Rodríguez tenía la presencia y el encanto como para venderle un piano a cualquier tipo de mujer.

Mostrar cómo eran al tacto las teclas de un Streicher, el pedal de un Steinway o el sonido que se le saca a un Erard era como llevar a una mujer a París, Viena o Nueva York. Oportunidades de estrecho roce entre él y mujeres de distintas edades, desde doncellas en flor a madres de 30 años eligiendo piano para sus

hijas. Por eso mismo el joven Rodríguez se metió en más de un problema de carácter pasional, y a una edad muy precoz, dado su oficio de vendedor de pianos.

Este contacto con la belleza había dejado su marca, y no era frivolidad. El teniente José Melitón Rodríguez era un excelente oficial, pero durante las campañas no podía sustraerse a la contemplación y el goce estético.

Los remeros dejaron de remar y la chalupa se terminó de adherir al casco del Huáscar. Se lanzaron cuerdas y el teniente Pedro Gárezon Thomas se acercó a la escalerilla. Detrás de él venía un gringo con cara de funeral.

***

El capitán John Griffith fue tratado con deferencia. Un oficial joven, alto y apuesto lo recibió abordo y lo condujo hacia la popa del Huáscar.

Había oído hablar de aquel buque como si fuese un prodigio tecnológico, y el capitán John Griffith observaba los detalles del exterior y del interior con ojo crítico. El oficial lo dejó en una recámara con paredes de madera enchapada, con finos muebles de caoba.

—Buenos días —le dijo el mayordomo—. ¿Un té?

El capitán John Griffith declinó.

—El contraalmirante lo recibirá enseguida.

A diferencia del profeta Jonás, el capitán John Griffith no estaba cumpliendo un castigo en el estómago pestilente de la ballena, sino en una cámara de oficiales elegante y fina, tratado como un caballero. ¿Era una prueba más de Lucifer, el ángel caído? ¿O era una prueba de Dios, a quien aún no convencía de su fidelidad?

En la mesa había mapas, cartas, instrumentos, una regla y un compás, un tintero de plata. Se abrió una puerta y el capitán John Griffith vio aparecer un oficial de unos cuarenta y pocos años, de estatura media, rollizo, con ojos inteligentes y una gruesa barba que abultaba sus mejillas.

—Buenos días. Soy Miguel Grau —dijo en un inglés perfecto, con un extraño acento de marinero de Nantucket, Massachusetts.

—Capitán John Griffith, súbdito de Su Majestad.

Del hombre que tenía al frente no sabía prácticamente nada, aparte de su odiosa reputación en los diarios chilenos.

—¿Ha visto usted barcos de guerra chilenos en los últimos

días? —preguntó Grau.

El efecto de ver a un aristócrata sudamericano hablando como la clase obrera del mar resultaba curioso, hasta cierto punto diabólico. El capitán John Griffith balbuceó su respuesta.

—Señor, los blindados chilenos pasaron hace varios días con rumbo al norte.

Grau clavó sus ojos en el capitán John Griffith y en la Biblia que descansaba entre sus manos. Más que inquisitiva, su mirada era de curiosidad, como si intentara comprender las motivaciones de su interlocutor.

—¿Es usted un lector asiduo de la Biblia, capitán? —preguntó señalando el libro de tapas negras que el capitán John Griffith aferraba entre sus manos.

—Así es, señor.

—¿Me permite? —preguntó Grau.

A regañadientes, el capitán John Griffith le entregó el Libro de Dios. Grau lo recibió y, con un gesto cuidadoso, la abrió en la primera página.

—King James Bible, Oxford University Press —leyó—. Bello ejemplar.

El almirante peruano recorrió las páginas rápidamente. Había algo triste en la expresión de aquel comandante del que se escribían páginas y páginas en los periódicos, retratándolo ora como un caballero, ora como un pirata. Algo que también resultaba terrible de observar, aunque el capitán John Griffith no encontrase las palabras adecuadas para definirlo.

Miguel Grau cerró el libro y miró al capitán John Griffith fijamente. Luego extrajo un papel que el marino galés reconoció de inmediato: era la matrícula del bergantín goleta Coquimbo.

—Señor, la marina del Perú no reconoce la validez de esta matrícula —dijo Grau devolviéndole la Biblia—. Ha sido extendida por el cónsul de su país en Valparaíso después de la declaración de guerra del 5 de abril.

—¿Y eso qué significa? —pregunto el capitán John Griffith.

—Significa que usted y este barco están detenidos por orden del Director Supremo de la Guerra, don Mariano Ignacio Prado.

El Dios Verdadero, Adonai El-Hoím, oía cada una de sus palabras. El Dios Verdadero, megalétoi Theoi, tenía en él a su siervo más leal. Si su voz extremadamente grande, divinamente grande, le ordenaba arrojarse al mar o asesinar a Miguel Grau con sus propias manos, el capitán John Griffith lo hubiera hecho. Pero en su corazón solo había silencio.

Iquique, 4 de octubre

A dos semanas de iniciada la campaña el poeta Eusebio Lillo aun no lograba acostumbrarse al mar. O más bien a las incomodidades de un buque de guerra. Dormía con los oficiales del blindado Blanco Encalada, comía con ellos la escueta ración naval y tenía que librar una batalla constante contra el mareo. Pasaba el día con hambre, intentando registrar cada detalle de abordo porque esa era la misión que le había encomendado Santa María. Pero lo que más lo atormentaba era la perspectiva de un combate. De su pluma habían salido las estrofas guerreras del himno nacional chileno, pero no estaba seguro de su capacidad para soportar el tronar del cañón o la visión de la sangre.

Haber escrito aquellos versos patrióticos era lo único que lo protegía de las burlas y el menosprecio de los marinos. Había descubierto que en todos los buques circulaba el concepto del Cucalón, acuñado por la trágica muerte de un muchacho limeño que porfió por ser admitido en el Huáscar y cayó por la borda en uno de los combates entre el monitor peruano y la escuadra chilena. Cucalón era sinónimo de civil entrometido en el barco, que metía sus narices donde no debía y lo terminaba pagando. El almirante Riveros solía decírselo: “no se preocupe señor Lillo, si usted no es para nada un cucalón”. Pero Lillo no sabía si lo decía con sinceridad o le estaba tomando el pelo. Él se sentía, de hecho, el rey de los cucalones.

Los días abordo estaban marcados por el sonido del clarín llamando a despertar, formación, recogida o zafarrancho, las voces de los oficiales asumiendo su cuarto de guardia, los ruidos metálicos de cientos de aparejos y ganchos rozándose, las cuerdas subiendo y bajando, las poleas y las velas desplegándose en ejercicios sincronizados. Lillo anotaba mentalmente estos detalles en su cuaderno y luego los olvidaba, porque venían otros como el zumbido de la máquina o los rostros de los marineros, sus miradas duras, sus risotadas, incluso los idiomas que hablaban. Al igual que cualquier buque mercante, el blindado Blanco Encalada tenía una tripulación variopinta de chilotes, porteños, maulinos, pero también de ingleses, norteamericanos, griegos, belgas, escandinavos y alemanes. Había marineros morenos y con grandes bigotes negros, pero también marineros rubios, pecosos, colorines, y marineros con todos estos colores mezclados en la paleta

inverosímil del mestizaje costero. Había también un cura italiano que repartía escapularios y bendecía cañones, y unos muchachitos de diez u once años que corrían por la cubierta a pie desnudo, llevando y trayendo mensajes, encaramándose veloces como gatos en la cuerdas y en los palos.

Lillo subía todas las mañanas al puente de mando, un terraplén perpendicular a la cubierta, ubicado a un par de metros encima de ésta y desde el cual se podía apreciar el horizonte en toda su inmensidad. La escuadra parecía un cardumen de cetáceos liderado por dos enormes leviatanes, el Cochrane y el Blanco Encalada, y cuatro barcos menores, la corbeta O'Higgins, la cañonera Covadonga y los vapores artillados Loa y Matías Cousiño.

A veces Lillo dejaba de lado al poeta y se identificaba con el periodista. Tenía material para llenar páginas y páginas de crónica con estos detalles de color, eventualmente un libro completo. Pero no encontraba el momento ni las condiciones para escribir. El barco se movía, el ruido lo distraía, su prioridad era evacuar informes diarios a Santa María. Su prioridad era el Estado.

El comandante Riveros se paseaba por el puente con los brazos detrás de la espalda, mirando las operaciones de la nave con un gesto duro. Se había operado en él un cambio respecto al hombre moribundo que Lillo viera en tierra. El aire marino parecía haberlo rejuvenecido. El cadáver andante era ahora un líder naval. Lillo se preguntaba cuánto duraría, cuánto tardarían las supersticiones y los demonios de su origen en apoderarse del viejo marino.

—¿Qué dice, señor Lillo? ¿Cómo lo trata el mar?

—Bien me trata, comandante, no me puedo quejar —respondió Lillo aferrándose de la baranda.

—Ahora entiende, ¿verdad? –dijo Riveros mostrando sus dientes amarillos al sonreír.

—¿Se refiere usted a la labor del marino?

—La labor del marino, sí pues. Usted sabe, yo soy de Chiloé. Allá es puro mar y bosque. Uno crece pasando frío, oyendo historias. Yo sé que muchos me miran en menos porque soy chilote.

—¿Se ha fijado en los apellidos de sus camaradas? Williams, Simpson…

—Usted se las trae, señor Lillo –dijo Riveros sin apartar la vista —. Harto pillo es usted.

Lillo asintió sin decir nada. El viejo chilote tenía muchos defectos, pero ninguno de ellos era la falta de sinceridad. Al

parecer su comentario sobre el pobre Cucalón no tenía una gota de ironía.

—Mañana llegaremos a Arica, señor Lillo –dijo el comandante Riveros—. Prepárese.

***

Durante aquellos días tensos, mientras la escuadra avanzaba hacia Arica en busca del Huáscar, el poeta Eusebio Lillo vio bandadas de pájaros, cardúmenes de toninas y delfines. A lo lejos divisó una ballena, su negro lomo zambulléndose en el mar. No se despegó más de Riveros. Cada hebra de información era crucial para evitar que el viejo marino expusiera a la escuadra a un nuevo bochorno. Debía hacerlo de manera sutil, o de lo contrario todo se iría al diablo.

El poeta Eusebio Lillo llevaba ya casi 20 años sin escribir un solo verso. Se había transformado, sin quererlo, en un libretista de ópera. Una ópera real en tres actos, con personajes de carne y hueso encarnándose a sí mismos. Santa María y Sotomayor mandándose mensajes falsos; Agustín Edwards publicando informes marítimos adulterados; y los comandantes Ransome y Griffith. Uno transportaba cartas falsas, el otro una falsa historia. Uno era masón y el otro evangélico. Los telegramas, la carta y el rumor sostenían que el gobierno chileno había lanzado finalmente la ofensiva marítimo-terrestre sobre Tarapacá.

Lillo había redactado cada detalle del libreto. Santa María lo había aprobado. Cada cantante se sabía su parte. Solo faltaba un personaje para que la ópera llegase a su Tercer Acto, el desenlace: Miguel Grau.

Sarco, 4 de octubre

Cuando el teniente Pedro Gárezon Thomas llegó a la cámara del comandante del Huáscar con un saco de yute, Grau hizo algo inusual: sonrió.

—Almirante, la correspondencia del Coquimbo.

—Buen trabajo, teniente.

Grau leyó los encabezados y remitentes de cada sobre y los fue dejando a un lado. De pronto reparó en un sobre lacrado, con el timbre del ministro del Interior.

Si había una cosa que Grau envidiaba a Chile no eran sus blindados, ni menos su comida. Chile tenía gobierno civil. Gobiernos impersonales, capaces de enfrentar con éxito cuartelazos y dar confianza a los hombres de empresa y al pueblo. Así progresaba una república, sin caciques ni militarismos.

El Perú también tenía lo suyo, pero para ganar la guerra su margen de error era mucho menor. Lo recursos debían concentrarse y eso era lo que Grau había hecho: se las había arreglado para reunir en el Huáscar a un rutilante elenco de marinos. El mejor, dada la realidad administrativa y política del país y la compleja relación entre él, Grau, y el Comandante Supremo de la Guerra. Su jefe de Estado Mayor era el capitán de fragata Melitón Carvajal, el mejor geómetra y geógrafo de la marina. El segundo comandante era Elías Aguirre, que Grau rescató de un injusto destierro en Tarapacá. El tercero en la línea de mando era el teniente José Melitón Rodríguez, el amigo de todos. La dotación de oficiales la completaban los abnegados tenientes Palacio, Ferré, Diez Canseco y Gárezon Thomas, este último uno de los sobrevivientes del desastre de la Independencia. Todos rondaban los 30 años y habían vivido más o menos los mismos acontecimientos: la guerra contra España (cuando Chile era aliado y no enemigo), el motín de los Gutiérrez, la muerte del presidente Baltra, los gobiernos civilistas y los cuartelazos.

Grau decidió ponerse manos a la obra y pidió al mayordomo Manuel Pineda una batea de agua, una vela y un paño. Mojó ligeramente el sobre y lo acercó a la vela. La carta estaba doblada, pero con ayuda de la vela Grau alcanzó a leer una serie de letras y números que lo dejaron perplejo. El mensaje era tan escueto que solo podía ser una cosa: un código.

Copió la frase en un cuaderno y se aseguró que el sobre no se hubiese dañado. Normalmente Grau hubiera llamado al teniente José Melitón Rodríguez para hacerse cargo del barco capturado, pero necesitaba a Rodríguez abordo.

Llamó en cambio al teniente Arnaldo Larrea.

—Reúna a nueve marineros y hágase cargo del Coquimbo —ordenó—. Siga hacia Antofagasta y asegúrese de que la correspondencia llegue a destino.

El teniente Arnaldo Larrea terminó de escuchar las instrucciones de Grau en silencio. El propio almirante se lo había advertido antes de zarpar del Callao:

—Usted va a desempeñar una misión de alto riesgo, Larrea. Una misión de la cual depende eventualmente nuestra victoria.

El teniente Arnaldo Larrea reunió a los nueve marineros previamente seleccionados para la misión, y los ordenó cambiar sus uniformes por los atuendos de una tripulación mercante común. Luego, con el documento de la matrícula y el saco de la correspondencia, abordaron la chalupa y se dirigieron hacia el bergantín goleta Coquimbo. Una vez abordo, los tripulantes del barco capturado fueron trasladados al Huáscar en calidad de prisioneros. Todos menos el segundo, John Henry Campbell y el vigía Benjamín Huancalahuén, quien ni siquiera se movió de la cofa. La nueva tripulación del bergantín goleta Coquimbo desplegó sus velas zarpando en la dirección contraria, como si nada hubiese pasado.

***

En el vientre del Huáscar el ingeniero Samuel MacMahon recibió la orden de zarpar.

—¡Señores! ¡A juntar vapor en las calderas! –exclamó.

El ingeniero Samuel MacMahon sabía cómo motivar a sus hombres.

—¡Gómez, Alcíbar, muevan el trasero!

MacMahon tenía problemas con el alcohol. Hablaba un español criollo lleno de anglicismos. Su vida transcurría entre los bares del Callao y aquel compartimiento ruidoso y hediondo a hollín, donde la máquina del Huáscar transformaba combustión en energía motriz. Sus hombres lo respetaban, pero en tierra eran pocos los que estaban dispuestos a acompañarlo en sus maratones

alcohólicas. Mientras estaba abordo se entregaba a la máquina y a los hombres que la servían; en tierra, bajo el cielo lechoso y opresivo del Callao, se perdía en los bares y despertaba con la cabeza destrozada y una sensación de vacío. El mar era su escapatoria, su refugio contra el vicio que había destruido a su padre y, antes que él, a su abuelo, todos pertenecientes a la misma estirpe de norteños que ahogaban en alcohol la melancolía brumosa y gris de sus tierras natales.

Su historia era la de tantos niños nacidos en familias numerosas y pobres. El menor de diez hermanos, a los 17 años se embarcó en la escuadra de la Unión abordo del Passaic, un blindado de aguas fluviales de la clase monitor. La guerra de secesión fue su rito de pasaje, el pasaporte a la aventura y el pretexto ideal para escapar del taller de hojalatería de su padre.

Pero esta primera travesía bien pudo haber sido la última para Samuel MacMahon, y no por culpa de los rebeldes del sur a quienes iba a combatir en nombre de la libertad. El viaje comenzó a lo grande con la visita del presidente Lincoln y todo su gabinete en el Navy Yard de Washington. Nunca olvidaría el ingeniero Samuel MacMahon la mirada transparente del Presidente en el momento de estrechar su mano.

—¿De dónde eres, hijo?

—Orange, New Jersey, señor.

—Que Dios te bendiga, hijo —había dicho Lincoln—. Y a la libertad de esta nación.

Y el muchacho vio cómo la enorme figura del Presidente se alejaba por la cubierta, aclamado por los marineros que arrojaban sus gorras al aire.

—¡Viva el Presidente Lincoln!

—¡Viva la Unión!

Al día siguiente de la visita presidencial, el Passaic salió del río Potomac y, en alta mar, fue remolcado por el USS State of Georgia. La orden del alto mando era unirse al USS Montauk y al USS Monitor en el bloqueo de Charleston, plaza fuerte clave en el esquema defensivo de los esclavistas. Pasaron la navidad frente a Carolina del Norte, cantando y disfrutando de un fastuoso banquete marinero, y el joven Samuel MacMahon sintió que por su sangre corría la misma sangre de Ulises, que el resto de su vida iba a ser un continuo de canto, baile y aventura en compañía de aquellos hombres rudos y sin miedo a nada.

Pero en el cabo Hatteras los sorprendió una tormenta brutal. Los tres blindados habían sido diseñados para combatir en los

grandes ríos de América del Norte, pero en el mar eran lentos y poco maniobrables. Con una tormenta así simplemente se transformaban en cajas de metal cargadas de plomo. Años después en el Callao, borracho y acompañado por otros marinos anglosajones, Samuel MacMahon solía relatar aquella odisea sin ahorrarse detalles. Ante la mirada atónita de sus interlocutores narraba la sensación de asfixia y pavor, las náuseas de vivir semejante temporal encerrados en un trozo de acero capaz de resistir las balas más poderosas, pero que frente a los caprichos del viento y del mar valía menos que una barca de madera. Los marineros arrojaban las piezas de artillería al mar e intentaban sacar el agua que entraba por los intersticios del barco mediante bombas de achique, mientras las calderas iban muriendo inundadas de agua salobre. Hombres que se habían batido durante días contra el enemigo en batallas sin pausa se encomendaban a Dios y a sus madres; los más jóvenes, como MacMahon, lloraban.

Aquella noche zozobró el Monitor, el barco poderoso de la escuadra de la Unión, llevándose consigo a 55 tripulantes hacia el inframundo submarino de Davy Jones, el cuco de los marineros. El Passaic y el Montauk también estuvieron a punto de hundirse. Apenas recalaron en puerto el joven MacMahon se emborrachó por primera vez, con rabia, sin medir las consecuencias, intentando ahogar esa noche de terror. En vez de sentirse agradecido a Dios por haber zafado de la muerte, el joven MacMahon sintió un odio infinito contra ese padre mezquino y arbitrario. A partir de ese momento dejó de creer en “historias de hadas” y fijó toda su fe en la tecnología.

El ingeniero Samuel MacMahon pensaba como la máquina y la sentía como una extensión de su propio cuerpo. Caliente como un horno y poderosa como Zeus, la máquina era el sostén de la vida, la única fuerza que realmente contaba. El ingeniero Samuel MacMahon observó las agujas, comprobó cómo aumentaban las revoluciones y la pesada estructura del Huáscar comenzaba a moverse.

—No me falles, missy… —masculló.

Iquique, 4 de octubre

El cabo de cañón Melchor Martínez despertó en alta mar. El aire llenaba sus pulmones y no estaba solo. Sintió que algo viscoso y áspero le corría por la mano.

—¡Vuelve! —gritó una voz conocida.

Melchor abrió los ojos y se incorporó. Un cirujano naval lo miraba con asombro. El perro Cuatro Vientos agitaba su cola en un estado de felicidad.

—Martínez, quédese donde mismo —dijo el cirujano cortando su intento de ponerse de pie.

Sacó unos instrumentos y le pidió al cabo de cañón Melchor Martínez que se sentara en la camilla.

—Ahora míreme. Abra la boca. Respire.

Hacía signos de aprobación y de sorpresa, como si Melchor regresase del reino de los muertos.

—Es usted un caso excepcional, cabo. Pura fibra, felicitaciones.

—¿Dónde estamos, señor?

—Buena pregunta, cabo. Estamos en el blindado Cochrane, navegando rumbo al puerto de Arica.

—¿Cómo llegué hasta aquí? No recuerdo nada.

—Llegó con ayuda, marinero. Con mucha ayuda.

El médico anotó algo en un papel, lo firmó y se lo entregó al cabo de cañones Melchor Martínez.

—Preséntese con esto ante el capitán Gaona. Bienvenido a la guerra y viva Chile.

—Viva —repitió Melchor, somnoliento.

El cabo de cañón Melchor Martínez salió de la enfermería y avanzó con paso titubeante por el entrepuente, seguido del perro Cuatro Vientos, que no cabía en sí de alegría al verlo repuesto. Melchor tenía un vago recuerdo de la última vez que se vieron con Cuatro Vientos y sus dos camaradas, el gringo Mosley y el egipcio Tarud, en aquella noche alocada en Valparaíso cuyo solo recuerdo le provocaba jaqueca.

En esos recuerdos había también una certeza: que él ya no pertenecía a la gloriosa cañonera Magallanes sino al gigantesco Cochrane. Miró a Cuatro Vientos como pidiéndole explicaciones, y el quiltro le devolvió la mirada inclinando su cabeza, dándole a entender que era un asunto complejo.

Pero la prueba de fuego para su rehabilitación fue enfrentar la

luz del día. Al salir del entrepuente a la cubierta tuvo que cerrar los ojos.

Sí, era el Cochrane, el blindado más poderoso de la escuadra. Melchor giró la cabeza para contemplar los palos y el velamen, el castillo de popa y las escotillas, el puente de mando y la chimenea. ¿Qué demonios hacía allí? ¿Dónde estaban sus camaradas?

Se dio cuenta de que todas las miradas se volvían hacia él. Los marineros lo observaban en silencio, como si el cabo de cañón Melchor fuese un fantasma. Reconoció a varios de la Magallanes.

—¡Qué miran tanto! —bramó una voz—. ¡A sus puestos! ¡Usted, venga para acá!

La voz pertenecía a un oficial alto y rubio, con grado de teniente, y el cabo de cañón Melchor se dio cuenta que le hablaba a él. Golpeado.

—¡Nombre!

—Cabo de cañón Melchor Martínez.

—¡Más fuerte!

—¡Cabo de cañón Melchor Martínez!

—¡Usted está ebrio, señor! —dijo el oficial hablándole de muy cerca.

—Señor, yo…

—¡Silencio, Martínez!

—¡Sí, señor!

—¿Acaso no sabe que estamos en guerra, Martínez?

—¡Sí, señor!

—¿No quiere vengar al comandante Prat?

—¡Sí, señor!

—¿No está dispuesto a dar la vida para capturar al monitor peruano?

—¡Sí, señor!

—¿Entonces qué hace usted borracho a esta hora?

El cabo de cañón Melchor Martínez se puso en posición firme y le entregó al teniente el parte médico. Este lo leyó y cambió el gesto.

—Cabo de cañón Melchor Martínez reportándose, señor. ¡Presente para servir a la patria!

Los que observaban la escena no dijeron nada, y el cabo de cañón Melchor Martínez creyó distinguir más de una sonrisa de complicidad.

Punta de Leones, 4 de octubre

Un par de millas mar afuera, frente a la caleta de Sarco, el Huáscar y el bergantín goleta Coquimbo se separaron. El Huáscar y la corbeta Unión enfrentaron con sus máquinas los vientos del sur, los mismos que empujaron las velas del bergantín goleta Coquimbo en la dirección contraria. Zarpaba con una tripulación nueva y la correspondencia intacta del ministro del interior de Chile al ministro de Guerra en Campaña, Rafael Sotomayor.

El Huáscar navegó algunas millas a media máquina y se detuvo frente a la Punta de Leones, usando esta formación geológica como escondite. Durante algunas horas permaneció allí al acecho por si pasaba algún barco de interés.

Grau tenía razones para estar inquieto y optimista a la vez. Sabía que el blindado Cochrane había pasado por una profunda mantención en Valparaíso y que, probablemente, ya no era el buque pesado y lento que más de una vez había dejado atrás. Probablemente tenía incluso una nueva tripulación y un nuevo comandante, por ejemplo el capitán Juan José Latorre, el más astuto y competente de los marinos chilenos y un rival del que Grau no se podía fiar. Lo había demostrado durante el segundo combate de Iquique, cuando comandaba la cañonera Magallanes y evitó que Grau echara a pique el vapor Matías Cousiño.

Pero tenía también razones para creer que su buena estrella lo seguiría acompañando. Su optimismo se basaba, en gran parte, en haberse cruzado con el bergantín goleta Coquimbo esa mañana, en la bahía de Sarco.

—Señor Pineda, por favor, haga venir al capitán Griffith.

Al poco rato el singular marino galés estaba en sus cámaras mirándolo con desconfianza, aferrando con ambas manos su Biblia.

—¿Le han dado de comer? —le preguntó Grau.

—Sí, señor —se limitó a responder Griffith.

—Capitán, ¿cuántos viajes ha hecho usted entre Valparaíso y Antofagasta desde el 5 de abril?

—Muchos.

Grau estaba demasiado cerca de su objetivo como para perder la paciencia. Repitió su pregunta, dándole tiempo al capitán Griffith para sacar la cuenta.

—Han sido aproximadamente dos viajes al mes, señor.

Grau asintió satisfecho. La regularidad era un patrón.

—¿Siempre lleva correspondencia del ministerio del interior de Chile?

—No miro los remitentes, señor. No son de mi incumbencia.

—Por supuesto, usted es un caballero.

Y un cabeza dura, pensó Grau. Definitivamente no era un espía, al menos no en el sentido convencional. Con todo había mucha información que necesitaba extraer de aquel hombre y de momento no sabía cómo.

—Dígame, ¿cuántas veces lee la Biblia?

—Todos los días, señor. En las mañanas y luego en la noche, antes de dormir.

Una idea fugaz atravesó la mente de Grau.

—¿Le dice algo la combinación LJ22? ¿J424?

Las duras facciones del capitán John Griffith experimentaron una especie de metamorfosis. Su ceño fruncido se abrió en una expresión de perplejidad, como si la pregunta de Grau hubiese desarmado sus defensas. Tomó la hoja de papel donde Grau había copiado el mensaje lacrado del ministro del interior Domingo Santa María, y lo analizó con detención.

—LJ debe ser el Libro de Jonás —dijo el capitán John Griffith —. J se refiere a Job. Se refiere a los versículos 2,2 de Jonás y 42,4 de Job.

Grau tomaba notas. Como a muchos hombres, la desgracia lo había llevado a buscar consuelo en la religión. Pero vivía en un país católico apostólico romano, o sea un país donde la palabra de Dios estaba encerrada en una lengua muerta e incomprensible para la mayoría de la población, incluyendo el sector culto al que pertenecía Grau. John Griffith, en cambio, venía de Gales donde esa palabra había sido traducida por los hombres más eruditos de su tiempo, después de meses y años de cuidadoso análisis. Ahora bien, esos pasajes de la Biblia, que constituían el corazón del código secreto del ministerio del Interior chileno, se basaban en una versión específica de la Biblia. Podía ser la Biblia en latín o la Biblia James en inglés. O alguna de las pocas y muy valiosas ediciones de la Biblia James traducidas al español por misioneros anglicanos, como la que él mismo tenía en su camarote.

—¿Sería tan amable de leerme el primer pasaje? —dijo Grau.

—Con todo gusto.

El capitán John Griffith abrió el libro, encontró el primer pasaje y leyó, en un inglés de capilla y con la voz solemne de un ministro de Dios:

—Entonces alzaron a Jonás y lo arrojaron al mar; y el mar comenzó a detenerse en su enfurecimiento.

Personaje interesante ese ministro Santa María. O quienquiera que estuviese a cargo de sus comunicaciones.

—¿El otro qué dice?

El capitán John Griffith buscó la página, la recorrió con el dedo hasta ubicar el capítulo y el versículo señalados, se aclaró la garganta y leyó:

—Yo te interrogaré y tú dame información. De oídas he sabido de ti, pero ahora mi propio ojo te ve.

Era extraño ver a un hombre transformarse mientras leía. Como si la palabra se apoderase de la personalidad. ¿Hablaba Dios como un presbiteriano galés de cuarenta años? Grau experimentó una sensación extraña. Por primera vez sintió que tenía al frente a un adversario de respeto, probablemente no uno sino dos, tres, o varios.

***

El Huáscar y la corbeta Unión siguieron su derrotero hacia el sur, a lo largo de la costa de Atacama, navegando frente a penínsulas y bahías salvajes. El ingeniero Samuel MacMahon no se apartaba de la máquina, atento a cualquier señal de mal funcionamiento. El teniente Pedro Gárezon Thomas empleaba sus instrumentos y estimaba la distancia recorrida. Grau marcaba puntos en la carta náutica y llegó a la conclusión de que contaba con un interesante margen de maniobra.

Observó desde la toldilla de popa como el sol se ponía en un horizonte violáceo, el horizonte que él mismo atravesara cuando era apenas un niño. Venus ya despuntaba en el cénit, y pronto la Vía Láctea se formaría ante sus ojos, provocando el mismo asombro del adolescente que recorrió el mundo en barcos balleneros. “Tantas estrellas”, pensó Grau, “y uno aquí haciendo la guerra”.

Pisagua, 4 de octubre

Solo en el puente de mando del blindado Cochrane, el comandante Juan José Latorre miraba hacia el Oriente.

Eran casi las 10 de la noche y Venus, el lucero de la tarde, ya no estaba solo. Miles de estrellas despuntaban en el firmamento y el comandante Juan José Latorre las observaba con emoción. Recordaba sus tiempos de cadete, cuando con su compañero Arturo Prat aprendían a reconocerlas. Esa es Vega y esa otra Bertelgueuse, le decía Prat en la cubierta de la Esmeralda, la vieja corbeta que el Huáscar había echado a pique con su espolón.

El comandante Juan José Latorre aferró con sus manos la barrera metálica del puente de mando y recorrió con la mirada la cubierta vacía del Cochrane, la misma que de día hervía de voces y de hombres cumpliendo sus pesadas labores. El barco parecía navegar a esas horas de la noche como si un comandante fantasmal manejara el timón. Los vigías estaban en sus puestos, los maquinistas y los fogoneros mantenían la presión y la velocidad, pero cada uno permanecía oculto, como pájaros en un bosque nocturno.

Mirando al Oriente sentía que dejaba atrás su cuerpo. Entrenado para reconocer los astros, para navegar como los antiguos fenicios siguiendo la estrella polar, experimentaba en esos momentos una sensación de plenitud y de poder. Era gordo y tímido con las mujeres, a los 36 años seguía soltero, pero había aprendido junto a Arturo Prat a reconocer las estrellas y su ubicación en el firmamento: siempre estaban donde mismo, y esa era la única certeza que podía interponer entre él y el mundo.

Solía entregarse a este tipo de reflexiones en los tiempos muertos, cuando el buque navegaba o permanecía anclado en alguna bahía anodina, aguardando órdenes superiores. Los 9/10 del tiempo del marino transcurrían entre la espera y la rutina. Solo la décima parte eran acción, aventura, una lucha de vida o muerte contra una tormenta o contra un barco enemigo. En esos momentos el cuerpo del marino era un sistema bioquímico con un solo fin: la supervivencia. Si era oficial aplicaba todo su intelecto en interpretar datos y dar órdenes; si era marinero, aplicaba toda su fuerza física en obedecerlas.

El comandante Juan José Latorre era un marino que reflexionaba. Tal vez era por ser masón, por haber tenido acceso a

información esotérica, por haber cultivado la razón y rechazado las supersticiones. Tal vez era por no haber conocido a su padre, por haber sido criado por una madre viuda y tener hermanos peruanos que combatían en defensa de su país, tal como él lo hacía por el suyo. Comandaba una mole de guerra de 3.500 toneladas y 3.000 caballos de fuerza, la máquina más poderosa del Estado chileno, los cañones más letales. Pero bajo las estrellas estaba igual que los primeros babilonios.

Sus órdenes eran llevar al Cochrane al puerto peruano de Arica, donde presumiblemente se encontraba el Huáscar. Pero sabía que la campaña no se iba a jugar allí sino más al sur, en un encuentro dramático y frontal con el mejor marino de América del Sur. Con el poeta Eusebio Lillo habían intentado diseñar ese encuentro de la manera más ventajosa posible, pero pese a todas sus prevenciones y toda la información falsa que estaban sembrando a través del telégrafo, de los barcos neutrales y del mismísimo diario El Mercurio, existía un margen de probabilidad de que Grau no mordiese el anzuelo, de que la guerra naval se prolongase más allá de lo necesario.

—Señor —dijo una voz interrumpiendo sus reflexiones.

Era el teniente Policarpo Toro, que venía a asumir su cuarto de guardia.

—¿Qué hay, Toro?

—Sin novedad, señor. Salvo que el cabo de cañón Melchor Martínez despertó esta mañana.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, señor —dijo el teniente Toro—. Un poco desorientado solamente. Nadie le había advertido al teniente Simpson de la situación del cabo Martínez, de modo que en un principio creyó que el cabo Martínez estaba borracho y lo reprendió con severidad.

—¿Se aclaró el malentendido?

—Por cierto, señor. Hubiera sido una pena perder al cabo Martínez. Por lo que he oído es un artillero descollante.

El comandante Juan José Latorre oía la voz de Toro como si le llegara desde lejos, a través de un tubo que distorsionaba sus palabras.

—¿Reconoce usted esa estrella, Toro?

—¿Cuál de todas, señor?

—Esa que palpita encima de Bertelgueuse.

El teniente Policarpo Toro era un buen oficial. Era alto, delgado, extrovertido. Latorre sospechaba que era de aquellos que

reflexionaba.

—¿Ha estado usted en la Isla de Pascua, Toro? —le preguntó Latorre.

—Sí, señor, en la corbeta O'Higgins —el teniente Policarpo Toro pareció entusiasmarse, su voz subió de intensidad, sus ojos se dilataron—. Un lugar muy especial, con esas estatuas imponentes y grotescas. ¿Quién las habrá construido? Los lugareños son gente tan simple que cuesta creerlo. Se mataron entre ellos hace muchos siglos, según nos contó un sacerdote francés que estaba allí.

El comandante Juan José Latorre había oído aquellas historias, de boca del mismo sacerdote. Una historia triste y melancólica, un enigma como las pirámides de Egipto.

—La república debiera establecer algún tipo de protectorado sobre esa isla —dijo el teniente Toro—. De solo pensar su ubicación estratégica.

—Es evidente que esa gente llegó desde otra parte, que navegaron hasta allá desde muy lejos —dijo el comandante Juan José Latorre—. Hace siglos, quizá— ¿Se imagina usted, Toro, cómo lo hicieron?

Y el teniente Toro, en la semioscuridad del puente de mando, sonrió con sus facciones duras:

—Mirando las estrellas, señor.

Coquimbo, 5 de octubre

Visto desde lejos el Huáscar parecía un gran pez cuya silueta apenas sobresalía del agua. Solo la chimenea delataba su presencia en la noche. Para el observador externo su tripulación era invisible. Pero ahí estaban: los oficiales de guerra, los artilleros, los cirujanos, los aspirantes y los maquinistas, los carboneros y fogoneros. Algunos durmiendo y otros en sus puestos cumpliendo su cuarto de guardia.

El primero en verlo fue el vigía de Guayacán, que alertó a las baterías de defensa y a la comandancia general del puerto. Se encendieron bengalas y los perros se echaron a ladrar. Miles de habitantes saltaron de sus camas y salieron a las calles de Coquimbo a comprobar si era cierto. El Huáscar atacaba, el Huáscar buscaba presa. El miedo se apoderó de una población excitada por los diarios y los rumores. Las mujeres rezaban, los hombres comentaban que el espolón del Huáscar era capaz de partir a un barco en dos, que su comandante era un hombre elegante, frío y misterioso, que enviaba cartas de condolencias a las viudas de los barcos que echaba a pique.

El mayordomo Manuel Pineda dormitaba en el castillo de popa del Huáscar cuando lo alertó un toque de campanilla accionado desde la torre de mando. Pineda se restregó los ojos y subió a cubierta. Golpeó a la puerta del camarote del comandante y esperó. Del otro lado se oyó una voz somnolienta.

—¿Qué hay?

—Almirante, lo llaman de la torre de mando —dijo Pineda.

—Enseguida —dijo la voz.

***

El camarote de Grau estaba enchapado en madera y empotrado en la popa del barco. De no ser por sus dimensiones diminutas y por el vaivén del océano, cualquiera hubiese pensado en una habitación de hotel. La lámpara a parafina iluminaba débilmente la cama, la mesa, un pequeño mueble con libros y una silueta que se levantó sin apuro de un sueño ligero.

Grau hizo a un lado las frazadas y contempló durante unos instantes los retratos de su amada Dolores y de sus hijos vestidos con traje de marinero.

Era su séptimo viaje al sur con el Huáscar, un número que, por alguna razón, le causaba inquietud.

Se colocó la chaqueta con las insignias de contralmirante. Cogió su gorra y sus binoculares y salió. El aire fresco de la madrugada le golpeó la cara.

Caminó sin prisa por la popa, pasó delante de los cañones mudos, el palo mayor y la chimenea, que evacuaba la combustión de las calderas que trabajaban en su interior. Por la banda de estribor divisó la chimenea de la corbeta Unión, la compañera de correrías del Huáscar.

***

En la torre de mando lo esperaba el teniente Diego Ferré.

—Buenas noches, teniente.

—Buenas noches, almirante.

—¿Alguna novedad?

—Ahí lo tiene, señor: Coquimbo.

Grau cogió sus binoculares y observó.

Coquimbo era una bahía cerrada que en tiempos coloniales fue guarida de piratas y contrabandistas. Ahora era el puerto por donde Chile sacaba la producción de sus minas de cobre. Dos columnas de humo se elevaban hacia el cielo estrellado. Eran las fundiciones de Agustín Edwards.

Grau recorrió la bahía con sus binoculares y divisó dos naves. Una era británica y otra norteamericana. Comprendió que su única presa en aquel lugar era el cable submarino, por donde pasaban los telegramas entre Santiago y Antofagasta.

Las baterías de tierra estaban mudas; no así los perros de Coquimbo, cuyos ladridos llegaban hasta el Huáscar arrastrados por el viento. Ladraban como si estuvieran en presencia de un monstruo marino.

Pero el Huáscar era más que eso. Era un enorme y complejo sistema mecánico e informático. Sus dependencias estaban conectadas por tuberías y un sistema de transmisión de órdenes. Toda la información de los vigías, los cálculos de velocidad y distancia que hacían los oficiales de guardia, el estado de las calderas y de la máquina que dirigía Samuel MacMahon, convergían en la mente de Grau. Su cerebro era un archivador repleto de mapas y cartas náuticas, corrientes y rocas, la dirección del viento, las informaciones recabadas de otros navíos y de las estaciones telegráficas, el perfil de una costa árida y abrupta que

chilenos y peruanos habían elegido como campo de batalla.

Al entrar en Coquimbo esa madrugada, en la mente de Grau se armó un mapa táctico.

—Teniente, mande bajar las revoluciones de la máquina —ordenó—. Permaneceremos aquí durante una o dos horas, por si ingresa alguna nave enemiga—. Intentaremos rastrear el cable submarino.

—A la orden, almirante —replicó el teniente Diego Ferré.

Desde su puesto de mando Grau observó a la proa del Huáscar perder impulso. Llevaba tanto tiempo navegando en aquel buque que conocía de memoria sus sonidos internos, su respiración, la manera cómo digería el carbón y lo transformaba en fuerza motriz.

Pero había un punto en la cubierta que cada vez le incomodaba más observar. Estaba situado a su izquierda de la torre de combate, al pie de los dos cañones de 300 libras que eran el núcleo de su armamento. En ese lugar había caído, con la cabeza perforada por una bala de fusil Remington, el comandante Arturo Prat Chacón.

***

El aspirante Carlos Tizón de la Rosa cumplía su cuarto de guardia en la cofa del Huáscar, suspendido en el vacío, a varios metros de altura en el palo mayor.

La cofa era el lugar más solitario del barco. Desde allí se veía el horizonte y la costa con su amplitud arrebatadora. Pero durante el combate era el lugar más intenso, el más expuesto, una especie de nido de pájaro que permitía a su ocupante tener un panorama global de los hechos. Desde allí había visto el abordaje y la muerte de los marinos y marineros de la Esmeralda, la desaparición del teniente Carlos Heros, pulverizado por una bala de la cañonera Abtao.

Aquella guardia solía provocarle al aspirante Carlos Tizón de la Rosa una sensación de melancolía. Tenía veinte años y se encontraba en aquella delgada línea de sombra que separaba la juventud del resto de la vida. Podía morir mañana, pero no le importaba.

El aspirante Carlos Tizón de la Rosa miró a su alrededor y contempló la inmensidad del océano. Había sido él quien diera el aviso de la llegada a Coquimbo. Al ver el puerto chileno había experimentado una ligera sensación de vértigo, pensando que allí

lo esperaba un combate similar al de Iquique. Durante instantes contempló la ametralladora Gatling y se vio jalando su palanca para que los cañones vomitaran fuego contra el enemigo. Pero no había allí barcos chilenos a quienes atacar. Todo era silencio y oscuridad.

—Para la próxima será, negra —le dijo en voz baja a la ametralladora.

***

Grau conocía en persona a la mayoría de los oficiales de la escuadra chilena. Habían servido juntos en la guerra contra España. Pero sus vínculos con Chile iban más allá de esta extraña y frustrante campaña. Su padre y su hijo Miguel habían muerto en Valparaíso, su cuñada Manuela Cabero vivía en aquel puerto y estaba casada con Oscar Viel, uno de los comandantes de la flota enemiga. Por suerte Viel no estaba esa noche en Coquimbo. Hombre religioso, Grau había rezado muchas veces junto a su esposa Dolores, suplicando a Dios que no le pusiera a Viel en su camino. ¿Cuán cruel podía ser el destino obligándolo a disparar contra el amigo, el pariente, el padre de los primos de sus hijos?

Después del combate de Iquique Grau le escribió una larga carta a la viuda de Prat. Era su deber y la rehizo varias veces hasta encontrar el tono adecuado. Aun así la imagen de Prat desplomándose en la cubierta del Huáscar lo perseguía desde ese entonces. En el silencio cerrado de aquella noche frente a Coquimbo, Grau se preguntó si su fin sería el mismo.

Se imaginó al Huáscar cercado entre dos fuegos, abordado por el enemigo, y al marino chileno que subiría hasta la torre de mando para ultimarlo con un tiro a boca de jarro.

Si eso llegaba a suceder, ¿recibiría su amada Dolores una carta similar a la que él le había escrito a Carmela Carvajal de Prat?

El Huáscar perdió velocidad y se transformó en una ballena dormida, entregada a las olas. Era la una y media de la madrugada y de Coquimbo solo le llegaba el ladrido distante de los perros.

Pisagua, 5 de octubre

—¿Me fueron a ver al menos, los malnacidos? –preguntó el cabo de cañón Melchor Martínez a sus compañeros.

Los marineros del Cochrane se habían recogido. Algunos ya roncaban como el perro Cuatro Vientos. El cabo de cañón Melchor Martínez estaba recién recuperando su tonicidad muscular después de su convalecencia. Durante los ejercicios de cañones se había sentido torpe y débil, pero aun así su puntería y su sentido del tempo seguían intactos.

—Por supuesto que sí, Melchor —dijo el cabo Esteban Murphy —. Pero no nos reconociste. Estabas disvariando como un orate.

La verdad era que el cabo de cañón Melchor Martínez solo recordaba fragmentos del incidente. Sus compañeros casi sabían más que él; habían recibido y hecho circular el rumor de que Melchor se las había visto con un marido cornudo. Le habían sacado la cresta, la mugre, la contumelia. Lo que no les cuadraba era cómo había sido capaz, este marido engañado y sin nombre, de darle semejante paliza a un coloso de casi dos metros como Melchor.

—Quédate tranquilo que se lo llevaron al calabozo —dijo en su media lengua el egipcio Mery—. De ahí los mandan derechito al ejército a hacer marchas forzadas.

—Bueno, ¿y cómo es ella? —insistió el gringo Murphy—. ¿Valió la pena el mal rato?

—Un caballero no tiene memoria, gringo.

—¿Cuántas flores tienes en cada puerto, picaflor?

—Desde esa noche una sola, gringo. Una sola en todo el litoral.

—¿Y qué tiene esa flor de especial para que un bruto como tú no la olvide?

—Que es una rosa, pues gringo, la más linda de todas.

—¿Las ancas? ¿Las tetitas? ¡Cuenta más!

—La voz, gringo —dijo el cabo de cañón Melchor Martínez con aire soñador.

¿Podía acaso entender el gringo que Rosa de Talagante componía sus propias canciones, que sabía leer y escribir, que trabajaba ella sola para alimentar a sus chiquillos? A medida que estos rasgos de la Rosa del Puerto volvían a su memoria, el cabo Melchor Martínez iba sintiendo que su cuerpo se elevaba de la hamaca. Era como un espíritu que subía a la cubierta de aquella

máquina de guerra y luego a los palos, y al cielo estrellado. Las neuronas que habían sobrevivido la tragedia guardaban intactas los versos que su rosa cantó aquella noche. El cabo Melchor Martínez, una máquina de matar adosada a un cañón de 250 libras, se puso a cantar bajito con su vozarrón de mestizo:

Adiós flor de la pasión

quiero de pronto despedirme
Perfumarme para irme
a la celestial mansión
Adiós Chile floreciente
por ti lo he dejado todo

Los versos cantados por Melchor, compuestos por Rosa de Talagante en honor al capitán Arturo Prat y a los héroes de la Esmeralda, provocaron sin querer un pequeño temblor en el entrepuente. El perro Cuatro Vientos alzó la cabeza y paró las orejas. Silenciosamente los marineros se levantaron de sus hamacas y se acercaron para oír mejor. La oscuridad ocultaba los rostros: algunos, en las sombras, lloraban.

Adiós bandera chilena

que simbolizas flamante
eres la más cooperante
de la marina la gran sirena
Adiós hermosa azucena
del jardín de la razón

Una silueta irrumpió de pronto en el entrepuente cortándole a Melchor la inspiración.

—¿Qué está pasando aquí? ¡Silencio!

Era el teniente Simpson. Los hombres volvieron a sus hamacas sin decir nada. De haber tenido Melchor una guitarra, el teniente Simpson la hubiera triturado en el acto, en nombre de la sacrosanta disciplina.

—Sé que fue usted, señor Martínez. Lo tengo en la mira. ¡Váyase con cuidado, que esto no es una cantina como las que usted suele frecuentar!

Melchor no respondió. Miró al perro Cuatro Vientos, marinero tan disciplinado como él, y se hundió en su hamaca intentando

conciliar el sueño.

Coquimbo, 5 de octubre

Grau consultó su reloj y comprobó que era pasada la medianoche. Una imagen fugaz atravesó su mente: el día en que conoció al Viejo Marinero.

La torre de combate estaba en silencio, la proa del barco subía y bajaba con el vaivén de las olas. En momentos como aquellos disfrutaba de una extraña sensación de libertad. Eran solo él y su buque, él y sus recuerdos. Decidió bajar de la torre y dar una vuelta por la cubierta.

En el último tiempo Grau había comenzado a recordar episodios remotos de su vida de marino. Buques, comandantes, aventuras en los puertos que había conocido a lo largo y ancho del orbe. Pocos en toda América del Sur tenían tanta experiencia marinera como él. Había conocido lugares tan remotos como Sidney, Shanghái, Hong Kong y Macao. Había recalado en Boston, Londres, Le Havre y Nueva York. Ante los oficiales del Huáscar este cúmulo de experiencias pesaba más que cualquier jerarquía formal.

Esa madrugada, frente a Coquimbo, Grau recordó el día en que conoció al Viejo Marinero. Nunca le había contado a nadie aquel episodio clave de su vida, el encuentro con el hombre que lo empujó al mar.

***

Grau conoció al Viejo Marinero cuando era un mocoso de ocho años que deambulaba por los alrededores del muelle de Paita, en el norte del Perú. Un niño solitario y arisco que no se sumaba a la jauría de chiquillos que chapoteaban semidesnudos en las aguas del Pacífico.

Paita era un pueblo de cinco mil almas, de casas de barro ubicadas en un acantilado. Había que traer el agua de una quebrada ubicada a un par de kilómetros. Por su ubicación era el puerto obligado de todas las naves que hacían el recorrido entre el Callao y Panamá.

El niño Grau solía ponerse con su lustrín a la salida de la taberna de don Pascual, el gallego, esperando que alguno de aquellos marineros rudos y pendencieros saliera para ofrecerles sus servicios de lustrabotas. Lo hacía para ganarse unos reales, pero

más que nada para conversar con aquellos balleneros norteamericanos, marinos ingleses, gallegos, franceses, cuyas naves recalaban en el puerto y salían de la taberna de don Pascual más mareados que en alta mar. Lo hacía para escuchar sus historias sobre ballenas y batallas navales, abordajes y hundimientos, el cruce del Cabo de Hornos y los puertos de la Polinesia y el Lejano Oriente.

Aquella noche frente a Coquimbo, recorriendo la cubierta del Huáscar bajo la luz de la luna, Grau recordó el día en que el Viejo Marinero salió de la taberna de don Pascual, con paso tambaleante de borracho, y lo quedó mirando a él, al niño Grau y su lustrín.

—¿Quieres escuchar una buena historia, muchacho?

Grau inclinó la cabeza tímidamente. El Viejo Marinero colocó su pesada bota en el lustrín y comenzó a contarle una historia que le cambiaría su vida. La historia de la ballena blanca chilena.

Recordar estos episodios remotos era, quizá, una estratagema para aliviarse del peso del presente, los problemas políticos del Perú, su relación cada vez más deteriorada con el presidente Prado, la certeza cada vez más nítida de que la escuadra chilena alguna vez saldría de su torpeza y le daría alcance. O de evitar recuerdos más recientes, como la imagen de Prat desmoronándose sobre la cubierta del Huáscar con la frente malograda por un disparo de fusil Remington.

***

Los ladridos de los perros devolvieron a Grau al presente. Estaba en Coquimbo para capturar y hundir barcos. Era un objetivo de Estado, para hacer caer al gabinete de guerra chileno. Con sus triunfos y correrías él, Grau, había hecho caer ya dos; un tercero arrastraría al ministro Domingo Santa María y probablemente a todo el gobierno de Aníbal Pinto. Si eso llegaba a ocurrir el moméntum de la guerra se inclinaría hacia el Perú.

Pero en Coquimbo solo había dos barcos neutrales, a los que no podía abordar ni menos hundir sin causar un serio incidente diplomático. Solo quedaba un objetivo militar en aquel puerto: el cable submarino.

Grau tenía un incentivo adicional para buscarlo.

Esa mañana, en Sarco, había encontrado la llave del correo confidencial chileno. Solo le faltaba encontrar la puerta.

Grau evaluó la posibilidad de rastrear el cable submarino que pasaba por la bahía de Coquimbo, pero renunció de inmediato a la

idea. Implicaba permanecer horas en la bahía, acercarse demasiado a la costa y exponer al Huáscar al fuego de las baterías de tierra. Al norte, en Caldera, los chilenos tenían otra estación telegráfica sin defensas de costa, y al sur estaba el puerto de Tongoy, donde quizá tendría la suerte de encontrarse con algún transporte o con algún vapor neutral cuyo capitán podría darle información valiosa para la campaña.

—Teniente, ordene subir presión de la máquina y poner proa hacia el sur. Comuníquele nuestro rumbo a la corbeta Unión.

El teniente Diego Ferré asintió y repitió la orden a través de los tubos.

—Yo me retiraré a mi recámara —dijo Grau—. Avíseme cuando estemos por llegar a Tongoy.

Eran las dos de la mañana pasadas. Los perros seguían ladrando y Grau se retiró a su cámara con el recuerdo del Viejo Marinero.

***

En ese preciso instante el teniente Pedro Gárezon Thomas se daba vueltas en su camarote. El silencio lo perturbaba más que la inminencia del combate. El 21 de mayo el teniente Pedro Gárezon Thomas era parte de la tripulación de la poderosa fragata Independencia, cuando esta varó en las rocas Punta Grueso persiguiendo a la Covadonga. La responsabilidad de aquel desastre, en el que el Perú perdió la mitad de su poder naval, era del comandante Guillermo Moore, pero toda la tripulación quedó marcada por una especie de maldición. Durante meses el teniente Pedro Gárezon Thomas permaneció en el Huáscar con los demás sobrevivientes de la Independencia mortificados por la derrota, sus sueldos impagos, algunos sin uniforme siquiera, como si el gobierno quisiera castigarlos por su ineptitud. El contralmirante Grau tardó meses en lograr que les pagaran y que al teniente Pedro Gárezon Thomas lo transfirieran en forma definitiva al monitor.

—No se preocupe, Gárezon —le había dicho el almirante Grau —. Lo pasado, pasado está, usted es un oficial competente y lo necesito aquí conmigo.

Pero el pasado seguía vivo, marcándolo y atormentándolo.

Era la hora de su cuarto de guardia y el teniente Pedro Gárezon Thomas se incorporó, se sacudió el pelo apelmazado por la almohada y metió las manos en la palangana de agua para mojarse

la cara.

Tenía 28 años, pero su aspecto era juvenil. Ni siquiera la barba hirsuta, que se dejaba crecer al borde de las mejillas según la moda más radical, lo hacía verse un ápice más viejo.

El teniente Pedro Gárezon Thomas salió de su camarote y cruzó la cámara de oficiales, vacía a esa hora, y bajó por la escalerilla a la sala de máquina. El tercer maquinista Ricardo Treneman le hizo un gesto de saludo. En las calderas estaban Juan Dávila y el marinero Isidro Alcíbar. El teniente Pedro Gárezon Thomas se llevó los dedos a la visera.

Cuando los marineros, fogoneros y aspirantes lo saludaban, el teniente Pedro Gárezon Thomas creía ver en sus ojos una mezcla de emociones que iban desde el respeto jerárquico a la sorna. Él era un oficial, pero también uno de los derrotados de Punta Grueso, los que se habían dejado cazar como bobos por los chilenos.

Llegó hasta el entrepuente, saludó al contramaestre Nicolás Dueñas y subió por el escotillón hacia la torre de mando.

—¿Qué tal, Gárezon? —lo saludó el teniente Diego Ferré.

—¿Todo bien?

—Sin novedad. Seguimos navegando hacia el sur, en busca de otro barquito chileno para apresar. ¿Cómo estuvo el de esta mañana?

El teniente Pedro Gárezon Thomas se encogió de hombros.

—Nada especial. Me pregunto por qué el contralmirante habrá dejado preso al comandante Griffith.

—Algo se trama, pues —dijo Ferré firmando el libro de bitácora—. Bueno, te dejo. Buenas noches.

—Buenas noches —dijo el teniente Pedro Gárezon Thomas.

La guardia nocturna era una tarea ardua. Para el sueño estaba el café, pero para la soledad y el silencio no había remedio. Observó a través de la ranura y comprobó que una capa nubosa había ocultado las estrellas. El Huáscar parecía navegar dentro de una cavidad oscura. Quedaban todavía muchas horas por delante, y el teniente Pedro Gárezon Thomas solía gastarlas recorriendo el barco de punta a cabo. Eso fue lo que hizo.

Bajó por el escotillón de regreso al entrepuente. Iba a comenzar su recorrido cuando oyó un golpe agudo en alguna de las tantas superficies metálicas del Huáscar. Un golpe rítmico, monótono.

—¿Qué ruido es ése? —preguntó.

El contramaestre Nicolás Dueñas se encogió de hombros.

El teniente Pedro Gárezon Thomas pasó frente a la base móvil

de la torre de artillería. La estructura de la que dependían los cañones principales del Huáscar estaba vacía y en silencio. El ruido subía de intensidad a medida que se acercaba a la sección de proa del entrepuente, donde la marinería dormía y almorzaba. Ahora podía escuchar con toda nitidez las voces de unos marineros que cantaban en un idioma incomprensible.

Oba kosó

Oba ubé
Oba irú
Oba orungá

Era un coro. Las distintas voces se interpelaban y respondían, con el ritmo metálico y constante de fondo.

El teniente Pedro Gárezon Thomas avanzó sigilosamente y empujó la puerta que separaba ambos compartimientos del entrepuente. Su sorpresa fue mayúscula.

Atanasio Cayoleras y Faustino Tolas, un soldado de la columna Constitución, golpeaban con sus cuchillos los remaches metálicos del pañol; Quiterio Gallardo y Apolinario Galiano, del regimiento Ayacucho, golpeaban con sus manos sendos cajones de munición, el carbonero Cipriano Gómez y el grumete Alberto Medina batían sus palmas y voceaban en perfecta armonía, uno con voz de hombre y otro con voz de niño:

Yeyé pondá

Yeyé karé
Yo impetú
Yeyé

Las voces y los ritmos se conjugaban. Era una especie de ronda, un baile de preguntas y respuestas.

Ni los padres ni los abuelos del teniente Pedro Gárezon Thomas habían tenido esclavos. Eso era cosa de gente rica y ellos eran extranjeros en Lima, inmigrantes modestos del comercio y del mar. Cuando el general Ramón Castilla abolió por decreto la esclavitud, él era un niño y solo recordaba de sus padres algunos comentarios crípticos sobre zambos holgazanes acechando en los campos sin nada que hacer. Ahora esos negros eran una parte sustantiva de la tripulación del Huáscar.

Oba kosó

Oba ubé
Oba irú
Oba orungá

El teniente Pedro Gárezon Thomas dio un zapatazo en suelo e intentó impostar una voz de mando.

—¡¿Qué carajo está pasando aquí?!

Los marineros interrumpieron el coro, dejaron suspendidos los golpeteos y lo quedaron mirando con una expresión de terror. Al teniente Pedro Gárezon Thomas su propia voz le desagradó.

—¿Quién me explica esta chanfaina?

Los negros miraban el suelo compungidos.

—Señó teniente, perdonenó —dijo Faustino Tolas—. Solo tavamo jugando con cosa'e negro. Nos vamo a costá enseguía, señó.

—¡De inmediato!

Guardaron sus cosas y volvieron a sus hamacas en silencio. El teniente Pedro Gárezon Thomas temblaba por dentro, pero no se le notaba. Antes de regresar a la torre de mando alcanzó a ver a los artilleros ingleses que lo miraban de manera extraña, como si también a ellos los hubiese sorprendido en algo impropio.

***

James Anderson, George Harris, John Price y Michael Murphy sostenían su habitual charla nocturna, antes de recogerse. A diferencia de otras jornadas abordo del Huáscar, esa noche estaban inquietos. La presencia del comandante John Griffith les resultaba incómoda, por no decir desagradable. Tomaban su verborrea bíblica como señal de mal agüero.

—Ese maldito galés es el emisario de Davy Jones, eso es lo que es —dijo Michael Murphy, el irlandés blasfemo.

—¿Qué ocurrirá si nos encontramos con esas fragatas chilenas? —preguntó John Price.

—Cumplir el contrato —dijo James Anderson.

—¿Pero es verdad que son el doble de poderosas que este barco?

James "Job" Anderson era el más viejo de los cuatro, un coloso de dos metros con ambos brazos tatuados y una pipa eternamente colgando de los labios.

—Lads —dijo— Apenas las vea, a esas fragatas, Grau pondrá pies en polvorosa. Tú preocúpate de cargar bien ese maldito cañón, Michael Murphy. Caballeros de buen fortuna, buenas noches.

Arica, 5 de octubre

—Ahí están —dijo el capitán de navío Galvarino Riveros escrutando la bahía con sus binoculares.

El sol despuntaba desde el Oriente y el poeta Eusebio Lillo observó a ojo desnudo la silueta del morro, un peñón desnudo de unos 150 metros de altura, que comenzaba a resplandecer con la luz de la mañana. Las tropas peruanas se habían hecho fuertes allí. En la bahía se divisaban algunos barcos y Lillo notó que el ceño de Riveros se fruncía de contrariedad.

—¿Sucede algo, comandante?

—Maldición —masculló el marino.

Lillo era agnóstico, había colocado al Señor en los versos del himno nacional sin creer del todo en él. Al menos no como los beatos, como un Dios personal mediado por sacerdotes. Pero esa mañana, al comprobarse que el Huáscar no estaba en Arica, Lillo echó de menos alguna noción menos racional que la del Gran Arquitecto del Universo. Una vez más las escuadras chilena y peruana se habían cruzado sin verse. El Huáscar estaba en algún punto más al sur. Y eso solo significaba una cosa: que la captura no se realizaría allí en Arica sino en otra parte, tal cual lo habían contemplado él, Santa María y el comandante Juan José Latorre.

Durante la mañana ya no quedó duda alguna. Una lancha trajo abordo a unos pescadores que lo confirmaron: en Arica solo estaba la Pilcomayo; el Huáscar y la Unión habían partido al sur. Riveros convocó de inmediato a un consejo de comandantes al que concurrieron los capitanes Juan José Latorre, Jorge Montt, y Javier Molinas.

—¿Cómo pudo suceder esta cuestión? —dijo Riveros—. ¿Tendrá ojos en la espalda, este señor Grau? En fin, el hecho es que el Huáscar ya no está aquí y la Pilcomayo no es una presa de importancia. ¿Verdad que no, señores?

—¿Qué acción tomaremos ahora? —preguntó el comandante Juan José Latorre.

Riveros lo observó durante algunos segundos, sabiendo que su plan se había desmoronado antes siquiera de ponerlo en práctica.

—Los pescadores dijeron que habían tomado rumbo al sur.

—¿Pero les vamos a creer? —preguntó el comandante Jorge Montt, un sujeto bajo y de ojos un tanto estrábicos.

—¿Usted cree que Grau es tan diablo como para haber

instruido a los pescadores a que nos mintieran?

—¿Quién sabe? —dijo Montt, un oficial que hablaba muy de tarde en vez y con una vocecilla desagradable—. Tal vez nos está tendiendo una trampa.

—No lo creo —dijo el comandante Juan José Latorre—. A menos que hayan sufrido algún desperfecto grave en la máquina que los obligó a regresar al Callao. Ahora deben estar rumbo a Caldera o Coquimbo, si es que no llegaron ya hasta Tongoy.

La lógica de aquel razonamiento era nítida hasta para un marino de escritorio como Riveros. Ante la mirada atenta de sus subalternos, el viejo comandante tuvo un arranque de lucidez.

—Capitán Latorre, lo mejor será que usted se dirija de inmediato hacia Mejillones con su división y permanezca allí en espera de instrucciones. Si se llega a encontrar con el Huáscar ya sabe qué hacer: dele guaraca y empújelo hacia nosotros que vendremos más atrás. Yo y Montt nos quedaremos algunas horas más en Arica, para ver si se da la posibilidad de acertarle un torpedo a la Pilcomayo. ¿Alguna objeción?

Los comandantes permanecieron en silencio. Durante una fracción de segundo los ojos de Latorre y Lillo se encontraron en algún punto de la mesa y luego se separaron.

—Entonces se cierra la sesión. Señor Lillo, levante el acta.

Lillo tomó la pluma y se puso a escribir, ocultando la sonrisa en sus labios.

Tongoy, 5 de octubre

Grau se despertó con la luz del alba. La costa estaba cubierta de neblina. Todo aquel litoral estaba hecho de largas playas grises y pedregosas, promontorios y puntas que se introducían como espolones en el mar. Como el Morro de Arica, como la Punta de Mejillones o la Lengua de Vaca en Coquimbo. Lugares interesantes para esconderse y esperar alguna presa.

El mayordomo Manuel Pineda le sirvió un tazón de café muy cargado y un trozo de pan. El clarín sonaba en la cubierta y el Huáscar volvía a la vida. Los oficiales salían de sus camarotes, se saludaban y llenaban con sus voces la cámara hasta ese momento silenciosa.

—Buenos días, almirante.

Grau los saludaba con un gesto.

—Esos perros del carajo me malograron la noche —dijo el teniente Ferré.

—A mí me la malogró ese tabaco rancio que nos vendió el chino ése en Arica —dijo el teniente José Melitón Rodríguez.

El capitán Elías Aguirre miraba su taza de café y el capitán Melitón Carvajal se liaba un cigarrillo. El teniente Pedro Gárezon Thomas estaba silencioso, como si hubiese pasado una mala noche. Grau los miraba de soslayo.

—Señores —les dijo Grau—. Anoche pasamos por Coquimbo y hoy llegaremos a Tongoy y Los Vilos. Como les adelanté al salir de Arica, nuestro propósito es debilitar las líneas de suministro del enemigo. Les pido el máximo de atención para cumplirlo. Todo barco con el que nos crucemos será inspeccionado. ¿Entendido?

Todos asintieron con gravedad. A continuación Grau se reunió en su recámara con su estado mayor: el capitán Elías Aguirre y con “los melitones”, el capitán Melitón Carvajal y el teniente José Melitón Rodríguez.

—Señores, como ustedes saben, nuestra estrategia ante los blindados chilenos es defensiva. Así me lo ordenó el Director Supremo de la Guerra —dijo Grau dándole al título toda su pomposa connotación. Los oficiales compartían con él cierto desdén por el individuo que ejercía el cargo—. Quisiera oír sus ideas y conceptos al respecto. ¿Capitán Carvajal?

Melitón Carvajal era el oficial de mayor graduación después de Grau. De estatura media, tez pálida y aspecto escrupuloso, lo

superaba incluso en introversión. Su rol era pasar el día realizando concienzudos cálculos de velocidad y desplazamiento. Astrónomo y geógrafo, as del sextante, del compás y de la regla de cálculo, había formado en estas artes a generaciones de marinos.

—Seguimos dependiendo de la máquina —dijo—. Si es cierta la información con que contamos, en cuanto a la reparación de al menos uno de los blindados chilenos, nuestra ventaja táctica de la velocidad podría haber quedado en el pasado.

—Por ello la atención de los vigías es fundamental —dijo el capitán Elías Aguirre—. Como ustedes saben, el Cochrane es un barco fácil de identificar, por su tamaño y por la humareda muy característica que arroja su chimenea.

—Estoy de acuerdo —dijo el capitán Carvajal—. No importa cuánto hayan mejorado su máquina los chilenos, no darán más de diez nudos y nosotros, en el peor de los casos, estamos dando nueve. Si la distancia de avistamiento no baja de 5 mil metros, nunca nos darán alcance, ni con ayuda de todos los demonios del infierno.

Grau observó con satisfacción a sus oficiales. Necesitaba, sin embargo, llevarlos al límite.

—Pero supongamos que la visibilidad es mala, que es de madrugada o de noche —dijo—. ¿Qué hacemos?

—En la estrategia de fuga la artillería tiene algo que decir —dijo el teniente José Melitón Rodríguez.

—Continúe —pidió Grau.

—No digo que sea clave. Nuestros proyectiles de 300 solo pueden hacerle daño al blindaje del Cochrane en ángulos muy específicos. Y parcialmente. Pero lo que sí podemos lograr con la artillería es restarle velocidad.

Grau había pedido el trasbordo del teniente José Melitón Rodríguez al Huáscar apenas se inició la campaña. Sabía que en la Escuela de Grumetes había descollado en trigonometría, geodésica y mecánica racional. Además era un oficial carismático y querido por sus colegas. Con el beneplácito del Comandante Supremo de la Guerra y del capitán Melitón Carvajal, lo había nombrado a cargo de la comisión para examinar a los nuevos artilleros ingleses del Huáscar.

—En caso de tenerlo por la popa, un par de aciertos lo harán perder ímpetu —dijo el teniente Rodríguez—. Si más encima nos dispara de vuelta, habrá perdido uno o dos nudos en momentos críticos de la persecución.

—¿Y cómo se logra eso, mi estimado Rodríguez? —preguntó

Grau.

—El cañón de proa en unos ciento veinte grados, por babor o estribor, según proceda.

—¿Elevación?

—Treinta o treinta y cinco. Por supuesto, a mayor distancia podríamos elevarlos más, y buscar una parábola que le impacte en cubierta, pero eso es una lotería.

—Bueno —dijo Grau, satisfecho—. Creo que no hay más que decir. Señores, al trabajo.

—Sí, almirante —corearon los oficiales del Estado Mayor del Huáscar.

***

Tongoy era apenas una caleta con unas cuantas chozas de pescadores. Grau ordenó reducir la marcha y preparar la chalupa.

—Teniente Palacios, reúna a un piquete de la columna Constitución —dijo sonriendo—. Quiero hablar con esos pescadores.

—A la orden, almirante.

—Palacios —insistió Grau—. Sin usar la fuerza.

La neblina comenzó a disiparse y, al cabo de una hora, la chalupa regresó con dos pescadores que miraban cohibidos el suelo y la mampostería de la cámara de oficiales.

—¿Qué barcos han visto?

Legalmente Grau no tenía derecho a apresarlos. No eran soldados ni marinos y si los mantenía demasiado tiempo abordo, los chilenos podían acusarlo de secuestro.

—Pasaron pal norte dos grandotes y dos chicos, el otro día —dijo uno de los pescadores, el más viejo.

Grau los observó y asintió sin decir nada. Rostros morenos, pies desnudos, el olor salobre de la pobreza. Miró de soslayo al teniente Palacios, que observaba el interrogatorio sin decir nada, y le ordenó dejar a los pescadores en libertad.

Desde la cubierta del Huáscar Grau observó como la chalupa se alejaba. El mayordomo Manuel Pineda le preguntó:

—¿Cómo quiere el pescado, señor?

***

El Huáscar mantuvo el rumbo hacia el sur durante toda aquella mañana, a una velocidad media de 8 millas por hora. A mediodía

el vigía avistó un vapor de bandera británica.

El barco mantuvo su velocidad y Grau le pidió que se identificara. El teniente Pedro Gárezon Thomas, apostado fuera de la torre de combate, traducía la pregunta en señales luminosas.

—Es el vapor Cotopaxi, de la compañía británica —informó.

Grau ordenó que prepararan la chalupa. El capitán de un barco neutral podía o no responder a sus preguntas. Grau solo tenía derecho a pedirle el libro de registro, pero no a examinar la carga ni a detener ciudadanos de ninguna nacionalidad, ni siquiera chilenos.

El Cotopaxi redujo su velocidad y dejó que la chalupa del Huáscar se acercara. Grau y el teniente Diego Ferré subieron a bordo por la escalerilla. Los esperaban el capitán y dos oficiales.

—Ramsone, qué alegría verlo.

—Almirante Grau, felicitaciones por su nombramiento —respondió el capitán Ransome, un escocés de pelo rojo y ojos azulinos.

Grau había aprendido inglés a los 12 años. Un inglés imposible y único, mezcla de cockney marinero y jerga ballenera de Massachussetts. El diálogo prosiguió en ese idioma, en el puente de mando del vapor, donde Ransome le ofreció a Grau una copa de Brandy y, ante su rechazo, una taza del mejor té de Ceilán.

—¿Alguna novedad? —preguntó Grau.

—Hay buen tiempo hasta Valparaíso, puede usted navegar tranquilo.

—Por Dios, Ransome, dígame algo que yo no sepa.

La cara del escocés se iluminó con una sonrisa socarrona.

—Señor, la neutralidad de mi gobierno me impide darle detalles que puedan costar vidas y perturbar el comercio. Lo que sí puedo decirle, sin pecar de indiscreto, es que hay un rebaño de corderos en alguna parte de esta gran pradera de Neptuno... Es todo lo que le puedo decir.

Grau asintió.

—Es todo lo que necesito saber —dijo—. ¿No tendrá algunos periódicos chilenos que me pueda facilitar? Disfruto mucho de leer El Mercurio.

—Le advierto que no dice cosas buenas de usted.

—No me sorprende. Me pregunto si es el propio Agustín Edwards quien escribe las diatribas en mi contra.

—¿Lo conoce a usted? —preguntó el capitán Ransome.

—Conocí al padre en los buenos tiempos, cuando chilenos y peruanos éramos aliados contra España— recordó Grau—. Un

hombre áspero. Pero bueno, esos millonarios chilenos no tienen mucho sentido del humor.

—El humor y la avaricia no siempre van de la mano —dijo el capitán Ransome—. En cualquier caso dudo que el joven Edwards tenga nada personal contra usted ni contra su país. Sus intereses son mercantiles, eso usted ya lo sabe: el ferrocarril, las fundiciones, la banca, los seguros. La prensa es tan solo un instrumento más dentro de su plan.

Grau esbozó una sonrisa melancólica.

—Así es —dijo—. A veces tengo la sensación de que estamos combatiendo más contra Agustín Edwards que contra Chile.

El capitán Ransome no dijo nada.

Intercambiaron algunas anécdotas y trivialidades y el almirante peruano se despidió deseándole a su colega un viaje tranquilo hasta el Callao.

—Almirante —dijo Ransome antes que Grau bajara de regreso a la chalupa.

—¿Sí?

—¿Puedo darle un consejo de marino?

—Por favor —dijo Grau.

—No se confíe tanto de su estrella. Davy Jones también tiene telégrafo.

Grau hizo un gesto con la cabeza y regresó a la chalupa. Mientras se alejaba vio que Ransome agitaba sus brazos en señal de despedida.

***

Grau se dirigió a su cámara, con los ejemplares de El Mercurio que le había facilitado Ransome, el capitán del Cotopaxi. Al igual que El Comercio de Lima y el Times de Londres, la primera página de El Mercurio era una sábana de avisos comerciales: té, guano, propiedades en venta, todo lo que un comerciante necesitaba saber. Las páginas siguientes estaban dedicadas a la actualidad local e internacional, telegramas noticiosos de Europa y de los Estados Unidos, un folletín francés, chismes y debate republicano.

“Agustín Edwards hace bien su trabajo”, pensó pasando por la sección que diariamente dedicaba la publicación a la prensa peruana. El magnate se encargaba de mostrarles a sus lectores las zozobras y contradicciones del Perú. Lo mismo hacía El Comercio en Lima respecto de Chile, y así los dos bandos se miraban a través del espejo de la prensa.

Según El Mercurio de Valparaíso, el Perú estaba en bancarrota. Y era cierto, los sueldos se adeudaban y Grau debía enviar hasta dos o tres solicitudes en el lenguaje circunspecto de los funcionarios para conseguir que le enviaran material básico como uniformes, balas de fusil y ametralladora. Pero lo más curioso del periódico de Agustín Edwards era que le reprochara al Perú lo mismo que hacía Chile para financiar la guerra: emitir papel moneda. El fisco imprimía billetes y moneda, convertibles a futuro en oro y plata, los bancos los compraban y el público los usaba para sus transacciones. Por cada 100 pesos de billete fiscal los bancos engrosaban sus balances con 4 o 5 de ganancia. Mientras Grau y la escuadra chilena se perseguían y se cañoneaban en el mar, Agustín Edwards y sus colegas en Santiago y Lima se enriquecían. Para ellos la guerra no tenía que ver tanto con el honor nacional como con la contabilidad.

De pronto Grau vio su apellido en una de las páginas interiores.

"Sin duda don Miguel Grau entre los peruanos se distingue, y tanto que si llegamos a traerlo, lo trataremos con las consideraciones que merece un caballero, marino y cristiano. No lo trataremos como su paisano, el desleal poeta Arnaldo Márquez, autor de una biografía de Grau que lo pinta como hombre vulgar y corrompido, que debe sus ascensos a una serie de traiciones".

¿Cuánto le pagaría Agustín Edwards al plumífero de Valparaíso que escribía aquellas indignidades? Un sueldo de hambre, seguramente. Grau dio vuelta las páginas del periódico hasta llegar a la sección que le interesaba: el tráfico marítimo. Allí estaban los nombres de las naves que recalaban y partían de Valparaíso, los vapores de la compañía británica, de la línea francesa y de la alemana que hacían la carrera entre aquel puerto y El Callao.

REFUERZOS PARA EL EJÉRCITO DEL NORTE. VAPORES LOA, VALDIVIA Y ATACAMA SALEN ESCOLTADOS POR LA MAGALLANES.

Leyó el párrafo varias veces. El periódico tenía fecha de cuatro días atrás. Grau apoyó su barbilla en las manos y sonrió, pensando en Agustín Edwards.

Desplegó sus cartas náuticas sobre la mesa y comenzó a calcular velocidades y distancias. Dejó caer el lápiz y se dirigió de un salto hacia el telégrafo que comunicaba su recámara con la torre de mando.

Al recibir la orden de Grau, el teniente José Melitón Rodrígez dio un respingo, se acercó a la bocina que conectaba la torre de mando con el entrepuente y le ordenó al contramaestre Dueñas

girar la caña en 180 grados.

—¡Nos volvemos!

El Huáscar y la Unión, después de días navegando hacia el sur, comenzaron a describir un amplio giro en casi 180 grados, dibujando con sus estelas paralelas una especie de caracola fugaz. El sol ahora lo tenían a babor y la costa a estribor. Los carboneros seguían alimentando las calderas, las chimeneas humeando en el atardecer rojizo. Los marineros baldeaban la cubierta y pulían los metales. Los oficiales de guardia anotaban en la bitácora sus estimaciones de distancia, rumbo y velocidad. Para todos era un viaje rutinario, menos para Grau.

Pisagua, 5 de octubre

En el otro extremo del teatro de operaciones, aún en el departamento peruano de Tarapacá, el Blanco, la Covadonga y el Matías Cousiño permanecieron algunas horas en Arica, mientas que el resto de la escuadra, encabezada por el blindado Cochrane, zarpó hacia el sur. El encuentro con el Huáscar era cuestión de días.

Desde el puente de mando del Cochrane el comandante Juan José Latorre observaba el horizonte, estimando cuánto tardaría en llegar a Mejillones.

Todo estaba sucediendo conforme al plan al que había sido invitado a plegarse en su calidad de Hermano de la Gran Logia de Chile y marino competente. El ficticio convoy estaba cobrando vida y realidad gracias a la tecnología moderna, al telégrafo, la prensa y los rumores que repartía marinos extranjeros iniciados en el rito Escocés Antiguo y Aceptado.

El comandante Juan José Latorre recorrió la cubierta con la mirada. De pronto divisó una escena inusual en un buque de guerra. Dos civiles caminaban observando a los marineros que trapeaban la cubierta, aceitaban las ametralladoras o apilaban sus hamacas. Uno de ellos hacía un extraño gesto formando un rectángulo con las manos. Traían una caja rectangular que emplazaron encima de un trípode. Eran el fotógrafo Miguel Grove y su ayudante.

***

—Señor, usted, el más alto —dijo Miguel Grove—. Por favor, ubíquese aquí, detrás del cañón.

Los marineros, siguiendo las instrucciones del fotógrafo, habían emplazado el pequeño cañón de 3 pulgadas junto a la banda de estribor. Tres de ellos, junto al grumete Fernández, se habían sentado delante del cañón con los pies cruzados. Otros tres, los más altos, al costado.

El cabo de cañón Melchor Martínez observaba la caja que lo apuntaba, intentando comprender su significado. Nunca había visto una así. Trataba de explicarse cómo iban a hacer aquellos dos señores para reducir sus caras en un trozo de papel, igual a los que había visto en una vitrina en la calle del Cabo, en Valparaíso.

Caras de señores y damas elegantes del puerto, niñas con vestiditos, niños de cabello crespo montados en caballitos de madera.

—Con esta luz yo calculo unos diez segundos —dijo el muchacho, extrayendo la placa Agfa de su caja e introduciéndola en una ranura, en la parte posterior de la cámara.

El fotógrafo Miguel Grove se colocó en la parte posterior de la caja y Melchor lo vio levantar una especie de capucha de tela negra, que se colocó encima inclinando el tronco. Algo estaba ajustando en el interior del aparato, para asegurarse de que el truco no fallara.

—Magnífico —dijo, su voz resonando en el interior de la capucha—. ¡La epopeya del pueblo chileno!

Los siete marineros lo miraban con sus rostros severos, los ceños fruncidos por la luz. El mulato de la primera fila descansaba el codo derecho en la rodilla, en una postura desafiante y varonil. El hombre de barba tenía las manos unidas delante de la rodilla izquierda, mostrando sabiduría y sencillez. El gigantón de atrás apoyaba su mano izquierda en la cureña del cañón, como si fuese una extensión de su cuerpo. La escena era tan perfecta que el fotógrafo Miguel Grove sintió que su corazón batía. Se levantó y con la mano izquierda tomó su reloj de cadena, mientras que con la derecha se aprestaba a levantar el protector y exponer el lente a exactos diez segundos de luz.

—Ahora, señores, quietos, sin moverse —dijo—. Tres, dos uno...

Levantó el protector y justo en ese instante el perro Cuatro Vientos entró sin aviso en la escena y se colocó delante de la primera fila de marineros.

—¡Perro de porquería! —exclamó el fotógrafo Miguel Grove llevándose las manos a la cabeza en un gesto de horror.

Saltó sobre el animal con los puños apretados, provocando en los marineros un conato de motín. El gigantón dio un salto y los cuatro que estaban sentados se pusieron de pie, como si acabaran de oír el zafarrancho de combate.

El fotógrafo Miguel Grove tardó en comprender lo que estaba sucediendo. El muchacho intentaba proteger la cámara mientras el perro ladraba y los siete artilleros hacían causa común con él, increpando al fotógrafo con epítetos imposibles de reproducir. Un vozarrón tronó desde el puente de mando, ubicado justo encima.

—¡Señores!

Era el comandante Juan José Latorre. Se produjo un extraño

parlamento entre el comandante del barco, los artilleros y el fotógrafo. El perro Cuatro Vientos observaba moviendo la cola. El muchacho había sacado la placa estropeada por la irrupción del perro y la guardó en su estuche. Semanas más tarde, en los laboratorios de la casa Reifschneider de Valparaíso y con ayuda de una solución de sales y nitrato de plata, la placa revelaría una imagen donde siete gallardos marineros posaban serios ante la cámara, un retrato cuya marcial armonía rompía una sombra peluda que se extendía de derecha a izquierda.

Mientras tanto el comandante Juan José Latorre había logrado calmar los ánimos y dominar la situación. El fotógrafo Miguel Grove accedió a repetir la escena con los siete marineros y el perro incluido. El muchacho sacó otra placa y la introdujo en la cámara. La luz había cambiado levemente en el transcurso de los acontecimientos, por lo que el fotógrafo Miguel Grove recalculó la exposición.

—Ocho segundos —dijo mirando su reloj.

Le pidió a los hombres acuclillados que corrieran al perro unos treinta centímetros hacia la izquierda, de modo de lograr un conjunto armónico. Para su sorpresa, el animal compuso una pose digna, con su hocico extendido y un rictus tan solemne como el de los marineros.

El fotógrafo Miguel Grove oprimió el botón del reloj, levantó el protector del lente y dejó que la luz del sol registrara la imagen para la historia. Siete hombres, responsables de la artillería del blindado Cochrane, y un perro.

Los Vilos, 5 de octubre

En tardes como ésa, cuando el cielo era de un azul intenso y la quilla del monitor embestía un mar encabritado, el teniente José Melitón Rodríguez imaginaba partituras musicales: graznidos de gaviotas, el lento rumor de las olas, el viento que arreciaba desde el suroeste. Era lo que le quedaba de sus años de vendedor de música para señoras y señoritas.

El teniente José Melitón Rodríguez conocía el Huáscar desde los tiempos en que tenía palo mayor y se le aparejaba con velas de bergantín; cuando su cubierta era de madera y la máquina estaba nueva. El teniente Pedro Gárezon Thomas era, en cambio, un novato en lo que tocaba al monitor. Al verlo surgir por el escotillón para asumir su cuarto de guardia, el teniente José Melitón Rodríguez esbozó una sonrisa.

—¿Qué hay, Gárezon?

—Buenas tardes —dijo el ex oficial de señales de la Independencia.

Gárezon no tenía muchos amigos en el Huáscar; llevaba casi cinco meses abordo, y el teniente José Melitón Rodríguez era uno de los pocos.

—Así que dimos media vuelta. ¿Qué se estará tramando el contralmirante?

—Dar algún zarpazo en la retaguardia de la escuadra chilena —dijo el teniente José Melitón Rodríguez oteando el horizonte—. Las instrucciones son seguir directo hasta Caldera.

—¿Y qué hay en ese pueblucho?

—Un telégrafo —dijo el teniente José Melitón Rodríguez soltando una carcajada.

—Una vez escuché un rumor —dijo el teniente Pedro Gárezon Thomas.

—¿Qué rumor?

—Que el contralmirante está marcado por la muerte. Que su padre y su hijo fallecieron en Chile, en circunstancias trágicas.

Los dos oficiales se miraron.

—Tú lo conoces bien, ¿verdad?

—Bien como se puede conocer al contralmirante —dijo el teniente José Melitón Rodríguez—. Ya sabes, no es muy buen conversador. Lo del padre y del hijo es cierto, pero ocurrió en épocas distintas. El padre murió de tisis en Valparaíso durante la

guerra con España. Lo del chico ocurrió mucho después y fue un accidente, nadie sabe exactamente de qué tipo.

—¿Es cierto que el padre del contralmirante era colombiano? —preguntó el teniente Pedro Gárezon Thomas.

—Uno de los tantos que llegaron con Bolívar a pelear en Junín y en Ayacucho. Parece que se estableció en Piura y allí conoció a la madre, que era una mujer casada… ¿Esa es la historia que oíste? Pues es cierta, pero qué familia no tiene sus historias. ¿Verdad, Gárezon?

Gárezon miraba el horizonte con melancolía.

—Supongo que todos nos hacemos a la mar por cosas así —dijo —. Para olvidar a una madre o a una novia.

Los dos oficiales asintieron.

***

En el otro extremo del monitor, el capitán John Griffith deambulaba sin otra ocupación que buscar claves en la Biblia. Necesitaba explicarse la última maniobra del Huáscar en términos de la voluntad divina. En el norte había algo y él necesitaba pistas para anticiparlo.

Una de las grandes dificultades que planteaba el Antiguo Testamento era la multiplicidad de voces que asumía Dios. Autoritario, benigno, implacable, dubitativo, inseguro incluso, castigador, condescendiente, incapaz de hacerse respetar. ¿Con cuál de todos ellos podía conectarse el capitán John Griffith para saber qué ocurriría con el Huáscar?

En las últimas 48 horas, desde su última conversación con el contralmirante Miguel Grau, el marino galés se había transformado para los tripulantes del Huáscar en una especie de fantasma incómodo. Como apenas hablaba español, solía buscar la compañía de los artilleros y maquinistas ingleses. A todos les hablaba de la Biblia, del Libro de las Revelaciones y del Profeta Isaías. Pero ni Anderson ni Murphy se sentían miembros de uno de los Pueblos del Libro. Ningún marino lo era, en rigor. El primer maquinista Samuel MacMahon lo llamaba, en su presencia, "el ministro loco".

***

—Nadie tiene la experiencia marinera que él tiene —dijo el teniente José Melitón Rodríguez—. Se embarcó a los nueve años,

se salvó de un naufragio frente al Ecuador. A los 15 abordó un barco ballenero que lo llevó hasta la Polinesia. A los 19 estuvo en Macao, Hong Kong, Shanghái, San Francisco, Boston y Nueva York. Cuando tú y yo jugábamos con canicas en Lima, él conocía el sudor de los entrepuentes, el olor del guano y de la grasa de ballena, el sabor de la galleta marinera y del alcohol de las cantinas. Antes que tú y yo hubiésemos tocado siquiera la cubierta de un buque, él ya había dado prácticamente la vuelta al mundo.

—¿Es verdad que la madre lo desconoció? —preguntó el teniente Pedro Gárezon Thomas.

—Su verdadera madre es la marina y su padre es el mar —dijo el teniente José Melitón Rodríguez con una voz que no parecía la suya. Pedro Gárezon Thomas lo observó con sorpresa.

—Bueno, me voy.

—¿Firmaste el libro de bitácora?

—Por cierto que sí. Buenas noches.

—Buenas noches.

***

Solo en su recámara, Grau dobló el mapa en el que había estado calculando la distancia que lo separaba de Caldera, su próxima parada.

La recámara era un pequeño cubículo con un escritorio de madera plegable, ubicado entre su camarote y la cámara de oficiales. Era el lugar donde solía leer y escribir su correspondencia personal.

Grau sacó un libro de tapas negra, su Biblia en español, traducida y publicada en Valparaíso por el reverendo Joshua Waddington. Lo colocó junto a la carta náutica y al ejemplar de El Mercurio.

Entonces alzaron a Jonás y lo arrojaron al mar; y el mar comenzó a detener su enfurecimiento.

Cada vez que Grau abría aquella Biblia, lo que hacía muy de vez en cuando, sentía un golpe en el corazón. Era revivir el momento exacto en que el reverendo Waddington se la regalara, en febrero de 1877, en el hospital San Juan de Dios de Valparaíso. El momento más triste de su vida.

Grau cerró la Biblia y miró por la claraboya. El sol se estaba poniendo y dentro de poco el mar quedaría a oscuras, sin más luz que la de la luna y las estrellas. Observó la estela que dejaba el Huáscar en el mar y pensó en todas las estelas que había dejado en



su paso por el mundo, desde que abordara su primer barco a los nueve años.

Pisagua, 6 de octubre

Tras permanecer algunas horas en Arica, Riveros dio finalmente la orden de zarpar hacia al sur, para reunirse con el Cochrane en Mejillones. Su ánimo, después del fiasco, era de perros.

Esa noche, en la cámara de oficiales del Blanco, dio rienda suelta a su frustración.

—El mar es caprichoso. Un día dice una cosa y al otro día dice otra.

—¿Es usted supersticioso, almirante? —le preguntó Lillo.

En la penumbra de la noche, y con la iluminación temblorosa de la cámara de oficiales, Riveros parecía un fantasma.

—Yo he visto cada cosa. Buques encallados, buques desaparecidos, buques que navegan sin rumbo, con sus tripulaciones muertas. Y he visto milagros, señor.

Los oficiales lo miraban sin decir nada, casi conteniendo la respiración. Era como si le tuvieran miedo y anticiparan un ataque de ira. Riveros llamó al mayordomo y le ordenó traer otra ronda de brandy.

En tierra Lillo era un bebedor aguerrido, podía mantenerse digno y recitar poemas, cantar canciones, provocar emociones a su alrededor. Esa noche, con el vaivén del barco instalado en el cuerpo, Lillo se sentía menos seguro.

—¿Cuál cree usted que es la principal fortaleza de Grau? —preguntó.

Los bigotes de Galvarino Riveros parecieron erizarse y sus ojos se abrieron como si le hubieran mencionado al diablo.

—Grau es astuto y tiene un barco rápido —dijo—. Eso es todo. Su tripulación está hecha de negros sin alma y gringos mercenarios.

Lillo iba a recordarle que en todos los barcos de la escuadra chilena había marineros extranjeros, maquinistas ingleses y norteamericanos, griegos que eran los más diestros en las maniobras de palos, pero se contuvo.

—Grau tiene pacto —insistió Riveros con una voz tremebunda.

—¿Está diciendo que tiene poderes sobrenaturales?

—Un marino sin alma. Se la vendió al Diablo. Madre bruja, dicen por ahí.

—¿Me quiere decir que para capturar a Grau hay que hacer

pacto con el Demonio?

Afortunadamente Riveros no entendía la ironía y dijo, muy serio.

—Estoy pobre y viejo, señor, y no voy a dar mi brazo a torcer. No, señor, no, no, no. La Gloria. Eso queremos. Mire a estos marinos: eran niños cuando yo era el director de la Escuela Naval. Ahora son hombres y quieren la Gloria. Si vamos a cazar al Demonio, vamos a cazar al Demonio. Como San Jorge y el Dragón. Pero en el mar, ¿me entiende? ¡Con nuestras reglas! ¡Con ayuda de la Santísima Virgen y a chuzos!

Los ojos de Riveros eran dos brasas. Sus dientes podridos parecían los de un viejo santón de pueblo. Lejos de emocionarse, los demás oficiales del Blanco Encalada parecían francamente preocupados.

—Estoy seguro que así será —dijo Lillo para calmarlos.

Los Vilos, 6 de octubre

Ven, muchacho. Te voy a contar una historia. Me llamo Ismael y vengo de la isla de los Manhattos. Cada vez que siento en mi alma la melancolía, me hago a la mar. ¿Sabes lo que hay del otro lado el horizonte, muchacho? Otro horizonte. Y tierras y ciudades donde la gente tiene piel y los ojos distintos. Sí, muchacho, el mundo es inmenso y la Providencia insondable, como también lo es la Maldad. Te puede tocar como capitán un Maldito o el Más Sabio de los Hombres. Te puede tocar el desgraciado de Job o el ingenioso de Ulises. Y puedes ir a dar con tus pobres huesos al reino submarino de Davy Jones.

Mi viaje más desgraciado ocurrió en estas costas de América del Sur, durante la cacería de la ballena blanca chilena, la más malvada de todas. Todos íbamos con ese objetivo, pero algo salió mal. A la altura del Ecuador un marinero mató por accidente a un hermoso pájaro de cuerpo y alas descomunales, que cayó fulminado en cubierta como un mal presagio. A partir de entonces toda la tripulación enfermó de una extraña dolencia, nuestro comandante murió y fuimos quedando reducidos a un puñado de débiles fantasmas con más hueso que piel.

Recuerda esto, muchacho: nunca le dispares al Albatros.

Ningún puerto nos dejaba descender. Enviaban barcos artillados para espantarnos como a un perro sarnoso.

De todos no llegamos más de cinco vivos al puerto de Charlotte, en Carolina del Sur, después de comernos la carga y provocar la ruina del armador. Pero lo más terrible no fue solo perder a los camaradas y ver morir a mi mejor amigo, sino salir con vida sabiendo que esa pérfida ballena blanca chilena seguía con vida.

¿Serás tú, muchacho, aquel marino de alma y cuerpo capaz de perseguirla y cazarla? ¿O serás tú el que termine en el vientre del Leviatán?

***

Bajo el cielo estrellado, el Huáscar navegaba hacia su destino. Su comandante se sumergía en un tejido de recuerdos, mientras el teniente Pedro Gárezon Thomas anotaba la velocidad y el rumbo, y los marineros que no tenían guardia se recogían en sus hamacas:

los ingleses al lado de babor, los peruanos a estribor; de un lado los artilleros Anderson, Price, Murphy y Harris, los maquinistas Lever y Mathews; de otro el artillero ordinario Juan Chunga, los marineros Máximo Rentería y Santos Beltrán, el fogonero Domingo Johnson.

En medio de estos dos grupos se ubicaban los griegos Giorgades, Panay y Boyosoplos, los alemanes Otto y Philippi, el danés Thomsen, los franceses Bergueuse y Mazé, sus voces y sus lenguas confundidas en un susurro políglota.

Anderson y Price pertenecían a esa generación que creció en los muelles de Plymouth, Liverpool y Cardiff, alimentándose de pescado frito e historias del mar; historias de ballenas y corsarios, de marineros con ganchos en vez de manos y palos de escoba en lugar de piernas, cantando en humeantes tabernas yo-hoho, and a bottle of rum! Sus abuelos y tatarabuelos habían participado del proceso de transformación del Reino en una potencia mundial, en guerras y aventuras vinculadas, generalmente, con el saqueo de países extranjeros.

Pero Anderson y compañía habían llegado tarde a la época romántica. El vapor estaba sustituyendo a la vela y el Reino Unido ya no tenía guerras ni libraba grandes batallas como Trafalgar. Hoy eran mercenarios para un país sudamericano.

—De muchacho serví en un ballenero y conocí a un chileno —decía George Harris—. Bastardo así de feroz no he conocido en el ancho mar. Bajo como una almeja, callado como una ostra y negro como tus pensamientos, Michael Murphy. Así era este chileno.

—Yo conocí a otro chileno que te superaba en ebriedad y halitosis, John Price —dijo James “Job” Anderson.

Los hombres echaron a reír, incluyendo a Price.

—Me gustaría saber, señor, si no tiene objeción, cuál será la estrategia del comandante para sortear a los chilenos.

Anderson era el más viejo y había estado en el la flota del Mediterráneo; conocía Alejandría y Estambul como la palma de su mano. Era el representante sindical extraoficial de los ingleses, por su personalidad y dominio del español.

—Lo que has estado ensayando en estas semanas, Michael Murphy. Disparos a 1-2 millas, a popa, contra un blanco móvil. ¿Crees poder hacerlo sin ponernos a todos en vergüenza?

—¿Y en caso de ser abordados por los chilenos, señor? Entiendo que eso casi ocurrió en Iquique.

—Fue un combate diferente, George Harris. Y mal llevado, si me permiten. No tenía sentido embestir a la pobre corbeta con el

espolón.

El reconocimiento tácito de Murphy, Harris y Price hacia Anderson era más bien irónico, y Anderson seguia el juego.

—Bastaba despacharla con artillería. Pero, claro, el team anterior estaba formado por novatos y amateurs.

***

En el otro extremo del pañol, los negros peruanos permanecían silenciosos como tumbas después del incidente con el teniente Pedro Gárezon Thomas.

El grumete Alberto Medina yacía en su coy, las piernas dobladas, jugando con los dedos, recordando a su mamita, a quien no veía hace tres semanas, y a sus hermanos Aparicio, Gumersindo y Casildo. Quizá cuándo los volvería a ver.

—Niño Abel, ¿qué hace tú? —susurró una voz a su lado.

Era el artillero Atanasio Cayoleras.

—Tratando'e dormir —dijo el grumete Alberto Medina.

—¿Puedes?

—Si tú te callas.

—Yo no puedo. Tengo un mal presentimiento.

El grumete Alberto Medina era demasiado joven para pensar en la muerte. Tenía 17 años y había crecido en los muelles del Callao. Sus padres pertenecían a aquella generación que pasó de la protección de un amo a la libertad de los pobres. Sus abuelos y abuelas habían trabajado en haciendas, cortando caña y sirviendo la mesa de los patrones. De ellos había oído Alberto Medina las historias de los orishas, y las terribles historias de negros fugados, castigados con azotes, colgados de los pies.

Pero él era un marinero del Perú, a mucha honra y prestigio. Después de cada campaña lo recibían como héroe. Lo esperaban con una olla de poroto caliente con orejas de chancho, con buena chicha y canto hasta el amanecer. Tal vez Atanasio Cayoleras tenía razón y ese iba a ser su último viaje, pero si el Huáscar se hundía como esa vieja corbeta chilena que echaron a pique en Iquique, él por lo menos sabría nadar hasta la orilla.

—Toy asusta'o, niño Abel. Esos chileno'el demonio nos van a terminar encerrando entre dos fuegos —insistió Atanasio Cayoleras.

Entre las hamacas silenciosas se oyó una voz grave

—No le haga caso a ese negro morboso, joven.

Era el artillero Faustino Tolas, un sabio adiestrado en los

misterios de la madre Ochún. Faustino Tolas era el único negro del Huáscar que sabía leer y escribir, el que redactaba las cartas a sus familias y les leía los diarios de Lima para que supieran lo que pasaba en el mundo.

—Esta guerra es muy importante —dijo Faustino Tolas—. Si el Perú triunfa seremos libres de verdad. Al marino negro lo tratarán con respeto.

Faustino Tolas les recordó que el gobierno peruano había comprado en oro la libertad de los negros a sus antiguos amos de las haciendas. Trescientos pesos por negro, era eso lo que valían sus brazos y sus piernas, los vientres y los pechos de las madres. Cada negro valía cien gallinas, veinte vacas y cinco bueyes. Eso era lo que valían.

—Pero con tanto negro era mucha plata; así que tuvieron que pedirle fiado a los ingleses.

—Con razón a los únicos que les pagan a tiempo es a los gringos —dijo zumbón Atanasio Cayoleras—. ¿Cuándo fue la última vez que te pagaron el jornal, negro?

Se escucharon algunas risotadas.

—Hasta a ese negro de la cocina le pagan antes que a nosotros.

Todas las miradas se dirigieron hacia Eduardo Ford, que dormía a pata suelta en el otro extremo del entrepuente. Al pobre negro gringo los gringos blancos apenas le hablaban, y los negros peruanos tampoco.

—Ese por lo menos luchó por su libertad —dijo Faustino Tolas —. Ese por lo menos se batió contra los esclavistas de su país, en barcos como éste. Así que más respeto, Atanasio Cayoleras.

—¿Los negros de allá tuvieron que pelear por su libertad? —preguntó el grumete Alberto Medina.

—Así nomás fue, joven Medina. Una guerra terrible que no dejó títere con cabeza.

—¿Y por qué los blancos fueron a la guerra por la libertad de los negros?—preguntó el grumete Alberto Medina.

Faustino Tolas no respondió.

—Algún día habrá diputados negros, obispos negros, almirantes negros. Pero para eso los negros nos tenemos que instruir. Aprender a leer y a escribir. Sacar pecho en el combate.

—Tonterías —dijo Atanasio Cayoleras escupiendo—. Más respeto ganaremos si sacamos el machete y hacemos nuestra propia revolución zumbí.

Faustino Tolas soltó una carcajada.

—Cómo te falta lectura, negro. ¿Nunca oíste lo que pasó en la

revolución de los negros, allá en esa isla del Caribe? La más grande sublevación de esclavos que nunca hubo. Botaron a los blancos y establecieron un gobierno de negros. Pero no tenían instrucción y los líderes se volvieron locos y se empezaron a matar entre ellos. Negro claro contra negro mandinga, cuarterón contra negro cututo, chapetón contra bitoque. Para el blanco somos una sola cosa, pero sin el blanco se nos acaba la solidaridad de la raza y nos nace la codicia, el odio y la lujuria.

Al grumete Alberto Medina estas palabras lo hacían sentirse mareado.

—No tendré lecturas pero tengo mar, y sé de la república cimarrona del Ecuador, donde el negro vive a su ley y nadie lo molesta. Si esta guerra la pierden los blancos ¡nos tomamos el Huáscar y nos vamos p'allá!

—Tú no sabes distinguir una vela cangreja de un velacho, vas a manejar tú este barco. La traición se paga con la vida, negro, y yo prefiero darla por mi bandera. Si no es la tuya, tú problema. Pero mucho cuidado si te veo saboteando al barco.

Se escucharon murmullos de aprobación. Atanasio Cayoleras masculló algo que el grumete Alberto Medina no alcanzó a oír. El diálogo estaba por morir, como un fuego al que le dejan de poner leña, cuando sucedió algo que ninguno se esperaba.

Uno de los gringos se puso a gritar como un demonio nocturno.

***

El cirujano Santiago Távara fue despertado de madrugada por su ayudante Felipe Rotalde. Un hombre tenía un ataque de histeria en el entrepuente. Távara cogió sus instrumentos y se dirigió desde la cámara de oficiales hacia la sección de proa donde dormía la tripulación. No estaba tan sorprendido por la hora como por el hecho de que Rotalde no supiera de quién se trataba.

—Es un gringo a quien no he visto nunca, señor.

Los marineros se habían despertado y observaban la escena, estupefactos. Unos pocos rodeaban al sujeto en cuestión intentando calmarlo. Este gritaba palabras en inglés. El cirujano Santiago Távara se acercó cautelosamente y pidió que alguno de los tripulantes de habla inglesa lo ayudara. El cocinero Eduardo Ford se ofreció de voluntario.

—¡¿Me has abandonado, Elohim?! —gritaba el capitán John Griffith—. ¡Me has enviado a mí, tu siervo más fiel, al vientre del temible Leviatán!

—¿Qué ha dicho?

Ford no hablaba bien el español, pero hizo su mejor esfuerzo.

—Pez grande. Cree estar dentro de pez grande como en la Biblia.

Al parecer se trataba de una manía de tipo religiosa.

—¡Que se desprenda la carne de mis huesos y perezca mi alma!

—Señor, tranquilícese... Usted está entre amigos. Nadie le va a hacer daño.

El cocinero Eduardo Ford tradujo lo que acababa de decir el cirujano, pero el resultado fue totalmente contrario al que se esperaba.

—¡Atrás! ¡Atrás, idólatra!

El cirujano Santiago Távara había leído tratados franceses acerca de la histeria y estaba al tanto de los últimos tratamientos con electricidad, pero todo lo que podía hacer por aquel hombre era suministrarle un sedante para que se volviera a dormir.

—¡Oigan la palabra de Jehová, dictadores de Sodoma!

No había caso, cuatro hombres tuvieron que sujetar al capitán John Griffith y lo obligaron a beber láudano.

—Jehová de los ejércitos, ¡quita de Jerusalén y Judá apoyo y sostén!

Su voz se fue quebrando y diluyendo a medida que la droga surtía efecto.

—A éste hay que botarlo por la borda –dijo Juan Chunga.

***

Peruanos e ingleses comenzaron a ver en aquel poseído por la demencia una señal de mal agüero.

—Señor, si le parece, en caso de un abordaje chileno, ¿debemos tomar armas cortas y entrar en la lucha cuerpo a cuerpo? Y si el barco se hunde, ¿tenemos derecho a izar bandera blanca o nos iremos donde Davy Jones?

James “Job” Anderson era el más viejo de los ingleses. Sus dos brazos estaban tatuados y de su boca colgaba una pipa eterna, que se arreglaba para mantener encendida día y noche.

—¿Cómo se dice insubordinación en español, Michael Murphy?

—Señor, le estoy haciendo una pregunta concreta.

—¿Es tu apellido irlandés?

Price y Harris miraban el diálogo con ansiedad. Esperaron en vano una respuesta.

Caldera, 6 de octubre

Flavio Norambuena sintió unos empujones, intentó abrir los ojos y a través de las legañas vio el rostro del joven Bernardo González que lo miraba con preocupación.

—Jefe, están aquí.

—¿Quiénes están aquí? ¿Mi mujer, mis hijos? Dígale que se vayan al carajo.

—¡El Huáscar, jefe! Y la Unión.

Flavio Norambuena se puso de pie de un salto, como si le hubiesen anunciado la presencia del diablo en persona. Corrió a grandes zancadas hacia la ventana, tropezando casi con la mesa del telégrafo y yéndose de bruces contra el mueble donde se almacenaban los telegramas.

—Estoy bien, estoy bien —balbuceó.

Poniéndose de pie a duras penas y sintiendo las piernas de lana, cuando más las necesitaba, Flavio Norambuena pudo finalmente ver la imagen que llevaba semanas esperando: las siluetas de dos barcos de guerra que se desplazaban lentamente por su querida y odiada bahía de Caldera.

—¿Nos van a atacar? —preguntó el joven Bernardo González.

Flavio Norambuena sacudió la cabeza. Buscó con la mirada la botella de pisco que guardaba en un estante, pero ahuyentó su imagen de inmediato.

—Qué va, joven Bernardo, están rastreando el cable submarino. Si no nos apuramos nos van a cortar.

Flavio Norambuena comenzó a dictar. Los dedos del muchacho pulsando el aparato producían un ritmo apremiante. El mensaje estaba siendo recibido simultáneamente en Antofagasta y Coquimbo. Con un retardo de minutos recorrería todo el país: el Huáscar estaba en Caldera.

La primera respuesta vino de Antofagasta:

INFORME MOVIMIENTOS HUÁSCAR.

La segunda de Santiago:

DEJE DE TRANSMITIR CUANDO HUÁSCAR
DETENGA MÁQUINA.

Los dos telegrafistas se miraron perplejos. Cosas muy extrañas estaban ocurriendo y ellos necesitaban una explicación.

***

Desde el techo del castillo de popa del Huáscar el teniente Pedro Gárezon Thomas observaba la superficie del agua. Una gruesa cuerda de cáñamo colgaba desde un aparejo, conectada al cabrestante. El Huáscar parecía un barco de pesca a la espera de que un gran pez mordiera su anzuelo.

En esos momentos un gancho de fierro se arrastraba por el fondo marino, espantando a los peces y removiendo arena y algas.

A las 11 de la mañana la cuerda se tensó y el teniente Pedro Gárezon Thomas dio aviso al contralmirante Grau. Se detuvieron las máquinas, se oyó el ruido del ancla y comenzó una compleja operación a todo lo largo del casco. Siete marineros empujaban las aspas del cabrestante, jalando la cuerda y enrollándola, mientras el aspirante Grimaldo Villavicencio y el alférez Retes extendían 3 metros de cable de cobre desde el castillo de popa hacia la mesa de la cámara de oficiales. El teniente Pedro Gárezon Thomas se encargó de conectar el cable al aparato del telégrafo, operación delicada y sin margen de error. Luego de asegurarse de que las baterías y la cinta de papel estuvieran bien instaladas, regresó al castillo de popa para dirigir la faena.

—Vamos, ¡más fuerza! —gritó—. Está subiendo.

El gancho brotó del mar, arrastrando una especie de anguila gigantesca. Los marineros lograron subirla hasta la toldilla de popa. Su lomo estaba cubierto de algas y pequeños crustáceos. Mientras la jalaban iba dejando una estela de agua y de cangrejos que huían en todas direcciones como pequeños demonios marinos.

—Con cuidado, queda lo último.

En la cubierta, con ayuda del aspirante Grimaldo Villavicencio y el alférez Retes, el teniente Pedro Gárezon Thomas tomó un grueso cuchillo carnicero e hizo una incisión en el animal, que en realidad no era un animal sino un activo de la Imperial Cable.

Era una sección del cable submarino que recorría la costa, conectando a Sudamérica con el Imperio Británico.

El corazón del teniente Pedro Gárezon Thomas latía fuerte. Primero tuvo que cortar la primera capa de cáñamo. Aquella era la parte más difícil. Luego tuvo que ir abriendo las sucesivas capas del aislante hecho de gutapercha reforzada con resina de pino.

—Falta poco —murmuró ante las miradas expectantes del

aspirante Villavicencio y del alférez Retes.

Finalmente vio brotar un destello rojizo. Los cinco cables de cobre estaban entrelazados y el teniente Pedro Gárezon Thomas se aseguró que no les cayera una gota de agua para no interrumpir la conectividad.

Positivos, negativos, nada podía quedar al azar. Estaban haciendo una conexión hechiza con el telégrafo chileno.

En un librero de Lima el teniente Pedro Gárezon Thomas había comprado un bello libro ilustrado, un roman francés de aventuras acerca de una fantasiosa nave submarina. Su capitán estaba loco, era un megalómano y tenía un órgano en el entrepuente, en el que se abandonaba durante horas para tocar sinfonías demenciales en honor a su propia grandeza. Un barco imposible pero verosímil, si la ciencia llegaba finalmente a desentrañar los secretos y maravillas de la electricidad.

***

Toda la población de Caldera había salido de sus casas. Niños, mujeres, autoridades, el cura, el juez y el gobernador marítimo, que daba instrucciones inútiles y contradictorias al escuadrón de policía.

Los comentarios corrían de boca en boca y, desde los techos, en los promontorios, todo el pueblo seguía la trayectoria del Huáscar y de la Unión a lo ancho de la bahía. Al principio corrió el rumor de que apuntaría sus cañones contra el muelle y las lanchas, contra la estación del ferrocarril o contra la máquina destiladora de agua, exponiendo a la población a una muerte segura. Pero nada de eso sucedió.

El Huáscar, al parecer, pescaba. Como una ballena con hambre, rastreaba algo en el lecho marino, y Flavio Norambuena soltó una risa demente.

—Nos busca a nosotros, joven Bernardo.

Se refería a la terrible perspectiva de que el monitor peruano cortara el cable, silenciara el telégrafo, interrumpiera el flujo de información entre el gobierno de la república y los mandos militares y navales en Antofagasta. ¿Qué harían ante semejante tragedia?

—Se demoran unos diez días en reponerlo —dijo Bernardo González, intentando sonar optimista.

—Si solo tuviéramos un par de baterías para repeler a estos sinvergüenzas —dijo amargamente Flavio Norambuena—. Qué

ceguera la del político, qué torpeza y soberbia la del militar. ¿Cuántas veces se le dijo al intendente, al capitán de puerto? “Necesitamos contar con medios de defensa, el telégrafo es un recurso estratégico”. Pero nada.

—Don Flavio, ya no se mueve.

En ese momento comenzó a llegar un cablegrama. Venía de Santiago, vía Valparaíso y Coquimbo, y estaba cifrado. No tenían forma alguna de saber qué decía aquella sopa de letras sin pies ni cabeza, que ellos, en el momento más tenso de sus vidas, debían retransmitir de inmediato a Antofagasta al ministro de la guerra Rafael Sotomayor.

—¡Qué demonios está pasando, joven Bernardo! —exclamó Flavio Norambuena al borde del ataque de nervios—. ¿Por qué mandan un cable cifrado justo en esos momentos?

—Para mí que saben algo que nosotros no sabemos —dijo el muchacho mirando por la ventana con un aire grave, que lo hacía verse mucho mayor—. Algo que quizá ni los marinos saben.

***

Lo que los telegrafistas de Caldera no sabían era que la tarde anterior, con apenas unas pocas horas de diferencia, el bergantín goleta Coquimbo había arribado a Antofagasta con la correspondencia de Valparaíso. Los supuestos tripulantes traían una alerta sanitaria que obligaba a la capitanía de puerto a limitar el contacto con la tripulación al mínimo necesario. Así no se exponían a que ningún marino chileno identificara el acento peruano del segundo comandante.

La carta lacrada del ministerio del interior llegó a manos del ministro de guerra Rafael Sotomayor, quien abrió el sobre, leyó el código y procedió a buscar en la Biblia las frases para cifrar y descifrar la correspondencia secreta.

Era la misma Biblia del rey Jaime que tenía Grau en el Huáscar, la Biblia en español del reverendo Joshua Waddington de Valparaíso.

Justo en ese instante llegaba el telegrama cifrado de Santa María.

Caldera, 6 de octubre

—Almirante, misión cumplida —había dicho el teniente Pedro Gárezon Thomas.

Grau sonrió satisfecho. Bajó a la cámara de oficiales y se instaló frente al telégrafo junto al joven oficial. La escena era curiosa: ambos en silencio, observando el aparato como si fuese un animal del que esperaban señales de vida.

Grau no tenía cómo saber cuán lejos hacia el norte se encontraba la escuadra chilena. Pero la información que podían obtener de aquel complejo y novedoso operativo bien valía la pena el riesgo de permanecer en Caldera durante algunas horas.

Y entonces sucedió. La maravilla de la ciencia, expresión del ingenio humano, las señales eléctricas que viajaban miles de kilómetros a través de un cable de cobre. A un extremo se encontraba el ministro Domingo Santa María, el político que Grau se había propuesto derribar de su cargo; del otro Rafael Sotomayor. Sin duda los telegrafistas de Caldera ya habían advertido la presencia del Huáscar. Pero ni Sotomayor ni Santa María sabían que el Huáscar había rastreado el cable submarino, ni menos que Grau conocía la clave para descifrar aquel mensaje cifrado.

Grau ordenó al teniente Gárezon que pusiese el máximo cuidado en recomponer los recubrimientos del cable. Para eso habían traído los componentes del caso, el cáñamo, la resina de pino, la gutapercha. Luego pidió al mayordomo Manuel Pineda que le trajera el almuerzo a la cámara de oficiales.

***

La pesca en aquellos parajes era inmejorable. La sopa de ostiones estaba magnífica, al igual que la copa de chablis francés, gentileza del almirante Du Petit Thouars.

Terminado el almuerzo, Grau desplegó los mapas y cartas náuticas y los ejemplares de El Mercurio, colocó encima el telegrama interceptado en Caldera y sacó del anaquel un libro de tapas negras, Compendium of Cipher Systems.

Era uno de sus libros favoritos, el libro de los secretos.

Había sido editado en la Academia Naval de los Estados Unidos y había servido a los oficiales del comodoro Farragut para

descifrar las claves y mensajes de la Confederación durante la Guerra Civil.

Consultó algunos pasajes y luego descorrió una pequeña cajonera ubicada en el respaldo de su cama, debajo del anaquel de libros. Adentro había una caja fuerte, cuya combinación solo conocía él. Giró la rueda de las combinaciones, varias veces hasta liberar el candado. Adentro había un una regla, un cuadernillo y saco de cuero. Dentro del saco de cuero venía un objeto circular, un disco de Vignère para cifrar y descifrar mensajes. Grau tomó sus notas de la conversación con el capitán John Griffith y buscó los versículos del Libro de Jonás.

Entonces alzaron a Jonás y lo arrojaron al mar; y el mar comenzó a detenerse en su enfurecimiento.

Luego transcribió el pasaje separando las letras en grupos de cuatro. Así obtuvo la siguiente plantilla:

ENTO NCES ALZA RONA JONA SYLO ARRO JARO NALM ARYE

LMAR COME NZOA DETE ERSE ENSU ENFU RECI MIEN TO

Había un margen de error en lo que iba a hacer. Alineó los dos discos de manera de hacer coincidir la E del primer grupo de letras con la L del grupo ubicado inmediatamente abajo. Luego cogió el telegrama interceptado esa mañana en caldera.

ZSDERELADSFASFAEREERYEYEGEGERGEDXRGTYICCFTRT

Lo único que Grau no sabía era cada cuántas letras los chilenos volvían a girar el disco. Descifrar el mensaje iba a ser cosa de prueba y error, de avanzar a punta y codo por la maraña de combinaciones.

En esos momentos el Huáscar avanzaba solo, independiente de su voluntad. Su cabeza tenía un solo objetivo y era descifrar aquellos telegramas que Santa María le enviaba a Sotomayor para planificar la invasión del Perú.

***

¿Cómo habían llegado Chile y el Perú a ese punto? ¿Por Bolivia? Era una pregunta retórica que Grau se formulaba muchas veces y cuya respuesta intuía desde 1877.

Para ese entonces había dejado los barcos y la marina, los puertos, el aroma salobre del mar y los tiempos muertos de la navegación. Era diputado de la república por el partido civilista. El

Perú no salía de la inestabilidad política y Grau pertenecía al partido de los sensatos, de los hombres de ley y empresa, el bando de los abogados que leían El Comercio y The Times, siguiendo día a día las cotizaciones del guano y del salitre. ¿Cómo podía el Perú permitirse tener al mejor de sus hombres, don Manuel Pardo y Lavalle, el líder de los civilistas exiliado en Chile por una alianza espuria de mezquindades y egoísmos?

Grau fue mandatado por el partido para viajar a Valparaíso y preparar el regreso del presidente Pardo. Pidió permiso en la Cámara de Diputados con el pretexto de repatriar los restos de su padre, fallecido en el puerto chileno en 1865, durante la guerra con España. El 17 de febrero abordó el vapor Eten en el Callao, junto con su hijo Miguel Gregorio y arribó a Valparaíso doce días después. El cielo era de un azul absoluto y el puerto estaba lleno de visitantes que venían de la capital chilena a disfrutar de las exquisitas tardes en la explanada, viendo cómo el sol se ponía en el Pacífico.

Grau padre e hijo visitaron a sus parientes, los Viel-Cabero. Miguel Gregorio conoció a sus primos y Grau disfrutó de la alegre compañía de su cuñada Manuela y de su compadre del alma Oscar Viel, oficial de la marina de Chile. Luego de departir con sus parientes, Grau dejó a Miguel Gregorio en Valparaíso y tomó un tren a Santiago y luego otro al balneario de Cauquenes. El expresidente Prado residía allí, en una cómoda hacienda con decenas de inquilinos y un hermoso viñedo que refrescaba con su sombra el intenso calor de verano. Don Manuel Pardo y Lavalle lo esperaba con su familia y la mesa servida.

—¡Grau, amigo mío!

—Don Manuel, ¿cómo lo trata la vida?

—Y pues, el vino chileno no está mal; hacen unos dulces interesantes con merengue. Pero yo me traje a mi negra Quiteria para tener una repostería a la altura del gran partido civilista.

Ambos rieron. Tras el almuerzo, los dos se retiraron al patio, bajo la parra, a tomar un bajativo y fumar puros de Londres. La conversación derivó finalmente en materias de fondo: la deuda externa, el préstamo de la Casa Dreyfuss, el civilismo y los ingleses de Valparaíso. La tarde cayó lentamente. Se sumó a la velada el diputado don Benjamín Vicuña Mackenna, liberal disidente y tenaz opositor del presidente Aníbal Pinto.

—No se hagan los cuchos —dijo Vicuña Mackenna saboreando el brandy, arrojando volutas de humo por la boca mientras su puro se consumía—. Estamos todos fregados en esta crisis internacional.

El cambio en Londres sigue bajando, la libra de cobre y el quintal de salitre valdrán pronto menos que un plato de lentejas.

—Si nos estamos empobreciendo, no estaría mal hacer un frente común para subir los precios del maldito salitre —dijo el expresidente.

—Amigo mío, sería del todo razonable desde una perspectiva binacional, pero no cuente para ello con Agustín Edwards —dijo Vicuña Mackenna contemplando su copa—. Ese avaro solo piensa en su beneficio personal.

Grau había asentido. Sentado en una postura de gran político, Vicuña Mackenna le pareció en ese momento un interlocutor válido para grandes acuerdos, para trazar un futuro de armonía entre los dos países. Dos años después recién vendría a darse cuenta de su error.

***

Dejó caer el lápiz y se restregó los ojos. Había pasado casi una hora y solo había podido sacar en limpio la frase: CONVOY SIGUE RUMBO.

¿Rumbo adónde? Quedaban todavía cuarenta caracteres por descifrar y a ese ritmo terminaría recién mañana. Era hora de pedir ayuda. Llamó a los mejores matemáticos del buque, al capitán de fragata Melitón Carvajal y al teniente José Melitón Rodríguez.

—Descifren esta vaina lo antes posible —les dijo, dirigiéndose al telégrafo para dar la orden de zarpar.

***

—¡Se va! —gritó el joven Bernardo González—. ¡La chimenea volvió a echar humo!

Los habitantes de Caldera podían respirar tranquilos. Muchos de ellos gritaron de alegría y arrojaron sus sombreros al aire en señal de alivio. Flavio Norambuena se limitó a levantar los ojos de la sopa de letras que tenía delante.

—Hay que informarlo —dijo el muchacho volcándose sobre el aparato.

—No servirá de nada —dijo Flavio Norambuena con voz de ultratumba.

—No sea tan pesimista, don Flavio. Capaz que solo hayan estado pescando o arreglando algún desperfecto de su máquina.

Flavio Norambuena lo dejó hacer, como el padre que deja al hijo dar dos pasos sabiendo que lo espera un tropezón. Grande fue su sorpresa al comprobar que el telégrafo funcionaba a la perfección y que la respuesta de Santiago no tardó ni diez minutos en llegar, con todas sus letras.

Taltal, 6 de octubre

Los Melitones, Carvajal y Rodríguez, trabajaron toda la noche para descifrar el mensaje capturado por el teniente Gárezon a través del cable submarino.

—De modo que navegan hacia Patillos —dijo Grau, contemplando el horizonte nublado de la costa a través de una claraboya.

—No pueden estar muy lejos —dijo el capitán Melitón Carvajal, demasiado exhausto para mostrarse ufano con la hazaña que acababan de lograr con su tocayo Rodríguez.

Grau se volcó sobre el mapa y recorrió el perfil sinuoso de la costa. Comenzaba a marcar posibles puntos de encuentro cuando se oyeron golpes a la puerta.

—Comandante, el ingeniero Samuel MacMahon necesita hablar con usted —dijo el maquinista Henry Lever en su español quebrado.

Ya está, pensó Grau. Se ha malogrado otra vez.

Bajar a la máquina era entrar en el inframundo del Huáscar. La temperatura aumentaba, la luz iba escaseando. Las calderas desprendían un calor fétido y seco. Descalzos, desnudos de la cintura para arriba, cubiertos de pies a cabeza con una capa negra en la que solo se distinguían bocas y ojos, fogoneros y carboneros parecían obreros de la fragua de Vulcano.

Grau los conocía por su nombre: Flenton, Morales, Astudillo y Noé juntaban el carbón y lo encaminaban hacia la máquina. Furton, Munro, Donovan y Babuis lo hacían entrar en la boca candente. Al paso de Grau se detenían y se cuadraban.

El casco del Huáscar vibraba con el calor que despedían los hornos. Grau se limpió la frente con un pañuelo y cruzó la escotilla que separaba la caldera del cuarto de máquinas. Allí estaban el primer maquinista Samuel MacMahon, el segundo Hughes, los ayudantes Lever y Mathews. Todos apenas menos sucios y sudorosos que los fogoneros y observando a la máquina como a un enfermo constipado.

—¡Señores!

Había que hablar a gritos para hacerse oír. Toda la sala de máquinas vibraba con los condensadores, las bombas de mezcla y achique y los cilindros que se movían como las aspas laterales de una locomotora. Las agujas de los medidores se movían al ritmo de

todos estos procesos e indicaban una sola cosa: la máquina estaba enferma.

—¡Señores! —repitió Grau—. ¿How is she? —preguntó Grau.

MacMahon sonrió con amargura.

—Ya no es la de antes. Old and clogged. Las válvulas están tapadas. Uno de los cigüeñales está malogrado y los pistones pierden fuerza.

—¿Cuánto necesitan para repararla? —preguntó Grau.

—Medio día, por lo menos, hay que enfriar las calderas.

Grau asintió. Era una contrariedad en sus planes. Pensó en el lejano día en que la tecnología superaría los libros de fantasía científica franceses. Las calderas serían silenciosas y eficientes, quizá con baterías eléctricas u otros sistemas de propulsión. Pero en el momento era eso: un estómago viejo, con remaches, que perdía calor y transmitía poca energía. Grau comprobó la pobreza de sus medios, los uniformes viejos de sus hombres, la máquina malograda.

—Al caer el sol nos ponemos en marcha de nuevo —dijo—. Y ni un minuto más.

Grau y los maquinistas ajustaron sus relojes y se despidieron.

***

El teniente Pedro Gárezon Thomas ajustaba el cronómetro del entrepuente cuando llegó un mensaje desde la cámara de oficiales ordenando su presencia ante el contralmirante.

Desde que entrara en el servicio del Huáscar, el teniente Pedro Gárezon Thomas había hecho su mejor esfuerzo por ganarse la confianza de este hombre solitario y algo hosco, cuya presencia imponía un respeto en toda la tripulación. En su trato el teniente Pedro Gárezon Thomas creía ver una nota de paternalismo, lo que no dejaba de producirle cierta incomodidad.

Atravesó la cubierta barrida por el viento e ingresó en la cámara de oficiales. El mayordomo Manuel Pineda le indicó la cámara del contralmirante. Dio un par de golpes a la puerta y esperó la respuesta.

—Pase —dijo Grau.

El contralmirante estaba volcado sobre su pequeño escritorio cubierto de papeles, mapas y cartas. Parecía el despacho de un abogado inundado de pleitos, un gran empresario que debía tomar decisiones apremiantes. Pero era un marino, el hombre sobre quien descansaba el futuro del Perú.

—Tome asiento —dijo Grau.

El teniente Pedro Gárezon Thomas obedeció. El contralmirante tenía en sus manos un objeto peculiar.

—¿Sabe lo que es eso, teniente?

El teniente Pedro Gárezon Thomas hizo una señal negativa.

—Es un disco de Vignère. Solo yo, el Director Supremo de la Guerra y cuatro comandantes de la marina conocen su existencia. Esto, teniente, es un sistema para cifrar y descifrar mensajes secretos.

En la voz del contralmirante había un tono de confidencialidad. El teniente Pedro Gárezon Thomas se sintió halagado.

—Teniente, si yo llegase a caer en combate y este barco fuese tomado por el enemigo, su misión es deshacerse de todo este material. Incluyendo este objeto.

—Sí, señor.

—Destrúyalo todo. Absolutamente todo.

***

Los ingenieros repararon la caldera antes de lo previsto. El Huáscar se puso en marcha a las 19:30 rumbo al norte, seguido de la Unión. Ambas naves mantuvieron el rumbo a lo largo del día sin divisar a la flota chilena.

Mejillones, 7 de octubre

Los problemas de sueño de Eusebio Lillo no mejoraban. ¿Cómo dormir más de cuatro horas en aquellas condiciones?

El viejo poeta caminaba lentamente por la cubierta. Sus pasos ya no eran vacilantes como al principio. Sus oídos se habían acostumbrado a los sonidos de la máquina y de la proa cortando las olas, espectáculo majestuoso y que a Lillo lo transportaba a sus lecturas juveniles de la Odisea. Estaba también comenzando a familiarizarse con los objetos del barco, con los términos y palabras del mar. Ese día había visitado por primera vez la máquina. Se había quedado de una pieza observando aquel prodigio de la ciencia, cuya potencia superaba la del viento y equivalía a la fuerza de decenas de remeros. En dos mil años, desde los tiempos de Marco Antonio y Cleopatra, la humanidad había pasado del remo y la vela, de la guerra librada con flechas incendiarias, al vapor y la artillería química. A ese ritmo las guerras de los siguientes dos mil años se librarían con máquinas voladoras.

Durante la campaña, Lillo había aprendido también a orientarse y detectar algunos patrones geográficos del escenario donde se libraba la guerra. En aquel litoral solía amanecer nublado y despejar por la tarde, cuando comenzaba a correr el viento. A mediodía el calor era abrasador y su cuerpo comenzaba a sudar dentro del traje. Cómo envidiaba a aquellos marineros semidesnudos que corrían ligeros por la cubierta.

Lillo había terminado por acostumbrarse al paisaje de desolación y sequedad, antítesis del valle donde se criara. Habían hecho lo correcto. Ni el ejército más aguerrido y profesional del mundo sería capaz de recorrer grandes distancias a través de ese desierto.

Se había acostumbrado también el viejo poeta a escribir, a pesar del ruido y del vaivén del barco. Pero de su pluma ya no salían poemas ni estrofas patrióticas. Había comenzado a tomar notas y dejar testimonio para la posteridad de las jornadas cruciales que estaba viviendo en el Blanco Encalada. Reflexiones sobre la historia, las revoluciones en que había tomado parte, los gobiernos que había visto pasar, sus líderes y sus payasos. Si el país llegaba a ganar la guerra (lo que en buena parte descansaba en el éxito del plan), el Estado enfrentaría un desafío enorme. Las

rentas del salitre, la banca internacional, las negociaciones de una paz que debía ser duradera o no sería paz. Pero eso era nada comparado con las luchas intestinas por la repartición del botín de la victoria. Durante esos días, mientras el Blanco Encalada navegaba hacia el sur, Lillo creyó vislumbrar un futuro donde la hacienda pública y los intereses particulares entrarían en conflicto, el ejecutivo contra el congreso, el pobre contra el rico, el aristócrata de Santiago contra el patiperro del norte y del sur. Lillo leía la prensa extranjera y había estudiado con cierta detención los sucesos de la Comuna de París y los sucesivos alzamientos del pueblo francés contra los reyes y tiranos del último siglo. Él mismo había participado en una intentona similar, en la que casi perdió la vida; la primera vez en que sus versos patrióticos le sirvieron de pasaporte para escapar al pelotón de fusilamiento. Mientras el Blanco Encalada navegaba esa noche hacia el sur, para unirse al Cochrane y dar inicio a la fase final del plan, Lillo se preguntó si no le estaba destinado presenciar nuevas revoluciones y cataclismos sociales, esta vez alimentados no por el fuego de la juventud y las ansias de libertad, sino por la codicia y el egoísmo.

No tenía cómo saber si el plan estaba funcionando. Si sus cálculos estaban en lo cierto, en esos momentos Grau estaría leyendo el mensaje y sacando conclusiones. Todo había sido planificado como un gigantesco mecanismo de relojería, que seguramente los historiadores pasarían por alto. No figuraría en ningún tratado ni boletín oficial; los alumnos de los liceos memorizarían el milagro, pero no el santo. Y cantarían el himno nacional compuesto por Lillo.

“Mañana llegaremos a Mejillones”, anotó en su cuaderno, como si con el solo nombre del próximo puerto pudiese finalmente dormir.

Paposo, 7 de octubre

A las 7 de la mañana se estableció un breve diálogo de señales entre el Huáscar y la Unión. Al poco rato las dos naves sincronizaron sus velocidades. El Huáscar necesitaba más carbón y a la corbeta, con una máquina más rápida y eficiente, le sobraba. Los barcos se colocaron a corta distancia, de manera de traspasarse el combustible.

La maniobra duró más de una hora y Grau aprovechó de reunirse con el capitán de la Unión, Aurelio García y García.

—¿Qué lo trae por esta humilde corbeta, Almirante? —preguntó García y García en posición firme.

Grau lo observó con severidad, sin responder. En privado volvieron al tuteo. Tenían una vida en común, cercanía política, diferencias personales y de estilo. Mientras los barcos se traspasaban carbón ellos hablaron de política y estrategia. Ninguno de los dos consideraba al presidente y director supremo de la guerra, Mariano Ignacio Prado, un jefe político-militar idóneo. La campaña había sido una suma de mezquindades y desaciertos, Grau se declaró harto de tener que repetir tres veces sus solicitudes para que le suministraran material básico, para que a la tripulación le cancelaran los sueldos atrasados. Si no fuera por el azar y la diosa Fortuna, sumada a la ineptitud de los anteriores comandantes navales chilenos, las cosas ahora estarían mucho peor.

—Pero bueno, no estamos aquí para quejarnos como señoras, ¿verdad? Hay una guerra que ganar y, aunque no lo creas, tenemos una oportunidad interesante este día o mañana.

—A ver…

Grau le informó sobre el telegrama que había descifrado. Los ojos de García y García brillaron de codicia.

Algunas millas más al norte un convoy viajaba hacia Patillos. Los blindados chilenos ya estaban allí. Debían apresurarse para dar el mordisco.

—Lo vamos a hacer, pues.

***

Grau regresó al Huáscar con el ánimo en alza, ordenó al capitán Melitón Carvajal poner proa al norte y a MacMahon

aumentar presión en la máquina para sacarle el máximo andar.

Pero ocurrió un evento que lo dejó muy perturbado. De apariencia trivial y sin relación alguna con las decisiones que había adoptado, Grau lo interpretó como una señal de mal augurio, de aquellas que solo los marinos saben distinguir.

La fauna del litoral estaba compuesta prácticamente de tan solo dos especies: lobos marinos y pájaros. Tribus de indolentes lobos dormitaban en los roqueríos, zambulléndose de vez en cuando en el mar, trenzándose los machos en ruidosos desafíos de virilidad. La población de gaviotas, gaviotines, pelicanos y cormoranes, en cambio, era abundante y ruidosa. Se reunían en las bahías y farellones, sobrevolando y reconociendo cardúmenes de peces. Se arrojaban en vertiginosos picados contra el mar, luego permanecían durante horas dejándose llevar por el oleaje tranquilo de las playas.

Por la tarde una enorme bandada pasó frente al Huáscar y el soldado Isidro Orué apuntó su fusil Remington contra un espécimen particularmente imponente. Con su buena puntería lo abatió en el acto, cayendo el animal en cubierta con el pecho destrozado. Sus compañeros lo aplaudieron. Grau, en cambio, observó con horror el espectáculo del magnífico pájaro tiñendo la cubierta del Huáscar con su sangre. Sintió deseos de reconvenir con severidad a aquel soldado del regimiento Ayacucho, pero se contuvo. ¿Qué podía saber ese hombre de tierra de las supersticiones del mar?

Le ordenó al teniente José Melitón Rodríguez, que se encontraba en su cuarto de guardia, que mantuviera el rumbo hacia Antofagasta. Luego se retiró a su camarote algo fatigado, sin poder sacarse de la cabeza la imagen del pájaro moribundo.

Mejillones, 7 de octubre

Los blindados chilenos se reunieron frente a la bahía de Mejillones, donde Riveros recibió las últimas instrucciones e informaciones del gobierno. El Huáscar avanzaba desde el sur y era cuestión de horas para el encuentro. Para evitar todo margen de error el Blanco Encalada, la Covadonga y el Matías Cousiño avanzarían durante la madrugada de norte a sur, pegados a la costa frente al inmenso farellón de la península de Mejillones. El Cochrane, la O'Higgins y el Loa permanecerían mar afuera, a unas 50 millas frente a la punta Angamos, al extremo norte de la península, distancia que los comandantes acordaron acortar a 30.

Terminado el consejo de guerra los comandantes regresaron a sus barcos, las calderas juntaron presión, se aparejaron las velas, se preparó la artillería y se asignaron las guardias para lo que sería una noche larga.

Pese a los años navegando por aquella costa accidentada y dramática, al comandante Juan José Latorre le seguía impresionando Mejillones. Era como si el Creador hubiese jugado con argamasa, construyendo y destruyendo, juntando millones de metros cúbicos de piedra, arena y agua en ebullición. Solo así se podía explicar esa topografía que era como la del fondo marino, pero expuesta a un sol inclemente. Latorre vio desde el puente de mando del Cochrane cómo el farellón de la península retrocedía en el horizonte, y junto con él la enorme planicie costera donde se asentaba el pequeño puerto de Mejillones.

Quienes lo conocían superficialmente veían en esos momentos a un comandante sereno y lleno de confianza, pero todo su ser bullía de anticipación. No solo anticipaba Latorre las decisiones que tomaría para someter al Huáscar a su artillería y a su máquina, o lo que vendría después de una victoria que cambiaría el rumbo de la guerra. De todas las certezas y anticipaciones que tenía en ese momento el comandante Juan José Latorre, había una que no tenía rostro ni forma aún, que se limitaba a un concepto, a un deseo tan imperioso como el de ganar la guerra. El momento en que él, el guerrero del mar, bajaría a tierra y encontraría a la compañera que llevaba años buscando.

***

En el entrepuente del Cochrane los marineros preparaban sus coyes y ordenaban sus pertenencias, apuraban sus últimos restos de galleta antes del toque de silencio. Algunos conversaban, se contaban historias calientes, historias de mujeres pero también historias de amor. En el mundo de los marineros la palabra escrita tenía otro valor. Dos de cada diez sabían leer o escribir, y esos dos eran los escribían y leían las cartas, los que recitaban los versos del último ejemplar de La Lira Popular.

NIÑO DE DOS CABEZAS NACE EN COLCHAGUA. ODIOSO Y MACABRO ASESINATO DE CURA EN YUMBEL. DOS NIÑAS SE CASAN EN OVALLE.

El cabo de cañón Melchor Martínez no era de esos. Sabía reconocer algunas letras pero no juntarlas. Rosa de Talagante sí sabía, y mucho más. Sus palabras sonaban con rima y poesía y ella las hacía canto. Si salvaba el pellejo y volvía entero al puerto, se iría derechito al conventillo donde vivía Rosa con sus niños. De no ser por el maldito marido una linda alianza harían ella y Melchor ante Dios: él pondría los brazos y ella el ingenio. Pero si el marido salía del calabozo para hacerla sufrir, ¿quién la protegería? Sus compañeros de la batería de estribor no tomaban muy en serio sus preocupaciones y arrebatos románticos.

—¿Tú sentando cabeza, Melchor?

—¿Tú dejando el mar?

¿Por qué no? Él no quería seguir disparando cañones toda su vida. Prefería dejar el uniforme, hacerse pescador como San Pedro y traerle buenas merluzas a su negra. Y cuando la mar se pusiera brava y no hubiera jornal, tomarían cada uno una guitarra y se echarían a cantar las canciones de ella a dúo en los bares del puerto.

—¿Y el marido, Melchor? —preguntó el gringo Murphy—. ¿Qué vas a hacer con el marido?

—Ojalá que a ese pelafustán lo envíen al norte —masculló con rabia Melchor—. A la primera línea de fuego, y que una buena bala peruana lo mande para el otro mundo, de preferencia al mismísimo infierno…

—O se enamore de otra y deje en paz a tu Rosa.

Hasta el perro Cuatro Vientos lo miraba con preocupación. El cabo de cañón Melchor Martínez se quedó pensando.

—Dios quiera que esta guerra termine pronto —dijo.

Antofagasta, 7 de octubre

La luna estaba en cuarto creciente y sus rayos iluminaban el Cerro Moreno y una amplia extensión del mar. Del poniente avanzaba una masa de nubes negras que por la mañana cubrirían la costa. Grau apuntó sus prismáticos hacia el puerto. Otra bahía vacía. A diferencia de Coquimbo no se escuchaban perros.

—Tampoco hay mucho que hacer aquí —le dijo al teniente José Melitón Rodríguez, que hacía su cuarto de guardia.

Antofagasta parecía un teatro donde se acaba de suspender la función. No había un solo barco de guerra y era demasiado tarde para rastrear el cable submarino.

Grau dejó al teniente Rodríguez en la torre de mando y bajó a la cubierta para regresar a su camarote. Volvió a observar el punto donde cayera Prat, junto a la torre de artillería.

No era la única huella de aquel combate sobrecogedor. Las tres embestidas contra la corbeta Esmeralda habían dejado una mella visible en el espolón del Huáscar. La brutal embestida contra la vieja corbeta chilena lo había doblado y el efecto sobre la navegabilidad del monitor era nocivo: al forzar la máquina se inclinaba a babor. Era como una venganza de la madera contra el acero, como un tiburón al que una presa le hubiera quebrado un diente, el más importante.

Grau atravesó la cubierta y regresó al castillo de popa. Bajó por la escalera al entrepuente y sintió el golpe de calor que emanaba de las calderas. Las paredes del buque vibraban con el impulso de la máquina. Cruzó la cámara de oficiales y se retiró a su camarote a dormir con sus recuerdos. Se sacó la chaqueta, observó el retrato de su amada Dolores y apagó la lámpara. En el camarote solo quedó el reflejo movedizo de luna en el mar.

***

Dos años antes, después de aquel encuentro con el expresidente Pardo y con Vicuña Mackenna, Grau regresó a Valparaíso a recoger a su hijo Miguel Gregorio donde los Viel-Cabero. El niño estaba feliz tras de dos semanas jugando con sus primos chilenos. Había aprendido palabras nuevas.

El último día antes de regresar al Perú, Viel lo invitó a conocer al blindado Cochrane.

—Reconócelo, Miguel, te mueres de ganas.

—Esperaba que me hubieras invitado antes —dijo Grau con una sonrisa.

—Es un buque maravilloso, te va a encantar.

Miguel Gregorio insistió en ir y Grau recordó la primera vez que pisó un buque en su vida, casi a la misma edad que tenía ahora su hijo. Si algún día Miguel Gregorio seguía sus pasos en el mar, aquella visita al blindado chileno quedaría en su memoria como un recuerdo imperecedero.

Terminaba el mes de febrero y un fuerte viento corría del suroeste. Tomaron una lancha en el muelle y abordaron el Cochrane a eso del mediodía. Viel los llevó a recorrer la cubierta, les mostró el puente de mando, el castillo de popa, la caldera y las baterías. Grau observaba con atención y su hijo Miguel Gregorio estaba fascinado.

—Dime que no es un titán —dijo Viel—. Con este toro los españoles no nos hubieran faltado el respeto, ¿no es verdad?

—Debe ser un poco lento —dijo Grau.

—¡Qué va, hombre! Le hemos sacado doce nudos. ¡Pero traga carbón como leche un ternero!

Grau sintió en ese momento algo extraño, como una brisa caliente o una premonición. Estaba de espaldas a Miguel Gregorio cuando se oyeron unos gritos. Viel alcanzó a tomar a Grau de la solapa y arrojarlo al suelo. La cuerda pasó a centímetros de ambos, su polea transformada en un proyectil.

Grau tardó en reaccionar. Buscó a Miguel Gregorio y vio cómo la cuerda volvía en una trayectoria inversa, impactando de lleno en la cabeza de su hijo.

Lo que vino después fue una pesadilla. Controlar la hemorragia, tomar la lancha a toda prisa, subir al niño a un coche y llevarlo al hospital San Juan de Dios, donde permaneció una semana entre la vida y la muerte.

Viel se encargó de todo. Consiguió al mejor médico de Valparaíso, los mejores medicamentos para aliviar el dolor y bajar la fiebre. Grau y su cuñada Manuela Cabero permanecían noche y día junto al lecho. Varios de sus camaradas chilenos vinieron a darle su apoyo. Una tarde apareció un hombre alto, calvo, de barba hirsuta y mirada peculiar.

—Arturo —dijo Grau—. Muchas gracias por venir.

—Miguel, tenga usted todo mi apoyo —dijo Arturo Prat Chacón tomando a Grau de los brazos—. Yo sé lo que es perder a un hijo. Desde este dolor que nunca me ha abandonado, voy a

rezar ahora por Miguel Gregorio, por su madre y por usted.

Ambos oyeron un sollozo desde la cama. Era Manuela Cabero que había juntado las manos para rezar con ellos.

Punta Tetas, 8 de octubre

Eusebio Lillo se despertó con el llamado a zafarrancho. Fue como sentir que algo se removía en alguna parte de su conciencia. Los marineros corrían por la cubierta y se oía el sonido febril de los aparejos. Lillo se levantó, se puso el abrigo y trató de mantenerse en pie el tiempo suficiente para tomar una decisión.

Salió a cubierta y sintió el aire helado de la madrugada. A su izquierda vio un cerro y un farellón de unos doscientos metros que se levantaba del mar como una muralla. La chimenea del Blanco Encalada escupía un humo negro y denso. Decenas de hombres corrían con expresiones duras a ocupar sus puestos, subían hacia las cofas con sus fusiles al hombro. Llegó hasta el puente de mando y se encontró con un Galvarino Riveros transformado en Neptuno, en almirante Nelson; el cuello duro y erguido, el bigote electrizado, los ojos inyectados en sangre.

—Están virando a estribor. ¡Más presión en esas calderas! Señor Lillo, mire nomás a quién tenemos apretando las chalas.

Le pasó sus prismáticos y Lillo sintió que sus manos temblaban al aferrarlos. Buscó el punto a la derecha que le señalaba Riveros con el dedo, en un horizonte oscuro y movedizo donde finalmente vio las dos columnas de humo que subían hacia el cielo.

—Son ellos, señor Lillo. Los dos cachalotes que andábamos buscando.

Riveros lanzaba órdenes cada treinta segundos con su voz estridente, el segundo comandante Miguel Gaona las repetía a una bocina que comunicaba el puente las distintas partes del barco.

—¡Caña tres cuartas a estribor!

El poeta Eusebio Lillo notó que el Blanco comenzaba a describir un amplio círculo hacia la derecha. El movimiento era tan lento y pesado que Lillo comprendió recién la escala de lo que estaba viendo. Una batalla entre hombres y máquinas, donde cada decisión tomaba horas en tener efecto.

El Blanco y la Covadonga quedaron finalmente detrás de los barcos peruanos, a una distancia que no parecía disminuir. Riveros se empezaba a impacientar. Pedía más velocidad pero desde la máquina le decían que ya no se podía subir más la presión.

Mientras tanto iba amaneciendo, y el borde del farellón comenzaba a delinearse como los muros de un cementerio.

Punta Tetas, 8 de octubre

Grau fue alertado a las tres de la mañana por el mayordomo Manuel Pineda de que el vigía había visto humos al norte. Su primera impresión, después de saludar al teniente José Melitón Rodríguez y tomar los prismáticos, fue de decepción. No era el convoy militar que esperaba saliendo de Antofagasta hacia Patillo. Podía ser el Cochrane o el Blanco, y lo primero que hizo fue ordenarle a García y García que virara a estribor para poner proa al norte.

Rodríguez transmitió sus órdenes por telégrafo a la máquina y por voz al entrepuente. El timonel de guardia giró la caña con toda su fuerza hacia la derecha. El Huáscar comenzó a cambiar de rumbo, lentamente.

El mar, a esa hora, era una lámina que solo un marino con años de experiencia podía discernir del cielo nocturno. Los cinco barcos describían curvas majestuosas que poco a poco iban recibiendo la luz del amanecer.

Al poco rato Grau comprendió que no tenía razones para preocuparse. El blindado chileno tenía que ser el Blanco, por su lentitud. El Huáscar le estaba sacando una buena distancia y en una hora ya estaría lejos de su alcance.

Ordenó al teniente José Melitón Rodríguez que mantuviera el rumbo al norte. Así obligaría a los chilenos a una persecución inútil. Lo había hecho cientos de veces y siempre le había resultado. No tenía por qué fallar ahora.

***

Nada pudo frustrar más al aspirante Carlos Tizón de la Rosa.

Desde la cofa, con su corazón palpitando con la sola idea de disparar, vio cómo Juan Chunga y Juan Dávila subían por el palo con sus fusiles al hombro. El negro y el paiteño ocuparon sus puestos, cargaron sus fusiles Remington y el aspirante Carlos Tizón de la Rosa cogió, con cariño de amante, el mango de la ametralladora Gatling.

—Ahora sí, paiteño. Nos vamos de baile.

—Yo no estoy tan seguro, limeño. Mira nomás cómo se quedan los chilenos.

Era cierto, el grandote iba quedando atrás. El aspirante Carlos

Tizón de la Rosa se dejó caer en el piso de la cofa, decepcionado. Otra vez, carajo, ¿hasta cuándo? Desde agosto que el aspirante Carlos Tizón de la Rosa no tenía oportunidad de jalar el gatillo. Ya ni se acordaba lo que era ver esas seis bocas escupiendo fuego, calentándose.

Pero al cabo de casi tres horas de espera inútil su corazón se volvió a excitar. Fue el paiteño quien los vio primero.

—¿Que ya te dormiste, limeño? ¿No que estabas tan gallito? ¡Mira, más humos al norte!

***

Los tres humos no eran sino el Cochrane, la O'Higgins y el Loa. El avistamiento fue recíproco, pero con una gran diferencia. En el Cochrane el comandante Juan José Latorre sí sabía quién tenía al frente: Grau no.

—Ha llegado el momento —dijo con gravedad el segundo comandante José Gaona.

—Haga sonar zafarrancho —se limitó a decir Latorre.

El trompeta cortó con su sonido metálico el sueño de 240 hombres.

Uno de ellos era el cabo de cañón Melchor Martínez, que saltó de su hamaca y se vio envuelto en un tropel de sombras que se empujaban, gritaban y buscaban sus gorras. Los oficiales ladraban órdenes y el flujo de marineros comenzó a distribuirse de acuerdo a un orden preestablecido.

Otro de los que tuvo que despertar a la fuerza fue el fotógrafo Miguel Grove, quien entreabrió de mala gana los ojos y, ante semejante ruido y agitación, se levantó de su hamaca para despertar a Lucas, su sobrino y ayudante.

—¡La historia nos espera, sobrino!

En cuestión de minutos Melchor y sus compañeros estaban apostados delante del segundo cañón de la banda de estribor. Los proyectiles y los estopines estaban en sus cajas; través de la mira del cañón se veía la línea de la costa, los cerros y dos humos que avanzaban desde el sur.

***

El teniente José Melitón Rodríguez alertó al contralmirante Grau y estableció la posición del Huáscar frente al avistamiento. Estaban al noroeste, a unas 5 millas de distancia. La reacción de

Grau al enfocar sus binoculares le sorprendió.

—¡Excelente! Rodríguez, ponga la caña a babor. Nos vamos de caza.

El contralmirante Grau no solía hacer este tipo de comentarios. Todo en él era seco y ajustado al protocolo.

—¿Señor? —insistió el teniente José Melitón Rodríguez—. ¿Mando tocar zafarrancho?

—No todavía —dijo Grau, con tranquilidad—. Dígale a MacMahon o al que esté de guardia que mantenga la máquina en 25 revoluciones, no más. No hay para qué desperdiciar carbón. Despiérteme en una hora más.

El teniente José Melitón Rodríguez se cuadró y vio cómo la cabeza de Grau desaparecía por el escotillón.

De modo que esos eran los barcos del convoy. La gran presa.

El teniente José Melitón Rodríguez volvió a barrer el horizonte con sus prismáticos y los vio con mediana nitidez en el horizonte todavía oscuro de la madrugada. Los tres humos se elevaban hacia el cielo estrellado. Recién comenzaba a amanecer.

Valparaíso, 8 de octubre

Mil cuatrocientos kilómetros al sur, Rosa de Talagante despertó en medio de la noche. Le costaba respirar.

Había tenido una pesadilla, pero no la recordaba. Solo sabía que en ella estaba Melchor. Desde que la escuadra zarpó no había dejado de pensar en él. Su cuerpo grande y fuerte, su barba que le arañaba los labios y el pecho. Un gigante con alma de ángel, con piel morena y ojos verdes, muy claros, que la miraban como un niño travieso.

Rosa de Talagante recorrió la modesta habitación con los ojos. Comprobó que sus dos niños dormían. Dentro de poco el mayor ya no cabría en el cajón de frutas donde descansaba y Rosa tendría que comprarle una cama como Dios manda. Para ello tendría que cantar todas las noches. A Dios gracias ella tenía esa voz con la que se ganaba los pesos, y dos brazos fuertes para lavar y planchar.

Rosa sacó la bacinica de debajo de la cama, se subió el camisón por encima de las caderas y orinó. Pudo sentir como la sangre, ese misterioso flujo lunar, caía a raudales arrastrando vida que no fue.

Se limpió con un trapo, se arregló el camisón y se volvió a acostar. Pero ya no podía dormir. Gracias a la sangre veía palabras, frases completas, rimadas y nítidas, un sueño de sangre y leche. Veía el barco de Melchor en el mar disparando sus cañones, oía los gritos de la marinería y el bramido del mar. Madres de marinos muertos que lloraban por su sangre, sangre que había sido vida y ya no era. Madres chilenas y madres peruanas, hijas y hermanas.

Se volvió a levantar, esta vez para encarar a la Virgen y dedicarle los versos que brotaban en su cabeza:

Guía de los navegantes

Divinidad milagrosa
En su palacio estrellado
Ella es la más bondadosa
Madre de Dios verdadero
Y esposa de San José

Y así estuvo minutos enteros cantando y rezando, pidiendo por

la vida de Melchor y la gloria de Chile. Quería a ese hombre vivo de regreso a sus brazos. Con ayuda de la Madre Sacrosanta, Emperatriz de los Cielos, Melchor volvería con todas sus presas intactas, y la más importante de todas, la que ella guardaría dentro de sí para concebir otro angelito robusto. Un muchacho fuerte y sano que los cuidara a los dos, a ella y él, en la triste vejez.

Exhausta de tanto rezar, Rosa sintió que los miembros se le dormían. Se volvió a cubrir con la manta, y así se entregó de nuevo al sueño, a esperar el nuevo día.

TERCERA PARTE

EL COMBATE

Punta Angamos, 8 de octubre de 1879

7:30 AM

En sus ya siete meses de campaña el teniente José Melitón Rodríguez había acostumbrado a su cuerpo a trabajar de madrugada y ver el amanecer. Terminado su cuarto de guardia no se acostaba de inmediato; se quedaba algunos minutos en cubierta viendo cómo los primeros rayos del sol se asomaban detrás de los cerros y mesetas de la costa. Era un placer estético que no compartía con nadie.

El teniente Diego Ferré llegó para relevarlo a las 6, como correspondía. Firmaron el libro de bitácora, consignando el encuentro con la escuadra chilena en Punta Tetas y el nuevo avistamiento al noroeste, el presunto convoy que el contralmirante Grau venía buscando hacía días.

—Ponle ojo, quieres.

—Tú anda a acostarte —le dijo Ferré, como si fuese rutina.

Pero esa vez el teniente José Melitón Rodríguez no terminó su guardia tal como lo hacía normalmente. Bajó a cubierta y observó, una vez más, la bóveda del cielo que pasaba lentamente de negro a violeta, mientras una delgada línea roja comenzaba a bordear las cimas de los cerros.

El teniente José Melitón Rodríguez se detuvo en seco. Algo no encajaba en el cuadro. En el horizonte ya más nítido de la mañana los tres humos avistados hacía poco estaban adquiriendo un mayor volumen. "Un momento, un momento", pensó con creciente angustia. Regresó a la torre y casi le arrebató los binoculares al teniente Diego Ferré.

—¿Pero a ti qué te pasa?

—Esto tiene muy mala cara.

—¿Cara de qué? ¿De qué carajo estás hablando?

Cada minuto que pasaba los rayos del sol extendían su ángulo de caída, y sectores más amplios del horizonte se iluminaban. La certeza cayó como un relámpago: aquella silueta, de la que brotaba la columna más gruesa de humo, no era un vapor común y corriente.

—Vapor, mi abuela —murmuró el teniente José Melitón Rodríguez, bajando los prismáticos y encarando, lívido, al teniente Diego Ferré—. Llama al contralmirante. Ahora.

***

Cuando el mayordomo Manuel Pineda volvió a golpear su puerta, Grau se levantó pensando que iba a recibir la confirmación de su nuevo golpe estratégico, el bendito convoy de tropas que, con ayuda de la Unión, iba a desviar de su curso, cosechando una gran victoria para el Perú. Pero la cara de Pineda parecía de funeral.

—Voy —dijo poniéndose las botas.

En la torre de mando lo esperaban los tenientes Diego Ferré y José Melitón Rodríguez. Grau tomó sus binoculares, los apuntó al noroeste y sintió un apretón en el estómago. El penacho de humo más grande, lejos de huir, avanzaban derecho hacia ellos.

—Teniente Ferré —dijo Grau bajando lentamente los prismáticos—. Caña a estribor, máquina a máxima presión, y mande tocar zafarrancho.

—¡Sí, señor!

En la cofa el aspirante Carlos Tizón de la Rosa, que dormía abrazado a la ametralladora Gatling, saltó como si le hubiesen arrojado un bidón de agua fría; el teniente Pedro Gárezon Thomas se levantó de la cama, Faustino Tolas, Atanasio Cayoleras y el grumete Alberto Medina se bajaron de sus hamacas, el cirujano Santiago Távara miró su reloj, a Samuel MacMahon lo despertó, con tres golpes a la puerta de su camarote, el segundo maquinista Thomas Hughes. Los artilleros ingleses Anderson, Murphy, Price y Harris corrieron a ocupar sus puestos en la torre de combate.

Mientras toda la tripulación del Huáscar se movilizaba, Grau bajó por el escotillón de la torre de mando hacia el entrepuente, donde se reunió con sus oficiales.

—Señores, el enemigo está a cuatro millas y acercándose —les dijo encarándolos con gravedad—. Forzaremos la máquina al máximo para abrirnos paso entre el Cochrane y la costa.

Grau notó que algunos esperaban de él una arenga, un discurso patriótico. En vez de eso asignó responsabilidades. A Melitón Carvajal lo dejó a cargo del gobierno del buque y a Elías Aguirre le ordenó, junto con el teniente José Melitón Rodríguez, preparar los cañones para disparar por la banda de babor, tal como lo habían planificado desde un principio. A Gárezon Thomas le asignó la responsabilidad de mantener el buque comunicado.

Y eso fue todo.

Grau no hizo poesía, no se despidió de nadie, no tenía vocación de Cristo Redentor: el mar era un trabajo que él, sus oficiales y

toda la tripulación del Huáscar sabían hacer.

—¡Viva el Perú!

—¡Viva! —repitieron.

***

En el puente de mando del Cochrane, el comandante Juan José Latorre bajó sus prismáticos y esbozó una sonrisa.

—La Unión se está distanciando —dijo el segundo comandante Miguel Gaona.

—Que Montt la siga con la O'Higgins y el Loa.

—Sí, señor.

El sistema de señales de la escuadra chilena se puso en acción. De buque en buque se transmitían señales luminosas que se transformaban en órdenes. El combate comenzaba a definirse y los tres barcos chilenos se abrieron en un abanico. Dos de ellos, los más lentos, siguieron hacia el norte en una persecución simbólica de la corbeta Unión. El Cochrane, en cambio, forzó su máquina en línea recta hacia el Este, a cortarle el camino al Huáscar.

—Señor, los artilleros están listos —informó Gaona.

—No hay apuro —dijo Latorre, calculando el tiempo, estimando trayectorias.

Era lo mismo que hacía en ese momento el cabo de cañón Melchor Martínez desde el segundo cañón de la batería de estribor, viendo cómo el punto negro que era el Huáscar se ensanchaba en el horizonte. Melchor se iba acostumbrando no solo a la velocidad de esa aproximación, sino también al ángulo y al ritmo de cada barco al subir y bajar con las olas. En eso consistía su arte: en estimar la parábola de un proyectil en el espacio-tiempo. Melchor, que no sabía leer ni escribir, era el mejor sistema de tiro de la marina chilena.

Punta Angamos, 8 de octubre
7:40 AM

Semanas sin beber una gota de alcohol habían hecho del ingeniero Samuel MacMahon una extensión de la máquina. Revisó los indicadores de presión y las libras de vapor que marcaba el manómetro. Ordenó asegurar todas las válvulas y convocar a la dotación completa de carboneros y fogoneros.

—Dávila, Herton, Dorn, Astudillo, los quiero ver paleando carbón como si los persiguiera su suegra con un cuchillo. Steven, Johnson, MaCarty, que ninguno de estos hijos de puta deje de palear mientras les quede un solo brazo entero. Morton, Furton, Graham, Gómez, esas calderas las quiero bramando como la señorita más ardorosa del Callao. ¿Entendido?

—¡Sí, señor! —corearon los maquinistas.

Después de arengar a sus hombres, subió a cubierta. Lo primero que vio fue el enorme acantilado que tapaba aún los rayos del sol. Del otro lado la línea del horizonte divisó tres humos abiertos en un abanico de varias millas. No cabía duda, el más grande era el Cochrane y venía a todo vapor contra ellos.

***

El doctor Santiago Távara se reunió en la cámara de oficiales con sus asistentes, el cirujano de primera clase Felipe Rotalde y el practicante de medicina José Ignacio Canales.

Dispusieron sus instrumentos sobre la mesa, las sierras, pinzas y torniquetes, los rollos de vendaje y los frascos de láudano para lo que se venía. En toda la campaña solo habían tenido que atender al teniente Jorge Velarde, a seis heridos leves luego del combate contra la Esmeralda; y a los heridos de la corbeta chilena, entre ellos al teniente Ignacio Serrano y al sargento Juan de Dios Aldea, que murieron más tarde por sus heridas.

El doctor Santiago Távara había leído en los anales de medicina acerca de las técnicas de amputación aplicadas por los médicos de campaña durante la Guerra Civil de los Estados Unidos. Con lenguaje frío y científico estos especialistas narraban sus proezas para amputar brazos y piernas en cuestión de segundos. Los heridos, sin más ayuda que una tintura de opio y un

trozo de madera para morder, lo agradecían infinitamente. Era la única manera conocida de interrumpir la infección y salvar vidas.

—La artillería progresa más rápido que nosotros —comentó el doctor Santiago Távara a sus asistentes—. Pero ya nos superaremos, señores. Algún día tendremos preparaciones químicas para revertir las infecciones. Seremos capaces de reemplazar la sangre perdida y fotografiar huesos y tejidos para evaluar los traumatismos y su recuperación.

Rotalde y Canales asintieron con nerviosismo. No estaban para disquisiciones teóricas.

***

La torre de combate era uno de los grandes errores de diseño del Huáscar, una especie de ficha de damas gigante que se elevaba sobre la cubierta. Para entrar en ella había que agacharse y pasar por entre medio de los cañones. Fue lo que hicieron los tenientes Elías Aguirre y José Melitón Rodríguez, y los artilleros contratados por el Estado peruano para operar la torre como arma de guerra. Se dividieron en dos grupos, cada uno a cargo de un cañón. Diez hombres en un espacio cerrado de 30 metros cuadrados. El teniente José Melitón Rodríguez quedó a cargo del cañón de la derecha.

—¡Artilleros en posición!

John Price y Michael Murphy se pusieron al lado derecho del cañón, George Harris y James Anderson al izquierdo. El teniente José Melitón Rodríguez se encaramó por una escalerilla de metal, asomando la cabeza a través de una tronera abierta en el techo de la torre. Lo primero que vio fue el castillo de proa y el rastro de espuma que dejaba el espolón al cortar las olas.

—¡Torre tres cuartas a babor!

Debajo de la torre y de los artilleros un piquete de 16 marineros comenzó a empujar con todas sus fuerzas unas manivelas que hacían girar la torre sobre su eje. La visión del teniente José Melitón Rodríguez se fue modificando; la proa fue quedando cada vez más hacia su derecha, como en un carrusel que se desplazaba muy lentamente con un ruido de metal chirriante. Vio aparecer, en el horizonte ya nítido de la mañana, los humos de la Unión y sus perseguidores, y a la izquierda el humo y el casco amenazante del blindado Cochrane.

—¿A qué distancia crees tú que está? —le preguntó el teniente Elías Aguirre.

El teniente José Melitón Rodríguez cerró un ojo y con el otro se proyectó como un ave de rapiña que acaba de ver una presa.

—Mil quinientos.

Tomaba un total de 15 minutos para que la torre pudiera girar en un ángulo de 120 grados. Desde su tronera el teniente José Melitón Rodríguez tuvo la silueta del Cochrane medio a medio en su mira de visión.

—¡Cargar cañones! —ordenó el teniente Elías Aguirre.

Anderson y Murphy cogieron un proyectil de 136 kilos de peso y salieron con él de la torre, sosteniéndolo con toda su fuerza, subiéndolo con esfuerzo entre los dos para introducirlo en la boca del cañón.

—¡Elevación 30 grados! —ordenó el teniente Rodríguez.

Price y Harris giraron las manivelas para subir el cañón hasta la altura señalada. Lo que buscaba el teniente José Melitón Rodríguez era una trayectoria específica del proyectil, una parábola en el espacio y el tiempo para impactar en el blindaje del Cochrane.

Tal como lo habían planificado con el capitán Melitón Carvajal y el contralmirante Grau, la idea era obligar al Cochrane a disparar en respuesta, lo que en jerga naval se denominaba guiñar, perdiendo así velocidad en el momento crítico de la persecución.

—¡Cañones en posición!

Los tenientes Elías Aguirre y José Melitón Rodríguez se miraron a la espera de que el contralmirante Grau diese la orden de fuego, a través de los tubos que comunicaban a la torre con el entrepuente.

—Tú primero —dijo el teniente Rodríguez.

***

El cielo se había cubierto de una neblina suave. Eusebio Lillo vio con claridad los tres humos del resto de la escuadra chilena. La Unión ya había ganado distancia y la seguían, desde lejos, la O'Higgins y el Loa. El Cochrane avanzaba desde el oeste directo hacia el Huáscar. Era como presenciar el inminente choque de dos trenes. A su lado el capitán Galvarino Riveros se movía como poseído, repetía órdenes que ya había dado, daba manotazos contra las barandas del puente como si con ello pudiese acelerar el ritmo de los acontecimientos.

Pero éstos seguían su propia lógica. La fuerza estaba echada, ahora era solo la inercia y la velocidad de los barcos y de los

proyectiles que aguardaban en los cañones el momento señalado. De pronto el poeta Eusebio Lillo creyó ver un fogonazo en la superficie del Huáscar. El ruido del cañón se escuchó segundos después. El combate había comenzado.

Punta Angamos, 8 de octubre

8:45 AM

Años después, el teniente Pedro Gárezon Thomas recordaría el momento en que se despidió del teniente José Melitón Rodríguez. El contralmirante Grau subió por el escotillón y regresó a la torre de mando. Lo último que vio del contralmirante fueron sus piernas. A partir de entonces quedó a ciegas, encerrado en el entrepuente con el capitán Melitón Carvajal, el equipo de gobierno y los doce operadores de la base del cañón.

—¡Torre en tres cuartas a babor! —ordenó Grau desde la torre de mando.

—¡Torre en tres cuartas a babor! —repitió el teniente Diego Ferré.

Doce hombres comenzaron a girar unas manivelas, desplazando más de treinta toneladas de metal y metralla.

El teniente Pedro Gárezon Thomas miraba su reloj a cada instante. A las 9:10 oyó una sucesión de voces que bajaban desde la torre de mando. La última de ellas fue la del teniente Diego Ferré.

—¡Fuego!

El teniente Pedro Gárezon Thomas se tapó los oídos y se aferró la imagen de Santa Rosa de Lima. Toda la estructura del Huáscar vibró con el primer cañonazo.

***

—¡Ahora comienza lo bueno, carajo! —exclamó el aspirante Carlos Tizón de la Rosa.

Desde aquel emplazamiento en altura, los tres artilleros de cofa vieron cómo el Huáscar abría fuego con sus dos cañones de 300 libras.

—¿Listo para el baile, paiteño?

—Como que me dicen el picaflor.

Juan Chunga y Ángel Quesquén apuntaron sus fusiles y el aspirante Carlos Tizón de la Rosa sintió como si la vida comenzara recién en ese momento.

***

El teniente José Melitón Rodríguez se tapó los oídos y vio cómo el cañón se sacudía sobre su cureña, expulsando el proyectil con un estruendo de fin de mundo. La bala se elevó de acuerdo a los cálculos, alcanzando su punto máximo de altura y luego bajando hacia el objetivo. Se asomó por la tronera y observó con la respiración suspendida el casco distante del Cochrane, hasta ver con toda claridad una pequeña explosión en la caparazón metálica del blindado chileno.

—¡Le dimos!

Los artilleros gritaron eufóricos. Ahora le tocaba al equipo de artilleros del teniente Elías Aguirre acertar su disparo.

Punta Angamos, 08 de octubre

9:00 AM

El fotógrafo Miguel Grove intentó en vano motivar a su sobrino Lucas a salir a cubierta con la cámara. Toda su vida había sido un hombre práctico, un empresario realista, y sabía que el arte de la fotografía no estaba aún preparado para registrar un combate naval para la posteridad. Pero aun así sintió un deseo arrebatador de emplazar la cámara en algún punto estratégico del buque. Sabía que el vaivén haría imposible una toma nítida, que el riesgo era inmenso, que las placas Agfa valían un ojo de la cara.

—Yo no salgo ni que me pague mil pesos —dijo su sobrino Lucas.

—Bueno, joven, usted se lo pierde. Iré yo solo.

***

En la batería de estribor del Cochrane el cabo de cañón Melchor Martínez y sus compañeros divisaron dos llamaradas formándose en la silueta del Huáscar. El ruido llegó con un desfase de segundos. Todos cerraron los ojos y apretaron las mandíbulas esperando la llegada de los proyectiles. El primero pegó en la popa y el segundo a pocos metros. Rebotó contra el blindaje y remeció todo el compartimiento, pero sin llegar a provocar daños. El perro Cuatro Vientos respondió a la afrenta con una andanada de furiosos ladridos.

En el puente de mando Latorre pidió un informe de daños. Tal como sospechara, los disparos del Huáscar habían sido tan certeros como infectivos ante el blindaje del Cochrane.

—Buenos artilleros tienen —comentó.

Latorre podía responder aquellos disparos de inmediato, pero se arriesgaba a perder velocidad en un momento crítico. Prefirió esperar, sabiendo que los artilleros del Huáscar se demorarían al menos diez minutos en volver a cargar.

—¡Quinientos metros! —informó el teniente Merino Jarpa.

—Cuando estemos a doscientos abrimos fuego —dijo tranquilamente el capitán Juan José Latorre.

En la batería de estribor esta demora comenzaba a provocar inquietud. Los artilleros se miraban entre sí y esperaban del

teniente Juan Enrique Simpson instrucciones que no llegaban.

¿Qué estaba pasando con el comandante? El Huáscar era ahora una figura nítida recortada contra la planicie costera de Mejillones; el cabo de cañón Melchor Martínez podía ya distinguir sus partes clave, el espolón y las dos torres, la chimenea y el palo mayor donde ondeaba la bandera peruana. El cañón estaba cargado y el cabo Melchor Martínez tenía el estopín de fricción en la mano. Había calculado el arco de tiro y los segundos que transcurrirían entre que él cortara el estopín, lo encendiera y que el mixto hiciera combustión. Sólo faltaba la orden de disparar.

—¡Fuego! —gritó el teniente Simpson.

Melchor esperó un segundo, dos... El Huáscar bajaba, subía sobre las olas, igual que el Cochrane, y las neuronas de Melchor detectaron el instante preciso para iniciar la reacción en cadena que cambiaría el curso de la guerra.

***

La bala era del tipo Pallicer, la más mortífera del mundo, y salió del cañón con un propósito único.

Girando dentro de su propia trayectoria, viajó sin más voluntad que la física, sin más peso moral que sus 125 kilos de plomo y pólvora, a una velocidad de 500 metros por segundo. Se elevó algunos metros y luego comenzó a descender, implacable, hacia su objetivo, tal y como Melchor lo estimara en su cerebro.

La punta ojival de la bala penetró en el blindaje del Huáscar descuajando las planchas metálicas del blindaje, astillando la madera del interior. Miles de fragmentos volaron perforando tejidos y piel, arterias y tendones. Pero el verdadero mensaje de la bala estaba en su barriga hueca. El impacto empujó a la pólvora negra contra la punta y el roce la hizo entrar en combustión. Explotó la bala en decenas de fragmentos calientes y su onda expansiva avanzó como un muro de piedra invisible contra quienes se encontraban en su camino. Así iba atravesando los cuerpos, removiendo la carne, los músculos y los huesos a nivel celular.

La bala era ahora tiempo suspendido, vacío total, irrealidad pura. Semanas, meses y años después, los sobrevivientes del Huáscar lucharían en vano por encontrar palabras capaces de describir semejante experiencia.

***

En la sala de máquinas del Huáscar el ingeniero Samuel MacMahon le rezaba al dios de la tecnología, el único en que creía.

Comprobó que las agujas del manómetro oscilaban entre 25 y 30 libras, el vacío se movía entre 26 y 27 pulgadas y las revoluciones llegaban hasta 63. Calculó once millas por hora y fracción, una velocidad que con suerte los sacaría de aprieto.

—Vamos, missy, no me falles ahora...

Su esperanza de zafar comenzó a diluirse con la primera explosión. Calculó que había impactado en alguna parte del castillo de proa. Luego vino otra, más violenta, que sacudió todo el blindaje de babor. La hélice seguía girando, pero quién y cómo gobernaba el buque, el ingeniero Samuel MacMahon no tenía manera de saberlo.

Planicie de Mejillones, 8 de octubre

9:20 AM

La bala penetró por el costado de babor, apenas por encima de la línea de flotación, y explotó contra el otro extremo del entrepuente.

El teniente José Melitón Rodríguez sintió que el suelo se movía como en un terremoto, elevándose algunos centímetros y volviendo a caer con un ruido estrepitoso, que botó al piso a todos los ocupantes de la torre de combate.

Años después el teniente Pedro Gárezon Thomas recordaría este primer encuentro con la muerte. La sensación de ingravidez, el sonido de la explosión, el golpe violento de su cabeza contra la pared y un aturdimiento que afectaba todo su cuerpo como en una pesadilla. Recordaría el olor de la pólvora y la falta total de orientación.

Cuando logró ponerse de pie, el capitán Melitón Carvajal trataba de enderezar el timón, tosía y gritaba. El teniente Pedro Gárezon Thomas no lo podía oír.

***

El aspirante Carlos Tizón de la Rosa jaló de la palanca de la Gatling y sus cuatro bocas comenzaron a vomitar metralla.

Chunga y Quesquén disparaban y recargaban sus fusiles Remington, mientras las cofas y la banda de estribor del Cochrane se iluminaban con disparos de distinto calibre. Desde balas de fusil a proyectiles de 250 libras, el mastodonte chileno comenzaba a vomitar plomo.

El aspirante Carlos Tizón de la Rosa y sus dos compañeros asistieron a la demolición sistemática de las partes clave de su barco. Vieron volar una parte del castillo de proa y saltar la torre artillada sobre su base; se dieron cuenta de que el Huáscar giraba a babor y luego a estribor, como si ya no hubiese nadie controlando el rumbo.

El Cochrane estaba cada vez más cerca y el aspirante Carlos Tizón de la Rosa pensó con júbilo, acariciando a su ametralladora: “vengan, vengan”.

***

El comandante Juan José Latorre vio a través de sus binoculares el momento preciso en que el casco del Huáscar se sacudía con el impacto de aquellos dos primeros disparos. El primero golpeó en el castillo de proa, el segundo sobre la línea de flotación y debajo de la torre artillada. A su lado el capitán Gaona, el teniente Merino Jarpa y el guardiamarina Contreras soltaban gritos de júbilo.

—¡Lo tenemos! ¡Lo tenemos!

El comandante Juan José Latorre apenas esbozó una sonrisa. Los artilleros habían hecho un trabajo quirúrgico. Ese bruto de Melchor Martínez se había ganado el sueldo de Chile. Pero faltaba el golpe de gracia.

***

El teniente José Melitón Rodríguez se puso de pie. Aparte de algunas contusiones y mareos no había ningún artillero herido, pero desde la base de la torre brotaba un olor nauseabundo de metal y carne.

—¡Voy a averiguar! —le dijo al teniente Elías Aguirre.

Salió por la ranura del cañón y bajó al entrepuente, encontrándose con una escena macabra. Entre el humo que se disipaba pudo ver a una docena de cuerpos en el suelo, algunos horriblemente mutilados, otros en posiciones grotescas, arrastrándose en busca de algo de qué aferrarse. El teniente Pedro Gárezon Thomas se encontraba tendido de espaldas, con una magulladura marcada en la frente.

—¡Pedro! ¡Pedro! —dijo sacudiendo a su compañero—. ¿Estás bien? ¿Me ves, Pedro?

El teniente Pedro Gárezon Thomas sacudió la cabeza afirmativamente. Solo estaba en estado de shock, ensordecido por la explosión.

De solo mirar la escena el teniente José Melitón Rodríguez comprendió que la torre de combate se había salido de su calzo y ya no podía girar. El Huáscar había perdido la mitad de su poder de fuego.

***

Los artilleros del Cochrane no tuvieron tiempo de celebrar. Se

había producido una competencia entre los tres cañones de estribor por quién le hacía más daño al Huáscar. Los del equipo de la segunda batería jalaron el cañón con cuerdas para enfriarlo, limpiarlo y volverlo a cargar. El perro Cuatro Vientos ladraba dando ánimo a los cinco sirvientes y al bisoño teniente Simpson.

A la nueva orden de fuego el cabo de cañón Melchor Martínez respondió con una impavidez de esfinge. Dejó pasar un segundo, dos, sin despegar los ojos del objetivo que era ahora un barco herido. Su corazón latía y por la frente le corría un sudor espeso.

—¡¿Qué pasa, cabo?! —gritaba el teniente Juan Enrique Simpson—. ¡El comandante ha ordenado fuego!

Pero Melchor esperaba. Esperó que el Huáscar estuviera en el punto exacto para que la parábola de tiro impactara en sus partes vitales. Recién entonces abrió el estopín y gritó:

—¡Toma!

***

La pérdida de movimiento de la torre de combate no era el único problema que enfrentaba el Huáscar. La otra explosión había inutilizado la rueda de gobierno. El capitán Melitón Carvajal intentaba recuperar el control de la nave mediante cables y cuerdas. Mientras tanto el buque seguía una trayectoria errática, en la que los artilleros de la torre de combate ya no tenían cómo apuntar sus cañones hacia el Cochrane.

El teniente Pedro Gárezon Thomas se reponía de las dos explosiones anteriores cuando vino una tercera. Fue justo cuando miraba por el escotillón hacia la torre de mando esperando instrucciones del contralmirante Grau. Vio con incredulidad como el proyectil pasaba dejando a su paso una estela de astillas, pernos, el cuerpo del teniente Diego Ferré que giraba como una pelota de trapo y algo más que no supo identificar, porque sus ojos se fueron a negro.

***

El aspirante Carlos Tizón de la Rosa vio las planchas de la torre de mando saltando como galletas de barquillo. De adentro brotaron unos fragmentos que el aspirante no tuvo palabras para describir.

Solo recordaría una imagen: algo que caía pesadamente en la cubierta, junto con los pernos, los restos de planchas, astillas de

teca y las esquirlas calientes de la bala. Era sangre que corría a raudales y el cuerpo del contralmirante cortado de la cintura hacia arriba. El contralmirante Grau yacía con los ojos abiertos y una expresión perpleja, como si intentara todavía comprender lo que estaba sucediendo.

Punta Angamos, 8 de octubre

10:20 AM

Comenzaron a llegar los primeros heridos a la cámara de oficiales. El cirujano Santiago Távara y el cirujano Felipe Rotalde se repartían la tarea de inspeccionar las heridas, detener las hemorragias, aplicar vendajes de emergencia que se teñían de rojo en cuestión de segundos. Hasta el mayordomo Manuel Pineda y los cocineros José Salas y Eduardo Ford prestaban ayuda, mientras que el capitán John Griffith, el galés loco del bergantín goleta Coquimbo, les murmuraba frases de la Biblia a los moribundos.

—Conocerás que la paz misma es tu tienda y nada echarás de menos.

—¡Aguanta, negro! —le decía el grumete Alberto Medina al artillero Atanasio Cayoleras, cuya pierna era un estropicio de astillas y trozos de metal—. Que tú no te me vas a ir así nomá.

—Míreme marinero, no deje de escucharme —dijo el doctor Santiago Távara aplicando torniquete—. Ahora voy a apretar. Esto va a doler un poco.

—Haga lo que quiera doctó, hágalo rapidito sosí —gemía el marinero Guillermo Villarosa.

Su gemido se transformó en grito estentóreo. La sangre chorreaba a borbotones sobre el piso de madera y el doctor Santiago Távara empuñó el serrucho contra la carne herida.

La improvisada enfermería se saturó rápidamente. Algunos heridos aullaban de dolor y el láudano comenzó a escasear. Cada explosión traía una nueva remesa de heridos, algunos horriblemente desfigurados, otros en estado de shock. El doctor Santiago Távara vio morir a varios, a otros que desfallecían después de la amputación. Suministrados los primeros auxilios se quedaban en un rincón de la cámara temblando como niños.

***

El grumete Alberto Medina corría de punta a cabo esquivando balas y llevando cartuchos a sus compañeros. Tenía su orichá el mandinga, porque ningún tunazo lo tumbaba. Los esquivaba bailando. Ni tonto ni perezoso medía la distancia. Miraba los palos del enemigo y, si veía nubecitas chisporroteando, se quedaba

parapetado.

—¡Negro, negrito! ¡Mueve el culito, carajo! —le gritaban los soldados del Ayacucho y de la columna Constitución.

Aprovechaba el grumete Alberto Medina cada pausa para buscar y traer cartuchos. Al hacerlo ni se le veían los pies. Si se le acababa el mondongo bajaba al pañol en busca de más.

En sus idas y venidas hacia la popa podía ver el marinero Alberto Medina cómo se acercaba el Cochrane disparando con toda su artillería. El Huáscar viraba a estribor describiendo un círculo largo y el Cochrane lo seguía dispuesto a no dejar títere con cabeza. Vio como un chicotazo daba de lleno contra la chimenea atravesándola como si fuera un palitroque. Los artilleros del cañón de popa y de la cofa disparaban sin hacerle mucho daño al monstruo.

El grumete Alberto Medina vio morir a tantos negros que perdió la cuenta. A varios vio volar como muñecos, a otros ayudó a pararse y bajar a la enfermería donde el doctor Távara y sus ayudantes hacían lo que podían para salvarlos. Uno de ellos, mientras el cirujano le amputaba un brazo, alcanzó a contar que el almirante Grau había muerto, y luego cerró los ojos.

Mejillones, 8 de octubre

11 AM

Al sentir los primeros cañonazos los habitantes de Mejillones se precipitaron hacia el muelle para averiguar qué pasaba. Al frente tenían el imponente farellón de la Punta Angamos y unos penachos de humo que se perseguían lentamente en el horizonte. A sus espaldas, una planicie costera y una cadena de cerros que parecían gigantes dormidos en espera de un conjuro para despertar y triturarlos.

En esa zona de sismos y maremotos, donde no había rastro alguno de vegetación, la vida se limitaba a enormes bandadas de cormoranes que defecaban en las rocas su dieta rica en proteínas marinas, un fertilizante de gran poder y base de la economía local junto con el salitre. Para los pescadores, comerciantes bolivianos y funcionarios chilenos, el combate que estaba teniendo lugar era uno de esos eventos que marcan a toda una generación, un gran sismo con sus héroes y sus villanos según el parecer y las simpatías de cada cual. Muchos decían reconocer a tal o cual buque y anticipaban el desenlace de los hechos de una manera inapelable. Se hicieron apuestas y se contaron anécdotas e historias de guerra. Más de uno tenía parientes en el ejército o en la marina.

Pero lo que estaba ocurriendo realmente era un enigma para casi todos los habitantes del pueblo. Solo el gobernador marítimo y jefe de plaza de Mejillones estaba más al tanto que el resto. No despegaba la vista de la Punta Angamos, donde un vigía solitario enviaba mensajes de luz mediante destellos, informando someramente lo que veía desde lo alto del farellón.

En Antofagasta el ministro de guerra en campaña Rafael Sotomayor recibió en su despacho las primeras noticias provenientes de Mejillones. Imaginó la situación como cuando los arrieros salían a cazar a un puma y lograban, finalmente, encerrarlo y tenerlo en la mira de sus carabinas. El animal aullaba y mostraba los dientes, buscaba en vano una salida y al final, comprendiendo su suerte, se limitaba a esperar la muerte con dignidad.

El ministro Rafael Sotomayor se dirigió personalmente a la oficina telegráfica, saludó al telegrafista y le dictó el primer mensaje oficial al ministro Domingo Santa María. Los puntos y

rayas comenzaron a pulsar a todo lo largo del cable submarino, recorriendo en segundos la distancia entre Antofagasta y Santiago. Imaginó la sonrisa pícara de Santa María al saber que la guerra se acercaba a su punto de inflexión. Más aún, que su camino hacia la Presidencia de la República empezaba a allanarse.

Mejillones, 8 de octubre

11:05 AM

El teniente Pedro Gárezon Thomas se levantó como pudo, se arrastró hacia el escotillón y miró hacia arriba. Vio bajar una figura fantasmal, el capitán Melitón Carvajal, pálido y desencajado.

—El contralmirante ha muerto —masculló temblando de la cabeza a los pies.

El entrepuente parecía un edificio después de un terremoto, lleno de escombros y de cadáveres. Con la ayuda de tres marineros bajaron el cuerpo del teniente Diego Ferré, entero, sin heridas visibles, sin vida. El capitán Elías Aguirre había bajado de la torre de artillería y al enterarse de la muerte de Grau cerró los ojos. Tenía el pelo chamuscado y la frente cubierta de sudor.

—Yo asumo el mando —dijo el capitán Melitón Carvajal.

Poco podía hacer el nuevo comandante: la torre de artillería ya no se movía y los cables de la rueda del timón estaban cortados. El buque se encontraba sin gobierno y las posibilidades de salir con vida se extinguían con cada minuto, pero aun así Carvajal tomó las riendas de la situación, ordenó al teniente Elías Aguirre volver a su puesto en la torre de combate y al teniente Pedro Gárezon Thomas ayudarlo a restablecer el gobierno del buque.

—¡El pabellón no se arría, carajo! —exclamó.

El aspirante Carlos Tizón y los tres artilleros de la cofa seguían disparando. Desde la altura podían ver el movimiento de los hombres en la cubierta y las trayectorias de ambos buques persiguiéndose en el océano. El Cochrane estaba a menos de 300 metros y ahora podían ver los detalles de su cubierta, los tubos de ventilación, el puente de mando y las jarcias, los tres palos con sus cofas desde las cuales los artilleros chilenos les disparaban sin pausa. Poco más y se verían las caras.

—¡Apunten bien!

El humo de la chimenea subía y a ratos el viento lo empujaba hacia la cofa, nublándoles la vista y haciéndolos toser. De pronto el aspirante Carlos Tizón de la Rosa vio pasar un objeto rojo en caída libre.

—¡La bandera! —gritó.

Sabía que nadie podía oírlo en medio de aquel infierno de

balas, pero después de un rato vio cómo un par de tripulantes salían desde la torre artillada y corrían, arriesgando el pellejo, a recoger la bandera. Uno de ellos cayó en el intento, el otro se las arregló para esquivar las balas y volverla a subir.

Recién se dio cuenta el aspirante Carlos Tizón de la Rosa de que todos, incluyendo a los artilleros del Cochrane, habían dejado de disparar. Con sus dos franjas rojas, agujereada como trapo viejo, la bandera del Perú volvía a flamear.

Desde distintas partes del buque se oyeron gritos y vítores. Los soldados del Ayacucho y de la columna Constitución alzaban sus fusiles y gritaban.

Con la alegría de la muerte gozosa e inminente, redentora de cualquier vida, el aspirante Carlos Tizón de la Rosa retomó su querida ametralladora y volvió a disparar.

—¡A la cochadesumadre! ¡Viva el Perú!

***

El comandante Juan José Latorre hizo una mueca. A través de sus prismáticos podía ver con precisión que la torre de combate ya no se movía y que la torre de mando era un amasijo de fierros y tablas chamuscadas. El Huáscar estaba herido y probablemente de muerte, pero no iba a rendirse tan fácil. Alguien había vuelto a izar la bandera.

El primer pensamiento del capitán Juan José Latorre fue para el capitán Arturo Prat Chacón. El contralmirante Miguel Grau probablemente viajaba hacia las regiones desconocidas, a hacerle compañía.

—Parece que esto va a ser para largo, Gaona —dijo sin mirar al segundo comandante—. Mande reiniciar el fuego.

—Sí, señor.

Mejillones, 8 de octubre

11:10

En el puente de mando del Blanco Encalada el almirante Galvarino Riveros mascullaba y se daba vueltas. Los disparos y cañonazos llegaban en sordina desde la distancia y Eusebio Lillo podía ver a ojo desnudo cómo el Huáscar y el Cochrane giraban en círculos persiguiéndose y disparándose sin tregua, como dos ballenas furiosas. Las columnas de humo que brotaban del monitor peruano eran señal inequívoca de su agonía.

De pronto se produjo una pausa y el almirante Riveros pareció a punto de perder la compostura.

—¡Malditos! ¡Se rinden!

Lillo dio un respingo, incapaz de reprimir su alivio. Riveros lo fulminó con la mirada. Pero al poco rato se escuchó un nuevo cañonazo del Cochrane. El Huáscar había izado de nuevo su bandera.

—¡Ahora nos toca a nosotros! —exclamó soltando una risotada siniestra—. ¿Está preparado, señor Lillo? Ahora va a saber lo que es un buen combate.

Ordenó subir la presión de las calderas, pero Miguel Castillo, el segundo comandante, le informó que el calor era tal que varios fogoneros habían caído asfixiados.

—¡Holgazanes! ¡Que les den aguardiente! —ladró Riveros—. Así aprenderán a no quedarse dormidos.

***

En la sala de máquinas del Huáscar el ingeniero Samuel MacMahon comenzaba a sentir que le hacía falta un trago fuerte, no de pisco sino de bourbon, el licor clandestino que destilaban los rebeldes de Virginia y Kentucky.

De pronto se sintió un estallido grotesco que le sacó todo el aire de los pulmones. Una ráfaga fría le barrió la cara, y con sus propios ojos vio pasar una figura negra que vibraba como una tetera enloquecida. El proyectil siguió una trayectoria recta, arrastrando a su paso una lluvia horizontal de astillas y pernos que rebotaban en todas las direcciones, caliente y afilados como cuchillos.

Años después Samuel MacMahon contaría en Lima que el tiempo, a partir de ese momento, corrió más lento en su mente. Sus sentidos tardaron en adaptarse a la nueva realidad; lo primero que hizo, al ponerse de pie, fue comprobar que la máquina seguía funcionando.

La sala de máquinas se había llenado de humo, impidiéndole a MacMahon ver los manómetros y el tacómetro. Si no se asfixiaban era solo porque el proyectil había creado un canal de aire que atravesaba el barco de babor a estribor, permitiendo que el humo saliera como de una segunda chimenea.

Entre el humo y el incendio, el ingeniero Samuel MacMahon vio surgir una silueta tambaleante, que sorteaba los escombros e intentaba aferrarse a lo que podía. Era el teniente Pedro Gárezon Thomas.

—El contralmirante ha muerto. El capitán Carvajal tomó el mando.

El ingeniero Samuel MacMahon bajó la vista y se tomó la cabeza entre las manos. El barco casi no tenía gobierno y lo estaban manejando con aparejos, informó el teniente Pedro Gárezon Thomas, cuyos ojos eran dos bolas blancas inyectadas en sangre.

Apenas salió el oficial de la sala de máquinas llegó un segundo proyectil. McMahon sintió un picor en las cejas y en el cuero cabelludo. Nada grave comparado con Hughes, Lever y Wilkins, que parecían monstruos infernales con sus pelos chamuscados y la piel tiznada de hollín. Pero estaban indemnes como si alguna oscura divinidad del inframundo los protegiera.

La máquina estaba llena de trozos de madera que con el calor se deshidrataban y se chamuscaban. El ingeniero Samuel MacMahon comprobó que aún daba 64 revoluciones, que los cilindros seguían funcionando y que ningún vástago se había salido. La biela y el cigüeñal tampoco habían sufrido daños. Y entonces, desde la popa, entró la tercera bala. La peor de todas.

Mejillones, 8 de octubre

11:15

¿Hasta cuándo duraría la carnicería? El doctor Santiago Távara no alcanzó a responderse. Un extraño fenómeno acústico silenció su cerebro durante una fracción de segundo. Sus canales auditivos se saturaron y se vio envuelto en una lluvia de astillas y trozos de metal, como bombeadas a presión desde la popa del barco por un martillo invisible.

El doctor Távara solo pudo abrir los ojos después de un lapso que no tenía manera de medir. Estaba en el suelo, con el rostro adherido al piso por un líquido viscoso que le brotaba de la frente. Se buscó el pulso y trató de despejar sus pulmones. Intentó moverse y no pudo. La mesa de la cámara se había partido en dos y en el suelo había figuras que se arrastraban como por inercia, en un mundo donde el tiempo transcurría a cuentagotas. Había también cuerpos que ya no se movían y que la explosión había dejado en posturas imposibles, como el mayordomo Manuel Pineda, con el cuello atravesado por una astilla de la cual brotaban borbotones de sangre.

—¿Señor Rotalde?

—Aquí estoy, señor… —murmuró su segundo.

—¿Dónde está Canales?

—Aquí, aquí…

—¿Los heridos?

Canales se acercó para examinarlo, le rasgó el pantalón y el doctor Santiago Távara soltó un grito mientras le aplicaba un torniquete para detener la hemorragia.

—Tenemos que salir de aquí —masculló el doctor Santiago Távara mirándose la pierna derecha, un trozo de carne salpicado de fragmentos de madera y metal.

Entre Rotalde y el capitán John Griffith lo levantaron en vilo. El cirujano Santiago Távara sintió que se iba a desmayar de dolor, pero la voz del galés loco lo mantenía consciente. Palabras que brotaban de una garganta ronca y que le llegaban al cirujano desde las profundidades del horror.

—Estalló la guerra en el cielo, Miguel y sus ángeles combatieron contra el dragón.

Fue lo último que oyó antes de perder el conocimiento.

***

¿Era humano lo que estaba sucediendo? ¿Era la voluntad de Dios? ¿Toda esa sangre derramada era para que nacieran hombres más justos? Oh, Adonai, Oh, Elohim, pensaba el capitán John Griffith viendo su propia sangre escurriendo entre sus dedos chamuscados.

Mi carne ha quedado vestida de bultos de polvo, mi piel misma ha formado costras y se disuelve... Mi vida es viento y mi ojo no volverá a ver el bien.

Su boca estaba seca, su piel ardía y su canal auditivo ya no podía procesar ruido. La batalla transcurría tanto en el cielo como en el mar, y él, John Griffith, era un testigo del fin del mundo.

***

El aspirante Carlos Tizón de la Rosa sintió venir el proyectil e instintivamente se agachó. Cuando se volvió a asomar por la cofa vio que la cubierta parecía un matadero. La única manera de detener el temblor de sus manos era seguir disparando, sintiendo que los cañones de la ametralladora eran una extensión de su cuerpo y que los proyectiles, la expresión de su rabia.

La mole del Cochrane pasó a pocos metros de la popa del Huáscar y se colocó por la banda de babor, descargando una lluvia de plomo. Disparando como un endemoniado, el aspirante Carlos Tizón de la Rosa vio volar a los artilleros del cañón de estribor y caer sobre la cubierta como monigotes de trapo.

De pronto sintió en su cara unas gotas calientes. La cabeza, el tronco y los brazos de Juan Chunga colgaban sin vida del borde de la cofa.

—¡No me falles ahora paiteño! —gritaba el aspirante Carlos Tizón de la Rosa intentando a golpes reanimar a su compañero.

Sintió unos brazos que lo detenían. Era el artillero Ángel Quesquén.

—Déjelo, señor —dijo con una tranquilidad de otro mundo— Yo le ayudo con la Gatling.

El aspirante Carlos Tizón de la Rosa sintió que la realidad se caía a pedazos. Entre los dos levantaron el cuerpo de Juan Chunga y lo recostaron contra el palo. Cuando volvieron a cargar la ametralladora ya no les cupo duda: iban a morir. El otro blindado chileno, el que habían dejado atrás durante la madrugada, ahora se les acercaba por la proa dispuesto a rematarlos.

Punta Angamos, 8 de octubre

11:20 AM

El teniente Pedro Garezón Thomas apareció de nuevo en la sala de máquinas, cubierto de hollín y de sudor, el uniforme desgarrado en varias partes. El ingeniero Samuel MacMahon se preguntó cuál sería la nueva y horrible noticia que traía.

—¡Estamos de nuevo sin gobierno! —gritó por encima del ruido el joven Gárezon—. Una bala destruyó la cámara de oficiales y tenemos que traer los heridos hacia acá.

—Broma, teniente. Aquí se van a cocinar.

El teniente Gárezon Thomas no respondió. Al cabo de unos instantes el ingeniero Samuel MacMahon vio llegar a un desfile de marineros lívidos descargando a una veintena hombres en distintos grados de agonía, desangramiento y mutilación. Entre ellos el doctor Santiago Távara, que tenía la pierna destrozada, y a un sinfín de cholos, zambos y negros descosidos en distintas partes de su anatomía.

Y entonces vino la cuarta bala interrumpiendo el flujo del tiempo y el ingreso de cualquier sonido humanamente comprensible por el canal auditivo del ingeniero Samuel MacMahon.

Tardó varios minutos en comprender que su cuerpo todavía formaba una unidad. Pese a sus años lidiando con carbón y agua estancada, aquel aroma a carne chamuscada, a orín y excremento liberado por los cuerpos reventados, superaba lo tolerable. El galés loco yacía decúbito con un agujero en la cabeza, un marinero intentaba sujetar sus intestinos con una mano que temblaba.

"Nos están masacrando", pensó el ingeniero Samuel MacMahon bajando los brazos.

Pero no todo estaba perdido. A pesar de la devastación, el incendio, la pérdida del gobierno y la demolición sistemática de las cámaras, la máquina seguía funcionando.

***

El capitán del ejército chileno de ocupación Diego Santa Cruz, enviado por órdenes del ministro de la Guerra Rafael Sotomayor para hacer el reporte oficial de lo que estaba ocurriendo, tardó

casi una hora en subir a caballo la Punta Angamos. El animal tuvo que atravesar valles cercados por enormes cerros amarillentos y luego bajar por una ladera pedregosa con una pendiente de 40 grados, hasta un promontorio plano que dominaba toda la bahía de Mejillones. Animal y jinete sudaban exhaustos, el caballo con el hocico lleno de espuma.

El viento era intenso y el capitán Diego Santa Cruz, al bajarse del caballo, sintió una ráfaga en plena cara. Ante sus ojos tenía el tablero del mar, azul y perfecto como un espejo, y a tres barcos trenzados en una lenta y letal persecución. Las estelas de cada uno se confundían con los giros que desplegaba el Huáscar para eludir a sus perseguidores.

Con la ayuda de unos prismáticos el capitán Diego Santa Cruz pudo ver con nitidez las columnas de humo que brotaban del casco del Huáscar. El monitor zigzagueaba, herido, como si a su comandante le costara maniobrar. Comenzó a dar un amplio giro, seguido de cerca por uno de los dos blindados chilenos. El otro avanzaba a cierta distancia, dispuesto a cortarle el paso. Breves chispazos iluminaban los cascos, produciendo un sonido seco que vibraba en la distancia.

El combate estaba a punto de definirse y el capitán Diego Santa Cruz llegó a sentir compasión por los tripulantes del barco peruano. Pero comenzó a producirse una configuración extraña, que el capitán Diego Santa Cruz no tardó en reconocer como un grave error de parte de los comandantes chilenos.

Si no cambiaban luego de rumbo se iban a embestir.

El capitán Diego Santa Cruz tomó nota de todo, para después transmitirlo por telegrama al ministro Sotomayor en Antofagasta.

Mejillones, 8 de octubre

11:25 AM

El comandante Juan José Latorre observó con perplejidad cómo el Blanco Encalada enfilaba su espolón directo hacia el Huáscar.

—¡¿Pero qué hace este hombre?! —exclamó sin poder contenerse.

Una descarga eléctrica le recorrió la espalda al comprender que Riveros no estaba pensando con la cabeza y que las trayectorias de los blindados chilenos iban en rumbo de colisión. Por segundos, el comandante Juan José Latorre visualizó cómo, por culpa del viejo chilote, el combate ganado se transformaba en desastre, la gloria en payasada grotesca. Cogió él mismo el tubo de comunicación y gritó a viva voz:

—¡Caña tres cuartos a babor!

Como dos caballos sin estribos y montados por jinetes borrachos, los dos blindados chilenos comenzaron a dar media vuelta para evitarse. El Huáscar pasó entre medio de los dos, un fantasma ensangrentado y harapiento.

***

En el puente de mando del Blanco Encalada los oficiales evitaban mirar al almirante Riveros, que observaba lívido la maniobra evasiva que él mismo había tenido que ordenar para no chocar de frente con el Cochrane.

Eusebio Lillo corrió conteniendo la respiración de una banda a otra en el puente de mando. El Huáscar pasaba entre ambos buques como un muerto caminando, recibiendo la metralla chilena con una entereza de titán. La torre de mando estaba destruida, el casco con aureolas y agujeros negros; en la cubierta Lillo vio cadáveres y hombres que corrían buscando refugio. Sintió un escalofrío de admiración y tuvo que contener las lágrimas que amenazaban con transformarlo en un viejo chocho a ojos de los marinos.

Una vez despejado el peligro y evitada la colisión con el Cochrane, el viejo poeta imaginó la reacción de Santa María cuando se enterara de la metida de pata casi desastrosa de Riveros:

“¡Pedazo de imbécil!”.

***

El aspirante Carlos Tizón de la Rosa disparaba la Gatling como un poseído. No tenía otra voluntad que la de jalar la palanca y mover la ametralladora de un lado a otro. El Blanco venía por la proa y el Cochrane por la popa disparando sin cesar. Incrédulo, el aspirante Carlos Tizón de la Rosa vio que el Huáscar cruzaba entre los dos fuegos y que los barcos chilenos daban sendos círculos para no chocar. Los barcos dejaban tras sí unas estelas revueltas y violentas.

El aspirante Carlos Tizón de la Rosa soltó una carcajada de demente pensando, en fracciones de segundos, que la muerte le pasaba de refilón y que sus zarpas le arrancaban un mechón de cabello.

—¡Me estoy quedando sin munición! —exclamó Ángel Quesquén.

Caldera, 8 de octubre

11:30 AM

Flavio Norambuena llevaba 24 horas sin dormir. Había copiado el mensaje cifrado del ministro Santa María en busca de patrones y repeticiones; el código consistía, forzosamente, en una sustitución de alfabetos según un patrón sencillo y eficaz.

—¿Por qué se empecina tanto, don Flavio? —preguntó el joven Bernardo González—. ¿No es más fácil esperar las noticias del combate?

—Me sorprende su falta de inquietud intelectual, joven Bernardo —respondió el telegrafista, cuyo aspecto comenzaba a ser francamente preocupante—. Usted que está en la flor de la edad.

Flavio Norambuen había gastado decenas de hojas de precioso papel anotando el abecedario en sucesivas columnas, la primera comenzando en la A, la segunda en la B, y así sucesivamente. Flavio Norambuena había llegado a la conclusión de que una de estas combinaciones era la clave del enigma.

a b c
b c d
c d e
d e f

El viejo telegrafista abrigaba una ambición secreta e inconfesable: si llegaba a romper el código del gobierno podría ofrecer sus servicios a la nación en un escalafón más alto del esfuerzo de guerra. Al fin y al cabo, si era capaz de hacerlo, también podría ser de utilidad rompiendo los códigos del enemigo.

Había momentos en que tenía la sensación de estar a punto de lograrlo. Pero aplicar todas y cada una de las combinaciones era una tarea digna de Sísifo. Si las letras del abecedario eran 26, ¿cuántas combinaciones posibles había? ¿Cómo encontrar la única que realmente abría los misterios del mensaje?

En esas disquisiciones se encontraba cuando, faltando minutos para el mediodía, comenzó a llegar un mensaje desde Antofagasta. Fue el joven Bernardo quien se acercó a la cinta de papel y comenzó a leer los puntos y rayas.

—Don Flavio...

—¿Qué sucede, joven?

—¡Don Flavio!

—¡Por Dios, joven, vaya al grano!

El muchacho apuntaba al telégrafo, la única razón por la que ocupoaban esa oficina y recibían un sueldo fiscal.

—··–·——··–·–···——

El joven tomó la cinta y, con voz entrecortada, comenzó a leer:

> A las 11 y media se percibió en Punta Angamos un buque rumbo al noroeste y poco después otro hacia el poniente que lo persigue / Pocos minutos después aparecieron otros dos en la misma dirección / Se reconoce al blindado Blanco que hace fuego sobre el primero. Los buques de nuestra escuadra parece que se han batido, según los partes de Mejillones, con el enemigo hasta las 11 hrs. 4 min. A las 11 y 6 ha cesado el fuego.

Flavio Norambuena le arrebató la cinta. Sus ojos parecían a punto de escapársele de las órbitas. No tenía cómo saber que ese alto al fuego había sido transitorio y que el combate proseguía.

El cable submarino comenzaba así una jornada que no se detendría hasta entrada la noche, derramando la noticia en cada uno de las estaciones intermedias entre Antofagasta y Santiago, repartiéndose por todo el país y por el mundo. La Guerra del Pacífico había entrado en otra fase y el telegrafista Flavio Norambuena sintió que el piso se movía debajo de sus pies.

Mejillones, 8 de octubre

11:40 AM

El teniente Pedro Gárezon Thomas corría por el entrepuente esquivando escombros, sorteando incendios y bocanadas de humo. A su paso veía hombres arrodillados, con la cabeza entre las manos, paralizados, sollozando.

Vio venir entre los escombros a tres hombres que arrastraban a un herido. Era el capitán de fragata Melitón Carvajal, ensangrentado y desfalleciente.

—La cámara de oficiales ha sido destruida, llévenlo al pañol de la máquina —les dijo.

Siguió abriéndose camino hacia la proa. Al llegar al entrepuente se encontró con el teniente Enrique Palacios y el alférez Ricardo Herrera. El aspecto de Palacios era el de un pordiosero trágico: la ropa hecha jirones, las manos quemadas, la barba y el pelo chamuscado, bañados en sangre. Temblaba de pies a cabeza y se había amarrado la mandíbula con un pañuelo.

El capitán Elías Aguirre asumió el mando del barco.

—Gárezon, Herrera, traten de poner nuevos aparejos para restablecer el gobierno —ordenó—. Acabamos de pasar claros entre el Cochrane y el Blanco. ¡No todo está perdido!

—¡Sí, señor! —respondieron los tres oficiales.

Palacios estaba demasiado maltrecho para moverse, de modo que Gárezon Thomas y Herrera reunieron a un grupo de hombres para dirigirse a la popa y restablecer el gobierno por medio de cables. Lo más difícil no era tanto mover la mecha del timón como seguir comunicados con el capitán Aguirre. El telégrafo y los tubos de comunicación estaban averiados o destruidos, y la única manera era establecer una posta humana para que las órdenes del nuevo comandante llegaran desde la torre hasta la popa del barco.

—¿Tú crees en Dios? —preguntó el alférez Ricardo Herrera.

El teniente Pedro Gárezon Thomas meditó algunos segundos su respuesta:

—Si salimos de esto enteros, te contesto.

***

El aspirante Alberto Medina ya no sabía dónde meterse. No

quedaban cartuchos ni fusiles de recambio, porque la segunda cámara donde se guardaban estaba destruida.

“Esto se jodió”, pensó viendo a los dos blindados chilenos que se acercaban. A ese ritmo terminarían reduciendo al Huáscar a cenizas y no quedaría títere con cabeza.

El cañón de la derecha estaba en el suelo y sin nadie que lo sirviera. El de la izquierda no tenía a quién dispararle y la mitad de los soldados del Ayachucho y de la columna Constitución estaban muertos o heridos. Un cholo se arrastraba entre los cadáveres como si pudiera ir a alguna parte con media pierna menos. Otro temblaba como un niño aferrado de un pedazo de driza que le cubría la barriga agujereada. La sangre formaba ríos espesos de los que el aspirante Alberto Medina no despegaba la vista para no resbalar.

En medio de la devastación oyó una voz desde la cofa.

—¡Pasacartuchos! —gritaba alguien.

El aspirante Alberto Medina miró hacia arriba buscando la voz. Debajo del pabellón nacional dos hombres le hacían gestos.

—¡Pasacartuchos!

Los ojos de Alberto Medina se encontraron con los del aspirante Carlos Tizón de la Rosa.

—¡Aprovecha, negro! ¡Los chilenos están lejos!

El marinero Alberto Medina trató de hacer una bocina con las manos para decirle al aspirante Carlos Tizón de la Rosa que ya no le quedaban cartuchos, que todo se había jodido, que mejor bajaran ellos para esperar el fin.

***

En la torre de combate solo quedaba un cañón operativo. El capitán Elías Aguirre y el teniente José Melitón Rodríguez se miraron. Parecían mendigos del infierno, los uniformes chamuscados, salpicados de sangre propia y ajena, el cabello apelmazado y húmedo contra las sienes.

—Prométeme algo –dijo el capitán Aguirre.

—Dime.

—Si muero, tú te haces cargo. Y si ya no queda nada por hacer hundes el buque.

—Te lo prometo —dijo el teniente José Melitón Rodríguez.

En la marina llorar era indigno; tocarse entre hombres, tabú. Pero el capitán Elías Aguirre y el teniente José Melitón Rodríguez se abrazaron, y el gesto tuvo un extraño efecto sobre los artilleros

que quedaban con vida. James Anderson, John Price y George Harris se acercaron. Ninguno de los tres hablaba bien español. Los tenientes Aguirre y Rodríguez apenas chapurreaban el inglés de los puertos. Se miraron y algo sucedió.

—¿Les parece a los señores que disparemos este maldito cañón? —dijo el teniente José Melitón Rodríguez.

—¡Bloody yes! —exclamó el artillero James Anderson.

El teniente Rodríguez y el artillero Michael Murphy cogieron una bala de 135 kilos de peso. Entre ambos lo levantaron y la empujaron hacia la ranura del cañón. El Huáscar emitía un sonido agónico y se sacudía con cada impacto de la artillería chilena, pero Rodríguez y Murphy se las arreglaron para sacar la bala e introducirla en la boca de cañón. El teniente Elías Aguirre se había asomado por la tronera para hacer puntería.

Lo que iba a pasar era previsible, pero no les importó.

Durante los minutos que duró la operación el teniente José Melitón Rodríguez vio pasar toda su vida. Los severos sacerdotes del Seminario Santo Toribio, su madre, una Pérez Bedoya de Lima, la calle de las Divorciadas, las boticas, las tiendas de helados y chocolates, las mujeres más bellas de la ciudad entrando a la tienda de Guillermo Brandes para comprar una partitura de Chopin y cotizar un piano Streicher. Su paso por el mundo había sido placentero y por eso, al sentir el crujido en el aire que anticipaba el proyectil, el teniente José Melitón Rodríguez no sintió pena ni miedo.

Ya casi estaba adentro de la torre de combate, pero se volvió hacia la cubierta el Huáscar para mirar la bala de frente. Una flecha transparente que llegaba preguntando por él.

Punta Angamos, 8 de octubre

11:45 AM

El Huáscar seguía su huida con lo que le quedaba, una máquina vapuleada, una cubierta y un entrepuente lleno de muertos, sin más artillería que veinte fusiles, una ametralladora casi sin balas y un cañoncito simbólico que cuatro marineros seguían sirviendo por tozudez.

El teniente Pedro Gárezon Thomas sintió la undécima gran explosión que sacudía al barco y comprendió que ya no había nada más que hacer. Corrió por el entrepuente, reducido a un montón de escombros humeantes, y se encontró con el teniente Enrique Palacios que balbuceaba palabras incomprensibles apuntando hacia arriba. Subieron por una tronera a cubierta.

Era la primera vez en todo el combate que el teniente Pedro Gárezon Thomas recibía la brisa del mar y podía ver lo que había estado sucediendo afuera. Se quedó sin respiración al ver al Huáscar transformado en una ruina humeante y a los dos blindados chilenos que mantenían su implacable persecución.

La torre de combate tenía dos agujeros desde los que brotaba una humareda repugnante. Se acercó a rastras hacia el portalón del cañón derecho. Se asomó hacia el interior y vio algo que no olvidaría jamás.

James "Job" Anderson había perdido uno de sus tatuados brazos, y del muñón brotaba sangre a raudales. El irlandés Michael Murphy no tenía pierna derecha. Price seguía aferrado a lo que quedaba del cañón, sus miembros sacudiéndose con espasmos de horror.

***

—Ya no se mueve, señor —dijo el capitán José Gaona, segundo comandante del Cochrane.

Era cierto, el monitor se había detenido; pero después de una hora y media de combate seguía sin arriar su bandera. El comandante Juan José Latorre ordenó cesar el fuego y preparar las lanchas para el abordaje.

—Que vayan los tenientes Simpson y Toro, el cirujano Aguirre y el capellán Ortúzar y una veintena de hombres —dijo sin desviar

la vista del Huáscar.

—¡Sí, señor!

Latorre notó que, mientras Simpson y Toro reunían a los hombres para el abordaje del Huáscar, un civil se deslizaba sigilosamente hacia las lanchas.

—¡Señor! ¿Dónde cree que va?

El fotógrafo Miguel Grove giró la cabeza, sonrojándose como un chiquillo sorprendido in fraganti por el profesor.

—A registrar este momento histórico, comandante.

—Usted no hará tal cosa, señor Grove.

—Pero comandante —insistió el fotógrafo—. Un momento de gloria para la república, y para la marina…

—Usted no tomará fotografías ahora. Después hablaremos.

En la batería de estribor había estallado el júbilo. El cabo de cañón Melchor Martínez y sus compañeros arrojaban sus gorras, se abrazaban. El teniente Enrique Simpson se iba a sumar a los festejos, cuando desde el puente de mando le llegó una nueva orden: dirigir, junto al teniente Toro, el abordaje del Huáscar.

La parálisis se apoderó de sus miembros. Por segundos no supo qué hacer. La silueta enorme del cabo Melchor Martínez mostrando los dientes y gritando con su vozarrón, le devolvió la iniciativa.

—¡Martínez! Usted que es tan gallo, ¡ahora lo quiero ver! Diríjase a cubierta para formar pelotón de abordaje.

El cabo de cañón Melchor Martínez se quedó quieto, miró al teniente Simpson y luego a sus compañeros.

—¡A la orden, señor!

Caldera, 8 de octubre, 12 AM

··__·_··___·

El segundo telegrama llegó veinte minutos más tarde, firmado también por el ministro de guerra en campaña Rafael Sotomayor. Tal como en el primer combate de Iquique, la noticia iba tomando cuerpo, adquiriendo detalles, revelándose a la vista como una fotografía.

> A las 11 hrs. 50 ms. vigía de Mejillones afirma que el Huáscar ha sido tomado; pero es necesario esperar la confirmación de esta noticia / Se ha enviado al Morro de Mejillones al comandante Santa Cruz para que comunique lo que se alcance a percibir desde este punto / Durante el tiempo transcurrido desde las nueve treinta minutos el combate ha sido muy reñido / Preparo al Copiapó para enviarlo con cirujanos y toda clase de elementos en auxilio de la escuadra.

La voz de Flavio Norambuena se quebró en este punto.

—A las once horas y cincuenta y seis minutos, los buques izan bandera nacional al tope, lo que parece confirmar la rendición del Huáscar.

El joven Bernardo González dio un salto y corrió hacia la ventana, enfervorizado. A esas horas de la mañana, prácticamente todo el pueblo de Caldera se había instalado en el muelle y sus alrededores. Ancianos de bastón, cargadores y gañanes del puerto con sus brazos llenos de ollín, madres con sus hijos de pecho, todos lo escucharon alto y claro:

—¡Se rindió! ¡Se rindió!

***

En Valparaíso la noticia del primer telegrama corrió de boca en boca desde el edificio de la Intendencia, esparciéndose por toda la ciudad. Los jornaleros del puerto, los banqueros, las lavanderas, los dependientes del comercio dejaron sus tareas. Los salones de la Intendencia fueron invadidos por una multitud ansiosa que, a diferencia del combate de Iquique, ahora saboreaba la victoria.

Costaba leer cada telegrama entrante; cada párrafo era interrumpido con gritos y salvas.

En Santiago una multitud comenzó a aglomerarse en la plaza, frente al palacio de gobierno. Un funcionario salía a leer los partes y la gente lo vitoreaba. Era bajito y con el pelo muy pegado a la frente, como esos alumnos que se sientan en la primera fila de la clase. Nunca fue tan feliz en la vida.

Punta Tames, 8 de octubre

11:50 AM

Era el fin. El capitán Elías Aguirre y el teniente Melitón Rodríguez estaban muertos en la torre de artillería. El capitán Melitón Carvajal y el teniente Enrique Palacios, heridos de gravedad. De toda la oficialidad del Huáscar solo quedaban los tenientes Pedro Gárezon Thomas, Gervasio Santillana y Fermín Díaz Canseco. El Huáscar seguía avanzando ya casi por inercia, sin capacidad de defenderse ni menos de atacar.

—Te toca, Gárezon —murmuró el teniente Gervasio Santillana.

Los tres oficiales jadeaban, magullados, sus cuerpos atravesados por una electricidad extraña y morbosa. El teniente Gárezon Thomas miró a sus compañeros y dijo:

—Nos hundimos, pues.

No hubo discusión.

—¡Nos hundimos, carajo! —repitieron Santillana y Diez Canseco.

***

El alférez Ricardo Herrera tuvo que seguir un tortuoso y accidentado camino a través de los escombros del entrepuente, para llevar la orden del nuevo comandante hasta la sala de máquinas.

El ingeniero Samuel MacMahon lo quedó mirando algunos segundos con algo parecido al alivio. Llamó a todos los maquinistas, los felicitó por su coraje y les ordenó apagar la máquina.

—Señor Lever, organice la evacuación, heridos graves primero. ¡Rápido!

Era el fin. La máquina que habían mantenido con vida contra viento y marea se moría. El sonido de los pistones se fue apagando de a poco, y el ingeniero Samuel MacMahon sintió que su propia vida se iba con ella. Los maquinistas iban abandonando el pañol en silencio, ayudando a la evacuación de los heridos. Solo el galés loco, John Griffith, se resistía a abandonar el barco.

—¿Por qué no quieres apartar de mi tu mirada? Déjame, porque mis días son una exhalación.

—Cállese, maldita sea.

Una vez silenciado el vociferante convidado de piedra, el ingeniero Samuel MacMahon y su ayudante Thomas Hughes se abocaron a la tarea de detener la máquina. Comenzaron a sacar las tapas de los condensadores y abrir las válvulas. Lo hicieron rápidamente y sin decir nada.

—Señor Hughes, lo autorizo a dejar las instalaciones.

—¿Y usted?

MacMahon sacudió la cabeza.

—Pues nos iremos los dos al cajón del viejo Davy Jones —dijo Hughes.

El agua comenzaba ya a entrar en la sentina.

***

El aspirante Carlos Tizón de la Rosa vio que el Huáscar ya no se movía. Los humos de los incendios se elevaban hacia el cielo mientras que la chimenea soltaba una humareda blanca, señal de que la máquina había dejado de funcionar.

Ya sin balas que disparar, abrumados y extenuados después de hora y media de combate, el aspirante Carlos Tizón de la Rosa y el artillero Ángel Quesquén se miraron en silencio.

Desde la cofa que habían defendido vieron el desenlace. Los tripulantes del Huáscar dejaban sus puestos para ayudar a sus compañeros heridos, los griegos Gorgiades y Boyosopulos, el noruego Strundt y el danés Thomsen habían salido a cubierta y agitaban pañuelos. Dos lanchas se acercaban para abordar al Huáscar. Estaban a unos 50 metros de distancia y el aspirante Carlos Tizón de la Rosa comprobó que no le quedaban municiones.

—Ya vienen —dijo.

—Y nos estamos hundiendo —dijo Ángel Quesquén señalando el castillo de proa que comenzaba a inclinarse.

***

El grumete Alberto Medina dejó de correr. Los oídos le zumbaban, sus piernas eran de lana, caminaba atontado encontrándose con cosas terribles y extrañas: una pierna con la bota puesta, al grumete Saturnino Mejía que mecía incrédulo su propio brazo izquierdo, tripulantes que salían de entrepuente como criaturas del infierno y trataban de no resbalar con la sangre. De pronto el grumete Alberto Medina trastabilló, se fue de

bruces, temió morir de la forma más boba posible. Sintió una superficie rugosa que se le pegaba a la cara.

Al ponerse de pie la pudo ver. Arrugada, agujereada por balas, embadurnada de sangre, la bandera del Perú.

Caminó algunos metros con el trapo entre las manos, sin saber qué hacer. Tropezó con otro cuerpo y ya no pudo seguir caminando. El grumete Alberto Medina se quedó de rodillas, sin poder alejar los ojos de lo que tenía delante. El hombre que viera cientos de veces en la cubierta, con ojos severos y las manos tras la espalda, inspeccionando las tareas de la tripulación, lo miraba ahora desde el suelo pidiéndole auxilio.

Un cuerpo malherido era una cosa muy triste y terrible, pero un pedazo de cuerpo era algo monstruoso, y el grumete Alberto Medina miraba eso: la mitad casi entera de un cuerpo.

Cortado como a cuchillo de la cintura para arriba, con un brazo menos y la mirada suspendida en el instante de su muerte, el contralmirante Miguel Grau pedía ayuda.

El grumete Alberto Medina miró a su alrededor buscando testigos, pero no había nadie cerca y a él ya no le quedaba voz. Se dio cuenta, en ese momento, que el barco se inclinaba por la proa. Se estaba hundiendo. Y por la popa avanzaban dos lanchas chilenas.

No quedaba tiempo. El grumete Alberto Medina envolvió al contralmirante con la bandera agujereada que le recordaba a él, Alberto Medina, lo que era y sería hasta el fin de sus días: un negro peruano.

Con la fuerza que le quedaba caminó hasta hacia la borda y arrojó el medio cuerpo del contralmirante Miguel Grau al lugar donde pertenecía: al mar. Y lo vio hundirse entre las aguas, los hombros y el torso primero, las mejillas, los ojos y, por último, la nariz, hasta que desapareció por completo.

Punta Tames, 8 de octubre

11:55 AM

—Ya casi estamos —dijo el teniente Policarpo Toro.

En la lancha iban 10 soldados con sus fusiles cargados y una pareja de civiles que iban a prestar sus servicios desde esquinas opuestas: el cirujano Manuel Aguirre y el presbítero Camilo Ortúzar. Uno llevaba un maletín de primeros auxilios con vendas, gaza, láudano, pinzas y torniquetes para detener hemorragias. El otro un rosario y un libro de oraciones. En la otra lancha iban el teniente Juan Enrique Simpson y otro piquete de infantería para tomar el control del Huáscar, entre ellos el cabo de cañón Melchor Martínez.

—Martínez, ¡vaya directo a la torre de artillería y hágase cargo!

El cabo de cañón Melchor Martínez era un sistema de artillería, sabía acertar proyectiles de 250 libras en blancos móviles, pero con un simple fusil era un novato. Nada sabía de abordar buques enemigos; alto como una torre, ofrecía un blanco regalado a los tiradores peruanos, que le podían acertar fácilmente un tiro en la frente.

Pero a medida que se acercaban al Huáscar el cabo de cañón Melchor Martínez se fue sintiendo más tranquilo. Nadie disparaba y hasta pudo ver a unos tripulantes que agitaban pañuelos blancos desde la cubierta. Vio también un bulto que al caer levantó ondas concéntricas en la superficie del mar, y que se fue alejando sin que ninguno de los marinos chilenos pudiese ver qué era.

—¡Atención! —gritó el teniente Simpson cargando su revólver.

Algunos tripulantes del Huáscar habían bajado la escalerilla. Melchor aferró su fusil y fue uno de los primeros en subir.

El cabo de cañón Melchor Martínez siguió las instrucciones al pie de la letra. Avanzó como pudo, estupefacto por la mortandad, mortificado al ver por primera vez la otra cara de disparar un cañón y acertar en el blanco. La torre de artillería del Huáscar tenía un agujero negro por la parte trasera. Melchor dio la vuelta, se puso por delante y se asomó por la abertura del cañón.

Vio a un oficial peruano sentado sobre la cureña de uno de los cañones. Tenía el rostro entre las manos.

Una docena de hombres yacían muertos en distintas posiciones,

enteros y por partes. Había un decapitado de la mandíbula hacia arriba y una cabeza que lo miraba desde el suelo con una expresión compungida, como pidiendo perdón.

***

Esa misma tarde, horas después de los hechos, el cirujano Manuel Aguirre le escribiría una carta a su amigo Pedro Nolasco, profesor y escritor de Valparaíso. En los años sucesivos iría depurando su relato, agregando nuevos detalles, suprimiendo otros, pero siempre quedaría esa primera impresión de tocar el infierno. El Huáscar era una colección de magulladuras, arañazos, perforaciones y abolladuras humeantes. En cada una de ellas había detalles que su retina porfiaba en retener: cuerpos cercenados, extremidades sanguinolentas, hombres acuclillados y en un estado de abatimiento nervioso que solo cabía atribuir a la fría efectividad del armamento moderno.

Apenas pisaron la cubierta se repartieron las tareas. El teniente Policarpo Toro se encargó de sofocar los incendios, el teniente Enrique Simpson y los señores Werner y Romero, ingenieros del Cochrane, de tomar el control de la máquina, que al parecer hacía agua. Un marinero negro gritaba:

—¡Va a estallar, va a estallar!

Mientras el presbítero Ortúzar repartía rezos y extremaunciones, el cirujano Manuel Aguirre recorría el barco junto a su ayudante Rodolfo Serrano, auxiliando a los heridos. A los que podían hablar les preguntaba por la enfermería; por ellos averiguó que se encontraba en la popa, en la cámara de oficiales. Descendió por una escotilla y se encontró con un espectáculo dantesco. Vio una mesa de fina caoba partida en dos, las paredes llenas de sangre y dos marineros sin vida que recibían en sus rostros amoratados la luz de una claraboya.

En medio de la desolación, una pregunta acuciante atravesó al cirujano Manuel Aguirre: ¿dónde estaba el almirante Miguel Grau?

***

Pronto el agua comenzaría a entrar por los agujeros que habían dejado los proyectiles. El ingeniero Samuel MacMahon se sentó a esperar la muerte y maldijo no tener cerca una botella de buen bourbon de Virginia. Su vida estaba entre esos aceites, esos pistones y válvulas, esa fuerza sobrenatural diseñada por el

hombre. Dios era un cabrón y la vida no tenía sentido: se iba a ir al fondo del mar sobrio y a bordo del barco que más había amado, en compañía del fiel Hughes y de un galés loco, con la cabeza reventada y que no paraba de repetir versículos del libro de Job.

De pronto un tropel de hombres armados ingresó en el pañol. Por sus uniformes y sus acentos los reconoció de inmediato.

—Teniente Simpson, marina de Chile.

—Teniente —saludó MacMahon.

—Señor, le ordeno que cierre las válvulas.

El ingeniero MacMahon se puso de pie y encaró al oficial chileno. Su voz sonaba más melancólica que desafiante.

—Teniente, soy un prisionero de guerra y no nos corresponde hacer lo que nos pide.

El oficial chileno lo apuntó con su revólver. Hughes y el galés loco observaban la escena conteniendo la respiración.

—Hágalo o es hombre muerto.

—Señor MacMahon, hágale caso —dijo Hughes.

El agua seguía subiendo por la sentina. Dentro de poco la situación sería irreversible.

—¿Va a asesinar a un prisionero de guerra, teniente?

—No, señor —dijo con calma el oficial chileno—. Lo voy a perseguir hasta el mismísimo infierno para hacerlo responsable de que todos muramos, incluyendo a los heridos de este buque.

El ingeniero MacMahon lanzó un suspiro.

—Davy Jones, hasta la próxima —masculló.

Miró al capitán John Griffith y luego al ingeniero Hughes. Sin que mediaran más palabras, procedió a acatar la orden del oficial chileno. El galés loco alzó los brazos en señal de agradecimiento.

Punta Tames, 8 de octubre

12 AM

El poeta Eusebio Lillo se aferró de los bordes del puente de mando, cerró los ojos y suspiró. Mientras los marineros y los oficiales lanzaban sus gorras al aire, él temblaba de pies a cabeza. Acababa de ver cómo los cañonazos del Blanco Encalada y del Cochrane arrancaban trozos de metal y hacían volar cuerpos por el aire. Había participado en una revolución y visto hombres morir por la metralla, pero nada se comparaba con esta guerra de la era industrial, del vapor y el acero.

En los minutos siguientes se fue haciendo a la idea de que eso era la victoria. Lo más probable es que Grau estuviese muerto. Sobrecogido por la resistencia de sus hombres, intentó sopesar las consecuencias políticas de lo que acababa de ver. El Perú había perdido el mar y probablemente la guerra, ¿pero cuánto tardaría en llegar la paz? El gobierno de Mariano Ignacio Prado caería, y en su lugar aparecería otro caudillo para prolongar la agonía.

Santa María sería el próximo Presidente de la República de Chile.

Apabullado por el vértigo de los hechos, las palabras del almirante Riveros llegaron como un martillo que lo traía de vuelta a la condición humana.

—¿Qué me dice, Lillo? ¿Está listo para escribir su próximo poema? Póngame bien, ¡porque mire lo que costó cazar a este bellaco!

Eusebio Lillo lo miró con expresión neutra y no se molestó en responder.

***

En Santiago, a las 12:30, había ya más de dos mil almas en los patios de La Moneda. Los periodistas de los principales diarios de la capital habían salido a capturar el ambiente delirante en sus libretas de notas. Uno de ellos, Justo Arteaga Alemparte, del diario La Época, iba anotando los nombres de los políticos que entraban al palacio, de los ministros que salían al balcón a leer los últimos telegramas y eran vitoreados por la multitud. Era la fiesta gubernamental y Arteaga Alemparte, que trabajaba para un

periódico cuyo propietario era Agustín Edwards, no dejó pasar la expresión exultante y satisfecha del ministro Domingo Santa María. ¿Nacía la próxima candidatura presidencial?

Otro detalle jugoso llamó la atención de Arteaga Alemparte, un periodista que se había hecho fama de fino observador y oráculo político: vio bajar al ministro de hacienda Augusto Matte y abrazarse con efusión con el senador Benjamín Vicuña Mackenna, tenaz opositor al gobierno. ¿Era la tregua política que el país tanto esperaba? El señor Matte le dijo al señor Vicuña Mackenna algo en el oído.

En esos momentos el Presidente de la República dirigía algunas palabras desde el balcón con su voz monótona y poco agraciada. La multitud aplaudía, pero al ver a Vicuña Mackenna dejaron al Presidente hablando solo.

—¡Que hable Vicuña Mackenna! —gritó alguien, y la frase comenzó a repetirse:

—¡Que hable!

Toda la concurrencia se dirigió a la plazuela. Vicuña Mackenna fue obligado a subir sobre un carretón cargado de armamento que en ese momento estaba en la puerta del palacio. El entusiasmo era indescriptible y los aplausos y exclamaciones tan prolongados que pasaron más de cinco minutos antes que se hiciese silencio.

—¡Pueblo de Chile! —empezó diciendo Vicuña Mackenna, cual tribuno de la plebe—. La bandera del Huáscar está a tus pies. Que las banderas de Chile floten ufanas delante de las rocas que ocultan la quilla bendita de la Esmeralda.

Algunos pocos, como el periodista Justo Arteaga Alemparte, no pasaron por alto los guiños a Dios y a la Iglesia Católica que pronunciaba el fogoso exliberal. La patria estaba por encima de pequeñeces. Vicuña Mackenna terminó su alocución evocando los nombres de Prat, Riveros y Latorre, y concluyó con un grito que estremeció los corazones:

—¡Viva la república! ¡Viva la marina de Chile!

En ese preciso instante, ochocientos kilómetros hacia el norte, todo el pueblo de Caldera estaba en la calle. El gobernador marítimo y capitán de puerto recibió del joven Bernardo González el telegrama definitivo, que leyó en voz alta siendo interrumpido varias veces por los vecinos:

> Por los partes que preceden parece ya indudable la rendición del Huáscar / Por tan feliz acontecimiento felicito al Gobierno y a la nación, porque este hecho facilitará enormemente las operaciones de la guerra / Me marcho

> inmediatamente en el vapor Copiapó llevando los auxilios necesarios a la escuadra. Va también el comandante general del ejército.

Firmaba el telegrama el ministro Rafael Sotomayor. En un rincón de la oficina telegráfica, Flavio Norambuena se echó a llorar.

***

Del edificio de la intendencia de Valparaíso pareció brotar una ola de júbilo que se repartió por las calles. Cerraron todos los almacenes y tiendas. La gente se agrupaba en las plazas, comenzaron a repicar las campanas de las iglesias y en los balcones los vecinos colocaban el pabellón nacional. Las campanas del cuerpo de bomberos tocaron a rebato y los más despistados creyeron que se trataba de otro incendio. Hasta que los sacaban del error: el Huáscar había sido capturado.

Valparaíso, 8 de octubre, 1 PM

Rosa de Talagante bajó por las calles del puerto sorteando carretones con frutas y mercadería, boñigas de caballo y burro, charcas pestilentes y perros flacos que hurgaban en la basura. Se había bañado y peinado y elegido su mejor falda, y con el semblante orgulloso caminó algunas cuadras por la calle del Cabo. Atravesó la Plaza de la Victoria y se detuvo delante de un palacete de tres pisos. Tal como le habían indicado, dio la vuelta por un callejón y tocó la puerta trasera. Le abrió un valet de librea y guantes, que después de mirarla de arriba a abajo y oír su nombre, la hizo pasar sin decirle nada.

La condujo a través de pasillos alfombrados, con muebles de caoba y finos gobelinos franceses, hasta una sala de estar.

—La señora la recibirá aquí —dijo el valet.

Rosa no sabía dónde mirar. Si la lámpara de lágrimas o el retrato de un señor de nariz aguileña y ojos saltones, si el reloj que parecía de oro puro o los muebles tapizados con muselina celeste. Se oyeron unos pasos y una mujer de unos treinta años, alta, delgada, de ojos claros, entró al salón arreglándose el cabello.

—Buenos días —dijo María Luisa McClure Ossandón de Edwards.

—Buenos días, señora.

—¿Cómo te llamas?

Rosa de Talagante dijo su nombre.

—¿Sabes lavar, planchar, zurcir?

—Sí, señora.

María Luisa McClure Ossandón de Edwards la quedó mirando algunos segundos.

—Tienes linda voz.

—Gracias, señora.

—¿Eres casada?

Rosa tardó en responder.

—No, señora.

Le preguntó si iba a misa, le pidió que le mostrara las manos. Rosa respondía con monosílabos. El interrogatorio pudo haberse prolongado más de no ser por los gritos que comenzaron a llegar de la calle.

—¿Pero qué es ese bochinche? —se preguntó la señora.

Irrumpió en el salón un caballero alto y joven, de estampa

señorial, que se parecía un poco al señor del retrato.

—¡Mijita! ¡La más increíble noticia ha llegado...!

Al ver a Rosa el hombre se detuvo en seco.

—Por la Santa Virgen, Agustín, ¿qué está sucediendo?

—¡El Huáscar, Luisa! ¡La escuadra ha capturado al Huáscar!

El corazón de Rosa dio un salto y no se pudo contener.

—¡Viva Chile!

Los señores la miraron con reproche, como si no le estuviera autorizado a ella, Rosa de Talagante, semejante efusión de patriotismo. Pero luego se echaron a reír y ella, torpe al principio, sonrió también.

—Bueno, entras a trabajar mañana —dijo la señora—. Ernesto te dará los detalles. Ahora te puedes ir.

—Gracias, señora —dijo Rosa de Talagante haciendo una venia algo torpe.

El caballero vertía un licor de una botella de cristal en dos copas finísimas. Rosa se dio vuelta y dijo:

—Mi hombre está allá, en el blindado Cochrane... es artillero.

El caballero la quedó mirando algunos segundos. Se notaba que no sonreía mucho. Y sin embargo lo hizo.

—¡Salud por eso! —dijo Agustín Edwards.

***

Durante las siguientes horas los ingenieros del Cochrane intentaron arreglar lo mejor posible el descalabro que imperaba en la sala de máquinas el Huáscar. Los heridos graves fueron trasladados de inmediato al Blanco Encalada, donde los cirujanos encabezados por Manuel Aguirre se multiplicaban para detener hemorragias, amputar brazos y piernas y detener las infecciones. El presbítero Florencio Ortúzar repartía bendiciones, escapularios y extremaunciones.

Los cadáveres iban siendo colocados en filas en la cubierta, mientras los contadores Salustio Formas, del Cochrane, y Juan Alfaro, del Huáscar, iban levantando un inventario de bajas.

Teniente Diego Ferré

Soldado Aparicio Robles

Grumete Saturnino Mejía.

Muchos cuerpos estaban en un estado irreconocible, otros ni siquiera calificaban para cuerpos. Algunos pocos marineros del Huáscar se ofrecieron para reconocer a sus compañeros, pero la mayoría se encontraba en un estado tan abatido que la

contabilidad no pudo avanzar mucho esa tarde.

El teniente Policarpo Toro y el teniente Pedro Gárezon Thomas procedieron a buscar los restos de Grau. A ninguno de los tres se les ocurrió preguntarle al grumete Alberto Medina lo ocurrido. El único tripulante del Huáscar que sabía el destino final del contralmirante estaba junto a otros prisioneros, temblando de fatiga como el aspirante Carlos Tizón de la Rosa, esperando, como el ingeniero Samuel MacMahon, su turno para ser ingresado como prisionero de guerra en alguno de los barcos chilenos. Todo lo que encontraron, después de varias horas de búsqueda, en los restos calcinados de la torre de mando, fue una pierna sin zapato.

Al pie de la torre de combate el teniente Pedro Gárezon Thomas encontró una cabeza. Desde el suelo, su amigo José Melitón Rodríguez lo miraba con los ojos abiertos, como si se acabaran de despedir.

***

El Huáscar entró a Mejillones a las tres de la tarde remolcado por el Matías Cousiño, el mismo vapor que Grau estuvo a punto de echar a pique en julio de aquel año.

—Vaya paradoja del destino, Morton —dijo el capitán Roberto Castleton.

—Los peruanos se batieron como leones, señor —dijo el segundo.

—Este tipo de derrota trae redención —dijo Castleton—. Y honor.

Una multitud de barcos y botes de distinto calado avanzó hacia el blindado peruano. Cirujanos, enfermeros, soldados del regimiento Chacabuco lo abordaron y se abocaron a la tarea de atender a los heridos leves y despejar los escombros que habían hecho del orgullo de la escuadra peruana una ruina flotante.

El combate de Angamos había concluido.

***

Apenas terminado el combate, el capitán Galvarino Riveros ordenó a Latorre sumarse a una inútil persecución de la Unión, que ya estaba a millas de distancia. Con eso se sacaba a su rival de encima y podía darse el honor de enviar el primer telegrama oficial de la escuadra al Presidente de la República.

Cual Octavio regresando de Antium, cual Nelson después de

hundir a la flota francesa en Abukir, Galvarino Riveros se bajó en Mejillones y se dirigió de inmediato, junto al poeta Eusebio Lillo, al edificio de la gobernación marítima. Allí lo esperaba el ministro de la guerra Rafael Sotomayor.

—¡Felicitaciones, comandante! El país no olvidará nunca esta hazaña.

Lillo bajó la vista de vergüenza. Riveros irradiaba madera de héroe, pese a que había estado a minutos de transformar la victoria en el bochorno más grande de la historia nacional.

—¿Me permite informar al Presidente de la República de los hechos? —preguntó el viejo marino.

—No faltaba más —dijo Sotomayor.

Del telégrafo de Mejillones salió un mensaje que en pocos minutos pasó de mano en mano hasta el Presidente de la República.

> Llego a Mejillones a enterrar a los muertos del Huáscar / dejo a los prisioneros. Felicito a V.E. por esta victoria.

***

En La Moneda el Presidente de la República alzó su copa y con él todo el gabinete. Santa María sintió como el champagne de la cava presidencial le bajaba por la garganta. Estaba recién asumiendo la dimensión de su victoria política. En lo sucesivo solo le cabía tomar palco mientras avanzaba la ofensiva terrestre y los ricos territorios de Antofagasta y Tarapacá caían bajo el control de la república. Las arcas del fisco se llenarían de recursos, el fenicio de Agustín Edwards seguiría expandiendo su imperio y durante la próxima convención liberal él, Santa María, sería el elegido para presentarse a las elecciones. Sus principales preocupaciones serían neutralizar a ese demagogo oportunista de Vicuña Mackenna, y a cualquier árbol de militarismo político bajo el cual los conservadores tuvieran la tentación de abrigarse.

Pero cada día tenía su afán y lo primero era lo primero. Escribió a la rápida un mensaje para Riveros y les sacó la firma a los ministros Matte y Amunátegui. Un mensaje lo suficientemente parco y neutro como para bajarle a ese chilote elemental los humos de la cabeza:

> Según la relación de US el almirante Grau ha muerto valerosamente en el combate/ Cuide US que su cadáver se enterrado dignamente/ Preste US también cuidadosa

atención a los heridos y prisioneros.

***

Cuando el capitán Galvarino Riveros recibió el telegrama de Santa María, a nombre del poder ejecutivo de la nación, sintió que la sangre le subía a la cabeza.

—¿Por quién nos toma este tal por cuál? ¿Acaso cree que somos salvajes?

Esa misma tarde, con honores militares y una ceremonia religiosa presidida por el presbítero Florencio Ortúzar, los restos de Grau fueron enterrados provisionalmente en el cementerio de Mejillones. Junto a él fueron inhumados, de manera más sumaria, otros 39 tripulantes del Huáscar.

La noticia del combate de Angamos recorría ya el mundo. Por el telégrafo trasandino llegó a Buenos Aires y de ahí siguió su curso a Río de Janeiro, París, Londres, Nueva York y Berlín. A ningún observador político y militar le pasaba por alto que se trataba de la primera batalla naval de la historia librada entre blindados modernos en el océano, y que la guerra por el control de los fertilizantes que alimentaban el mundo había entrado en otra etapa.

La noticia de la captura del Huáscar llegó al Callao al día siguiente, y su efecto fue devastador. Se repartió como la onda expansiva de una granada por los portales y las calles aledañas a la Plaza de Armas, por Mercaderes, Espaderos, La Merced, por los salones del hotel Americano y el café Cardinal, hasta llegar a una casa de dos pisos en la calle Lescano. En esos momentos la dueña de casa, Dolores Cabero, escribía una carta que nunca terminó y que jamás llegó a su destinatario. El encabezado decía: Amadísimo Miguel.

***

A las ocho de la tarde los alumnos del liceo de Valparaíso entraron en la plaza cantando el himno nacional. Se improvisó un numeroso y entusiasta meeting. Desde el muelle fiscal se encendió la luz eléctrica y se lanzaron luces, contribuyendo al regocijo del público. Todo el mundo festejaba como si la guerra hubiese terminado.

Concluido el meeting parte del pueblo se dirigió al Almendral llevando a la cabeza una banda de músicos. Rosa de Talagante

avanzaba con la multitud. Su corazón brincaba como un caballo de rodeo y se llenaba de estrofas inspiradas, ritmos épicos que ella porfiaba por memorizar. Esa noche volvería con su guitarra al chinchel de Don Giuseppe, a cantar por la victoria, a celebrar la valentía de los marinos. Nunca lo citó por su nombre, pero todos sabían que la gran cantora del puerto tenía una sola cosa en la cabeza: a su cabo de cañón Melchor Martínez, quien tarde o temprano volvería como Ulises a los brazos de su amor.

EPÍLOGO

San Bernardo, 15 de octubre de 1879

Fue un viaje penoso desde Mejillones abordo del vapor Copiapó. Los prisioneros del Huáscar permanecieron callados, ensimismados, intercambiando información para comprender las dimensiones de la derrota y lo que les esperaba en Chile. En los días sucesivos fueron reuniendo sus relatos, armando el panorama general de los compañeros muertos en combate y los que fueron falleciendo en los días sucesivos, como el teniente Enrique Palacios, el alemán Julio Philippi, herido al tratar de izar la bandera, el cargador de cañón Pedro Unanue, el grumete Domingo Johnson y varios más. El grumete Alberto Medina y Faustino Tolas no se separaron de Atanasio Cayoleras, hasta que el artillero falleció por sus heridas.

—Adiós, negro querido. Ahora eres héroe y leyenda.

Algunos sobrevivientes esperaban el oprobio y la humillación de los vencidos, y su sorpresa fue grande al ver a una multitud silenciosa que los esperaba en Valparaíso, en la estación del ferrocarril. Aquel silencio y aquellas miradas eran un reconocimiento tácito de su honor.

Faltaban todavía décadas para que, en el derecho internacional, se acordara recluir a los prisioneros de guerra en barracas, vigilados como delincuentes peligrosos. Fueron conducidos a San Bernardo, un pueblito al sur de Santiago, donde los recibió el alcalde acompañado por tres policías rurales de edad media, uno de los cuales estaba visiblemente borracho.

—Marinos y marineros del Huáscar, ustedes están a mi cargo —dijo muy serio el edil—. Habéis combatido con honor y perdido a amigos y compañeros en la lucha. Mientras dure su estadía seréis tratados con el merecido respeto. Seréis alojados en conventos, escuelas y por vecinos de esta zona. Tendréis entera libertad de movimiento y respeto por vuestras personas. El único requisito que se les exige es firmar todos los días en esta municipalidad.

Los artilleros escuchaban el discurso de bienvenida con la frente en alto, Michael Murphy apoyándose en una muleta y James Job Anderson con medio brazo menos, Price y Harris con fragmentos metálicos de distinta magnitud alojados en distintas partes de sus anatomías.

—Bueno, podríamos estar peor —dijo Anderson—. Pudriéndonos allá abajo donde lo de Davy Jones.

—El problema será encontrar empleador —dijo Murphy dando un saltito sobre su muleta—. ¿Alguna línea de negocios que no hayamos explorado, señor? Aparte del circo, claro.

El teniente Pedro Gárezon Thomas pasó esas primeras semanas escribiendo largas cartas a su familia y sosteniendo conversaciones con el párroco de San Bernardo, don Agustín Sanfuentes, un erudito en temas relacionados con el Evangelio y el cultivo de la vid. Pronto el teniente Pedro Gárezon Thomas comenzó a trabajar en la administración de los viñedos que poseía la congregación religiosa de San Bernardo, en los bordes del río Maipo. Así vio como los frutos de aquel árbol retorcido y deforme se transformaban en uvas rebosantes, luego en caldos que fermentaban en barricas, y finalmente en vino embotellado con una etiqueta con nombre de Santo.

El aspirante Carlos Tizón de la Rosa también escribió algunas cartas, pero más escuetas. De todos los sobrevivientes del Huáscar ninguno parecía tan abatido como él. Las primeras semanas las pasó sumido en un silencio melancólico, contándose rebuscadas historias de venganza que comenzaron a ceder con la mirada interesada de algunas muchachas y damas durante la misa y en las calles de tierra de San Bernardo.

En un principio al grumete Alberto Medina le costó acostumbrarse al clima seco de Chile. Aparte de eso no tenía mucho de qué quejarse. Estaba con vida y eso bastaba. Con Faustino Tolas pasaban largas tardes conversando acerca del futuro de los negros en el Perú, redactando cartas y leyendo las que les enviaban sus familiares desde la patria lejana.

Por las noches se reunían a cantar y pronto se hicieron su fama en los alrededores. Hasta Eduardo Ford, el negro norteamericano que había perdido un brazo pero no la voz, cantaba en esas sesiones unas tonadas que nadie entendía pero a todos los emocionaba, porque era la música de los negros y de su dolor. Llegaban cantores chilenos a intercambiar ritmos e instrumentos, muchachas de buen ver que bailaban como cualquier criolla. Más de alguno se enamoró. El ingeniero Samuel MacMahon y varios de los maquinistas pasaban el día ebrios.

Durante aquellos meses de singular cautiverio, antes de ser intercambiados por los prisioneros chilenos de la Esmeralda, muchos se dedicaron a cultivar la tierra y trabajar en los viñedos de la zona. Unos pocos se quedaron e hicieron familia; la mayoría, en cambio, regresó a un país que ya no era el mismo.

Como los sobrevivientes de cualquier guerra, los del Huáscar

serían homenajeados, invitados a celebraciones y desfiles donde repetirían sus relatos una y otra vez, intentando no apartarse nunca de su versión original. Por las noches lucharían con pesadillas e imágenes atroces. Todos los inviernos sentirían los pedazos de metal que tenían todavía incrustados en la piel como una marca de fuego, como la sordera irreversible de las explosiones, el terror a los incendios, la impotencia de no haber podido hacer más.

El capitán Melitón Carvajal viajó a Francia y contrató los servicios de uno de los mejores médicos de París para extraer uno a uno los trozos de metal que casi le costaron una pierna. Llegó a ser ministro de marina del Perú. El doctor Santiago Távara permaneció en Panamá mientras duró la ocupación chilena de Lima. El teniente Pedro Gárezon Thomas llegó a ser prefecto de Lima y comandante general de la escuadra peruana. El aspirante Carlos Tizón de la Rosa se desempeñó como capitán de buques y de varios puertos del Perú. El ingeniero Samuel MacMahon murió en la indigencia, completamente trastornado por el alcohol. El grumete Alberto Medina trabajó hasta el final de sus días como jornalero en el Callao.

El capitán John Griffith nunca se pudo recuperar de sus heridas en Angamos. Años después aún se le podía ver en los alrededores de la iglesia unitaria de Valparaíso, cual santón bíblico en harapos, con una larga y mugrosa túnica, la barba y el pelo hasta la cintura, repitiendo versículos del libro de Job en inglés.

***

El Huáscar también fue hecho prisionero, pero a diferencia de sus tripulantes nunca volvió al Perú. Fue sometido a reparaciones someras en Antofagasta y, durante su viaje a Valparaíso, el fotógrafo Miguel Grove pudo al fin retratarlo en las preciosas y costas placas Agfa. La cubierta había sido baldeada, pero aún hedía a muerte y mostraba las huellas del combate: agujeros, abolladuras, salpicaduras inconfesables. Grove las retrató desde distintos ángulos, emplazando la cámara en la proa y dejando que la luz fijara en la placa las huellas del brutal encuentro. Mientras activaba el obturador sintió un extraño morbo, como si los estragos de la guerra provocaran en su cuerpo una sensación parecida a cuando retrataba muchachas semidesnudas en los salones privados de Valpraíso.

En Coquimbo el Huáscar fue abordado por tres oficiales de la

U.S.S Pensacola, la fragata de guerra asignada al Pacífico Sur para velar por los intereses de los Estados Unidos de América.

Estudiaron cada uno de los impactos de los cañones chilenos, admirando la precisión de los artilleros y la resistencia del monitor ante un ataque de semejante envergadura. Dibujaron varios croquis de la torre de combate y de la torre de mando tal como quedó después del disparo que terminó con la vida de Grau.

El resultado de la inspección fue un informe detallado, una suerte de relato forense del combate de Angamos desde la perspectiva de la artillería y el blindaje, discutido ampliamente en la Secretaría de Marina y en el comité de defensa del Senado en Washington D.C. Los croquis fueron publicados semanas más tarde en el London Illustrated News.

Valparaíso, 19 de octubre de 1879

A las 12 del día tres disparos de artillería celebraron el arribo del Huáscar a Valparaíso. La ciudad estaba embanderada y miles de personas aguardaban en el muelle y en los bordes de la costanera. Ostentaba en sus palos dos banderas de Chile, una de ellas de gran tamaño, obsequiada por la Compañía de Salitre y Ferrocarril de Antofagasta, propiedad de Agustín Edwards.

De la bahía se desprendieron centenares de chalupas, botes, lanchas y pequeños vapores, todos adornados con banderas y flores.

Desde Playa Ancha a Viña del Mar se veía un espeso cordón de espectadores de todas las condiciones y sexos que ocupaban explanadas, la plaza, las colinas, las rocas donde rompen las olas. Valparaíso entero había salido para ver al invencible monitor.

En ese preciso instante se detuvo en la estación del puerto la comitiva integrada por las señoras Emilia Herrera de Toro, Emilia Márquez de la Plata de Santa María, Emilia Toro de Balmaceda y varias esposas de connotados políticos. Subieron al Huáscar y pronunciaron sentidos discursos. Rosa de Talagante vio cómo su patrona, la señora María Luisa McClure Ossandón de Edwards, acudía al evento con su mejor vestido de primavera.

***

El cabo de cañón Melchor Martínez y el perro Cuatro Vientos descendieron en el muelle fiscal de Valparaíso y se dirigieron directamente al cerro de la Artillería. Melchor tenía solo recuerdos vagos de donde vivía Rosa de Talagante. Como preguntando se llega a Roma, dio finalmente con el conventillo, donde una vecina le informó que su amada estaba trabajando en la casa de un gran señor de la ciudad.

—Esos son los chiquillos de la Rosa —dijo la mujer apuntando a dos mocosos que corrían descalzos por el patio de tierra.

Melchor los observó y vio su futuro. A esas alturas todo el conventillo se había reunido para conocer al héroe de Angamos. La gente le hacía preguntas, pedía tocar su uniforme. Las mujeres encendieron los braseros y se pusieron a hacer empanadas, los hombres sacaron botellas de vino y aguardiente. Se liaron cigarrillos, comenzaron los chistes picantes y alguien sacó una

guitarra. Hasta Cuatro Vientos se hizo de unos buenos huesos de caballo para roer en un rincón, amén de la admiración de una quiltra flaca que se le acercó moviendo la cola.

Ya medio borracho, y después de relatar el combate por enésima vez, el cabo de cañón vio llegar la noche y con ella una mujer que caminaba con un bulto en la espalda. Al verlo ahí, con la panza hinchada y los ojos expectantes, Rosa de Talagante sonrió y caminó lentamente en su dirección. Venía exhausta de lavar la ropa y los manteles de la familia Edwards.

—Doña Rosa —dijo Melchor muy serio, con un vaso de vino lleno hasta el tope—. Soy hombre de palabra aunque me haya portado mal. Ya me tocará volver a la mar a combatir por la Estrella Solitaria, pero yo le prometo cuidarme y volver entero. A entregarle mi vida a usted y ponerle juntos el hombro, hasta que Dios nos llame de vuelta, juntos a su Reino.

Estaba feliz el cabo de cañón Melchor Martínez al decir estas palabras. Pero de pronto su ceño se arrugó.

—Yo estuve allí en el Huáscar. Era cosa de espanto ver tanta muerte y dolor. Pena más grande lo que uno tuvo que hacer por la patria. Por eso mismo el mayor respeto nos merecen los héroes del Perú, porque Prat y Grau son uno solo en esta tragedia. Que Dios en su misericordia nos traiga la paz, para que usted y yo formemos al fin nuestro nido.

Se abrazaron, se besaron, los vecinos del conventillo aplaudían. Ya era noche cerrada y, recién entonces, empezó la cueca de verdad.

Santiago, 18 de septiembre de 1881

Neutralizado el Huáscar, la escuadra chilena pudo asegurar finalmente el desembarco de tropas en Tarapacá. Poco después falleció de un ataque cardiaco el ministro de la guerra Rafael Sotomayor. Eusebio Lillo asumió el cargo de manera interina y por pocos días, pero declinó rotundamente tomarlo de manera definitiva como llegó a sugerir Santa María.

A pesar de la férrea resistencia peruana y boliviana, el ejército chileno se impuso y conquistó las ciudades de Tacna y Arica. Mariano Ignacio Prado, el Director Supremo de la Guerra, partió a Europa y dejó el cargo vacante. El asalto final sobre Lima se consumó el 13 de enero de 1881, tras las sangrientas batallas de Chorrillos y Miraflores.

Los meses siguientes Santa María y sus aliados desplegaron todos sus recursos para neutralizar la amenaza de un candidato militar a la presidencia de la república, promovido por Vicuña Mackenna y sus aliados conservadores en la persona del comandante en Jefe del Ejército, general Manuel Baquedano. Y lo consiguieron.

El 5 de julio de 1881, el presidente del Senado, Antonio Varas, leyó el acta de la votación. El ciudadano Domingo Santa María había conseguido 225 votos no objetados de un total de 305, siendo elegido conforme la constitución como Presidente de la República para el período 1881-1886.

Estallaron aplausos. Los senadores y diputados se pusieron de pie y Santa María, bajo y rechoncho, se paró para saludar. Blandió su mano republicana a izquierda y derecha, como los tribunos de la república romana. Su mirada se cruzó brevemente con la del senador por Coquimbo, Benjamín Vicuña Mackenna, y luego con la del diputado nacional por Quillota Agustín Edwards Ross.

Santa María avanzó resueltamente hacia la testera del senado y se colocó entre Antonio Varas y el presidente saliente Aníbal Pinto. La banda presidencial cambió de manos. El presidente electo y el saliente se abrazaron y Santa María juró respetar la constitución y las leyes.

Terminada la ceremonia de traspaso, Santa María miró a los asistentes. A la izquierda se ubicaban los parlamentarios liberales, radicales y nacionales, a la derecha los conservadores. En las graderías divisó al general Manuel Baquedano y al capitán Juan

José Latorre, el verdadero héroe de Angamos, a los ministros de Gran Bretaña, Francia, la Argentina, el imperio del Brasil y los Estados Unidos de América.

En esos momentos Santa María no solo acaparaba la atención sino que comandaba el tiempo. Tenía un ejército de 30 mil hombres, una escuadra de miles de toneladas, el monopolio mundial del salitre. Era el gobernante más poderoso de cuantos lo precedieran a la cabeza del Estado chileno, pero estaba cansado. Los años de desvelos y maquinaciones políticas lo habían hecho envejecer. Padecía de dolores reumáticos, jaquecas, indigestiones y trastornos intestinales. La guerra había arruinado su salud.

De pronto Santa María divisó en las graderías a dos figuras vestidas de negro riguroso. Eran el nuncio papal monseñor Frate y el arzobispo de Santiago Joaquín Larraín Gandarillas. Santa María y el arzobispo se miraron a la distancia, como dos lobos pertenecientes a manadas rivales que se estudian y ariscan el hocico, sin llegar a mostrarse los dientes.

"Ya nos veremos", pensó sintiéndose como un marino al oír el zafarrancho de combate. Carraspeó, se aclaró la garganta y comenzó a leer su discurso.

***

La multitud vio salir del Congreso a un hombre bajo y gordo, terciado con la banda presidencial. Santa María recorrió las calles en una carroza abierta y blandiendo su sombrero en un saludo de caballero. Habitualmente los cambios de mando no suscitaban esta clase de interés en la plebe, pero la guerra había cambiado al espacio público. Pese al frío la ciudad se había detenido, las familias habían llegado en masa, aplaudían y agitaban banderas como si Santa María fuese el representante de sus hermanos, hijos y padres que habían marchado con el ejército y la marina al norte. Era su líder guerrero, pese a que no sabía nada de asuntos militares ni menos usar una escopeta de caza.

La guardia estaba formada frente al palacio de La Moneda. Santa María se bajó de la carroza y avanzó junto a su esposa, doña Emilia Márquez de la Plata. Juntos entraron a la habitación presidencial, donde doña Emilia deploró el color de las cortinas.

Santa María dejó a su esposa para ocuparse de los detalle domésticos. Entró en el despacho presidencial, se sacó la banda y la dejó sobre el escritorio, donde lo esperaban ya varios decretos por firmar. Su soledad no duró ni medio minuto. El secretario de

la presidencia, don Francisco Jofré Rojas, pidió permiso para entrar.

Le informó que el protocolo contemplaba una cena con el nuevo gabinete y el cuerpo diplomático. Luego le leyó la lista de todos los nombres de políticos, empresarios, ministros de legaciones extranjeras que habían pedido audiencia. Estaban el diputado don Agustín Edwards Ross, el ministro de hacienda Luis Aldunate y el ministro de relaciones exteriores José Manuel Balmaceda. De solo pensar en los empréstitos y los billetes fiscales, las cuestiones limítrofes con Argentina y los certificados salitreros, Santa María sintió un ataque de jaqueca. Al final de la lista estaba el poeta Eusebio Lillo y su expresión fue de sorpresa.

—¿Lillo está aquí? —preguntó—. Hágalo pasar de inmediato.

Casi dos años habían pasado desde aquellos días tensos de octubre de 1879, cuando Santa María, Lillo y Latorre fraguaron el plan que había pavimentado el camino hacia la victoria.

—¡Amigo mío!

—El gusto es mío, Excelencia.

Sonaba tan raro oírlo de Lillo, su aliado secreto, su agente de liason con la marina.

—Dígame, ¿qué le pareció Lima? ¿Ha cambiado mucho desde nuestros tiempos?

—Bueno, una ciudad ocupada por un ejército extranjero no es una ciudad feliz. Con toque de queda menos. Pero sigue siendo Lima. Una ciudad de carácter, con recovecos, palacios, iglesias y casas espléndidas. He aprendido muchas palabras nuevas, ¿sabe? Por ejemplo la palabra huachafo, que equivale a nuestro siútico. Usted y yo, por ejemplo, seríamos huachafos en Lima. Individuos sin fortuna ni apellido, pero que buscamos abrirnos paso; tratamos de vestirnos bien pero no lo logramos. No somos virreinales ni barrocos, no sabemos comer y tenemos un uso bárbaro del idioma español. Todos los chilenos somos huachafos a los ojos del noble limeño e incluso del bajo pueblo. A veces pienso que esta guerra es como si Cartago hubiese conquistado Roma.

—Gran metáfora, amigo mío —dijo Santa María comenzando a distenderse—. Conociéndolo habrá disfrutado de los placeres de tan augusta capital.

—Uno principalmente —dijo Lillo—. Le he traído una botella de este aguardiente extraordinario, ese que llaman pisco.

Era una hermosa botella con un líquido amarillento. Santa María soltó una risotada y llamó al secretario Jofré para que trajera dos copas. Brindaron por la victoria.

—En el interior de La Serena hacen un licor parecido —dijo Lillo.

—¿Sabe qué, Lillo? —dijo Santa María sintiendo el ardor del pisco bajando por su garganta—. A veces echo de menos esos días en que nos jugábamos el pellejo contra Grau, cuando nadie daba un peso por nosotros.

—Me he acordado mucho de Grau en estos días —dijo Lillo—. Tuve la oportunidad de conversar con varios de los sobrevivientes del combate de Angamos. Conocí a hombres extraordinarios como el doctor Távara, el teniente Gárezon Thomas, el capitán Melitón Carvajal. Todavía puedo ver, como si fuera ayer, a Palacios agonizando.

Lillo se quedó callado, sus ojos y su expresión se contrajeron. Santa María había comenzado a ponerse algo nervioso.

—La primera versión que corrió, y que publicaron los diarios, fue que Grau había muerto en la torre, y que cuando era llevado a la cámara de oficiales su cuerpo fue desmembrado por una bala de cañón que lo hizo desaparecer.

—Conozco la historia —dijo Santa María.

—Pues bien, en esa ocasión, hablando con los prisioneros, me enteré que había varias. Un joven artillero de cofa, cuyo nombre no recuerdo, me dijo que había visto con sus propios ojos el tronco de Grau intacto sobre la cubierta, con los ojos abiertos. Sin embargo, el joven Gárezon solo encontró la pierna. Para mí siempre fue un misterio y creo habérselo dicho en su momento. Ese y la desaparición de la bandera, que tampoco fue encontrada. ¿Cómo explicar que tanto la bandera del buque como su comandante hayan desaparecido?

Santa María se despachó su copa y comenzó a sentir que la presión le subía.

—Estando en el Callao encontré la respuesta —prosiguió Lillo —. Una tarde, mientras iba a dejar en la aduana un paquete, me crucé con un muchacho negro. Lo reconocí de inmediato. Había conversado con él en el Copiapó y me llamó la atención su tranquilidad, como si en medio de la tragedia un manto invisible lo protegiera del dolor y la pesadumbre. Lo invité a beber una copa y terminamos tomando diez. Lo que me contó no se lo he dicho a nadie.

—Soy todo oído —susurró Santa María.

—El muchacho me relató una vez más su visión del combate, de la persecución, los cañonazos de nuestros blindados y el fin de Grau. Su versión es la que más me hace sentido para explicar qué

pasó con el cuerpo y con la bandera. Usted imagínese a un niño negro que deambula por la cubierta de un barco devastado por la metralla, que se incendia, que está por irse a pique después de combatir con enemigos más poderosos. Y ese muchacho que cumple la modesta función de entregar cartuchos a sus camaradas, se encuentra primero con la bandera, que en medio del combate ha caído sobre cubierta, agujereada de balas, y luego con un espectáculo horroroso.

Santa María había vuelto a abrir los ojos. Miraba la botella de pisco sin decidirse.

—El muchacho se encontró con el tronco seccionado de Grau, y su primera reacción fue cubrirlo con la bandera. Pero al ver que las lanchas del Cochrane se aproximaban, y sin pensarlo siguiera, arrojó lo que quedaba de Grau al mar, envuelto en la bandera del Perú.

Los ojos de Santa María estaban abiertos como platos.

—Cierto o no, el hecho arroja una luz de lo que será Grau en el futuro.

—No lo estoy siguiendo, Lillo.

—Averigüé mucho sobre Grau en Lima. Me entrevisté con gente que lo conoció, con parientes, colegas suyos en la cámara de diputados. Me enteré que se hizo a la mar a los nueves años, que recorrió prácticamente todo el mundo en barcos balleneros y mercantes. Fue como un Ulises, que volvía siempre al hogar, en círculos que iban desde la China hasta Lima, la Polinesia, Inglaterra, siempre regresando a su patria y viéndola cada vez más desunida. Pero la guerra cambió este patrón; los viajes de Grau dejaron de ser circulares y pasaron a ser líneas rectas que iban de Callao hasta Antofagasta, una línea sin retorno. Su muerte, desmembrado por una bala chilena, es muy simbólica. Ese cuerpo despedazado representa la fragmentación del Perú entre caudillos, razas y clases sociales, entre el virreinato y la república, la iglesia católica y el imperio inca, entre la costa, la sierra y la selva. Por eso creo que la nación peruana intentará reunir los pedazos de Grau en un símbolo, una estatua sin demasiados matices. Habrá calles, avenidas, edificios e instituciones con el nombre de Grau, tal como acá habrá calles, avenidas, edificios e instituciones con el nombre Prat. Ambos estarán siempre unidos como por un espejo.

—Vaya, amigo mío, supongo que ha tomado notas para publicar el gran libro de la guerra.

—Hay material, pero tendré que esperar a que usted concluya esta guerra para yo sacar las conclusiones. Usted sabe, empezar

una guerra es fácil, terminarla toma generaciones.

—No va a ser fácil, Lillo, qué duda cabe. Todavía no está claro si negociaremos con Calderón o con Montero, y más encima está ese tal Cáceres armando montoneras en la sierra. Pero tarde o temprano firmaremos con alguien un cese al fuego, y luego un tratado de límites.

Lillo cogió su copa y se la terminó de un trago. Cerró los ojos y ariscó la nariz.

—¿Y valió la pena, excelencia?

—Estamos en privado, Lillo. No tiene para qué exagerar.

Fue el turno de Santa María de terminar su copa y dejarla caer sobre la mesa lentamente. El aguardiente peruano, cuyo nombre había olvidado, le subió por la sangre activando conexiones e ideas.

—El tema de fondo es que hemos hecho todo esto con un fin inmediato y otro ulterior, Lillo. El fin inmediato ha sido, por cierto, ganar la guerra.

—¿Y el fin ulterior?

—Fortalecer al Estado.

—El primero que se enriquecerá con esta guerra es don Agustín Edwards Ross —dijo Lillo.

—Y también el fisco —argumentó Santa María con convicción —. Cada quintal de salitre que se exporte desde Antofagasta y Tarapacá dejará un impuesto, y nosotros lo vamos a utilizar, Lillo. En construir escuelas, viaductos, ferrocarriles y telégrafos, pero también en instituciones.

Lillo hizo un gesto de estudiado cinismo. Su reacción a la arenga de Santa María fue rellenar las copas.

—No me mire así, amigo. Este fortalecimiento del Estado será también un avance del secularismo. Nuestro próximo enemigo, Lillo, está en Roma. El Papa controla todavía los nacimientos, matrimonios y defunciones de nuestra nación, y gran parte de sus establecimientos educacionales y de salud. ¿Es aceptable que un sacerdote sancione el nacimiento, el matrimonio o la defunción como actos jurídicos? ¿Somos una res-pública o un reino del Antiguo Testamento? Crear un registro civil, fortalecer la educación nacional y laica, son tareas titánicas, Lillo, y las vamos a hacer con el botín de esta guerra.

—Suena bonito, pero me pregunto si Agustín Edwards no se dará maña para capear esos impuestos. ¿Quién nos garantiza que no tengamos otra guerra por el gravamen del salitre, esta vez entre nosotros mismos?

Santa María lo quedó mirando. Sus hombros se habían curvado y sus ojos estaban envueltos en dos aureolas rojas. Tomó su copa y dijo, casi con pesadumbre:

—No se me ponga tan negativo. Brindemos por el futuro.

—Salud —dijo Lillo.

AGRADECIMIENTOS

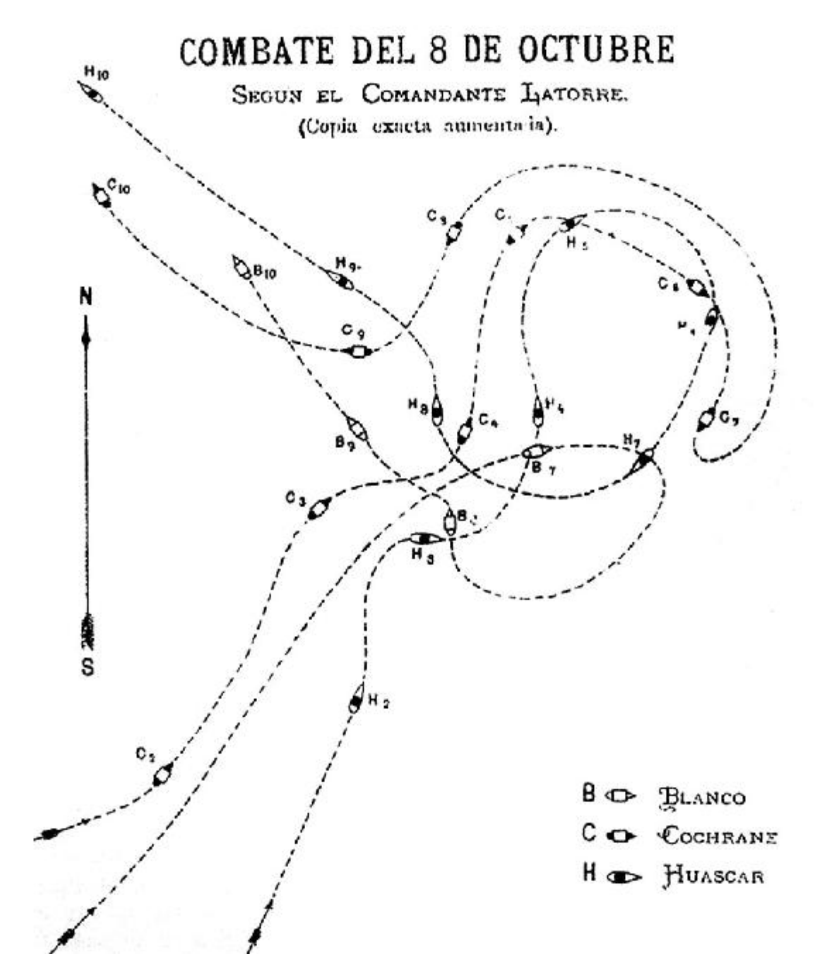
Debo a Patricio Jara el inesperado y emotivo encargo de escribir sobre el Huáscar y su captura. Marcela Escobar y Marilén Wood se encargaron de llevar este barco a puerto.

Tal operación habría sido también imposible sin la ayuda de Pachi Vargas Vignoli, paciente y amorosa revisora de este manuscrito; de Claudio Bedoya Barbieri, guardián de Punta Angamos; de Luis López-Aliaga, que me conectó con las décimas de Nicomedes Santa Cruz y la poesía afroperuana; de Carlos Tromben Corbalán (Bibliotecario Mayor), Héctor Reyes Ojeda y Pablo Tromben Reyes, quienes sí conocen el mar.

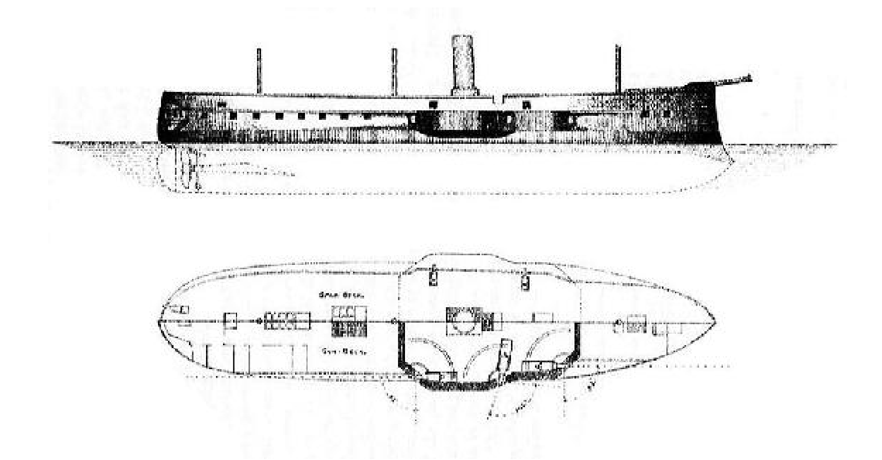
Las canciones de Rosa de Talagante son un pastiche de poemas y rimas de la cantautora chilena Rosa Araneda.

Este libro es un homenaje a los marinos chilenos y peruanos que combatieron en la guerra del Pacífico. Son leyenda.

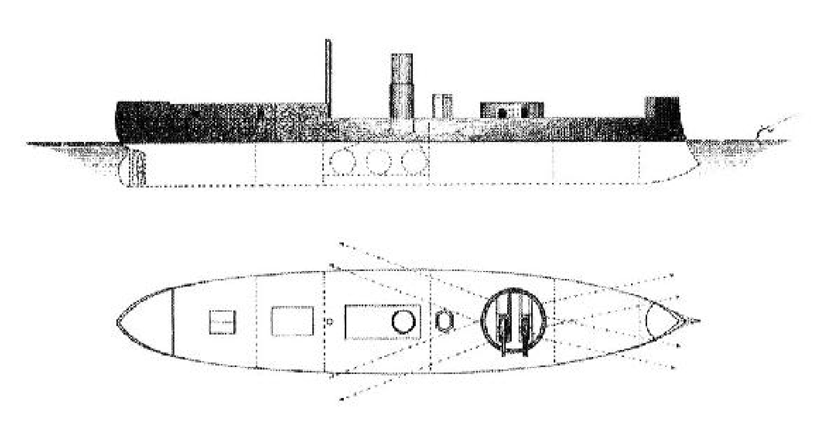
CTR
Mayo de 2015



Comandante de la fragata Cochrane, el almirante Juan José Latorre dibujó con precisión los detalles del combate en Punta Angamos, que terminó con la captura del Huáscar.



Vista lateral y superior de la fragata blindada Cochrane. La nave Blanco Encalada era su gemela. Ambas fueron construidas en Inglaterra.



Vista de la elevación y la planta del monitor peruano Huáscar. Mide 59,4 metros de largo, 10,6 metros de ancho y 4,5 metros de profundidad. Hoy está convertido en un museo flotante, fondeado frente a la base naval chilena de Talcahuano.

Monitor Huáscar en 1865

